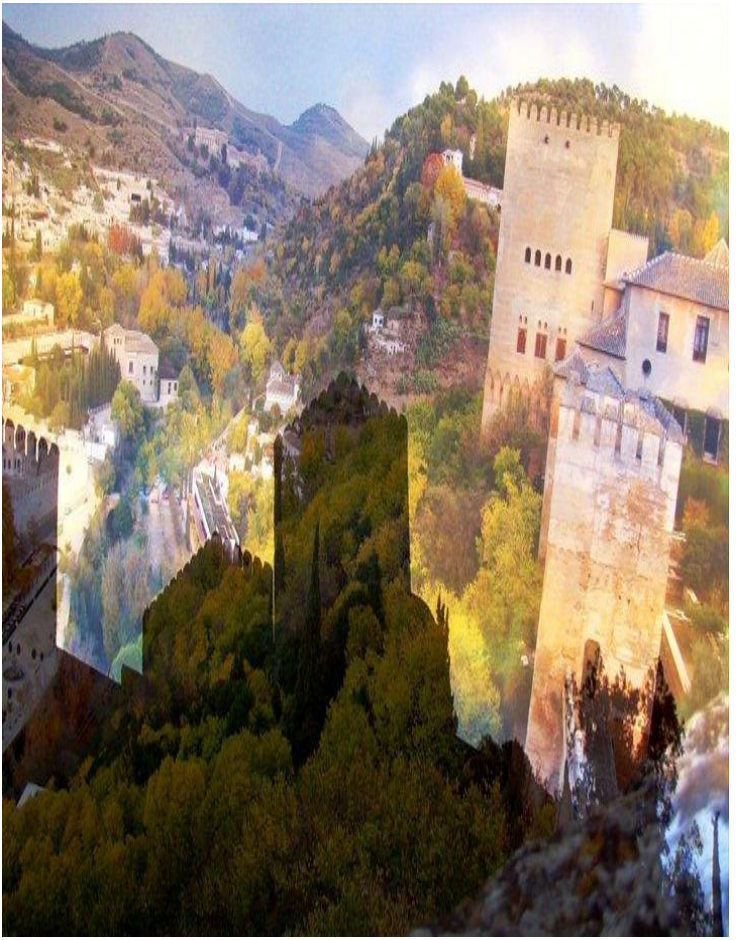
José Gómez Muñoz

# 72 LEYENDAS-IV

## ALHAMBRA, RÍO DARRO, ALBAICÍN



69 Relatos breves de la Alhambra, río Darro y Albaicín, Granada, seleccionados de entre 580, de mi libro inédito:

# © DESDE LA ALHAMBRA,
# VENTANAS A LA ETERNIDAD

© José Gómez Muñoz SJ
romi3.jimdo.com
cas_orla@yahoo.es
**ISBN 978-1-4710-2397-2**
Primera edición - -2014
Granada, 2010-2014

Todo lo que no se trasciende
solo dura un tiempo
y luego desaparece.

**Indice leyendas -IV 4 659**


| | |
|---|---|
| Dormir bajo la encina | 000 |
| El robo | 000 |
| Castañuelas musicales | 000 |
| El valle de los pedroches | 000 |
| La fuente del paraíso | 000 |
| Extraño día de otoño en Granada | 000 |
| Caminos a la eternidad | 000 |
| Amigo de los pobres | 000 |
| Regalo de reyes | 000 |
| El manantial de los álamos | 000 |
| La piedra negra | 000 |
| Las huérfanas - Noche de reyes | 000 |
| La cruz de oro | 000 |
| La fuente, el perro y el mendigo | 000 |
| La melodía de la Alhambra | 000 |
| El hombre violento de la Alhambra | 000 |
| Navidad frente a la Alhambra -Navidad 2012 | 000 |
| El dueño, el manijero y el joven | 000 |
| Bulerías alhambreñas | 000 |
| Al volver la Navidad | 000 |
| El sueño de la joven | 000 |
| Los tres niños y el molino | 000 |
| Los dos niños y el diamante -Navidad 2012 | 000 |
| Al llegar la Navidad -Navidad 2012 | 000 |
| La Alhambra soñada -Navidad 2 | 000 |
| Especial noche de Navidad -Navidad 2012 | 000 |
| El niño, los pastores y el rey -Navidad 2012 | 000 |
| El avellano -Navidad 2012 | 000 |
| Original regalo de Navidad -Navidad 2012 | 000 |
| La colección de fotos | 000 |
| Las bordadoras del Albaicín | 000 |
| El padre agrio | 000 |
| La casa y la anciana | 000 |
| El cuervo | 000 |
| Por el cerro del tesoro | 000 |
| Volver a Granada | 000 |
| El refugio del río | 000 |
| El olivo del Albaicín | 000 |
| El palacio de la viña | 000 |
| El último romántico en Granada | 000 |
| La casa de la puerta de madera | 000 |
| El mirlo blanco | 000 |
| El trozo de muralla | 000 |
| Otoño 2012 | 000 |

| | |
|---|---|
| La Alhambra como regalo | 000 |
| El valle de las higueras | 000 |
| La rosa del río Darro y la muchacha de la flauta | 000 |
| I- La rosa | 000 |
| II- La muchacha de la flauta | 000 |
| III- Visita al Generalife | 000 |
| IV- La despedida | 000 |
| El rostro del alma | 000 |
| El arqueólogo I, II | 000 |
| Fiesta en el bosque | 000 |
| La joven enferma | 000 |
| La casa de la higuera | 000 |
| El sueño del joven (así nació el Albaicín) | 000 |
| La nieta | 000 |
| Sonidos de guitarra junto al río | 000 |
| La cueva, la joven y la casa | 000 |
| Un milagro por donde el Puente del Aljibi | 000 |
| El sabio | 000 |
| El tesoro del árbol | 000 |
| El poeta del Generalife | 000 |
| Leyenda del río azul | 000 |
| El padre y los dos hijos | 000 |
| La cautiva del Albaicín | 000 |
| Las encinas del río Darro | 000 |
| La estatuilla de oro | 000 |
| El sueño más bello | 000 |
| La casa de las golondrinas | 000 |


Claves de los temas en estos relatos

| | |
|---|---|
| 1- Alhambra, jardines y la colina en general. | Aj |
| 2- Río Darro, sus paisajes y recorrido. | Rd |
| 3- Barrio del Albaicín. | Ba |
| 4- Barrio del Realejo. | Br |
| 5- Granada y ciudad en general. | Gc |
| 6- Paisajes en torno a la Alhambra y Granada. | Pa |

## Índice del tomo leyendas - III 72 relatos


| | |
|---|---|
| Noche de luna clara | 009 |
| La pirámide de oro | 011 |
| Cumpleaños | 019 |
| El palacio de los granados | 021 |
| La primera escuela | 022 |
| Los señores de la Alhambra | 024 |
| Secreto de estado | 027 |
| Escritor desconocido | 028 |
| La princesa y los arrendajos | 029 |

El valle de los cerezos 033
Monedas de barro 035
Las niñas de las flores 037
La mujer soberbia 038
Fuenteliria, el sueño de un científico 041
Un tesoro más 079
Cumpleaños 080
Al cruzar el río 082
El último sorbo de agua 083
El huerto maravilloso 084
Los grandes misterios de la Alhambra 087
La golondrina dorada 088
Los tres hermanos 090
Sentado en el puente 093
Dibujando al río Darro 094
Los amigos 095
El sueño de una bailaora 097
La almunia de los naranjos 099
La hermana Milagros 100
Las tres rosas 102
Los melones 104
Las collejas 105
Por el valle de la ventana 108
Último día en la Alhambra 109
Margaritas amarillas 25-4-2013 111
Los espárragos 23-4-2013 112
Peña Dorada 114
El líder 115
I, II, III, Las aguas, La reunión, El río
La cántara de leche 123
Solo quince monedas 125
La mala madre 127
El manantial del huerto 130
La hermana, la cueva y el hijo 133
Despedido 136
El perro, los pájaros y las uvas 138
El álamo 142
Domingo de Ramos en Granada 145
En la noche 147
El perfume de la Alhambra 148
Como en un espejo 154
Junto a las torres de la Alhambra 156
La muchacha de la bicicleta 158
Paisajes nevados 161
El hombre y el borriquillo 166
El Sueño 168
Los cuadernos del sabio-I
El administrador fantoche 169

Los cuadernos del sabio-II
La princesa y los cautivos 175
Los cuadernos del sabio-III
Un tesoro distinto 178
Los cuadernos del sabio-IV
El valle de los reyes 180
Los cuadernos del sabio-V
El joven, el perro y las monedas de 182
El hombre, los pájaros y los gatos 184
El misterioso puzle de la Alhambra 186
Tarde de invierno por la Alhambra 196
Puerta sin llave 199
Mensajes no descifrados en la Alhambra 201

## Indice del tomo leyendas -II 65 relatos

Azul violeta 007
La joven de los perros ..... 009
Un hombre malo ..... 009
La fuente ..... 017
Un hombre origina ..... 019
Nubes sobre la Alhambra ..... 025
El secreto de las diez nogueras ..... 027
El cortijillo del valle..... 031
Los ladrones ..... 039
Poema de invierno ..... 040
Las aceitunas ..... 042
El joven poeta ..... 047
Las ruinas ..... 049
El corderillo color nieve ..... 052
El cortijillo de la fuente ..... 057
La ladrona ..... 061
Navidad a los pies de la Alhambra..... 064
El cortijillo 076
Navidad desde la Alhambra y Albaicín ..... 079
El taller de los libros antiguos..... 093
Entre la nieve, junto al río ..... 096
Nace un niño ..... 098
El río azul verde ..... 099
Las oropéndolas de la Alhambra ..... 102
En las tardes de otoño ..... 105
Las naranjas..... 108
La novia de la Alhambra ..... 110
Letras de oro ..... 113

Compartir un trago ……. 115
Desde el almez del Puente del Aljibillo …… 117
La casa de los mármoles …….. 119
El soldado y el soñador ……. 121
Los membrillos de oro …… 123
La niña, el borriquillo y los membrillos…….. 126
Las granadas…… 127
Buscando trabajo …… 130
Comiendo frente a la Alhambra…… 131
Flores de adelfas …… 133
Katia y Nadia …… 134
La bellota de oro …….. 144
Sucedió en otoño …… 152
Los higos chumbos …… 154
La joven desconocida 155
Paisajes de otoño …… 157
Rezar al cielo …… 158
Dulces en el Paseo de los Tristes….. 160
La joven de la cueva …… 163
Quico y Josefa …….. 165
La bruja del puente …….. 168
Lo más bello del mundo …… 171
Los dos amigos…… 173
¡Qué rico cuando pasa el viento!..... 175
El padre ……..…….. 177
La montaña del sol …….. 179
Las uvas……..…….. 183
El salvaje …….. 185
La mariposa ……..…… 188
La turista y el manantial …….. 191
La moneda ……..…….. 193
Al llegar el verano ……. 195
Los poemas del río …….. 196
Nostalgia ……..…… 200
La jóvenes, el perro y la niña ……. 202

**Índice del tomo Leyendas -I 70 relatos**

Desde el reino de la Alhambra …… 5
La anciana, reina del bosque …… 9
El cascabel del Albaicín …… 12
La más hermosa noche de Navidad …… 15
Lucía, la niña …… 22

La calle del poeta …… 25
El hombre de la mirada mágica …… 27
Desde las cuevas del Albaicín …… 30
Los dos monederos …… 34
El palacio del sol, gemelo de la Alhambra 37
El árbol en la riada del río Darro…… 42
Los niños del otoño …… 48
En la Puerta de las Granadas de Granada 51
La mujer y el cordero …… 54
El árbol del otoño en el río Darro …… 57
Las dos amigas del Paseo de los Tristes …. 59
El duende del río Darro …… 61
El hombre del río …… 63
Una reflexión …… 66
La pintora del Paseo de los Tristes …… 68
Castillo de arena en el río Darro …… 70
A la luz de la luna …… 72
El último día de la Alhambra …… . 75
Desde el muro del río Darro …… .. 78
Las torres de la Alhambra …… … 80
La despedida…… 83
Los silencios del río de la Alhambra …… 86
Diamantes del río Darro …… 88 .
Los pobres del río Darro …… 89
La acequia del río Darro …… 91
En el puente del Aljibillo del río Darro …… 93
El caballo blanco de río Darro …… 95
Ecos del tiempo por la Carrera del Darro … 100
El oro de las montañas de Granada …… 103
Noche de luna ……105
El huertecillo del río Darro …… 106
El hombre y el borriquillo del río Darro…… 107
Lavando en el río Darro …… 113
Secretos en el Albaicín …… 115
La fantasía de un sueño …… 120
Una familia sin casa …… 122
Los gatos del río Darro …… 125
El sueño de un príncipe …… 128
El azufaifo de la princesa …… 130
El huertecillo de la Alhambra…… 134
Al llegar el otoño …… 137
La calle, the street, улица, شارع …….. 141
Meditar la Alhambra …….. 143

Lo que no se ve con los ojos …… 145
Estudiar frente a la Alhambra …… 147
Desde el Carmen de los Mártires …… 149
Los dos jóvenes del Albaicín …… 152
Descalza por las calles de Granada …… 154
El hijo maldito …… 157
El profeta de la Alhambra …….. 160
Que no me quede ciego en Granada …….. 163
El río oculto de la Alhambra …… 166
El cielo en sus brazos …… 168
La mujer libre …… 170
El gran mirador de la Alhambra …… 173
El tejedor de mimbres …… 180
El jardín de los cerezos …… 182
La nieta y el abuelo …… 186
La madre y el otoño …… 189
La pepita de oro …… 190
El solitario del río …… 193
El granado del Albaicín …… 195
Una noche a los pies de la Alhambra ……. 198

**Dormir bajo la encina** //Pa

Al levante de la Alhambra, unos kilómetros río Darro arriba y donde comienza un bonito valle, crecía la encina. Justo al borde del río y a los pies de una gran ladera por la derecha. Un pequeño arroyuelo, con aguas muy claras y buenas, pasaba rozando esta encina y cruzaba el valle en busca del río pero antes, a solo unos metros de la gran fronda de la encina, se remansaba un azul charco. La hierba crecía alrededor de este charco y cerca del centenario árbol. Y, por la ladera, el monte se espesaba, como refugiando en su corazón misteriosas sombras y hondos silencios.

Bajo la milenaria encina, había una gran roca por el lado de arriba. Clavada en la tierra como a conciencia y también parecía que alguien hubiera formado con ella una bonita cueva. Con su entrada mirando para las aguas del río y tapada con ramas secas por el lado de la ladera. No era gran cosa esta original cueva natural pero servía para refugiarse del frío y de la lluvia y también de las escarchas en las noches de invierno largas. A la derecha, por el lado en que se iban las aguas del río y también bajo la encina, se amontonaban varias rocas más, redondas algunas y no muy grandes. Y luego ya todo el terreno bajo la encina, hacia el río y hacia la ladera, era llano, con mucha hierba en invierno, primavera y parte del verano y con una gran alfombra de hojas secas, salpicada de bellotas, en otoño y parte del invierno.

Al frente de la magnífica encina y como ocultando la colina de la Alhambra, al poniente y no muy lejos, se alzaba un redondo cerro en forma de colina, cubierto de espeso monte y con muchas encinas en las laderas. En todo lo alto, era donde crecían las más gruesas encinas. De troncos gruesos y retorcidos y ramas grises y también torneadas por los años y por el tiempo. Entre este denso bosque de encinas todas milenarias, alguien en tiempos muy lejanos, había construido una especie de vivienda. Una construcción muy rústica porque estaba levantada solo de piedras vanas, en forma rectangular y con una sola estancia. En sus primeros tiempos, debió estar techada con palos y monte. Ahora, de esta construcción, solo quedaban algunos trozos de paredes, ya muy rotas y de piedras vanas. Más bien, lo que sobre el redondo cerro se veía y justo donde el otro tiempos se alzaba la construcción, era un desorganizado montón de piedras, llenas de musgo, hierbas y hojas secas.

Desde el rellano que el terreno formaba en la puerta de esta vieja construcción, muy al fondo y a los lejos se veía la alta colina de la Alhambra y el misterioso valle del río Darro, saliendo de las montañas y perdiéndose en el horizonte por las brumosas llanura de la Vega. Pero casi a los pies del redondo cerro donde se alzaba las ruinas de la casa de paredes en piedras vanas, se extendía un valle. Algo parecido al valle de la encina de la roca en forma de cueva pero mucho más recogido, muy bonito y poblando solo con arroyuelos en forma de manantiales, romeros y juncos. Sin embargo, este pequeño valle a los pies del redondo cerro en forma de colina y no lejos del río que se iba para la Alhambra, tenía un encanto especial. Cuando llovía en invierno y a lo largo de los meses de primavera, se cubría con espesas alfombras de hierba verde y fresca. Por el centro, a un lado y otro, las aguas en forma de arroyuelos y por encima de rocas calizas, se deslizaban como en lagos y riachuelos de ensueño. Y precisamente por deslizarse sobre losas y anchas rocas calizas, el agua era tan

clara que ni se veía cuando estaba remansada en mil pequeños charcos o cuando se movía como en sábanas de cristal líquido.

Y a este valle chico y recogido, era donde el pequeño acudía todos los días. También al cerro redondo de la casa de piedra vana. Pero aquí, únicamente se quedaba para sentarse un rato y mirar pensativo para la colina de la Alhambra. Para recordar a las personas y amigos que hacía tiempo, había conocido en los salones y jardines de estos palacios. También se quedaba por lo más alto de ese cerro para buscar bellotas en las milenarias encinas que por el lugar crecían y para coger espárragos en los primeros días de la primavera. Pero a él, casi dueño absoluto del valle de la encina con la roca en forma de cueva y también del valle de las aguas de cristal, lo que más le gustaba era precisamente la singular belleza y silencio que a todas horas reinaba en estos espacios naturales.

Por eso, bajo la milenaria encina, tenía todo su mundo. Con ramas del monte e hierbas secas, bajo la roca en forma de cueva, había hecho una especie de cama y aquí se refugiaba para dormir por las noches. También para guarecerse de las lluvias en los días en que éstas se derramaban y para quitarse el frío cuando caían las nieves o las escarchas aparecían en las largas noches del invierno. En el río pescaba truchas, del monte recogía frutos silvestres, hierbas aromáticas y setas y del mismo río y del manantial que brotaba cerca, cogía agua para beber, cuando el río bajaba turbio o las aguas se helaban. Y como por debajo de la encina, la hierba crecía en forma de alfombra densa y fresca, una de las cosas que a él más le gustaba, era precisamente no romper ni manchar mucho esa alfombra de hierba virgen que la naturaleza le regalaba. Había aprendido a hacer fuego y por eso, cuando la nieve caía y los fríos convertían en carámbanos las pequeñas cascadas del río o de la fuente, encendía lumbre. Al lado de arriba de la encina, sobre unas rocas calizas en forma de grandes losas. Y también este sitio él lo cuidaba mucho. Cada día recogía las cenizas o restos de la lumbre y los esparcía en un trozo de tierra que había acotado para sembrar algunas semillas. Como un pequeño huerto que, a su manera y como podía, cultivaba, sembraba y regaba.

También a su manera y según su corazón le dictaba, para sí mismo se decía: “Si este lugar donde ahora mismo vivo es mi único mundo, mi sueño y mi casa, nadie tiene que decirme que debo cuidarlo, respetarlo y procurar que se mantenga siempre virgen y vivo”. Y como en su corazón existía una sensibilidad especial hacia la naturaleza que le rodeaba, casi no se notaba su presencia bajo la encina, junto al río y por los montes cercanos.

Pero, aunque él no se había dado cuenta, un día sí y otro no, alguien lo observaba. Era un hombre mayor que vivía en el Albaicín y que con frecuencia iba a la montaña a recoger leña con su borriquillo. Subía por las sendas a los lados del río, remontaba las laderas y, por entre el monte, se perdía en los cerros más lejanos en busca de su preciada carga de leña. Vio al pequeño bajo la encina a los pocos días de aparecer por el valle. Y estuvo tentado de acercarse para ver quién era y por si necesitaba alguna ayuda. Pero después de pensarlo durante algunos días, creyó que era mejor no molestarlo puesto que parecía libre, feliz y no buscaba campañía. Pero como sí permanecía en el valle, bajo la

encina y siempre solo, cada vez que por estos sitios aparecía con su borriquillo, observaba desde lejos para ver qué hacía y por dónde se movía. Nunca vio en el pequeño nada extraño que realmente le preocupara o le indicara que tenía problemas serios. Todo lo contrario: cada vez más, le intrigaba que siendo tan joven, viviera solo en las tierras del valle y aparentemente feliz. Por eso, este hombre del borriquillo, también se decía: “Es algo muy extraño que una criatura tan joven como ésta, lleve la vida que descubro en este pequeño. Pero, por otro lado, como ya tantas veces lo he visto por aquí y su presencia es por completo cierta, no puedo dudar de esta realidad”.

Tenía este hombre amigos en el barrio del Albaicín y aunque en más de una ocasión pensó hablar con ellos y contarles lo del pequeño de la encina, tampoco se animaba. Sí un día, después de mucho tiempo viendo con frecuencia al pequeño de las montañas, pensó que podría contárselo a un grupo de niños vecinos. Y, después de meditarlo una vez y otra, una tarde, se fue a donde los niños jugaban, en una pequeña plaza en lo más alto del barrio, saludó a los pequeños y luego los llamó y les dijo:
- Tengo un problema con un amigo mío y no sé cómo resolverlo.
Al oír esto, el grupo de niños, miraron muy extrañados al hombre del borriquillo, se acercaron a él, lo saludaron, se sentaron en el suelo y uno de ellos preguntó:
- ¿Conocemos notros a este amigo tuyo?
- Nunca lo habéis visto.
- ¿Es que no vive en este barrio?
- Vive lejos de aquí, solo y en un lugar que vosotros no conocéis.
- ¿Y qué es lo que le pasa a este amigo tuyo y por qué te preocupa tanto?

Y el hombre del borriquillo, habló y narrando las cosas paso a paso, contó a los niños lo que había visto y sabía del pequeño en la encina del valle. Todos los reunidos junto a él, escucharon muy interesados y cuando el hombre hizo una pausa para entrar en otra parte de la historia, de nuevo otro del grupo preguntó:
- ¿Y por qué nos cuantas a nosotros las cosas de este niño?
- Porque ya os he dicho que me preocupa mucho. Vive solo allí, en la pequeña cueva de la roca, casi no tiene ropa para abrigarse ni tampoco alimentos. Y con el frío que en estos días de invierno hace y las lluvias que no paran, cada vez más temo que algún día le pase algo. Así que os cuento esto con la intención de pediros ayuda.
Al oír lo último que el hombre dijo, todos los niños se miraron entre sí, extrañados. Otro del grupo, tomó la palabra y preguntó:
- ¿En qué podemos ayudar nosotros?
- En algo muy sencillo y de la forma más fácil.

Otra vez el hombre habló durante largo rato y explicó a los niños algo que a ellos entusiasmó mucho. Por eso, pasado un rato, se fueron despidiendo, quedando en encontrarse al día siguiente a primera hora en el mismo sitio en que hoy habían tenido la reunión. Y a primera hora del nuevo día, los niños fueron apareciendo. Llegó primero el hombre con su borriquillo y no perdieron mucho tiempo. Enseguida se pusieron en marcha por los caminos que iban por las márgenes del río y, durante bastante rato, caminaron sin parar. Se alzaba el sol unos metros por encima de Sierra Nevada, cuando se les vio a ellos subiendo

por una sendilla que discurría por entre un bosquecillo de acebuches.

Al coronar el pequeño puntal, el hombre pidió al borriquillo que parara. Éste al instante le obedeció y él también se quedó parado junto a los niños. Estos lo miraron y algunos de ellos iban a preguntar pero el hombre se les adelantó aclarando:
- Desde aquí se ve un trozo del río y parte del valle de la encina donde vive el pequeño que os he dicho. Pero ahí al frente, bajo aquellas encinas y entre los juncos, brota la fuente que da el agua buena que también os comenté.
Y uno de los del grupo preguntó:
- ¿Y la casa en ruinas?
- Por encima de la fuente, sobre el cerro que corona.
- ¿Y se ve desde allí la Alhambra y el valle de las losas blancas?
- Todo eso se ve y algo más que hasta este momento mantengo en secreto.
- ¿Qué es?
- Sigamos subiendo y lleguemos a las ruinas de la casa. Os lo contaré en su momento.

Continuaron su camino ahora derechos a la fuente de los juncos. Al llegar al manantial, se pararon, bebieron y lavaron sus manos y caras y continuaron por la sendilla que, ladera arriba por encima de la fuente, avanzaba trazando zigzags. Llegaron a lo más alto de la cuerda y aquí mismo, el hombre amarró a su borriquillo en las ramas de una encina. Por la derecha, enseguida los niños se pusieron mano a la obra. El hombre les indicó:
- Que las piedras no sea muy gordas ni tampoco muy pequeñas. Así como ésta que ahora mismo os muestro.
- ¿Y a dónde las llevamos?
- Al rellano que hay en la misma puerta de la casa en ruinas. Y los más fuertes, venid conmigo porque necesito vuestra ayuda.
Los más fuertes se fueron junto al hombre y el resto del grupo, se puso a buscar piedras medianas por lo alto de la colina y a los lados que caían hacia la fuente de los juncos y el vallejo de las losas calizas.

Y era media mañana, cuando dieron comienzo a la reconstrucción de la vieja casa. El hombre del borriquillo les decía:
- Lo más importante es levantar las paredes y hacer habitable las partes de dentro. El techo, puertas y ventanas, poco a poco las iremos poniendo luego.
Preguntó uno de los niños:
- Y al que vive en la pequeña cueva de la encina ¿Cuándo lo veremos?
- En su momento. Por ahora no tengáis prisa.
Y justo ahora, el momento que el hombre había pensado, se hizo presente. Porque de pronto, al mirar para el otro extremo de la colina que se alargaba desde el cerro redondo donde las ruinas de la casa, sobre una gran roca, lo vieron sentado. Todos dejaron el trabajo que tenían entre manos, miraron a la figura del pequeño sentado sobre la roca y miraron al hombre del borriquillo.
Preguntó uno de los mayores:
- ¿Lo conoces?
- Es el pequeño de la encina del valle. Nunca lo había visto tan cerca y ahora creo que al vernos por aquí, como no nos conoce, puede estar asustado. Vamos despacio, nos acercamos y le preguntamos.

Guiados por el hombre del borriquillo, todos los niños se fueron acercando al pequeño sentado en la gran roca. A unos metros de él, se pararon y el hombre le dijo:
- Todos nosotros somos amigos tuyos y estos niños, más amigos aun.
El pequeño de la roca, los miraba y nada dijo. Uno de los niños le preguntó:
- ¿Te molesta que estemos aquí?
Y ahora el muchacho sí habló y dijo:
- Nada de lo que hay por estos lugares, es mío. Pero ¿a qué habéis venido?
- Sabemos que no tienes casa y, como en esta colina, en otros tiempos hubo una, queremos reconstruirla para que te vengas a vivir a ella.
Miró el pequeño a las ruinas de la casa, en el otro extremo de la colina, no dijo nada, se levantó de la roca y se puso a caminar dirección a la fuente de los juncos.

Lo miraron muy extrañados y, como se dieron cuenta que se iba a su mundo, otra de las niñas le dijo:
- ¡Por favor, no te enfades con nosotros! Solo queremos ayudarte. Nos da pena que vivas solo en este valle y más pena nos da aun que ni siquiera tengas una pequeña casa para refugiarte del frío y de la lluvia.
Y el pequeño del valle, seguía caminando con la intención de alejarse a pesar de la súplica de la niña. El hombre dijo:
- Lo que ha dicho esta niña es la pura verdad. Ninguno de nosotros te conocemos pero sí sabemos que vives solo. Queremos ser tus amigos y hacer algo por ti. Y también nos gustaría que nos contaras cosas de tu vida.

Al oír estas últimas palabras, el pequeño se paró, los miró muy despacio, caminó de regreso, se acercó a la roca, volvió a sentarse y habló preguntando:
- ¿De verdad queréis saber de mi vida?
- Lo estamos deseando.
Proclamaron todos casi a coro. Y sin más, el pequeño de la roca habló y dijo:
- Yo he nacido en los recintos de la Alhambra. Junto a mis padres, reyes, príncipes y princesas, he crecido y en ningún momento, casi no me faltó de nada. Pero según iba creciendo, me daba cuenta que ni mi padre ni mi madre, eran felices. Sí veía cada día que mi padre, para ganarse el aprecio y gracia de los reyes, se humillaba. Quitándole dignidad a su persona y privando de alimento y tiempo a su vida y esto no me gustaba. No entendía yo ni entiendo el por qué una persona ha de adular a los que sirve para ganarse su aprecio. Y menos me gustaba esto porque a pesar de lo mucho que mi padre se rebajaba antes los que sobre él mandaban, cada día era peor tratado. Y aunque, yo era pequeño, esto me dolía y en el fondo me enfadaba.

Y sucedió que un día, mi padre no volvió a mi casa ni se le vio más por los recintos de la Alhambra. ¿Qué fue de él? No lo supe ni lo sé como tampoco sé ahora qué fue lo que le pasó a mi madre unos días después. Los busqué y pregunté por ellos a muchas personas y nadie me dio ninguna respuesta. Al quedarme solo, me llené de miedo y como yo no quería ser amigo de los reyes ni de los príncipes que vivían en la Alhambra para no vivir lo que en mi padre había visto, un día me vine a estos valles. Bajo la encina de la roca en forma de cueva,

tengo mi casa y en los campos que me rodean y este río y valle, mi paraíso. Y nada más tengo que contaros. Solo os pido que, para mí, no arregléis las ruinas de la casa en esta colina.

Guardó silencio el pequeño sentado en la roca y el grupo de niños y el hombre que le rodeaban, al oír las últimas palabras que había pronunciado, se quedaron extrañados. Por eso el hombre del borriquillo preguntó:
- ¿Por qué no quieres que para ti arreglemos las ruinas de esta casa en la colina? No tenemos otra cosa que darte y estos niños y yo, queremos que al menos tengas una vivienda digna.
- La roca de la cueva bajo la encina, es la vivienda más hermosa y digna que incluso todos los grandiosos palacios de la Alhambra. Todo es por ahí puro, huele a fresco, tengo cerca un río de aguas muy claras y soy libre como el mismo viento que me besa. Así que gracias y ahora dejadme que me vaya.

Y nadie pronunció ni una sola palabra más. El pequeño de la roca, se levantó, caminó por la colina y luego por la senda hacia la fuente de los juncos y poco después se perdía hacia el valle de la encina. Desde lo alto de la colina, los niños y su amigo, los miraban y antes de perderlo de vista, el hombre del borriquillo, comentó:
- Todos en esta vida perseguimos un sueño. Si por sí mismo y en libertad este niño ha elegido lo que ahora mismo tiene y ama, debemos respetarlo. Ser libre sin duda que es algo grande y el cielo, es lo que más bendice.

## **El robo** //Ba

La historia que describe este relato, está basada en un hecho real. Ocurrió en la época actual, justo en otoño y unos días antes de la Navidad.

En la pequeña casa del Albaicín, se recogieron aquella noche. Unos cuantos vecinos amigos de la joven, él y los niños con los que durante tiempo había jugado. Sentada en la cabecera de la mesa, miraba a los que tenía junto a ella y se le veía hermosa. Joven y bella como el más dulce sueño, sonriente, con su gran mata de pelo chorreándole por las mejillas hasta los hombres y el pecho y serena. Toda una bellísima princesa y como dueña de un tesoro inmenso. Fuera, en la calle, sobre las blancas casas del Albaicín, valle del río Darro, colina y torres de la Alhambra y vega por donde se extiende Granada, llovía. Era otoño, noche algo fría y con niebla aunque cargada de serenidad y misterio.

Uno de los niños sentados al lado derecho de la joven, le preguntó:
- ¿Y cuando vuelves?
- Yo quiero volver pronto pero es algo que ahora mismo no lo sé.
- Nosotros hemos pensado que si ahora te marchas de Granada, es porque en el fondo te gusta menos que tu país y tu casa. ¿Es cierto eso?
- Algo de cierto sí que lo es pero… Sí, mi país y mi casa, me gustan más que

nada en ese mundo. Por eso también pienso que quizá no vuelva nunca.
Y al pronunciar estas palabras, todos los reunidos alrededor de la mesa, se quedaron en silencio. Mirándola fijamente y como experimentando cierta tristeza en el corazón. Él, el que la amaba en secreto porque nunca se lo había dicho de palabras, sintió una tristeza mayor. Como si de pronto la vida se le quedara sin sentido y el corazón ya no tuviera ninguna razón para seguir latiendo.

Dieron comienzo a la última cena, en esta ocasión, comida de despedida. Y a lo largo de varias horas, todos hablaron muy poco. Solo los niños, sus amigos, se divertían comentando cosas con ella e imaginando mil fantasías. Avanzó la noche y en un momento de la comida, la pequeña más amiga de la joven, dijo:
- Para este momento, hemos preparado algo especial.
Intrigada ella, enseguida preguntó:
- ¿De qué se trata?
- Es una sorpresa y, como ha llegado el momento, queremos dártela ahora mismo. ¿Estás preparada?
- Claro que sí.
- Pues tienes que cerrar los ojos, permanecer sentada, serena y recogida tal como estás ahora y no abrir los ojos hasta que yo te lo diga.
- ¡Vale! Mis ojos ya están cerrados, empieza a descubrirme la sorpresa cuando quieras.

Y la pequeña se levantó, se fue hacia la estancia de su derecha, cogió una pequeña cesta de mimbre, se vino hacia la joven, se puso lo más cerca posible de ella, miró a todos los que en la mesa estaban sentados, alzó la cesta entre sus dos manos, la situó por encima de la cabeza de la joven, la levantó un poco más y, de pronto, volcó todo su contenido sobre la cabeza y pelo de la amiga al tiempo que anunciaba:
- ¡Jazmines frescos para ti de los jardines de Granada!
Y las pequeñas flores blancas, frescas y exhalando aromas, cayeron por entre el pelo de la joven, chorrearon por su cara, hombros, pecho y manos y luego tapizaron la mesa y el suelo. Abrió ella los ojos y al ver y oler la densa lluvia blanca de tan finas florecillas, exclamó:
- Perfume de Granada para que no me olvide nunca ni de este momento ni de esta ciudad ni de vosotros.

El que la amaba en secreto, hombre bueno, mucho mayor que ella y por eso no había querido compartir con la muchacha sus sentimientos, la miró desde el lugar que ocupaba en la mesa. El corazón se le llenó de amor y el alma se le transformó en tiernas y dulces sensaciones al verla toda bañada en jazmines mientras regalaba una sonrisa limpia y llena de sinceridad serena. Quiso decir algo pero, por miedo a romper el encanto del momento, se mantuvo en silencio. Sí los niños siguieron jugando con su amiga mientras el tiempo corría hasta que llegó la media noche. Se levantaron de la mesa, unos y otros se despidieron y todos alrededor de ella le decían:
- Mañana a primera hora te despedimos como mereces.
Y poco a poco, unos y otros se fueron retirando. Se quedó la joven sola con el que le amaba en secreto y aprovechó para decirle:
- Sé que me vas a echar de menos.

Y el corazón del hombre tembló. Un fuerte impulso interno se agitó también en su espíritu y a punto estuvo de confesarle lo que en ese momento sentía. De nuevo se contuvo y simplemente dijo:
- Pasearé por las calles de Granada pensando que por aquí sigues presente y siempre con la ilusión de encontrarte en el rincón más inesperado.
Y sin más, la joven comentó:
- Tengo para ti una sorpresa que quiero darte ahora mismo.
- ¿Qué es?
- Para que puedas hablar conmigo cuando a partir de mañana ya no esté en Granada, aquí tienes esto.

De su bolso sacó una pequeña cajita de cartón y se la entregó diciendo:
- En cuanto ya esté en mi país lejano, te mandaré mi número de teléfono para que lo tengas y puedas llamarme cuando quieras.
Un poco aturdido el hombre cogió lo que la joven le regalaba mientras oía que ésta de nuevo comentaba:
- Ahora ya es tarde y mañana tengo que madrugar para coger el autobús a tiempo. Abre el regalo que te doy cuando llegues a tu casa y lo miras y estudias despacio.
Se despidió y el hombre, caminó por las oscuras y estrechas calles del Albaicín hasta su casa, abrió la puerta, entró y enseguida se puso a ver qué era lo que la joven le había dado. Ilusionado y nervioso, abrió la cajita y no tardó en descubrir que lo que dentro había era un teléfono móvil de última generación. Se digo: "¡Qué gran regalo y cómo me va a servir para mantenerme en contacto con ella y así no sea para mí tan dolorosa su pérdida!"

Lleno de gozo y muy reconfortado, durmió relajadamente a lo largo de lo que quedaba de noche. Y madrugó bastante para despedir a la joven en el momento de su marcha. Y aquella mañana, mientras ella se alejaba de la ciudad de la Alhambra y el hombre la recordaba, asomado a la ventana de su casa frente a la Alhambra, se puso a estudiar el funcionamiento del teléfono que su amiga le había regalado. Y enseguida descubrió que el aparato, además de teléfono, servía para otras muchas cosas. Para radio, reproductor de música, lector de libros, para ver y hacer fotos, reproductor de vídeos… Con los amigos de la joven, compartió el hombre del práctico y bonito regalo y al caer la tarde, guardó el móvil en su bolsillo, salió de su casa y se fue a dar un paseo por los lugares que con ella había recorrido días atrás. Se decía, mientras cada vez más ilusionado miraba el bonito aparato y pensaba en ella: "Ya estoy deseando que me mande su número de teléfono para así usar este móvil y compartir mi alegría con ella". Y buscó los rincones más bonitos del barrio del Albaicín, río Darro y la Alhambra sobre su colina y le hizo fotos. Las guardó todas con el propósito de mandárselas en cuanto conociera a fondo el teléfono y ella le mandara su número.

Todo el rato estuvo de acá para allá, por los rincones del Albaicín y río Darro que había recorrido con ella. Y al ponerse, se decidió volver a su casa. Todo lleno de gozo y hondamente ilusionado con el regalo de su amiga. Por eso, mientras subía por la empinada calle, llevaba en la mano el móvil y miraba la pantalla, aprendiendo las cosas y probando su funcionamiento. Caminaba y ya

estaba a solo unos metros de su casa cuando, en dirección contraria a como avanzaba, notó que pasaba una moto pequeña. Solo unos metros más abajo, percibió que la moto daba la vuelta, reparó que dos jóvenes vestidos con ropas oscuras, se bajaban de esta moto y no prestó más atención porque por completo se concentraba en la pantalla del móvil que llevaba en la mano.

Pero de pronto, los brazos de alguien, lo sujetaron por detrás, lo empujaron con fuerza y lo tumbaron en la calle. El hombre, gritó pidiendo ayuda al tiempo que sujetaba fuerte el móvil contra su pecho. Sobre su cuerpo sintió el peso de las dos personas y los dedos de estas personas que se aferraban fuertemente a la mano donde el hombre sujetaba el aparato. Seguía apretando con todas sus fuerzas el móvil contra sí y protegiéndolo bajo su cuerpo y el empedrado de la calle mientras gritaba sin parar implorando socorro. Y en un momento de esta angustioas, lucha y miedo, por su mente pasó la imagen de la joven y se concentró en el bonito regalo que de ella había recibido y ahora aprisionaba contra su pecho para que no se lo quitaran. Volvió su cabeza, en uno de los forcejeos y a su derecha vio una alta pared que circundaba los jardines de un amplio Carmen. Y, mientras se debatía tumbado en el suelo con los dos jóvenes encima y seguía suplicando ayuda, por su mente un pensamiento cruzó veloz. Con la mano derecha cogió el móvil, lo alzó rápido por el aire y lo lanzó con fuerza con la intención de que cayera al otro lado de la pared. Y en este mismo instante pudo mirar y ver al móvil volando por los aires, con la pantalla encendida y dando vueltas. Lo vio luego perderse por entre las ramas de un granado y justo en este momento, los jóvenes lo soltaron y salieron corriendo. Fue a incorporarse enseguida pero al querer levantarse, notó que no podía. Miró y vio a los jóvenes subirse en la moto y en unos segundos, los dos desaparecieron calle abajo.

Sin saber qué hacer ni decir, siguió mirando durante unos segundos y luego de nuevo quiso levantarse. Le dolía la pierna y le sangraba la mano derecha. Se miró y descubrió que toda la mano, por el lado de arriba, la tenía llena de heridas. Mi siquiera hizo por limpiarse la sangre que le chorreaba por los dedos y manchaba el empedrado de la calle. Miró a un lado y otro y a nadie vio. Quiso seguir pidiendo ayuda pero ahora pensó que ya no serviría para nada. Se arrastró poco a poco por la calle hasta llegar a su casa. Abrió la puerta, entró, se situó frente a la ventana que daba a la Alhambra y pensó en ella, en el móvil que había tirado por encima de la tapia y en los dos jóvenes que les habían atacado. Exclamó: “¡Dios del cielo! ¿Qué les he hecho yo para que de este modo me ataque?” Su corazón se le asfixiaba en pena y angustia y hasta el aliento se le entrecortaba. Tanto, que deseaba morirse para no vivir el momento. La recordó e imaginó las escena en que llegaba a su país y luego y la vio mandándole el número de su teléfono para que él la llamara. Imaginó dónde habría caído y cómo el móvil que solo unas horas antes ella le había regalado y con más fuerza deseó morir.

Unas horas después de la salida del sol, la niña de los jazmines y sus amigos, llamaron a la puerta del hombre enamorado. Golpearon en la madera varias veces y luego dijeron:
- Venimos a verte y a estar contigo porque queremos contarte algo.
Pero dentro de la casa, nadie contestaba. Pasó en esos momentos por la calle,

la madre de la pequeña y al darse cuenta que la puerta estaba abierta, empujó un poco, entró a la estancia al tiempo que decía:
- Los niños amigos de la joven que hace unas horas se ha marchado, desean compartir algo contigo. ¿Dónde estás?
Y a esta llamada de la madre, nadie contestó. Por eso, siguieron avanzando por la estancia y al mirar para la ventana que se abría frente a la Alhambra, lo vieron sentado junto a ella. Inmóvil y por el suelo, se extendía un amplio charco de sangre. Asustada la madre pidió a los niños que salieran de la estancia. Luego salió ella y enseguida avisó a los vecinos. Acudieron rápidos unos y otros y, de ningún modo, pudieron devolverlo a la vida. Sí se empezó a correr la noticia de lo ocurrido la tarde antes porque algunos de los vecinos, vieron y oyeron algo aunque no acudieron en su ayuda.

Al día siguiente, el grupo de niños y vecinos, llevaron su cuerpo al cementerio y la pequeña de los jazmines, agarrada de la mano de la madre, en un momento le preguntó:
- ¿Por qué esos jóvenes de la moto han sido tan malo con este amigo nuestro?
Y después de un rato, la madre respondió a su pequeña:
- Esos jóvenes no son buenos ni en sus corazones anida el amor. Hija mía, tú aprende de esto: cuando una persona ataca y agrede de la manera que han hecho ellos con este buen hombre, es indicio de que en su alma anida lo diabólico.
- ¿Y eso qué quiere decir?
- Que la esencia más pura de las personas no es atacar y herir a los demás. Nosotros hemos sido creados para respetarnos, ayudarnos y amarnos unos a los otros y no para comportarnos como lo han hecho esos jóvenes. Por eso te repito que ellos están poseídos por el espíritu de lo diabólico. Como si no perteneciera a lo esencia de la especia humana.
Y la pequeña, ya no hizo ninguna pregunta más a la madre. Siguió caminando junto a ella, cogida de su mano y al poco oyó a una vecina que comentó:
- ¡Y con lo bueno que era este hombre! Nunca, nunca en su vida hizo daño a nadie ni a nada y a veces, ni hablaba por no ofender. Siempre que alguien lo necesitaba, él se prestaba para ayudarle en lo que fuera y siempre procuraba crear armonía y paz entre las personas. Nadie, nadie nunca ha sido por aquí más bueno que él.
Y varias de las personas que iban en el cortejo, aprobaban las palabras de los amigos vecinos y seguían caminando en silencio.

Por lo alto de las cumbres de Sierra Nevad, se alzaba el sol y sus brillantes rayos, caían sobre las torres y murallas de la Alhambra. Al fondo, corría el río Darro y más al fondo, se veía en su quietud y silencio, la blanca ciudad de Granada. Más a lo lejos y como en un mundo misterioso y hondamente quieto, se intuía la presencia de la joven que hacía solo unas horas, se había marchado de Granada. Y en el aire, parecía oírse como los latidos del corazón del hombre enamorado, por completo ahora en su mundo hondo y silencioso.

## **Castañuelas musicales** //Gc

I- Fue avanzado el otoño y las lluvias caían. A veces, de una forma

torrencial, con fuertes vientos y con frío y otras veces, más suave. En las cumbres de Sierra Nevada, las nubes dejaban nieve y por los montes cercanos y colina de la Alhambra, las nieblas revoloteaban. El río Darro y el Genil, a su paso por Granada, corrían llenos y los árboles de las riveras, sembraban el suelo de hojas amarillas. También la hierba junto a los ríos, cada mañana amanecían bañadas en agua y con mil gotas claras colgadas en su tallos. Un otoño hermoso, lleno de melancolía y para él, triste como ningún otro.

Solo hacía unos días, de Granada se había marchado su mejor amigo. Un hombre honesto donde los haya, sabio y bueno. Y aunque ya tenía más de noventa años, a todas horas repartía respeto y llenaba de entusiasmo a todos los que con él trataban. Durante muchos años, en la misma casa habían vivido y a lo largo de todo este tiempo, ambos habían compartido tardes soleadas junto a las fuentes de los pinos, horas nocturnas frente a las estrellas por entre los naranjos y muchos ratos de silencio. A su manera y, mientras miraban al cielo, muchas veces rezaban. Por eso ahora, lo echaba de menos y hasta sentía nostalgia cada vez que se asomaba a la ventana a contemplar la lluvia y a escuchar los cantos del mirlo en el acebo mientras caía esta lluvia y la soledad en su corazón se le acrecentaba.

Se dijo: “Seguiré dando mis paseos por las calles de Granada, mientras lo recuerdo y bebo la música de este otoño viejo y nuevo”. Y siguió dando sus paseos por la Cerrera del Darro, por la Cuesta del Rey Chico, por el centro de la ciudad y por el jardín de las fuentes y los naranjos. Y en estos paseos, además de la lluvia y las hojas amarillas que el otoño arrancaba de los árboles, una de las cosas que le empezó a llamar la atención fueron algunas muchachas jóvenes. Sin pretenderlo, a la vuelta de una esquina en la calle, junto a una tienda, frente a una plaza o cerca de un jardín, de pronto veía a una joven sentada casi en el suelo o en algún escalón. La miraba porque le llamaba la atención y para sí se preguntaba: “¿Estará, como yo, echando de menos a alguien? Y me hago esta pregunta porque la veo sola, triste, como bebiendo de un dolor íntimo y secreto y también como esperando, mientras la lluvia cae y el otoño camina firme y en su silencio”.

Y una tarde, cuando la lluvia caía recia y por la plaza del Triunfo, frente al Arco Elvira, todo el espacio estaba sembrada de hojas amarillas, de nuevo se fue a dar un paseo por la calles de Granada. Caminando solo y triste mientras recordaba a su mejor amigo y mientras, de vez en cuando, se encontraba con alguna joven sentada en el umbral, mirando la lluvia caer y acurrucada en su mundo más secreto. En más de una ocasión, estuvo a punto de pararse, saludar a la joven y preguntarle pero no se atrevía. La lluvia había lavado los adoquines de la calle Elvira y el frío se dejaba sentir, mezclado con el olor a castañas recién asadas. Subió por la Carrera del Darro y al mirar para su derecha, vio a la Alhambra sobre la colina, muy velada por una fina cortina de niebla. La carrera del Darro esta tarde, estaba solitaria, con solo cuatro o cinco gatos en el Puente Espinosa y muchas hojas naranjas y color otoño desparramadas por el suelo.

Siguió subiendo, mientras recordaba a su amigo y reflexionaba sobre las jóvenes que había visto sentadas en el umbral de las casas y puertas de las tiendas. Llegó al puente del Aljibillo y al verlo todo solitario, bañado de lluvia y

hojas de otoño color ocre, el corazón le dio un vuelco. Porque vino a su memoria la imagen del amigo ahora por completo ausente y porque también pensó en la joven extranjera que se refugiaba en la cueva que hay por encima de la Fuente del Avellano. Se dijo: "También ella está sola, no tiene trabajo, es emigrante y sin papeles y ni siquiera puede comprar algo de fruta para alimentarse. Sin duda que ahora con esta lluvia, el frío y las nieblas del otoño que por aquí cubren, sentirá añoranza. ¡Qué pena no tener cerca a las personas queridas para compartir estos momentos y para acurrucarse en el calor de una casa, bajo un techo!".

Y después de mirar durante un buen rato los muros del pequeño puente y las aguas del río, se dispuso a seguir para continuar por la Cuesta del Rey Chico. Pero justo en este momento, sintió los repiqueteos de unas castañuelas. Miró y la vio. Estaba sentada a la altura de la fuente, en la plaza del Paseo de los Tristes. Frente a la Alhambra y cerca de las aguas del río. Era joven, tenía el pelo recogido en trenzas y en cada mano sujetaba y hacía soñar una castañuela. La observó y escuchó un momento y luego se acercó y le preguntó:
- ¿Qué celebras de esta manera y en esta fría y silenciosa tarde de lluvia?
Lo miró ella y sin dejar de tocar sus castañuelas, respondió:
- Celebro precisamente eso: la vida, la lluvia de la tarde de otoño y mi sueño.
- ¿Tu sueño?
- ¿Sabes tú que estas castañuelas son musicales?
- ¿Castañuelas musicales? ¿Qué explicación puedes darme de eso?

Y la joven se levantó de donde estaba sentada, dio unos pasos hacia la Cuesta del Chapiz y mirando para una de las estrechas calles que desde este lugar arrancan hacia el corazón del Albaicín, dijo:
- Ven conmigo y te lo muestro para que veas en vivo y en directo.

II- La casa, un poco antigua y unida a otra que se alargaba calle arriba y calle abajo, se veía hermosa. Una sola puerta a ras de la calle, dos ventanas, una a cada lado y unas macetas con flores en las rejas de estas ventanas. La puerta, se veía de madera vieja y un cristal transparente que dejaba ver como una pequeña estancia. A través de este cristal, en la estancia se veía una mesa, algunas sillas, una chimenea y un par de cuadros colgados en la pared. La puerta de la casa miraba a la Alhambra y la calle, estrecha, solitaria y empedrada, subía casi recta desde el río, como atravesando la ladera hacia lo más alto de la colina. Preguntó el hombre a la joven:
- ¿Vives tú en esta casa?
- En parte sí y en parte no pero luego te explico.
- ¿Y por qué luego?
- Porque antes quiero decirte que él, ni joven ni mayor, siempre solo y continuamente como ausente, fue en esta casa donde pasó sus días. Sentado tras la puerta de madera, escribiendo sus cosas, apoyado en la mesa frente al fuego y mirando continuamente hacia la calle.
- Luego también me cuentas quién era él porque ahora me gustaría saber qué escribía y por qué siempre tras la puerta mirando para la calle.
- Eso es lo que a mí en todo momento me intrigaba. Hasta que un día le pregunté y como respuesta obtuve un prolongado silencio.
- Y por tu cuenta ¿qué pensabas?
- Que tenía el corazón tan lleno y vivía en una ausencia tan grande que

necesitaba escribir sin parar para sanarse y al mismo tiempo quería fundirse y marcharse con todos los que por la calle pasaban.

El hombre pidió a la joven que se detuviera, todavía unos metros antes de la puerta de la casa y, mirando en silencio, pasado unos segundos volvió a preguntar:
- ¿Y por qué me has traído aquí y me enseñas y explicas esto?
- Porque un día, yo lo vi salir por esta puerta y caminar calle abajo, como hacia el río y hacia la Alhambra. Llevaba bajo el brazo un gran bolso con muchos cuadernos escritos dentro y al cruzarnos aquí mismo, lo miré y le pregunté: "¿Te marchas?" Muy solemne me respondió: "Me marcho y ahora ya es para siempre aunque en estas casa y rincón me quedo para toda la eternidad". "¿Y a dónde te marchas?" Y otra vez muy seguro de sí, rotundamente me dijo: "Muy lejos de estos lugares y reino pero al mismo tiempo creo que ya para siempre estaré por aquí presente". No entendía el mensaje de sus palabras pero en ese momento sentí un poco de miedo, mezclado con cierta tristeza y un halo de paz y misterio. Las cosas profundas y elevadas, a veces hacen temblar el alma. Le volví a preguntar: "¿Quieres dejarme algún encargo de algo que pueda hacer por ti?" Y otra vez muy decidido me comunicó: "Sí, lo que yo a lo largo de tanto tiempo y tras los cristales de la puerta de mi casa he soñado: que te compres unas castañuelas de la mejor madera y que aprendas a tocarlas con alegría y fuerza. Y que cuando ya sepas sacar música de estas castañuelas, tú y tus amigos contigo, vengáis aquí cada tarde y en esta calle y frente a la Alhambra, toquéis vuestras castañuelas y bailéis el mejor baile".

Sorprendida por el encargo que me dejaba, durante unos segundos lo miré sin saber qué más preguntarle. Luego me animé otra vez y le volví a preguntar: "¿Y por qué piensas que es bueno y para qué puede servir todo esto que me pides?" Me dijo: "De esta vida y de este suelo, un día u otro, todos nos marcharemos. Hoy me toca a mí, ayer lo hicieron otros y puede que mañana lo hagan los que ahora mismo pasan por aquí. Y tras la marcha, siempre queda nostalgia, vacío y hasta tristeza. Pero las personas buenas y con sentimientos elevados, por encima de la tristeza de la pérdida, debemos celebrar los días, el sol, el aire, el silencio y el rumor de las aguas del río y la presencia de la Alhambra sobre esa gran colina. ¿Entiendes lo que te digo?"

Y le dije que sí, sin estar seguro de ello. Se despidió de mí, siguió caminando y por esta estrecha calle que baja hasta el río, se perdió para siempre. Hace ya de esto mucho tiempo y, desde que se marchó, busco la manera de aprender a sacar música de mis castañuelas. Para cumplir su encargo y para, un día y tal como él me dijo, justamente en esta calle y frente a su casa, celebrar lo que me indicó. Creo que será muy hermoso y, no solo aquí en Granada sino en el mundo entero, que un grupo de jóvenes cada tarde interpretemos y saquemos música de nuestras castañuelas y bailemos en esta calle frente a la Alhambra. ¿No crees tú eso?

Y el hombre, miró fijamente a la joven, miró luego para la Alhambra y pasado unos minutos, respondió:
- Sí que lo creo. Te doy las gracias por lo que me has enseñado y recuérdalo ofreciéndole el homenaje que ahora mismo es tu sueño.

Despidió a la muchacha, continuó caminando por la Carrera del Darro, ahora de vuelta y conforme se iba encontrando con los turistas, para sí se decía: “Tendré que acostumbrarme a vivir con la tristeza que me ha dejado la marcha de mi amigo anciano y tendré que acostumbrarme a ver cada tarde muchachas sentadas en el umbral de las casas y en las puertas de las tiendas. Y cuando pueda, vendré a consolarme con la música y danza de este grupo de jóvenes y sus castañuelas frente a la Alhambra. La vida es así y solo elevándola para trascenderla merece realmente la pena vivirla”.

## **El valle de los Pedroches** //Pa

Desde tiempos muy lejanos, se le conoce con el nombre de El Valle de los Pedroches. Porque es donde se forman varios arroyuelos que, algo más abajo, se juntan y dan cuerpo a un cauce mucho mayor. Y porque también en este lugar, hay muchas piedras sueltas. Piedras grandes, pedroches, pedregal, que han sido el origen de nombre del pequeño valle.

Y abajo, donde se juntan los arroyuelos que van naciendo y corriendo por lo ancho del valle, mana una fuente. Un pequeño venero que, en verano y cuando todo el entorno se queda seco, da mucha vida a las plantas y animales que viven por aquí. Quizá por esto, en tiempos muy lejanos, un poco más arriba del venero, construyeron un colmenar. Un pequeño cuadrado, levantado con piedras sin mezcla, recogidas por las tierras del valle. Como un corral para ovejas pero sin techo para que las abejas pudieran entrar y salir sin ninguna dificultad y al mismo tiempo, las colmenas, estuviera protegidas de sus depredadores.

Siendo él todavía pequeño, por este valle, por donde mana la fuente y por donde se encontraba el colmenar, jugó muchas veces. Casi siempre en solitario y casi siempre soñando sueños muy hermosos. Y, entre todos estos sueños, el que más le gustaba era el de una princesa de la Alhambra. Alguien que nunca había visto y por eso ni sabía cómo se llamaba ni de qué color era su piel pero la imaginaba hermosa. Como a la más hermosa de cuantas princesas hayan existido nunca en el mundo y en Granada.

Por eso se sentía orgulloso de ella y por eso, recorría el valle llevándola siempre de la mano y compartiendo y contándole todos los secretos de estos sitios. Los colores de las flores y los vuelos de las mariposas, el fluir bello del agua por los arroyuelos, el canturreo del viento por entre las ramas y hojas de las encinas y otras muchas maravillas. Porque para él, todas estas cosas, eran los portentos más grandes nunca vistos y por eso se sentía orgulloso de compartirlos y ofrecérselos a ella, la princesa de sus sueños. La más dulce, la más hermosa, la más buena. La que un día se iría con él a los mundos más lejanos y a los castillos más bellos.

Pasaron los años y creció como cualquier otra persona. Se alejó de aquel valle y se puso a recorrer mundo por pueblos, ciudades y naciones, siempre llevando en su corazón a la princesa que de pequeño había soñado.

Conoció a mucha gente, aprendió muchas cosas, tuvo algunos amigos, fue dueño de una pequeña fortuna y se enamoró y sufrió. Por el valle de las piedras también siguieron cayendo las lluvias, corrieron los arroyos, florecieron las primaveras y, lo veranos y otoños, no dejaron de pasar un año detrás de otro. Siempre a paso lento pero siempre firmes y sin detenerse.

Y, una tarde de invierno, se le volvió a ver por donde mana la fuente. Justo unos metros más debajo de donde todos los arroyuelos se funden en uno solo. El que ya recibe el mismo nombre del valle: Arroyo de los Pedroches. Oscurecía, llovía débilmente y hacía frío. Quizá por esto él recogía leña. Ramas secas de encina, raíces secas de fresno, matas secas de aulagas, ramas también secas de romeros y algunas piñas viejas. Con todo esto fue haciendo un haz y luego, se lo echó a cuestas, subió por la cuestecilla de la fuente, recorrió la pequeña sendilla hacia la llanura del cerrete y, donde las derruidas paredes del colmenar, se paró. Soltó su haz de leña, buscó un rincón junto a las paredes de piedra y algo resguardado del viento y la lluvia y aquí se puso a encender una lumbre.

Tardó un poco porque toda la leña estaba mojada pero lo consiguió. Ya era de noche por completo cuando el humo y las llamas surgieron de entre las paredes de piedra de viejo colmenar. Y, al poco, hizo como una cama frente a la lumbre y aquí se recostó. Al calor de la candela y frente al valle que tantas veces había recorrido de pequeño. Porque sí, después de tantos años y tantas experiencias y mundo recorrido, nada había logrado apartarlo de la princesa de sus sueños ni del mundo por donde había jugado de pequeño.

## **La fuente del paraíso** //Pa

Desde la solana de enfrente, colina y cerro donde se asientan los barrios del Albaicín y Sacromonte, miraban con interés. A veces, sentados justo por donde ahora va la muralla que separa los dos barrios y, otras veces, simplemente parados más o menos en el mismo sitio. Y en estos momentos, casi siempre al caer las tardes, el más joven comentaba a su amigo:
- ¿Te imaginas un copioso manantial brotando en lo más alto de aquella colina?
- Intento imaginarlo pero ¿dime tú en qué punto exacto te gustaría que brotara ese manantial?
- Justo por encima del pequeño castillo que hay al lado de arriba del palacio largo. Donde, entre aquellos árboles que se recortan sobre las nieves de Sierra Nevada.

El punto exacto que él pretendía indicarle a su amigo, se encontraba algo más arriba de lo que hoy conocemos como la Silla del Moro y cerca del palacio Dar al-arusa. Justo donde hoy se ven las ruinas de este desaparecido palacio. Por aquel entonces, en este lugar en el Cerro del Sol y por encima del Generalife y palacios de la Alhambra, crecían hermosos jardines y árboles frutales. Varías acequias grandes surcaban las tierras llanas por la parte alta del cerro y algunas albercas embalsaban agua de lluvia y también la que sacaban con las norias construidas aun más arriba.

Pero ellos, sobre todo el más joven de los dos amigos, lo que más soñaban y veían desde la distancia, era otra cosa. Por eso el mayor, con frecuencia preguntaba a su amigo:
- ¿Pero cómo imaginas tú el manantial que tanto sueñas?
- Sobre todo, lo imagino abundante, de aguas muy claras y frescas y que, desde el mismo venero se extiendan y corran en varias direcciones.
- Pero para que las aguas corran en varias direcciones, el venero debe brotar en algún sitio muy original. Quiero decir que no mane como todos los manantiales, en las laderas de los cerros o en los barrancos.
- Precisamente por eso, el manantial que sueño yo, es único en este rincón de la Alhambra y en muchas partes del mundo. No solo por sus claras y frescas aguas sino por el lugar donde de la tierra brota.
- Pues yo pienso que aunque tu sueño es bonito o precisamente por esto, porque es tan especial, nunca podrá ser real en este suelo.
- Eso es lo que también me digo yo muchas veces y sin embargo lo sueño. ¿No crees tú que a veces los sueños pueden hacerse realidad?
- No del todo, pero a lo mejor algún día sucede eso.

Y un día, los dos amigos del Albaicín, descendieron por una sendilla hasta el río Darro, luego subieron por la umbría y se encajaron en lo más alto del Cerro del Sol. Miraron muy entusiasmado para el valle del río, la colina del Albaicín y la de la Alhambra y después se movieron por el terreno de estas partes altas del cerro. El más joven comentaba al mayor:
- Mira tú también conmigo a ver si encontramos el punto exacto propio para que el manantial brote.
- Es que yo no sé ni siquiera cómo debe ser ese lugar que dices.
- Tú mira y cuando veas algo que te guste, me lo dices.
Y los dos se pusieron a buscar, caminando de un lado para otro por lo más alto del cerro.

Y buscaban ellos muy entusiasmados cuando, de pronto, al asomarse a una pequeña hondonada, sobre una gran piedra, vieron a un hombre sentado. Lo saludaron y como no lo conocían de nada, hicieron por seguir con lo que tenían entre manos. Sin embargo, el hombre los llamó diciendo:
- Sé quiénes sois y también sé lo que estáis buscando por aquí.
Los dos muchachos se quedaron parados, miraron al hombre mayor y con barbas blancas y al rato, el más pequeño le preguntó:
- ¿Y usted puede ayudarnos?
Le hizo esta pregunta creyendo que el hombre, por lo que había dicho hacia uno momento, podría ser dueño de algunas de aquellas tierras.
- Yo puedo ayudaros pero con una condición.
- ¿Qué condición?
- Que a nadie digáis nunca nada de lo que por aquí os muestre.
- ¿Por qué no podemos decirlo a nadie? Si lo que usted dice puede enseñarnos y tiene relación con lo que nosotros estamos buscando y es bonito e interesante ¿por qué no podemos compartirlos con los demás?
- Por dos cosas muy concretas: porque nadie va a creer lo que vosotros vais a ver por aquí y, porque si llega a oídos de los reyes de la Alhambra, enseguida van a venir y se harán dueños de estos lugares.

Se miraron los jóvenes entre sí y después de un rato, dijeron al hombre mayor:
- De acuerdo. Por lo que se ve usted debe ser un gran sabio o un mago que puede conseguir que se haga real lo que nosotros soñamos. Aceptamos las condiciones que nos pide. ¿Qué más tenemos que hacer?
- Mañana por la mañana temprano os vais al sitio sobre el cerro de las cuevas que conocéis bien porque es vuestro mirador particular y os sentáis y miráis para este monte muy concentrados. Poco después de la salida del sol, sobre este cerro donde ahora mismo estamos, veréis lo que tantas veces habéis soñado. Pero estad muy atentos y no os perdáis ningún detalle porque las cosas puede que ocurran muy rápido y, el fenómeno, quizá dure poco tiempo. Después de ese singular acontecimiento, nunca más volverá a verse sobre este monte el espectáculo que os estoy anunciando.

Al amanecer del día siguiente, los dos jóvenes ya estaban sentados en las laderas del cerro hoy conocido como San Miguel Alto, por encima de los barrancos de las cuevas en el barrio del Sacromonte. En silencio miraban muy atentos y, al poco, vieron aparecer la luz del nuevo día por encima de las cumbres de Sierra Nevada. Poco a poco el alba se fue tornando clara, trayendo detrás de sí el redondo disco del sol. Y ellos, con el corazón lleno de emoción, miraban para la luz del alba por encima de las altas cumbres, esperaban la llegada de los primeros rayos del sol y miraban para el cerro que tenían enfrente. Preguntó el más pequeño:
- ¿Qué será lo que ocurrirá en ese manantial?
- Ya no queda no queda mucho para comprobarlo.
Y fue justo cuando el gran disco rojo del sol aparecía por encima de las cumbres del Mulhacén, cuando en el cerro de enfrente, comenzaron a ver lo que impacientes esperaban. Primero apareció como un gran borbotón de agua muy clara, que brotaba en lo más alto del cerro. Se elevó este borbotón como medio metro y, sin violencia ninguna, comenzó a derramarse en forma de abanico y pequeñas cortinas que caían hacia los barrancos de los lados. Enseguida, por los barrancos que bajaban desde lo alto del cerro hacia el río Darro, aparecieron arroyuelos que corrían serenos, saltando por entre piedras y monte. Y al poco, toda la cumbre del cerro y la gran ladera con sus arroyuelos, se llenaron de aguas transparentes y luminosas. Y como los rayos del sol llegaban desde el horizonte al amanecer, el espectáculo se veía precioso.

Con la boca abierta, los jóvenes miraban cuando sintieron que alguien por detrás, se acercaba a ellos. Volvieron sus cabezas y vieron al hombre mayor de barbas largas y blancas. Los saludó y les dijo:
- Nadie más que vosotros ve ahora mismo lo que ocurre en ese cerro de enfrente.
Y el más joven de los amigos, preguntó:
- ¿Y de dónde viene el agua que brota por ese venero en lo más elevado de aquel cerro?
- Del corazón de las montañas que al levante de la Alhambra hay.
- ¿Quieres decir que la Alhambra está construida sobre un lago de aguas azules y claras?
- Así es pero, ni los que viven ahora en esos palacios ni los que vengan por aquí

cuando pase el tiempo, lo saben ni lo sabrán.
- ¿Y por qué a nosotros sí se nos permite ver este espectáculo y conocer tan misterioso secreto?
- Porque con mucha fuerza, lo habéis soñado y porque yo quería que supierais dos cosas importantes.
- ¿Qué dos cosas son esas?

Y el hombre mayor, después de unos segundos en silencio, dijo:
- Primero, porque en el gran paraíso que un día todos veremos, hay un manantial que es muy parecido a lo que frente a vosotros ahora ocurre. Por eso, a este borbotón de aguas claras podríamos llamarlos "la fuente del paraíso". Y segundo, porque al final de todos los tiempos, cuando ya por fin la especie humana desaparezca por completo de este planeta que ahora pisamos, la Alhambra y todos estos parajes, quedarán cubiertos por las aguas. Un borbotón muy parecido a lo que ahora mismo veis al frente, surgirá de la tierra y lo cubrirá todo para siempre y nunca, nunca más se sabrá de estos palacios y contornos.

Al oír esto, los jóvenes ya no preguntaron nada más. Sentados se quedaron frente al hombre mayor de barbas blancas y miraban entusiasmados a las aguas brotando en lo más alto del cerro y en los arroyuelos cayendo por las laderas. Casi asustados por el fantástico espectáculo, mientras intentaba imaginar el manantial del gran paraíso y el final de todos los tiempos en este lugar del Planeta Tierra.

**Extraño día de otoño en Granada** //Ba

Iba amaneciendo y, en el acebo bajo su ventana, se oían los cantos de un mirlo. Algo más arriba, sobre el cerro que corona al barrio del Albaicín, se veía el resplandor del nuevo día que comenzaba a llegar. Y más cerca y por encima de las altas torres de la Alhambra, se veían relucir las nieves. Las primeras nieves del año en los primeros días de noviembre. Pero en el acebo bajo su ventana y por el jardín de su casa, era lluvia mansa lo que caía. Lluvia dulce mezclada con las primeras luces del nuevo día y las pinceladas matinales del otoño que lento resbalaba.

Desde su cama, aun todavía envuelto en las sábanas, miraba pensativo, se dejaba abrazar por el chapoteo de las gotas de agua cayendo sobre las hojas del acebo, en el asfalto de la calle y por entre las plantas del jardín. También en las claras aguas de las fuentes y resbalando por entre las hojas de los álamos. Vino a su mente su recuerdo, en los últimos días del verano y el corazón se le llenó de nostalgia. Tal como estaba y absorto en el amanecer del nuevo día, se dijo: "Hace ya tanto tiempo que te fuiste que ni recuerdo el momento. Pero el alma, al igual que en aquellos días, te echa de menos porque te necesita. Y en estos amaneceres de otoño, tan misteriosos y bellos ¡cuánto te necesito y cómo me gustaría que estuvieras!".

Cerró sus ojos y, tal como estaba en la cama, siguió quieto. Vino a su pensamiento la imagen del amigo que también hacía tiempo se había marchado

de Granada y de nuevo la soledad y melancolía se le agolpó en el corazón. Pensó que, aun podía dormir un rato más y de pronto, como en la realidad más clara, lo vio. Venía sentado en el último asiento del autobús y en estos momentos, el vehículo se paró, se levantó, cogió su maleta, cargó con ella, bajó del autobús, miró al frente y al ver a la ciudad envuelta en niebla y tapizada de la lluvia, se dijo: "No podría haberme regalado el cielo un día más especial que éste. Es otoño y estoy en Granada. La lluvia cae mansamente pero sin parar y todas las calles, plazas, árboles, hierba y montes amigos de esta ciudad se ven lavados por la lluvia. Y digan lo que digan unos y otros, no hay en el mundo cuadro más hermoso que un día de lluvia como éste y en esta ciudad tan mágica. ¿El otoño? La estación más hermosa del año cuando los días se presenta como el de hoy, con lluvia, niebla, silencio y viento cargado con olores a tierra mojada, ningún sueño ni rincón del planeta es más bello. Digan lo que digan, Granada en otoño y cuando la lluvia cae como lo hace ahora mismo, fundirse con este misterio, es dulce y placentero".

Caminó despacio pero en lugar de irse hacia el centro de la ciudad, buscó el camino que, al poco, se adentraba por las riveras del río. Procurando irse por la senda que, lentamente remontaba en la dirección contraria a como corren las aguas y por donde más espeso crecía el bosque. De nuevo se dio: "Por aquí, remontaré hasta el mirador que conozco y, conforme me vaya situando ahí, cerraré mis ojos para abrirlos en el momento en que ya crea que me encuentro frente a la Alhambra". Pero enseguida, nada más avanzar por los caminos que atravesaban el bosque, vio a su derecha los avellanos. Se paró frente a ellos y al descubrir que de sus ramas pendían cientos de frutillos redondos y color caramelo, se paró. Se acercó al primer árbol, cogió unos cuantos de estos frutos, se agachó, buscó una piedra y los partió. Comprobó enseguida que estaban maduros y su sabor era muy agradable. Se incorporó, se acercó otra vez al árbol y comenzó a coger todas las avellanas que encontraba enganchadas en las ramas. En poco tiempo juntó un buen puñado que guardó en su mochila y luego de coger algunas avellanas más de los árboles que junto al camino encontró, continuó su subiendo. La lluvia seguía cayendo mansamente y por eso, del monte, retamas, lentiscos, cornicabras… colgaban multitud de gotitas transparentes. Por las partes altas del cerro que le iba quedando a la derecha, se veían las nieblas coronando y moviéndose despacio por entre los árboles del bosque. Intuyó, por entre estas nieblas y no muy lejos y sobre la colina, la robusta figura de la Alhambra y, más lejos, las blancas nieves de Sierra Nevada.

Casi una hora tardó en remontar la ladera que predecía al mirador. Y según se iba aproximando, se decía: "Si la niebla sigue cubriendo como hasta este momento, quizá me tape las torres y murallas de la Alhambra. Y puede que también cubran la gran ciudad de Granada y su vega, pero aun así, no me importa. Con solo sentirme sobre este mirador y mirar al frente, sabiendo que sobre la colina y por entre la niebla, se encuentra el alimento que mi corazón necesita, tendré bastante". Y cerró los ojos, tal como había pensado en cuanto pisó la tierra de la pequeña llanura del mirador. Siguió avanzando despacio pensando que no corría ningún peligro porque conocía bien el sitio y se aproximó a lo que intuía era el borde mismo del mirador. Se colocó frente a la colina de la Alhambra, imaginándola en ese momento de la misma forma que la había visto

años atrás.

Y después de un buen rato con sus ojos cerrados, ya parado y donde creía era el sitio apropiado por la mejor vista, se preparó para descubrir lo que con tanta fuerza le había arrastrado hasta el lugar. Abrió poco a poco sus ojos para ir percibiendo lentamente lo que ante sí tenía. Y lo primero que descubrió fue la espesa niebla que se concentraba sobre la colina. Por entre estas nubes de niebla vio algunas de las torres de la Alhambra, trozos de muralla e incluso, adivinó los jardines y las fuentes manando agua. El corazón se le llenó de emoción y la respiración se le aceleró. Movió un poco su cabeza y descubrió, a los pies de la gran colina de la Alhambra, algunos de los edificios que junto al río y por la vega, emergían por entre la lluvia y niebla.

Y, estaba gustando el momento y la hermosa y misteriosa figura de las torres y palacios de la Alhambra cuando a su recuerdo vino la imagen de aquella última mañana dentro de estos recintos. Hacía muchos, muchos años pero se presentaba con tanta fuerza y frescura que parecía ocurrir en ese mismo momento. Era por la mañana, también un día de otoño e iba él, en ese momento, caminando por unos de los salones de la Alhambra cuando le salió al paso uno de los jefes. Lo paró y le preguntó:
- ¿A un amigo tuyo le has regalado estos días unos libros?
Miró de frente al superior y después de un rato le dijo:
- Hace unos días, a un buen amigo que vive en el barrio del Albaicín, le he regalado algunas de mis cosas.
- ¿Cómo qué cosas?
- Varias de las páginas que tengo escritas y otros textos también escritos por mí y por eso míos.
- ¿Y no será que, de ese sitio que tú y yo sabemos, has cogido lo que le has regalado a tu amigo?

Al oír esto, el hombre se preocupó porque sabía que, de alguna manera, lo estaba acusando de ladrón. Por eso, se asustó y de la mejor manera que pudo, se defendió con la verdad de los hechos. Ni el jefe ni él, hablaron más de lo ocurrido pero sí aquella noche, cuando empezó a oscurecer, la joven que amaba, le dio su mano y le dijo:
- En este duro momento de tu marcha para siempre de estos palacios, quiero darte mi mano y recorrer contigo un trozo del camino que baja hasta el río para despedirte y que al menos con mi cariño y confianza, te consueles un poco.
Apretó ella su mano, caminaron lentamente por entre los jardines, salieron de las murallas, tomaron por el barranco hoy conocido con el nombre de Rey Chico y al llegar a la altura de la torre de la Princesa, ella lo despidió. Triste y cabizbajo, siguió él descendiendo, al llegar al río lo cruzó y cauce abajo siguió avanzando hasta que, lejos muy lejos y por donde la extensa vega, desapareció.

Aquello sucedió hacía ya muchos años. Nunca más se supo de este hombre pero ahora, esta lluviosa y fría mañana de otoño, volvía. Como si regresara de algún país muy lejano y lleno de misterio que nadie en este suelo conoce. Y como en su corazón todavía le sigue doliendo lo que le dijeron y cómo lo trataron en los palacios de la Alhambra, parece que volviera como al encuentro de la joven que amaba y aun recuerda, de alguna manera, lo que muchos años

atrás sufrió. Pero ahora, en estos momentos sobre el mirador frente a la Alhambra y en la colina gemela, mira y descubre la niebla que cubre el viejo monumento y también descubre el gran tajo que entre el mirador y los palacios de las torres, se abre. Se dice: “Es como si este río Darro, ahora descendiera por un profundo tajo, separando la colina del mirador y la de la Alhambra. Creo que de ninguna manera, nunca voy a poder cruzar este río para luego subir y encontrarme con aquellos lugares de la Alhambra”.

Y en su cama, entre las sábanas todavía y frente a la luz del nuevo día que llegaba, se despertó. Recordó el sueño y mientras se concentraba en los cantos del mirlo que revoloteaba por entre las ramas del acebo, meditó un momento y luego se dijo: “Ese hombre, necesita cruzar el gran tajo del río que le separa de la Alhambra. Voy a levantarme y después de prepararme, subiré al mirador donde se encuentra. No sé cómo, pero quiero ayudarle”.

## **Caminos a la eternidad** //Ba

Caminando río Darro arriba desde el centro de Granada, a la izquierda, queda el barrio del Albaicín. En una original colina muy parecía a la de la Alhambra, que se eleva a la derecha. Como si el cauce de este pequeño y original río, a lo largo del tiempo, se hubiera entretenido en labrar dos colinas casi por completo iguales. La de la Alhambra y la del barrio del Albaicín. Pero la colina de este hermoso barrio blanco, tiene una particularidad única. Sube, desde el río, en una ancha y prolongada ladera y al llagar a lo más alto, donde hoy se encuentra el Mirador de San Nicolás, se torna llana. Tan llana que incluso baja levemente y, en una distancia pequeña, se abre una llanura ancha y alarga.

Es en esta porción llana de terreno donde hoy el barrio tiene su corazón. Iglesia del Salvador, Plaza Larga, calle del Agua, Plaza Aliatar y otros muchos rincones realmente bellos y curiosos. Luego el terreno, hoy todo sembrado de muchas casas blancas, calles estrechas y pequeñas plazas, se prolonga hacia la ladera. Es la que cae del Cerro San Miguel y ermita que se encuentra en todo lo alto. Por esta prolongada y bastante elevada ladera ni en tiempos pasados ni hoy en día, se construyeron casas. Es un terreno muy apropiado para excavar cuevas y trazar veredas. Y esto fue lo que hicieron en aquellos lejanos tiempos, cuando todavía en la Alhambra vivían reyes y princesas y cuando, por las tierras llanas entre el Mirador de San Nicolás y cuesta del San Miguel Alto, había huertos.

Sí, donde hoy se ven tantas casas blancas apretadas entre sí, estrechas calles y pequeñas plazas, en otros tiempos hubo muchos huertos. Cogían el agua para regar estas tierras, tanto de la acequia de Aynadamar, la que venía del pueblo del Alfacar y de la otra pequeña que llegaba del río Darro. Y como estas tierras eran muy fértiles, los pequeños huertos que por aquí había, daban muy buenas y abundantes cosechas. La envidia era de los otros pequeños huertos, en el mismo valle del río Darro y los que también había en la colina de la Alhambra.

Por la parte de arriba de esta recogida llanura entre el Mirador de San

Nicolás y la ermita de San Miguel Alto, la ladera toda estaba llena de cuevas. Pequeñas y humildes, algunas y otras algo más grandes pero todas habitadas y como engarzadas por una red muy amplia de caminillos. Casi igual a lo que hoy en día puede verse por el lugar. Aquellos caminillos, estrechos y empinados, eran de tierra y no iban a ningún otro lado que a las puertas de cada una de las cuevas. Eran de tierra que se convertían en polvo en los meses de verano y en barro y pequeños arroyuelos, en los meses de otoño e invierno. No tenían otras vías por donde ir y moverse las personas que vivían en aquellas cuevas y los que cultivaban los huertos de la llanura en la parte baja. Todo casi exactamente igual a lo que todavía puede verse por el lugar, excepto la llanura donde estuvieron los huertos.

Y cuenta una leyenda que en aquellos lejanos tiempos, se presentó un invierno muy lluvioso y luego frío y con nieve. Las personas que vivían en la colina de la Alhambra y en la Medina al levante, cerca de los palacios, no tuvieron ningún problema. Pero las personas que vivían en la ladera de San Miguel, sí se morían de frío y quedaban sepultadas en sus cuevas, al hundirse éstas, de tanta lluvia y nieve. Los caminillos que surcaban la ladera de una cueva a otra, se llenaron de barro y se convirtieron en arroyuelos. Tanto que apenas se podía caminar por estos arroyuelos veredas. Y por eso, las personas pobres que ocupaban las cuevas, sufrían aun más. Calladamente, como casi siempre los pobres o comentando con los vecinos sus penas.

Algunos decían:
- Es como si el cielo nos hubiera abandonado por completo.
- Eso es lo que muchos pensamos, porque tanta lluvia y este frío tan intenso, a nosotros no nos sirve para nada.
- ¿Y qué podemos hacer para poner algún remedio en esto?
- Como siempre, nada. Los que hemos nacido pobres y así vamos pasando los días, nunca podremos hacer nada para remediar nuestras tristezas y penas.

Y una mujer muy pobre que vivía sola en una cueva, siempre decía a unos y a otros:
- De todos modos, si creemos en Dios y nos comportamos bien unos con los otros, pienso que en algún momento, Dios puede premiarnos con algo muy especial.
- ¿Y qué día será ese y con qué nos va a premiar?
- No lo sé pero sí tengo la certeza de que eso así va a suceder.

Los vecinos, muchos, casi todos los de las cuevas y los que cultivaban y vivían por donde los huertecillos y más abajo, no se atrevían a contradecir a la mujer ni tampoco esperaban del cielo grandes milagros. Seguían comentando:
- ¿Cuándo se ha visto por aquí un milagro que salve o ayude a los más pobres como nosotros?
- Los que tienen el poder y el dinero, los reyes de los palacios de la Alhambra y otros como ellos, lo único que hacen es robarnos lo poco que tenemos.

Pero una noche de invierno, muy fría, lluviosa y con luna llena, en la ladera de las cuevas, ocurrió algo asombroso. Sería media noche cuando algunos vecinos vieron bajar por la ladera a un joven todo vestido de blanco, entró en la cueva de la mujer solitaria, la cogió de la mano y por las veredas que descendían hacia el río, se la fue llevando. Y vieron que la mujer, resplandecía

con una luz muy hermosa y los caminos que pisaba, parecían transformarse en blanco y blando algodón. Todos los caminillos se tapizaron con esta hermosa alfombra y nadie sabía explicar qué era ni por qué sucedía. Al amanecer al día siguiente, fueron a la cueva de la mujer solitaria y no la encontraron. Nunca más supieron de ella y sí casi todos, desde aquel día comentaban:
- Ella creía en Dios y esperaba en el cielo. Lo que aquella noche de frío y lluvia ocurrió, fue que un ángel vino por aquí y se la llevó al paraíso que tanto había soñado.

Y los más escépticos, seguían diciendo:
- Que los milagros no ocurren ni Dios ayuda nunca los pobres. Mirad como todos los caminos de estas laderas, siguen llenos de barro y agua y nosotros más muertos de frío y hambre cada día.
- Pero entonces ¿quién se la llevó vestida de una luz tan hermosa y con todas estas sendas tapizadas de alfombra de algodón inmaculado?
- Eso no lo sabemos porque es un misterio.
- Pero como ha sucedido, es cierto y por eso pertenece a lo que ella creía, a la eternidad que se acuna tras las playas del tiempo.

Yo no sé vosotros pero yo, hoy en día y cada vez que recorro los caminillos que van de una cueva a otra en la ladera de San Miguel Alto, pienso en esto. Y en algunas ocasiones hasta he llegado a imaginar que estos caminillos, son algo más que tierra y barro. Como si se escaparan del suelo y, de una forma misteriosa, conectaran con un desconocido reino, no se sabe en qué lugar del Universo pero sí muy hermoso y eterno.

## **Amigo de los pobres** //Aj

Almanzora, es el pequeño barrio en la ciudad de Granada, en la ladera de la Alhambra entre la Cuesta de Gomérez y el río Darro, por debajo de la Torre de la Vela y por encima de la iglesia de Santa Ana. El nombre viene del árabe al-Mansura, título concedido al rey ziríBadis, que construyó el palacio en la zona de Santa Isabel la Real. Mauror, a los pies de Torres Bermejas, es otro bonito barrio parecido al Albaicín aunque más pequeño y menos visitado por los turistas. Aquí estuvo parte de la Garnata-Al-Yahud, la granada de los judíos. Fue la judería de Granada hasta el siglo XI. Su máximo esplendor se dio antes de la matanza de judíos por los musulmanes en el año 1066.

A primera hora de la mañana, el frío era muy intenso. La escarcha tapizaba de blanco toda la ribera del río, al borde de las acequias y por los huertos. También por la ladera que, desde el Darro, subía hacia la Alhambra. Aunque, al salir el sol, el cielo se veía todo azul, por completo limpio de nubes y como expectante. Porque ni siquiera una pizca de aire se movía y sí al fondo, por encima de las torres de la Alhambra, relucían limpias las nieves de Sierra Nevada. Junto al río, por los pequeños huertos y las laderas que subían hacia la Alhambra, solo algunos pajarillos revoloteaban. Un par de mirlos, varias currucas y algunos petirrojos. Era pleno invierno y por eso, a primera hora de la mañana, todo parecía no muerto sino parado en el tiempo y como esperando.

Ellos, los que tenían sus huertecillos por donde hoy se encuentra el

barrio Almanzora y el del Mauror, los esperaban. Se reunieron a primera hora de la mañana y como el frío era tanto, justo en el pequeño collado que unía las tierras de la colina del lugar hoy conocido como Mauror con las tierras de la ladera hoy también conocida como Almanzora. En el trozo de tierra más alto y, donde en aquellos momentos nada había sembrado. Y alrededor de la lumbre, mientras calentaban sus manos y lo esperaban, unos y otros comentaban:
- ¡Es una pena que nos deje solo! Nunca nadie nos ha querido tanto como él ni tampoco nunca nadie nos trató con tan exquisito respeto.
- ¡Y que lo digas! Por eso en estos momentos, nuestros corazones están tristes y nos encontramos tan desorientados. ¿Quién nos defenderá, a partir de ahora, ante el rey y ante los poderosos que cada día nos oprimen más y más?

Esto y cosas parecidas comentaban al amanecer de aquel frío día de invierno, mientras lo esperaban en las mismas tierras de sus huertos y junto a la lumbre que habían encendido. Por la parte alta de donde ellos se concentraban, se veían las torres de la Alhambra. Emergiendo desde los palacios y circundadas por la recia muralla. Al lado de abajo, corría el río Darro y a la derecha y a sus espaldas, los huertecillos se escalonaban por toda la ladera. Salpicados por algunas casas y surcados por caminillos y acequias que recorrían la ancha ladera desde la cuenca del río Darro hasta la cuenca del río Genil. De estas tierras, convertidas en cultivo y repartidas en pequeños huertos, sacaban ellos para ir viviendo. Por eso también, además de hortalizas y legumbres, aquí tenían sembrados muchos árboles frutales que daban cosechas en varios momentos a lo largo del año.

Y precisamente él, “El amigo” que era como sencillamente lo llamaban, en los momentos de la recogida de los frutos, era cuando más los visitaba. Ellos le decían:
- Es que necesitamos que usted habla con el rey a ver si en esta temporada nos paga los frutos algo mejor que el año pasado. Tenemos muchos problemas en las casas y, aunque nos matamos trabajando, escasamente sacamos para comer.
- Vosotros no preocuparos que, por mi parte, mañana mismo hablo con el rey y le trasmito vuestras necesidades.
- Sabemos que usted es bueno y, desde que lo conocemos, también hemos comprobado que nunca nos ha defraudó.
Y aprovechaban la ocasión para comentar:
- También tenemos que comunicarle que cada día estamos más extrañados.
- Extrañados ¿por qué?
- Desde hace tiempo, todos los pobres que tenemos algún huertecillo en estas laderas o junto a los ríos, nos preguntamos por qué usted muestra tanto empeño en ser amigo nuestro. ¿Nos lo puede decir?

Y el amigo, hombre mayor, alto, delgado y con melena y barbas largas, cariñosamente les decía:
- Mis padres, siempre me enseñaron y dijeron que, por encima de todo y en cualquier momento y lugar, debía ser amigo y amar a las personas pobres. Al principio y cuando era niño y luego joven, no comprendía por qué ellos tenían tanto interés en que siempre tratara bien a los pobres. Pero según ha ido pasando el tiempo, sí que lo he entendido perfectamente.

- ¿Y nos lo puede explicar?
- Como ya más de una vez habéis visto, cada día os lo muestro con mis obras. Pero además de palabras, también os digo que vosotros y todos los pobres de este mundo y en todos los tiempos, sois los bendecidos de Dios y los herederos del cielo. Nadie, absolutamente nadie en este mundo, será nunca feliz plenamente ni amigo de Dios ni herederos del cielo, si desprecia o maltrata a los pobres y a las personas en general.

Y al oír esto, los hombres pobres de los huertecillos en las laderas por debajo de la Alhambra, guardaban silencio, meditaban algo y luego seguían preguntando:
- Pero es que usted no solo es bueno con nosotros sino que además, es amigo de los reyes y poderosos. ¿Cómo nos explica eso?
- Pues del mismo modo que ya os he explicado lo otro: que en esta vida, el proceder más inteligente y noble que podamos tener, es siempre tratar a los demás con respeto. Los reyes, los poderosos y los ricos en general, necesitan mucho más que vosotros del cariño de las personas. Por eso yo, me esfuerzo en ser amigo de ellos y de vosotros. Creo que es la mejor manera de proceder y poner granitos de arena para que este mundo sea cada día un poco más habitables y bello.
Estas palabras, convencían plenamente a todos los amigos pobres de los huertecillos y por eso lo apreciaban tanto y acudían al amigo para pedirle consejos y cualquier otra cosa. Nunca lo defraudaba.

Y aquella mañana de invierno, ellos lo esperaban. Junto al fuego que habían encendido para calentarse. Lo tenían todo preparado y hasta habían acordado que nadie dijera nada sino en el momento oportuno. Y el momento llegó al poco rato. Vieron venir al amigo por una sendilla que descendía desde la Alhambra y bajaba hasta las tierras llanas. Salieron a recibirlo, con el mismo afecto de siempre y él les correspondió. Y en cuanto se acercó al fuego para calentarse, le dijeron:
- Ya lo sabemos todo y estamos tristes. También estamos extrañados y nos preguntamos por qué las cosas tienen que ser así.
- Lo comprendo y comprendo vuestra tristeza pero, aunque yo tampoco lo quiero, lo acepto porque sé que a todo y a todos en esta vida, no llega el momento.
- Y a partir de ahora ¿quién nos representará y defenderá ante el rey y los poderosos?
- Vosotros sois nobles e inteligentes. Tengo fe en que sabréis comportaros con madurez y nobleza.

Y el amigo se dio cuenta que los pobres de los huertecillos, estaban realmente apenados. Por eso no quiso prolongar más el momento. Uno a uno los fue abrazando y cuando ya estaba a punto de marcharse, uno de los del grupo, cogió la bolsa de cuero que tenían cerca de ellos, se la dio al amigo y le dijo:
- Sabemos que de ningún modo podremos nunca pagarte todo lo que por nosotros has hecho. Pero a la largo del tiempo, hemos ido ahorrando y aquí tenemos algunas monedas de oro como pago y agradecimiento.
Y el amigo, cogió la bolsa de cuero con las monedas dentro, les dio las gracias, comenzó a caminar y antes de alejarse más, se volvió para atrás y les dijo:
- Ya sabéis: aprended de los pajarillos del campo que ni siembran ni hilan y Dios

nunca los deja sin alimento. Son libres y amigos del viento y cada mañana cantan al salir el sol su gozo por la vida. Y de este modo nos enseñan que los problemas y preocupaciones por las cosas materiales de esta tierra, al final, no sirven para nada. Lo que importa, es amar sin límites a todos y a todo y dar gracias cada día al cielo por los sueños que nos regala y el aire que nos acaricia. Os devolveré estas monedas en su momento porque sé que lo que de verdad es valioso, es vuestro comportamiento para conmigo. Nunca Dios os abandonará ni os dejará sin premio. Y además, sé que un día, allá en el cielo, os regalará la mejor porción del paraíso.

Y a la Alhambra, en aquellos momentos, se le vio resplandecer como si todas sus paredes y torres fueran de oro puro. Los pobres de los huertecillos de la ladera, dijeron:
- Nos ha llenado de dignidad y por eso, por estas tierras y para siempre, queda como un camino abierto hacia la eternidad y a lo bello.

## **Regalo de reyes** //Pa

Se despertó antes que nadie. Estuvo un rato en la cama, meditando algunas cosas mientras disfrutaba del calorcito de las sábanas. Luego se levantó, abrió la ventana, observó como sobre la hierba la escarcha blanqueaba, cogió la naranja que la noche antes había dejado en la cesta de mimbre en el dintel de la ventana, la peló y mientras se la comía, en el paladar de su boca iba experimentando el frío hielo que había dejado la noche que ahora se marchaba. Se dijo: “Frío de invierno, en esta clara mañana que despierta como de un sueño. No hay mejor desayuno que una buena naranja con sabor a escarcha de invierno”. Y se preparó enseguida.

Al poco, salió a la puerta de la casa, miró para donde el sol comenzaba a levantarse y se asombró de la blancura de las nieves sobre las cumbres de Sierra Nevada. Dentro de la casa, aun todos dormían. En la puerta, un mirlo cantaba por entre las ramas del acebo y, a un lado y otro, cerca de la ventana y más retirado hacia el río, las plantas del jardín, serenas resbalaban el frío de la escarcha de la mañana. De los pequeños naranjos, lustrosas y gordas, colgaban las maduras naranjas. Cogió su mochila, el trozo de caña de bambú que le servía de bastón y la cámara de fotos y se puso a caminar. Por el caminillo de tierra que, desde la casa, en las mismas tierras de la vega del río pero al borde del olivar por la parte de atrás, iba hacia la curva del cauce. Se volvió a decir: “Mejor es dejarlos que todos duerman y que ni siquiera sepan que yo estoy despierto ni a dónde voy ahora. Cuando regrese, ya se lo comentaré para darles envidia”.

Al llegar a la curva del río, enseguida descubrió que esta mañana, las aguas se deslizaban claras y suaves, como en busca de libertad en algún lejano lugar. Sabía que solo unos kilómetros más abajo, este mismo río, pasaba rozando las murallas de la Alhambra y luego se perdía bajo la ciudad de Granada. El río de sus sueños y repleto de misterios que ahora cruzaba por la curva del charco azul y las playas de arenas doradas. A sus espaldas, ya algo lejos, ahora veía la casa de la que solo hacía unos minutos que había salido.

Blanca, entre jardines y árboles y como decorada por muchos olivos por detrás y en la ladera. Al frente, enseguida descubrió el pequeño cortijillo, también entre olivos y coronado por un redondo cerro, tapizado de monte y alzándose como hacia Sierra Nevada. Pequeños chorros de humo surgían de entre los olivos, impregnando todo el aire de olor a ramas de olivo quemadas y aceitunas recién exprimidas. Algunos de los que recogían estas aceitunas, aceituneros de toda la vida, calentaban sus manos y pies en las llamas y ascuas de las lumbres.

Buscó la senda y comenzó a subir, trazando curvas con la vereda. Al poco, rozó los árboles también en la puerta del cortijillo y recibió a los perros que, ladrando, le salían al encuentro. Los tranquilizó con palabras de paz y amigo y continuó subiendo. Pasado un rato, coronó un pequeño puntal por donde el olivar se espesaba y al buscar, descubrió las colmenas esparcidas por aquí por allá, por entre los olivos y a lo ancho de toda la pequeña ladera. Sabía que con el frío y las escarcha de la mañana, las abajas se apiñaban dentro de las colmenas, casi por completo paralizadas. Pero, durante unos minutos, estuvo parado frente a la recogida ladera, observando el panorama. A sus pies y algo en lo hondo, ahora se veía el surco del río y adivinaba las aguas saltando. Al otro lado, blanqueaba la casa donde por la noche había dormido y a su derecha, adivinaba el amplio valle por donde el río se alejaba, sabía que limpio y muy silencioso, hacia la Alhambra y como al encuentro de un gran misterio. Y le pareció tan bello y excelso todo el panorama, que respiró hondo y luego siguió. Al poco, cruzaba el arroyuelo, por entre los olivos y continuó por la senda hacia la palta más alta. No tardó en encontrar la pista de tierra que, cruzando el río por el puente del hormigón unos kilómetros más arriba, ahora cruzaba por entre las encinas y se alejaba hacia el otro lado de la montaña. Miró durante unos minutos y vio el camión, grande, negro y cargado con varias toneladas de aceitunas negras y verdes, que venía veloz desde el puente del hormigón.

Y al instante, lleno de asombro comprobó que el gran camión, al cruzar el pequeño valle, en lugar de seguir por la pista de tierra, se fue derecho contra el montículo de enfrente. Se preguntó: “¿Cómo es posible que se haya salido de su recorrido?” Aligeró el paso, subió a lo alto de la torrentera del camino y al coronar, vio al frente y cerca del camión, a un hombre sentado en una piedra. Le preguntó:
- ¿Es que el chofer no conoce estos caminos?
- Sí que los conoce. Y tú no te preocupes que nada ha pasado. Ahora mismo da marcha atrás, endereza el vehículo y continúa su ruta.
Y enseguida vio que el gran camión dio marcha atrás, se puso resto en el camino, comenzó a rodar y al poco, se perdía al otro lado del cerro.

Justo ahora, miró para el río y los vio subir. Eran cinco o seis que caminado en fila, buscaban el ramal del camino que se apartaba por la izquierda. Los esperó y al llegar les preguntó:
- ¿Conocéis el terreno o estáis perdidos?
- Vamos a la casa de los eucaliptos para que la vean estos amigos nuestros.
- Pero eso queda de aquí muy lejos.
- ¿Y tú a dónde vas?
- Quiero cruzar el río por debajo del puente de hormigón y, por la ladera de las rocas que hay al frente, pretendo regresar a la casa de los olivos, cerca del valle

y cauce del río.
- ¿Podemos ir contigo y dejamos lo del cortijo de los eucaliptos para otro día?
- Podéis pero por este lado del río, por donde yo he venido, hay paisajes muy hermosos y arroyuelos interesantes.
- Mejor nos vamos contigo y nos explicas las cosas.

Al poco, cruzaron el río por debajo del puente del hormigón y por la estrecha senda entre acebuches y encinas, bordearon la corriente en la dirección en que las aguas se deslizaban. Caminaba delante del grupo y al llegar al gran filo rocoso, escaló aprisa, pidiéndoles a ellos que lo siguieran.
- ¿Y qué hay ahí?
Preguntó el que parecía jefe del grupo.
- Un mirador grandioso desde donde se ve todo el río saliendo de las montañas, cruzando el valle y acercándose a los paisajes de la Alhambra. Pero subid con cuidado que estamos al borde mismo del precipicio.
Escalaron con cuidado las rocas y al acercarse al filo y comprobar que estaban casi colgados en el vacío, exclamaron:
- Esto es asombroso. Nunca lo habíamos imaginado.
Por debajo de ellos, saltaba el río en una grandiosa cascada que caía a un amplio y profundo charco. Algo más abajo, el cauce se encajaba para atravesar el cerro de los olivos y más abajo aun, el río cruzaba el amplio y bello valle por donde, al fondo, se perdía hacia Granada. Por encima del cerro de los olivos, se elevaban las cumbres de Sierra Nevada y más cerca de ellos, al otro lado del río y para donde las colmenas, los acantilados se quebraban en todos los tamaños, formas y colores. Preguntaron:
- ¿Y por ahí has venido tú?
- Siguiendo las sendillas y en silencio.
- Sin duda que eres valiente y sabes lo que buscas en estas montañas.

Sacó su cámara y al sol que parecía asomar por entre los acantilados y olivos, hizo varias fotos. Les dijo:
- Luego las compartiré con vosotros.
Y al poco, se le vio descolgarse por las rocas del gran mirador frente a la cascada. Los despidió y cruzó las playas de arena dirección a la casa donde, unas horas antes, recibía al nuevo día comiéndose unas naranjas llenas de escarcha. Cuando llegó, los que dormía al levantarse él, ahora se preparaban para abandonar la casa y regresar. Los saludó y enseguida le dijeron:
- Han sido unos días maravillosos que nunca olvidaremos pero ya tenemos que regresar. ¿Tú te quedas?
- Me quedo porque aun tengo mucho que recorrer y aprender de estos paisajes en torno a la Alhambra y alrededor de Granada.
- Pues, escríbelo todo, haz muchas fotos y compártelas luego con nosotros.

Sentado en el muro del Puente del Aljibillo, el que en el río Darro da paso al Camino de la Fuente del Avellano y a la Cuesta del Rey Chico hacia las torres de la Alhambra, dejó de leer. Miró para la Alhambra y a las aguas del río. Era domingo, seis de enero, día de reyes. Frente a él se paró un matrimonio acompañados por una joven. La muchacha, en español pero con un acusado acento extranjero, lo miró, miró a lo que sobre el muro había y preguntó como sorprendida:

- ¿Un libro de historias de la Alhambra y sus paisajes, en este lugar y en esta tan especial mañana de enero? Sin duda que es el mejor regalo de reyes para aprender y soñar.
El libro descansaba sobre el muro del viejo puente y él, como preparándose para seguir leyendo, lo miraba ilusionado.

## El manantial de los álamos //Pa

Todo lo que no se trasciende
solo dura un tiempo
y luego desaparece.

Muchos son y muy hermosos los rincones que hay en la Alhambra y en su entorno. Por donde el río Darro y los valles que los forman, por donde el barrio del Albaicín y la colina y monte que corona, por donde los palacios nazaríes, torres y murallas, por donde el Generalife, huertas, umbría y Fuente del Avellano y por donde la Silla del Moro y cumbre donde estuvo el bello palacio de Dar al-arusa. Estos lugares, contienen algunos de los más bellos rincones próximos a la Alhambra y más acá de las cumbres de Sierra Nevada.

Hay muchos más, pequeños y grandes y casi desconocidos por la mayoría de las personas. Lugares, como digo, primorosos y llenos de misterios en cualquier época del año. Yo que, poco a poco, he ido recorriendo todos estos sitios, digo con los ojos cerrados que entre todos estos rincones, existe uno muy especial. Pequeño, lleno de vegetación y por donde brotan los manantiales frescos y luminosos en verano, muy misteriosos y entre sombras en otoño, más sombríos y profundos en invierno y emocionantemente bellos el primavera. Porque en este rincón, el conocido con el nombre de “El Manantial de los Álamos”, parece que la naturaleza se concentra y palpita con una fuerza que no es comparable con nada en la Alhambra ni en su entorno.

Y del lugar del manantial de los álamos, hace mucho tiempo que tengo noticias. Me lo dijeron en varios sitios del Albaicín y por donde la Alhambra y como me interesó lo que de estos lugares comentaban, se despertó en mí la curiosidad por conocer estos parajes. Para convencerme, con frecuencia me decían:
- Tienes que ir un día por allí y conocer aquello.
- Estoy pensando en ello pero también a veces creo que al final, aquello será como otros muchos sitios en las montañas al pie de Sierra Nevada.
- Acércate un día y descubre el rincón y ya verás como tu asombro será grande.

Y un día de otoño, precisamente el día anterior a la Navidad, me preparé mentalmente y me dispuse ir hasta el rincón del manantial de los álamos. Justo el día veinticuatro de diciembre, preparé mi mochila, puse algo de alimentos dentro, revisé y guardé la pequeña tienda de campaña, la linterna, algunas prendas de abrigo y papel y bolígrafo para escribir. Por la noche, las temperaturas bajaron mucho y al amanecer, la niebla lo cubría todo. Misteriosa se veía la Alhambra sobre su colina, envuelta en grandes nubes de niebla

blanca, misteriosa se veía toda la vega y la ciudad de Granada, misterioso se veía el barrio del Albaicín, sus cármenes, las plazas y calles y más misterioso se vía todo el cauce del río Darro. La niebla, fría y densa, parecía como clavada en el aire, mirándose en las aguas y como esperando algún acontecimiento importante.

Con la intriga y la ilusión de encontrarme por fin en el lugar del manantial de los álamos, caminé por las calles y recorrí los rincones del río Darro. Cuando llegué al puente del Aljibillo, me paré un momento, medité durante unos segundos y de pronto, por todo mi ser recorrió un extraño sentimiento. A mi mente acudieron unas imágenes muy hermosas, transparentes como la luz más pura y con los colores más vivos y limpios. Me concentré en las aguas que por el río se iban y, sin saber por qué, me pregunté: "¿Será cierto que aquel joven se alimentaba y al final se convirtió en las propias transparencias de las aguas de este río?" Y según miraba a las aguas, con la figura de la Alhambra colocada en todo lo alto, sentí que el corazón me temblaba. No de miedo sino como sobrecogido por lo que parecía brotar de las aguas que formaban la corriente. Limpias como el viento más puro, transparentes y reflejando el más fantástico arco iris de colores, parecían enseñarme un misterio que nunca imaginé ni siquiera en sueño.

El joven, según el relato que muchos me habían contado, vivía en las montañas. En una pequeña casa con solo dos estancias, cocina y habitación y construida al borde mismo de la corriente de las aguas. Hacía la vida solo, acompañado nada más que de un perro mastín, un pequeño hato de ovejas y tres o cuatro cabras negras. Ocupado en cuidar estos animales, llevarlos a las praderas, procurar que los corderos crecieran sanos y fuerte y ordeñar las ovejas en los momentos en que los animales daban leche. De este modo y en la soledad de las montañas y en su pequeña casa junto al río, iba él viviendo sus días sin que nada significara cuanto ocurría a unos kilómetros de sus montañas. Pero un día, cuando el rebaño pastaba en las partes altas, sintió sed y se dispuso ir a los manantiales que conocía y que sabía bien que nunca se secaban. Los tres o cuatro veneros que brotan junto a los álamos, donde tres arroyuelos se juntan y algo más abajo vierten sus aguas al río.

Bajó sin prisa por las sendillas de las ovejas, llegó al rincón de los manantiales entre los álamos, buscó el venero más caudaloso, el que brotaba en el arroyuelo del centro y bebió agua. Después, como nada tenía que hacer excepto vigilar al pequeño rebaño mientras pastaba y el tiempo iba pasando, buscó una piedra y junto al manantial se sentó, mirando para el río y frente a los álamos. Y según estaba sentado, con sus manos jugaba con las aguas que brotaban del manantial y caían al arroyuelo. De pronto, miró para el lado de arriba y, como a unos dos metros, vio a una joven sentada. Se quedó pensativo sin saber qué hacer ni qué decir por lo extraño que le parecía la visión. Nunca, desde que tenía conocimiento, había visto por el lugar a ninguna joven solitaria y tan hermosa como la que en este momento tenía ante sí.

Pensó que iba o venía de algún sitio y, como él, se había acercado al manantial a beber un trago. Por eso, pasados unos segundos, se animó y le preguntó:

- ¿Te has perdido o buscas algo por aquí? Conozco bien todos estos sitios y puedo ayudarte si estás desorientada.
Esperó unos segundos y luego oyó, en un tono de voz dulce y melodiosa, a la joven que dijo:
- Voy por aquí camino de la Alhambra y me he parado un momento a descansar.
- En mi zurrón solo tengo unos frutos secos y un trozo de pan. Si tienes hambre y te fías de mí, puedo compartirlo para que repongas fuerzas.
Y la joven ahora no dijo nada. Con sus manos también tocó el agua del arroyuelo y como desde el río subía una leve brisa, su negro pelo se mecía sobre los hombros, la cara, cuello y pecho. Se levantó él de donde estaba sentado y se dispuso a descolgarse el zurrón cuando, al mirar para donde había visto a la joven sentada, no la encontró. Muy sorprendido se dijo: "¡Qué raro! No la he visto marcharse ni tampoco he oído que dijera nada". La llamó y nadie le contestó. Sacó de su zurrón un puñado de frutos secos y un trozo de pan y se puso a comer frente al arroyuelo, junto al manantial y no lejos del puñado de álamos. Y en estos momentos, sintió en su corazón como un vacío muy grande al mismo tiempo que algo de melancolía y un fino dolor. Como si de pronto, lo que más había soñado a lo largo de toda su vida y muchas veces había necesitado, se le hubiera ido a un lejano país y para siempre.

Poco después se fue de la fuente, buscó a su rebaño y al caer la noche, volvió a su pequeña casa junto al río. Apenas durmió aquella noche pensando en la joven y en la fresca y reluciente belleza que desprendía. Por eso al día siguiente, al otro y al otro, volvió ilusionado a los manantiales de los álamos esperando verla de nuevo. No la encontró ni en los primeros días ni a los que siguieron. Sentado en la piedra, se quedaba horas y horas, mirando las aguas de los arroyuelos, imaginando verla reflejada en la superficie de la corriente y de los charcos y con esto se conformaba. Se decía: "Me dijo que iba camino de la Alhambra y, ahora que lo pienso, tenía todos los rasgos de una princesa. ¿Vivirá en aquellos palacios y vino por aquí buscando algo importante?"

Fue pasando el tiempo y cada día, el joven solitario de las montañas, acudía al manantial de los álamos, siempre con su pensamiento puesto en la visión de la hermosa muchacha. Y horas enteras se pasaba sentando junto a la corriente mirando a las aguas. Hasta que un día de invierno, frío y con niebla, cuando se acercaba a los manantiales y soñaba con su princesa, comenzó a notar que se iba. Que su vida, su aliento y su alma, se le escapaban del cuerpo y como fundido en el viento, se hacía luz en el agua y con ellas se marchaba. Esto es lo que, pasado un tiempo, algunas personas comenzaron a contar. También decían:
- Desde aquellos días, nunca se ha secado el manantial de los álamos. Y no solo eso sino que, con el tiempo, aquel rincón creció en belleza y misterio. Y más hondamente misterioso y bello es, justo en los primeros días del invierno, fiestas de Navidad.
Y pregunté:
- ¿Alguien ha visto, en alguna ocasión, al solitario muchacho de las montañas o a la hermosa joven?
- Nunca nadie los ha visto pero sí parece que en aquel rincón de los manantiales, de alguna manera viven y son claridad con aquellas aguas, fresco de aquellas sombras, silencios de aquellos silencios y eternidad y misterio con las ausencias

y el viento de aquel rincón.

Después de este rato de respiro y meditación en el puente del Aljibillo y frente a las aguas del río, seguí mi ruta. Sobre la colina de la Alhambra y Generalife, las nieblas se alzaba y el sol, por momentos, parecía asomarse para llenar de clara luz a los paisajes. Recorrí despacio los caminos y cuando el día llegaba a su centro, ya me encontraba cerca del rincón. Subiendo por el río entre sauces, álamos, encinas, zarzas y almeces. Y según me iba acercando, el corazón me latía aprisa. Por el lugar, reinaba un silencio ancho y profundo y tanto la vegetación como los arroyuelos y los paisajes en general, parecían transmitir un mundo nuevo. Virgen y solitario como el más apartado rincón del mundo y, al mismo tiempo, preñado y como esperando.

Junto al manantial me paré. Puse mi mochila sobre una piedra que vi a la derecha y al rozarla me pregunté: "¿Será en esta piedra donde él o ella estuvieron sentados?" Bebí un trago del agua clara y fresca y luego busqué un buen sitio para montar la tienda. Lo encontré por el lado de arriba del manantial de los álamos. En un pequeño rellano, dejé la mochila, saqué la tienda y enseguida me puse a montarla. Algo después. Busqué ramas secas por entre el bosque de las encinas y cuando la tarde comenzaba a dar paso a la noche, encendí un fuego. No lejos de la tienda y entre el manantial y el arroyuelo. Y junto a las llamas, cuando ya se hizo de noche, me senté y durante mucho rato solo me dediqué a gustar del calor de las llamas, sentir el fresco airecillo recorriendo la piel de mi cara y escuchar los sonidos de la naturaleza. El rumor del agua brotando en el venero y luego deslizándose arroyuelo abajo, el graznar de los mochuelos, una lechuza y algún cárabo. Y mientras me concentraba en esto, por mi mente contantemente pasaban tanto las imágenes del joven como las de la muchacha. Me dije: "Con el nuevo día, al salir el sol, me sentaré en la piedra del venero y miraré a las aguas que se van por el arroyuelo. El corazón me dice que algunos de sus sueños, por aquí se han quedado para siempre y en estas aguas". Y recordé en estos momentos que esta noche era Navidad. Por eso caí en la cuenta que muchos y en todo el mundo, lo estarían celebrando al modo en que siempre se celebran estas fiestas.

Sería como media noche cuando me metí dentro de la tienda, me acurruqué en el saco y durante unos minutos, me dediqué a concentrarme en los íntimos y bellísimos sonidos que del valle brotaban. Luego me quedé dormido y comencé a verme dentro de un luminoso sueño. Me vi llegando al valle pero no río arriba sino desde las partes más altas de las montañas. Atravesé un pequeño bosque de robles y majuelos y al llegar a una pronunciada ladera, ante mí apareció un pequeño mirador como colgado en un gran vacío y dominando todo el valle. Se veía, al fondo y muy lejos, los álamos, los arroyuelos y el claro río que descendía brillante en busca de la Alhambra. Me acerqué al mirador con la intención de buscar la senda para descender al valle y justo cuando estaba a unos metros, me paré.

Sorprendido por lo que en el mirador descubrí. Una bella joven, miraba para el valle con su cabeza recostada sobre el hombro de un hombre también joven como ella. También él miraba para el valle y en ese momento decía:
- Tú te fuiste aquel día y nunca más volviste por aquí. ¿Por qué?

- Tenía que hacerlo para que así me tuvieras solo en sueños y de este modo te trascendieras y yo contigo. Quería, necesitaba que me soñaras en tu corazón para hacerme hermosa y eterna. Solo las cosas y personas que se sueñan y desean en lo más profundo del alma, tienen de verdad valor y no mueren nunca.
Me di cuenta que de sus cuerpos brotaba como una luz naranja y azul muy suave que acariciaba el corazón. Me acerqué y después de saludarlos le pregunté a la joven:
- ¿Y por qué querías que tanto a ti como a él, este valle y el tiempo os recuerden?
Y ella, con palabras muy dulces, me dijo:
- Solo las cosas que se trascienden, son hermosas tanto en esta tierra como en la eternidad. Para él, también para mí y ahora para ti, este valle, el río, la Alhambra allá a lo lejos y Granada, no hubieran sido sino algo vulgar y material como es la vida para tantos, sino nos hubiéramos transformado en sueño en la región de lo espiritual. Todo lo que no se trasciende, solo dura un tiempo y luego muere para siempre.

## **La piedra negra** //Aj

En la Alhambra, época de los reyes Nazaríes, crecía un árbol muy especial. Justo en el centro de los jardines más hermosos y no lejos de una de las torres donde moraba una princesa. Era un árbol de tronco muy grueso, alto, de color verde intenso y también muy viejo. Tanto que, hasta los reyes más toscos y las personas menos sensibles a las cosas de la naturaleza, lo respetaban. Decían los artesanos de la Medina:
- Un árbol tan majestuoso como éste y con tantos años a cuestas, merece el mayor de todos los respetos.
- ¡Y qué lo digas! Que no se le ocurra a ninguno de los que por aquí viven, cortar un día este árbol. Nos pondremos en contra y protestaremos hasta el cansancio.
- Yo me apunto a esa protesta.
Y los reyes desde luego nunca tuvieron la tentación de cortar este árbol. Todos, igual que los artesanos y otras muchas personas, admiraban y respetaban mucho tan hermoso anciano. Pero un día de verano muy caluroso, al caer la tarde, se formó una tormenta que, además de viento y mucha agua, desprendía relámpagos, rayos y truenos a mansalva.

Uno de los rayos que vomitó esta tormenta, cayó sobre el viejo árbol. Saltaron las ramas desde las más altas hasta las raíces y a los pocos días, todo el hermoso ejemplar estaba seco. Dijeron los reyes, guiados por los sabios y los comentarios de las personas de la Medina:
- Ha sido una pena lo que ha pasado con este árbol centenario pero la naturaleza es sabia. Nosotros, por respeto y como recuerdo de este árbol, debemos conservar su tronco hasta que lo funda el tiempo.
- Eso sí, desde luego. Aunque solo sea como símbolo y en homenaje al más grandioso de los árboles nunca visto cerca de estos palacios.

Y dieron órdenes para que cortaran el tronco del viejo árbol a ras de tierra, dejando solo una peana y una pequeña plataforma, llana y visible para

todas las personas. El rey dijo:
- Otra cosa ya no podremos hacer por este magnífico árbol pero de este modo, lo veremos cada día y así no lo olvidaremos.
- Muy bien pensado, majestad.
Comentaron muchas personas. Y se alegraron todos los que habían visto al árbol lleno de vida.

Pocos días después de esto, la princesa que vivía en la torre cercana donde ahora se veía el tronco del árbol, enfermó. De una enfermedad tan grave y extraña, que ninguno de los sabios y médicos del reino, sabían qué le pasaba.
- Daré un tesoro entero al médico que encuentre el remedio para curar a esta hija mía.
Dijo el rey padre. A los pocos días, uno de los médicos de la Alhambra, dijo al rey:
- Majestad, yo sé cómo podría curarse esta hija vuestra.
- ¿Cómo?
- De la manera más sencilla aunque no es fácil.
- Cuenta que estoy impaciente. Y ya sabes que te daré un tesoro entero si es verdad que curas la enfermedad de mi hija.
El medicó confesó al rey:
- Del tronco de este árbol quemado por el rayo de aquella tormenta, puedo sacar árboles pequeños.
- ¿De qué modo y para qué?
- En cuanto la princesa vean uno de los árboles pequeños salidos del tronco de este árbol viejo y seco, sanará. Y el único modo de sacar estos pequeños árboles que digo, es usando los filos de una misteriosa piedra negra que hay en algún lugar del río Darro.
Muy extrañado, el rey preguntó:
- ¿Me estás contando un cuento o es verdad lo que dices?
- Lo que le digo, majestad, es tan verdad como que ahora mismo estoy aquí presente.
- ¿Y es verdad que existe también la piedra negra que me dices?
- Existe aunque nadie la ha encontrado hasta hoy.
- Pues ahora mismo doy órdenes para que todo el que quiera, busque esta piedra y venga al tronco de este árbol a hacer los árboles pequeños que dices crecerán al verlos la princesa.

Y justo unas horas después, la noticia de la piedra negra y los pequeños árboles que podían curar a la princesa, se corría por toda la ciudad de Granada y especialmente por el barrio del Albaicín. Llegó a oídos de dos jóvenes muy amigos y estos enseguida se dijeron:
- ¿Por qué no buscamos nosotros por la orilla de este río, esta piedra negra? Si llegáramos a encontrarla ¿os imagináis lo que ocurriría en nuestras vidas?
- Sí, vamos ahora mismo y nos ponemos a buscar esa piedra negra que puede curar la enfermedad de la princesa.
Y aquel mismo día, desde las partes altas del barrio del Albaicín, bajaron al río y se pusieron a buscar la piedra negra.

No la encontraron ni aquel día ni al otro ni al siguiente. Sin embargo, al cuarto día buscaban ellos junto a la corriente a la altura de la famosa Fuente del

Avellano y de pronto vieron una bonita piedra negra, no muy grande y algo redonda que brillaba como un diamante. El más joven exclamó:
- ¡La hemos encontrado!
- ¿Cómo sabes que es ésta la piedra que buscamos?
- Porque a simple vista se ve y porque también mi corazón me lo dice.
- Pues subamos rápido a la colina de la Alhambra y se la mostramos al médico que cuidad de la princesa enferma.

Subieron a toda prisa a la colina de la Alhambra, buscaron al médico, le mostraron la piedra que habían encontrado y éste les dijo:
- Sí que es esta la piedra que puede curar la enfermedad de la princesa.
- ¿Y qué hacemos ahora con ella?
- Tendréis que partirla con otra piedra y con una de las aristas que se formará en el trozo más grande de esta negra, tenéis luego que intentar extraer del tronco del árbol seco, un buen trozo de su madera. Pero antes de hacer nada, se lo tenemos que decir a la princesa para que esté aquí presente, justo cuando vosotros extraigas del tronco seco, el trozo de madera que digo.
- Pues vaya usted rápido y dígaselo a la princesa y a todos los demás no sea que siga enfermando y en cualquier momento se muera. Nosotros, mientras tanto, buscamos otra piedra para golpear contra esta negra y que se rompa.

Fue el médico en busca de la princesa y solo unos minutos más tarde, ya estaba ésta junto a los jóvenes y frente al tronco seco. Habían partido la piedra negra y mostraba unas afiladas aristas en el trozo más grande. Se la mostraron al médico y éste les dijo:
- Venga, probar y extraer un pequeño trozo de madera de este viejo tronco.
Cogieron los jóvenes el pedazo de piedra negra de aristas afiladas, clavaron con fuerza un pico en forma de gancho y luego tiraron con energía para arriba. Miraban todos, tanto la princesa como el rey, el médico y la reina esperando ver lo que surgía del trozo de madera y asombrados vieron el milagro. El pequeño trozo de madera extraído del tronco viejo y seco, al alzarlo lo jóvenes en sus manos, se convertía en un hermoso arbolito exactamente igual al frondoso árbol que un día había destrozado el rayo de la tormenta.

Al ver la brillante fantasía, los jóvenes ofrecieron rápidos el pequeño arbolito a la princesa. Lo cogió ésta en sus manos y sonrió con una dulzura y belleza que enmudeció a todos los presentes. Dijo a los dos jóvenes:
- Sois los mejores porque ahora mismo, de parte del cielo, me habéis traído la vida y la alegría. ¿Qué queréis a cambio?
Y los dos jóvenes, al instante dijeron:
- Ni dinero ni tesoros queremos, princesa. Con que seas nuestra amiga para siempre y nos regales cada día con una sincera sonrisa, nos conformamos.

## **Las huérfanas** //Ba

La madre tenía su casa justo en el corazón mismo del Albaicín. En lo más alto de la colina y un poco en el lado que mira a la Alhambra. Una bonita casa con dos niveles. En la parte de arriba, había una sala, dos habitaciones y una cocina. En el desnivel de abajo, la casa solo tenía una sala con una pequeña

puerta que daba a un recogido jardín. Desde este rinconcillo, nada más pasar por la puerta, se vía al frente y en la otra colina, la torres y palacios de la Alhambra. Iluminadas por las noches y, durante el día, besadas por el sol, coronadas de nubes y cielos azules y, a veces, envueltas en nieblas o cubiertas de nieve.

La madre parecía una mujer buena pero algunos vecinos decían que no lo era. Se había casado muy joven y no como siempre había sido costumbre en el barrio. Porque simplemente se fue a vivir a la casa de un hombre joven y al poco tiempo tuvieron familia. Dos niñas preciosas que la madre, al principio, quería mucho. Pero según fueron creciendo, les daba cada vez menos cariño y hasta las dejaba desatendidas. Los vecinos comentaban:
- Tus dos niñas son una preciosidad. ¡Quién tuviera la dicha de tener unas niñas como las tuyas!
- Pues yo os la regalo cuando queráis. Estoy harta de ellas.
Y los vecinos creían que esto lo decía de bromas. Porque las niñas eran tan preciosas que enamoraban solo verlas.

Pero un día, cuando las dos hermanas ya corrían jugando con las amigas, ocurrió una gran tragedia. Al amanecer de una fría mañana de invierno, por todo el barrio se comentaba la noticia:
- Dicen que se lo han encontrado ahorcado en un árbol cerca del río.
- ¿Y cómo ha sido?
- Nadie lo sabemos.
- Pobre hombre y pobres niñas ahora sin padre.
- ¿Y cómo va a vivir la madre ahora con esta tragedia y sin la compañía y ayuda de este hombre tan bueno?
- Desde luego que es una tragedia pero esta mujer parece buena y, en el fondo, no lo es. ¡Pobres niñas con lo preciosas que son!

Enterraron al padre y a partir de ese día, a las niñas se les empezó a ver muy tristes. Les preguntaban las amigas y ellas decían:
- Desde que falta nuestro padre, no hay alegría ninguna en nuestra casa. Tampoco nos gusta este barrio ni lo que desde aquí cada día vemos.
Y al oír esto, las mujeres mayores vecinas de ellas, les decían:
- Pero este barrio es el más bonito del mundo y la Alhambra siempre ahí en frente e iluminada por las noches, es una fantasía.
- Pues a nosotras no nos gusta nada. Queremos irnos de aquí.
- ¿Iros a dónde?
- En algún sitio que nosotras no sabemos, debe haber un país lleno de luz y colores. A ese lugar queremos irnos.
Y la más pequeña apoyaba a la hermana argumentando:
- Sí, yo también quiero irme a ese lugar tan bonito que dice mi hermana.
- ¿Y qué haréis allí?
- No lo sabemos pero seguro que por las noches, no tendremos frío ni dormiremos solas y, luego durante el día, tampoco tendremos hambre y sí habrá alguien junto a nosotras que nos quiera mucho y nos dé besos.

Cerca de la casa de las dos huérfanas, vivía un hombre mayor, muy conocido y querido de todos los vecinos. Se le iban los ojos al hombre detrás de las dos hermanas y por eso, con frecuencia compartía con ellas ratos de

conversación cuando las veía en la calle y también repartía con ellas algunas cosas de comida. Cuando la madre lo veía, sin reparo le decía:
- Sí, juega con ellas y cuéntales historias a ver si un día te las llevas a donde ya no las vea más.
- ¿Por qué dices eso de tus niñas?
- Estoy harta de ellas, de esta vida y de este mundo.
Y el hombre mayor callaba porque se daba cuenta que la mujer, además de la desgracia del marido, ahora vivía en soledad y con muchas necesidades. Por eso, aquella tarde de reyes, fría y gris, el hombre mayor pidió permiso a la mujer para bajar desde el barrio al centro de Granada, acompañando a las niñas para que vieran la fiesta de los reyes. Y la madre dijo:
- Llévatelas y a ver si ya no vuelven más a este barrio. Que se vayan por fin a ese país que tanto sueñan.

Cuando caía la tarde, un poco antes de ponerse el sol, el hombre mayor bajaba por las calles del Albaicín hacia el centro de Granada, con las dos niñas de la mano. Y ellas, ilusionadas e imaginando fantasías, preguntaban:
- ¿Y esta noche los reyes nos traerán regalos?
- A todos los niños del mundo, esta noche los reyes les traen regalos.
- ¿Y tú sabes qué es lo que nos traerán a nosotras?
- Seguro que alguna cosa bonita y buena.
Y la más pequeña, de pronto dijo:
- Queremos quedarnos contigo y no volver nunca más a nuestra casa ni al barrio.
Y el anciano guardó silencio. Recorrieron las iluminadas calles de Granada, siguiendo la fiesta de reyes y algarabía de muchos niños y cuando ya la noche iba algo avanzada, volvieron al barrio.

En la misma puerta de la casa, el anciano dejaba a las niñas en compañía de su madre. Le dio a cada una un beso y al despedirse les dijo:
- Dentro de un rato, quizá pasen los reyes cargados de regalos.
Y la más pequeña comentó:
- Ojalá sea acierto y esta noche no pasemos frío y sí alguien nos regale un abrazo grande y muchos besos.
Entró la madre con ellas en la casa, las dejó en la habitación de la parte alta y, al poco, las dos hermanas se acurrucaban en la cama. Y sería media noche cuando todo el barrio del Albaicín, en lo más alto de la colina, se llenó de un resplandor de colores. Muchos se asomaron a las ventanas y otros, desde la misma calle, miraban asombrados y no sabía explicar qué era lo que pasaba.
Al amanecer, algunos vecinos dijeron:
- Yo vi, en medio de este tan gran resplandor, como una carroza muy grande que se alejaba de este barrio.
- ¿Y quién iba en esa carroza?
- Las dos niñas que todos conocemos y las acompañaba el anciano amigo. Sus caras irradiaban alegría y sus ojos parecían estrellas azules y limpias.

Cuando salía el sol, muchas personas rodeaban la casa de las huérfanas. Nadie sabía explicar qué era lo que por la noche había ocurrido ni cómo había sido. Pero todos en sus corazones sentían que había sucedido algo maravillo en el corazón del barrio del Albaicín, justo en la noche de reyes. Las dos hermanas no estaban ni en su habitación ni en la casa ni por las calles o

plazas del barrio.

## **La cruz de oro** //Pa

El matrimonio poseía un pequeño horno para cocer pan y dulces. Vivían en la Medina de la Alhambra y les ayudaba el único hijo que tenían. Joven bueno y trabajador y que los padres querían mucho y lo mismo los vecinos y muchas de las personas de la ciudadela y de la Alhambra. Ayudaba él a los padres no solo a cocer el pan en el horno sino también a venderlo y a llevarlo a los sitios donde lo compraban. También ayudaba a los padres en la búsqueda y transporte de la leña que usaban para encender y calentar el horno donde cocían el pan y los dulces.

Por eso el joven, casi cada día, surcaba los caminos, iba a las montañas cercanas a la Alhambra, recogía la leña que por aquí encontraba y a cuestas, la traía a su casa. Los montes que más le gustaban a él eran los que hay entre las cumbres de Sierra Nevada, por donde corren muchos ríos, abundantes arroyos y surgen bastantes manantiales de aguas claras. Y al joven, cuando solitario se internaba en los bosques de estas montañas, lo que más le gustaba era recorrer los cauces de los arroyos y ríos para descubrir los rincones más ocultos, silenciosos y llenos de misterio. Siempre se decía: “Yo no sé lo que esconden estos recodos en los arroyos y ríos pero lo que sí tengo claro es que llenan de emoción solo pisarlos. A lo mejor algún día, por estos tan ocultos lugares, me encuentro un tesoro interesante y de verdad”.

Y cuando se perdía por la espesa vegetación de los arroyos y ríos, lo que más emoción le producía, era el agua saltando por las cascadas, los árboles y arbustos cargados de frutos y bayas y los cientos de avecillas que por entre la vegetación revoloteaban. Recogía bellotas de las encinas, moras de las zarzas, almecinas de los almeces, castaña, setas y hasta aceitunas silvestres de los acebuches. Así que cuando luego cada día regresaba a su casa en la Medina de la Alhambra, además de leña para calentar el horno, también traía su barja llena de frutos de las montañas. Les decía a los padres:

- Tengo el presentimiento de que un día voy a encontrarme un tesoro en esos ríos y arroyos de las montañas.

Y la madre siempre le argumentaba:

- Si te encuentras un tesoro, bien venido sea pero ten claro que el mayor tesoro que Dios nos regala cada día, eres tú, nuestro trabajo con el que nos ganamos la vida honradamente, el aire que respiramos en cada momento y los buenos amigos que tenemos.
- Lo que dices es cierto pero si un día me encuentro un tesoro, seremos ricos de verdad y hasta podremos tener palacios y criados.

La madre callaba y cada día hacía su trabajo en compañía del padre y del hijo. También cada día, cuando el joven iba a las montañas a por leña y frutos silvestres, le preparaba algo de comida para que no le faltaran las fuerzas. Sentado junto a la corriente de un arroyo o al borde del charco del río, el joven se comía los alimentos que la madre le había preparado mientras, en silencio,

contemplando el agua, observando a las avecillas por entre la vegetación y se entretenía en la visión de los cielos azules y las nieves reluciendo sobre las cumbres de Sierra Nevada. Y así fue como un día, cuando comía sentado cerca de una cascada, vio algo que le sorprendió. Por entre las adelfas, aparecía una gran roca en forma de cruz. Sorprendido se preguntó: "¿Qué será eso?" Y dejó lo que estaba comiendo y la barja encima de la piedra donde se había sentado, caminó siguiendo las aguas del arroyuelo, apartó la vegetación y se acercó a la cruz que había descubierto.

Cuando estuvo cerca de esta figura, se paró, miró muy extrañado la cruz tallada en pura piedra y, de pronto, le llamó mucho la atención la parte alta de esta cruz. Lo que coronaba por completo el tramo central. Se dijo: "Parece como si ahí, en todo lo alto, tuviera algo escondido". Trepó por la cruz, se agarró al brazo izquierdo, se puso de pie y cuando vio con claridad la parte que coronaba, descubrió otro misterio. En todo lo alto de la cruz y en la misma roca de la que estaba hecha, vio como un remiendo. Como si alguien, quizá el que hubiera tallado la cruz, en esta parte de la piedra, hubiera escondido algo. Con la pequeña navaja que siempre llevaba en el bolsillo, pinchó y tanteó el parche añadido a la piedra y enseguida comprobó que era como una pieza también de piedra y muy bien terminada, que tapaba un pequeño orificio. Siguió haciendo palanca con su navaja y al poco, la pieza soldada al bloque principal, salió de su encaje. Miró y dentro del redondo agujero vio una pequeña cruz muy reluciente. Al instante se dijo: "Aquí tengo el tesoro que siempre he soñado. Es una pequeña cruz de oro".

La cogió con respeto y vio que la pequeña cruz de oro tenía en el centro un gran diamante y varios más pequeños en cada uno de los lados. Asombrado, contento y lleno de emoción, se guardó la cruz en el bolsillo, colocó en su sitio la pieza de piedra que sellaba el agujero, bajó de la cruz de piedra, cogió su barja y el haz de leña y regresó rápido a su casa en la Medina de la Alhambra. Nada más llegar buscó a la madre, le enseñó la cruz de oro y le dijo:
- Ya somos ricos tal como siempre he soñado.
Y la madre, rápida le preguntó dónde y cómo había encontrado la cruz de oro llena de diamantes. Le explicó él todo y después de un rato, la madre le dijo:
- Hijo mío, esta pequeña y brillante cruz es un símbolo religioso que no pertenece a la religión que nosotros practicamos. Pero la religión de esta cruz y la que nosotros vivimos, sí pertenece al mismo Dios. El Creador del Universo y el que nos da la vida, es el mimo para todas las personas.
- ¿Y qué quieres decir con eso, que Dios puede castigarme si ahora me quedo con este símbolo religioso y lo vendo para hacerme rico?
- Dios nunca castiga por estas cosas que piensas tú. Él premia o castiga por el bien o el mal que las personas nos hagamos entre sí. Algo que está por encima de las religiones o símbolos religiosos.
- ¿Entonces?
- Que la persona que guardó esta cruz en aquella cruz de piedra, tendría algunas razones muy poderosas que nosotros desconocemos ahora. Debería devolver esta pequeña cruz al sitio donde estaba escondida. Dios ni te premiará ni castigará por ello pero nosotros procederemos con respeto y eso sí lo tiene en cuenta Él.

Al día siguiente, el joven volvió a dejar la pequeña cruz de oro en el agujero de la cruz de piedra. Pasó el tiempo y cada vez que él volvía por el lugar buscando leña o frutos silvestres, su corazón se llenaba de paz y se sentía afortunado y rico con solo la presencia de las aguas en los arroyos y ríos, el bosque que por aquí crecía y las avecillas que lo poblaban. Desde aquello y aquel día y hoy, ya ha pasado mucho tiempo. Sé yo ahora dónde se encuentra esta cruz de piedra y algunas veces, voy por el lugar y la veo. Y hasta me asombra el silencio y la belleza que por este sitio sigue existiendo. Como si la transparencia y luz del cielo mismo, estuviera por aquí ampliamente derramada.

## La fuente, el perro y el mendigo //Ba

En una pequeña plaza, en el barrio del Albaicín, hicieron una fuente. Justo al final de una estrecha calle que subía muy empinada desde el río Darro. Y a esta fuente, además de un pequeño caño por donde se deslizaba un claro chorrillo, le hicieron un pilar rectangular. Tallado en piedra y no muy grande aunque algo profundo y elevado del suelo como un metro, más o menos.
- Para que beban las bestias cuando vengan cargadas por esta cuesta.
Decían algunos vecinos.
- Y también para que las personas podamos beber en el chorrillo y lavarnos las manos y coger agua de este pilar.
Comentaban otros.

El caso es que todos los vecinos cerca de esta fuente, estaban contentos. La pequeña plaza ganaba mucho y la estrecha calle, adquiría mucha importancia porque no en todos los rincones del barrio, había fuentes. Y porque también, del agua del pilar, algunos vecinos cogían para dar de beber a los animales de sus corrales y regar las plantas del jardín o del huerto. Por eso, a primera hora de la mañana, desde el día en que inauguraron la fuente, alrededor del pequeño pilar se veía mucha actividad. Burros bebiendo, personas quitándose la sed en el claro chorrillo, mujeres llenando recipientes que luego se llevaban a las casas y hasta niños jugando por la plaza y cerca de la fuente.

Al poco tiempo de la inauguración de este pilar, en el rincón de la derecha y junto a una pared con un hueco, se refugió un hombre pobre. El mendigo del barrio que era como muchos lo llamaban porque desde hacía mucho tiempo, lo habían visto, a veces pidiendo y otras veces, refugiado en cualquier jardincillo o recoveco en las calles. Por eso, cuando se vino junto a la fuente, a nadie le molestó ni le resultó extraño. Y bastantes de los que pasaban por la plaza o se acercaban a la fuente para beber o abrevar a sus animales, de vez en cuando le daban algo. Algunos frutos secos, un trozo de pan duro, algunas prendas de ropa para que se abrigara e incluso, un vaso de leche calentita para que entrara en calor en las frías mañanas del invierno.

Los niños que con frecuencia jugaban en la plaza de la fuente, también respetaban al mendigo. Porque los padres de estos niños, de vez en cuando les decían:
- A los pobres hay que respetarlos y tratarlos con dignidad. Son personas como

nosotros y, aunque en esta tierra son pobres, en el cielo puede que sean los más ricos. Nunca os riáis del mendigo ni lo enfadéis con vuestras bromas.
Y los niños que por las tardes y mañanas jugaban en la plaza de la fuente, en todo momento tenían muy en cuenta los consejos que le daban los padres. Todos los niños menos uno. El que vivía unas casas más arriba de la fuente y tenía el pelo rubio y era delgado.

El mendigo era amigo de un perro colorado que le daba compañía tanto de día como de noche. Se acostaba a sus pies, lo miraba cuando su dueño se acurrucaba en sí para quitarse el frío y hasta lo defendía cuando alguien molestaba a su dueño. También los niños que jugaban en la plaza, respetaban mucho al perro del hombre pobre. Le daban, a veces, trozos de pan para que comiera, lo acariciaban y lo animaban para que jugara con ellos. Y el animal disfrutaba mucho con las chirigotas y ocurrencias de los niños. Sin embargo, el niño delgado y de pelo rubio y que casi siempre andaba solo, en cuanto podía y los demás no lo veían, se acercaba al mendigo y le decía:
- Tu perro es el más feo de todo este barrio.
- ¿Y por qué dices eso?
- Porque no me gusta el color de su pelo ni tampoco sus orejas ni su rabo. Además, está sucio y cuando me acerco a él, siempre me ladra.
- Eso es porque tú no eres bueno con él. Este perro mí siempre ha sido cariñoso con todos y, conmigo, mi mejor amigo.
- ¿Y cuando lo lavas?
- Él se limpia solo y luego se pone al sol para secarse cuando llueve y para calentarse.

Y en estos momentos, cuando el mendigo se acurrucaba y el perro estaba cerca de la fuente, el niño rubio, cogía del pilar agua con un recipiente y se la echaba al perro por encima diciendo:
- Para que te laves y te quedes limpio.
El perro salía corriendo, huyendo del pequeño que lo mojaba pero al día siguiente, el muchacho volvía otra vez a lo mismo. Así fue como, casi todos los días, cuando se acercaba a la fuente y veía al perro, lo empapaba de agua y cuando el mendigo protestaba, también se acercaba a él con el recipiente lleno de agua y lo derramaba sobre la cabeza del hombre pobre al tiempo que comentaba:
- Para que también te laves tú que estáis los dos hecho un asco.
Protestaba el mendigo y protestaba el perro y esto le hacía mucha gracia al pequeño solitario.

Cuando los demás niños andaban jugando por la plaza y veían al de los pelos rubios empapando al perro y al mendigo, se enfadaban con él. Salían corriendo y a un hombre mayor que vivía cerca de la fuente, le decían:
- Ya está otra vez echándole agua al perro y al mendigo.
El hombre mayor los miraba y no sabía ni qué decirles ni qué hacer. Hasta que un día, cuando los niños vinieron a él para decirle que andaba corriendo detrás del perro para empaparlo como siempre, el hombre mayor les dijo:
- Mañana mismo vamos a darle un escarmiento.
- ¿Cómo?
Preguntaron enseguida los niños. Y el hombre mayor les explicó el plan que ya

había ideado.

Al día siguiente, todos los niños se fueron a casa del hombre mayor. Esperaron a que el niño solitario se acercara al mendigo y le echara agua al perro. Y cuando, media hora después el niño rubio apareció y, como todos los días, se puso a correr detrás del perro y a mojar al mendigo, todos los niños salieron de la casa y también el hombre mayor. Corrieron detrás del niño rubio, lo cogieron y, ayudados por el hombre mayor, con el mismo recipiente que el niño rubio usaba para empapar al perro y al mendigo, lo rociaron de agua una y otra vez. Luego lo acercaron a la fuente y todos al mismo tiempo y con las manos, le echaron agua y más agua durante un buen rato. Al final el hombre mayor dijo:
- Esto es solo un escarmiento. Como te veamos otra vez echándoles agua al perro y al mendigo, de nuevo recibirás lo que mereces.

A partir de aquel día, nunca más vieron al niño solitario maltratar ni al perro ni al mendigo. Sí los niños, preocupados, hablaron con el anciano y éste les dijo:
- En la vida, se aprende mucho cuando uno recibe el mismo trato que da a los demás.
- Pero, a partir de ahora, él no querrá saber nada con nosotros. Nos tratará como si fuéramos sus enemigos.
- Vosotros, tranquilos. Por ahora, vamos a dejar las cosas tal como en este momento están, para que escarmiente y comprenda que hay comportamientos que deben evitarse. Cuando pase un tiempo, yo mismo me encargaré de hablar con él y pedirle que se venga con vosotros y se haga nuestro amigo.

## **La melodía de la Alhambra** //Aj

Los que la vieron, dijeron que aquello fue la visión más hermosa que nunca se ha visto de la Alhambra. Como nunca nadie ha descrito ni en relatos ni en versos ni tampoco en pintura ni en música. Que aquello fue tan brillante, lleno de colores y luz que ni en sueño jamás nunca ha imaginado nadie. Y las cosas fueron así:

El día amaneció brillante y limpio. Azul purísimo el cielo, transparente el aire, refulgentes todos los paisajes y hojas de las plantas y todo muy sereno. Como si al amanecer, todo se despertara de un cristalino sueño, en un océano inmenso de eternidad. Tanto todo fue así que algunos en el barrio del Albaicín y en la Medina de la Alhambra, dijeron:
- El paraíso que desde que nacemos, soñamos, debe ser muy parecido a este día que hoy nos regala el cielo.
- Sin duda que sí porque tanta luz y suavidad de terciopelo como acariciando el alma, pertenece a la dimensión de lo excelso. Un día tan limpio y brillante como el de hoy, nunca lo hemos visto por aquí.

Era otoño y no hacía frío ninguno. Solo unos días antes había llovido mucho y en las cumbres de Sierra Nevada, las primeras nieves habían caído. Como preparando la llegada del invierno, como siempre sucede aquí en Granada

pero, en esta ocasión, todo matizado con un velo de luz y colores único. Por eso los niños, los tres amigos, a media mañana salieron de sus casas. Desde la Medina al levante de los palacios de la Alhambra y subieron por unas veredillas escoltadas de árboles. En poco rato se encajaron donde las ruinas de una casa abandonada y en el pilar, a la derecha. Bebieron y jugaron con el agua. Desde la alta colina, los tres miraron para las torres de la Alhambra, recortadas al fondo por las blancas casas del barrio del Albaicín y la ancha Vega de Granada, inundada por la brillante luz azul del nuevo día mágico. Se pusieron luego a jugar por donde la acequia se despeñaba y, pasado un rato, el mayor dijo:
- Por el río, junto al charco y la cueva que hemos dicho, ya se están concentrando.
Y la niña comentó:
- Nos esperan ansiosos por vernos bailar. Debemos bajar rápidos y no hacerles esperar.
Y el mayor de los tres niños aclaró:
- Bajad vosotros dos por el camino que va siguiendo el arroyuelo que yo me voy por el lado del acantilado para coger las piedras.
- ¡De acuerdo!
Dijo la pequeña y el amigo.

Y al momento, se les vio a los dos descender siguiendo la estrecha senda que iba por el borde del arroyuelo. Entusiasmados por el encuentro con los vecinos del barrio e ilusionados por el acontecimiento que estaba a punto de comenzar. Y al otro amigo mayor, se le vio también avanzar por la veredilla, pero no descendiendo hacia el río sino avanzando a media altura. Se fue derecho a donde el acantilado se quebraba hacia el río y al llegar al borde, se asomó a las rocas. Y al mirar, hoy le pareció más profundo y misterioso el hermosísimo valle del río Darro y todo cuanto por ahí se desperezaba. Se dijo: “Las veredas que van por ahí, ellos las trazaron para ir a su huertos. Pero la gran vereda, la que desde lo hondo de ese valle sube y se eleva como hacia las cumbres de Sierra Nevada y luego sigue como al corazón del cielo mismo, ellos no la conocieron. También un día tendremos que enseñársela”.

Se aproximó al borde de las rocas, cogió la piedra que iba buscando, la sujetó fuerte en sus manos, dio media vuelta y por la otra senda, la que va hacia el valle en busca de la curva del río, descendió. Bajó despacio, sujetando bien la piedra en forma de melón y algo blanca y cuando llegaba a la curva del río, vio a los amigos. Ella, ahora vestida de largo y lazos azules, morados y rosa y todos de seda, bailaba como por encimas de las aguas del charco. Pisando la corriente que salpicaba, llenaba de luz y colores, las piedras y arena de la orilla y dejando embelesados a todos los que alrededor del charco se concentraban. La miraban con las bocas abiertas y no podían creerse la belleza y fantasía que del cuerpo de la niña, su cara y pelo, brotaba. Entre sí comentaban:
- ¿Dónde habrá aprendido esta criatura una danza tan hermosa y delicadamente tierna?
- Dicen que lo lleva en su corazón y ella, a su manera, así lo expresa.

Al llegar el que traía la piedra, después de unos segundos parado frente al charco y observando la luz que la niña derramaba con su danza, se sentó en la arena. Frente a los que a un lado y otro del río, contemplaban con las bocas

abiertas. Cogió su piedra con las dos manos, hizo un pequeño gesto con ella y la piedra se partió en dos, dejando en cada uno de los trozos, un agujero. Los que le observaban, algo extrañados preguntaron:
- ¿Cómo ha conseguid eso y qué irás a hacer ahora?
Y no tardaron en verlo. Sin pronunciar palabras, el niño de la piedra, miró a la pequeña de la danza y al amigo menor. Y ella, también sin pronunciar palabras, hizo un gesto al amigo que ahora sostenía los dos trozos de piedra una en cada mano y dijo: "Ya estoy preparado. Empieza cuando quieras que yo sigo el ritmo con mi danza".

Y el niño de la piedra, movió lentamente los dos trozos que aprisionaba entre sus dedos. De los agujeros en los extremos de estos dos trozos de piedra, brotó como un chorro de luz en forma de surtidores de colores y como humo, comenzó a elevarse por el aire, como en busca de las torres de la Alhambra y hacia el cielo. Los sonidos, dulces como la más dulce de las flautas, se esparcieron en el aire y la niña, con su vestido de seda de colores, fundió sus pies en la corriente de las aguas. Reflejaron éstas los colores de su vestido de seda y el viento fundía en sí y también se llevaba los reflejos del agua, los colores de su vestido de seda y los dulces sonidos de las piedras flautas. Al fondo y sobre la colina, se veía la Alhambra brillando con los mismos colores y luces que brotaban de la corriente del río y las aguas del charco. Los que habían acudido para ver el espectáculo, embelesados observaban y solo alguno comentó:
- Esta es la visión más hermosa que nunca se ha visto en la Alhambra. Las aguas de este río, la música que este muchacho regala y la luz y colores de la danza de esta niña, pertenecen al alma, a lo más puro del cielo mismo.

## **El hombre violento de la Alhambra** //Aj

Navidad 2012

Preámbulo

Ya próximo a los días de Navidad, el maestro en la clase, dijo a los niños:
- Aunque vosotros, yo y muchas personas, hemos visto la Alhambra más de una vez, todavía nadie conoce uno de sus más extraños y bellos secretos. En estas fiestas de Navidad, un día vamos a juntarnos todos, iremos a los palacios de la Alhambra y allí, en vivo y en directo, os contaré este original secreto que, como he dicho, nadie en el mundo conoce aun.
Y enseguida uno de los niños de la clase, preguntó:
- ¿Qué día será ese, maestro?
- Justo el veintisiete de diciembre. Por la mañana temprano nos juntamos en la misma puerta de los palacios y cuando ya estemos en los recintos donde ocurrió la historia, os revelaré parte del extraño relato.
Puntual todos los niños, el día veintisiete de diciembre por la mañana, esperaban al maestro en la puerta de los palacios de la Alhambra. Cuando éste llegó, después de saludar a los alumnos, les pidió que lo siguieran y cuando estuvieron dentro de los recintos, enseguida ellos le rogaron al profesor que les contara la historia prometida. Al llegar a una gran sala, muy conocida y pisada por todas las

personas que ahora visitan la Alhambra, el maestro habló y dijo:

El relato

- En aquellos tiempos, los reyes de la Alhambra, lo contrataron para que llevara los asuntos económicos de los palacios. Y en Granada y pueblos cercanos, muchos lo conocían y hasta lo llamaban con el sobrenombre de “El violento”. Era grueso, de estatura baja, con bigote y barbas y tenía una cabeza muy gorda. No solo en lo físico resultaba poco atractivo sino que su corazón estaba lleno de odio, le salía la violencia por todas partes y era muy agresivo. Por eso muchos decían de él:
- Es un hombre poco inteligente, disfruta humillando y, sobre todo, es un gran amargado lleno de complejos.
- Es lo que le suele pasar a las personas falta de inteligencia. Que para sentirse algo e infundir temor, intentan dominar a los demás con violencia, desprecio y humillando. Por eso debemos tener mucho cuidado con él. Como algún día tenga un poco de poder sobre nosotros, nos quitará a todos de en medio.

Esto lo decían porque el hombre malo, sabía que muchos lo despreciaban y criticaban, cosa que lo empujaba a comportase con mayor violencia aun. Y como los reyes de la Alhambra tuvieron conocimiento de este hombre, de su agrio carácter y lo muchos enemigos que le rodeaban, dijeron:
- Es la persona indicada para meter en vereda a todos los pobres que nos deben impuestos y a los muchos rebeldes que hay en nuestro reino.
Por eso, nada más contratarlo y nombrarlo gerente de los asuntos en los palacios y parte del reino de Granada, le dieron un gran despacho en los recintos de la Alhambra. En esta sala donde ahora mismo estamos es donde se instalo el hombre violento y enseguida empezó a decir a unos y a otros:
- Todo aquel que no me obedezca y se someta sin rechistar a mis deseos, ya sabe lo que le espera.
Y para meter miedo y que escarmentaran y aprendieran los que siempre estaban criticándolo, ya el primer día ordenó apresar sus enemigos más conocidos. Encarceló a varios y a otros, directamente les quitó la vida. Esta noticia enseguida corrió como la pólvora por todos los recintos de los palacios, toda la ciudad de Granada y gran parte del reino. Muchas personas se empezaron a llenar de miedo y como sabían que los reyes lo protegían y apoyaba, entre sí comentaban:
- ¿A quién acudiremos en estas condiciones para pedir justicia?

Un hombre pobre que por aquellos días trabajaba en los palacios, en una ocasión se enfrentó al hombre violento y le dijo:
- Yo haré siempre lo que usted me diga y me someteré a todas sus órdenes pero ¿puedo darle un pequeño consejo?
El hombre violento sabía que este hombre pobre estaba muy bien considerado entre todos los reyes de los palacios porque era humilde y muy inteligente. Por eso, no se atrevía a ir contra él directamente temiendo que los reyes desaprobaran su proceder y lo destituyeran del cargo. Tenía claro que a los que le habían dado poder, debía adularlos al máximo. De aquí que a la pregunta del hombre pobre, el violento a su vez también preguntara:
- ¿Qué consejo quieres darme?
- Que no deber ser usted tan cruel con las personas.

- Es que necesito que las personas me tengan miedo. Y, además, también necesito vengarme de todos los que siempre me han criticado.
- Pero señor, si usted maltrata y humilla a las personas, en este momento ganará sobre ellas porque tiene poder y los reyes lo apoyan pero si un día, por lo que sea, los que le otorgan poder prescinden de usted, se encontrará sin un solo amigo y con muchos que le odiarán por todos sitios. Su modo de comportarse no es inteligente porque oprimiendo y humillando, cada día lo odiarán más y sus enemigos crecerán.
- Tonterías y tú no te atrevas a criticar mis comportamientos porque puedo ir a por ti en cualquier momento.

El hombre pobre guardó silencio y al día siguiente le pidió permiso al rey para irse de los recintos de los palacios.
- ¿Por qué quieres irte de aquí?
Le preguntó el rey.
- Tengo un huertecillo junto a las aguas del río Darro y me gustaría dedicarme a él y cuidarlo como es debido.
- Pero con esta decisión tu vida se empobrece.
- No me importa, majestad. Yo soy persona que se conforma con poca cosa.
- Pues como quieras.
Y al día siguiente, el hombre se marchó de los palacios a su huertecillo del río Darro. Se decía: "De este modo me alejo de este mal hombre violento y vengativo y de la forma más silenciosas e inteligente. Procurando no encontrarme con él para no darle pie a que vaya contra mí. Sé que ahora mismo él tiene las de ganar y por eso me atacaría en el momento que se le antoje".

Y como el hombre pobre sí era inteligente, en su corazón tenía la certeza de que un día el hombre violento perdería los apoyos de los reyes y entonces caería en la mayor de las desgracias. Sería su perdición para siempre por la cantidad de enemigos que ya tenía por todas partes. Sin embargo, al irse el hombre pobre de los palacios el violento le dijo:
- Sé que eres romántico y bastante rebelde. Ahora te vas de estos palacios pero ten cuidado con lo que dices y haces porque puedo hacerte mucho daño.
Guardó silencio el hombre pobre porque sabía que era lo más inteligente.

Al llegar a estas alturas del relato, el maestro que acompañaba a los niños por los recintos de la Alhambra, guardó silencio. Toda la clase lo rodeaba pendiente de las cosas que iban viendo y más pendiente aún de lo que el maestro les contaba. Y al quedar interrumpido el relato, varios de los niños preguntaron:
- Maestro ¿y qué pasó después de todo lo que ya nos ha contado?
- Lo mismo que hasta ahora hemos hecho, venir a estos sitios para vivir aquí casi en directo los hechos, vamos a seguir haciendo.
- ¿Vamos a ver y recorrer los sitios que aún le queda a esta historia?
- Vamos a recorrerlos y ahora mismo. Sobre el terreno os iré contando para que nunca se os olvide los hechos de este acontecimiento.

Rodeado de los niños, el maestro siguió atravesando los recintos de la Alhambra. A media mañana salían por el lado del norte, recorrían los jardines y por las veredas de un empinado cerro, ascendieron. Llegaron a todo lo alto y

enseguida, al frente y muy a lo lejos, vieron las brillantes nieves de las cumbres de Sierra Nevada. Más acá de estas cumbres, se veían muchos barrancos, surcados por claros ríos y valle poblados de árboles. El sol los iluminaba y por eso, antes los ojos de los niños, aparecían misteriosos y lejanos. Algunos preguntaron:
- Maestro, en aquellos tiempos, cuando ocurrió la historia que nos está contando ¿eran por aquí las cosas tal como ahora mismo las estamos viendo?
- Más o menos solo que todos estos valles y ríos, estaban llenos de pastores que compartían entre sí su tiempo y preocupaciones.
- ¿Y el río y lugar a donde se marchó el hombre pobre de la Alhambra?
- Ahora mismo lo vemos.

Desde lo más alto del cerro, el maestro comenzó a bajar por las sendas de la umbría. Apartaron las ramas de madroñeras repletas de frutos rojos y maduros, cogieron bellotas de las encinas, apartaron con sus manos espesas matas de retamas y mientras bajaban por la umbría dirección al río Darro, al frente iban viendo las laderas del Sacromonte, la colina del Albaicín, la ciudad de Granada más a su derecha y extendida por la Vega, la Alhambra sobre la alta colina. Y como la visión resultaba, además de grandiosa y bella, muy misteriosa y como lejana, los niños miraban cada vez más mudos y sorprendidos. Preguntaban y preguntaban al maestro y éste, continuamente les decía:
- En cuanto estemos junto a las aguas del río, sabréis el final de la historia del hombre violento y lo que fue del hombre pobre.

Llegaron a las aguas del río y lo primero que dijo el maestro fue:
- Aquí mismo, junto a esta curva del río y frente a este charco, ocurrieron las cosas.
- ¿Qué cosas, maestro?
- Enseguida las sabréis pero antes, sobre este viejo muro de piedra, mirando al río y un poco de soslayo a la Alhambra, sentaros todos.
El muro no tendría más de medio metro de alto, las piedras estaban llenas de musgo y por el suelo, tapizaba una amplia alfombra de hojas de álamos, amarillas y ocres. El río corría sereno, la Alhambra se veía iluminada por el sol de medio día, ya casi cayendo para el lado de la tarde y el silencio entre los niños, era expectante. Todos miraban al maestro y esperaban con impaciencia que les contara lo que quedaba del relato.

Y habló de nuevo el maestro y dijo:
- Justo donde vosotros estáis sentados ahora mismo, el hombre bueno de la Alhambra, construyó un pequeño refugio. Con techo de monte de estas laderas: retamas, romeros, lentiscos, jaras blancas y ramas de sauce. Y aquí se protegió él. Frente a las tierrecillas de su huerto que estaban donde yo ahora mismo piso, entre vosotros y las aguas del río. Y lo primero que hizo fue labrar estas tierras y sembrarlas con toda clase de hortalizas y árboles frutales. Luego procuró hacerse amigo de algunos pajarillos que por aquí vivían: mirlos, un par de tórtolas, tres o cuatro petirrojos y algún arrendajo. También una pareja de cernícalos que enseguida se hicieron amigos del hombre pobre. Tan amigos que todos aquellos pajarillos venían a comer en sus manos y por las noches, hasta dormían entre las ramas de su refugio de monte.

Pasó un tiempo y el hombre sabio y pobre de la Alhambra, casi se olvidó del administrador violento. Sin embargo un día, un hombre del barrio del Albaicín, vino hasta este refugio, saludó al hombre pobre y enseguida le dijo:
- ¿Te has enterado de lo que le ha ocurrido al violento de la Alhambra?
- No sé nada ¿Qué ha pasado?
- Que los reyes, hartos de sus bravuconerías y descubriendo que cada día creaba más y más problemas y sumaba enemigos a los propios reyes y gobernantes del reino, lo han destituido de todos sus cargos.
- ¿Y qué más ha pasado?
- Los reyes le han dicho que lo único que ahora pueden hacer por él, es darle algún trabajo en los jardines de esos palacios. Y como ese hombre es tan soberbio, para no sentirse tan humillado, se ido de esos sitios.
- ¿A dónde se ha marchado?
- Algunos lo hemos visto por el barrio del Albaicín pero nadie quiere saber nada de él. Ha hecho tanto daño y ha sido tan cruel con tantos, que ni verlo queremos. Es un hombre malo, muy malo.

Al oír esto y saber todo lo ocurrido en los recintos de la Alhambra con el hombre violento, el hombre pobre del refugio de monte ahora en este mismo lugar, se preocupó. Su amigo le preguntó:
- Tú lo conoces y él a ti también. Si viene por aquí ¿qué piensas hacer?
- Ahora mismo no lo sé pero ya se me ocurrirá algo.
Se marchó el hombre del Albaicín y el hombre pobre se quedó asustado. Al poco, se puso a labrar las tierras de su huerto y al caer la tarde, regresó a este refugio suyo y aquí se encontró sentado y justo donde vosotros estáis ahora, al hombre violento de la Alhambra. Al verlo, el hombre pobre se echó a temblar y enseguida su miedo se acrecentó cuando oyó de nuevo la voz del violento que dijo:
- Me han echado de la Alhambra y ahora, cono ni tengo casa ni amigos, no sé a dónde ir. Pedir por las calles me da vergüenza y las personas, cuando me ven, huyen de mí. ¿Tú puedes hacer algo por mí?
- Mucho no tengo yo pero en este refugio podremos vivir los dos. Y de las cosas que salga de mi huerto, también podremos comer los dos.
- Pero yo no puedo rebajarme a vivir en este mísero chozo y comer cuatro hortalizas insípidas.
Y al oírlo hablar de este modo, con voz desgarrada y como gritando enfadado, el hombre pobre se llenó de miedo. A su mente vinieron los momentos que tiempos atrás había vivido en la Alhambra, sufriendo y aguantando los malos comportamientos de este extraño hombre violento. Y recordó que un día le dijo: “Ten cuidado con lo que dices y haces que en cualquier momento puedo ir a por ti”.

Por eso, con la mayor humildad que pudo, dijo al violento:
- Ahora tengo que ir al barrio del Albaicín a cumplir con un compromiso de una familia que conozco. Me marcho en este momento y vuelvo mañana. Puedes quedarte en este refugio mío, come de lo que tengo aquí y en cuanto vuelva, nos ponemos a buscar una solución a tu problema.
Se marchó rápido el hombre pobre y cuando llegó al barrio contó a sus amigos lo que le había ocurrido y aquella noche se quedó en casa de uno de ellos. Todos le aconsejaron que no volviera a su refugio del río. Pero al día siguiente volvió

acompañado de su mejor amigo. Y al llegar a este lugar, lo primero que vio fue una lumbre que aun echaba humo. Sobre las brasas, descubrió algunos trozos de pájaros asados y las plumas de los mirlos, las tórtolas, petirrojos y cernícalos estaban por aquí esturreadas. Enseguida el hombre pobre dijo:
- Ha matado a todos mis pájaros amigos y se los ha comido asados en esta lumbre. Y no solo eso sino que para hacer la lumbre, ha quemado medio refugio mío.
- ¿Pero dónde está ahora mismo?
Lo llamaron y buscaron y no apareció por ningún lado. Sí tres días más tarde, por todo el barrio del Albaicín, muchos comenzaron a decir:
- Cuentan que se lo han encontrado ahorcado en una encina, cerca de un camino y del río que baja de Sierra Nevada.
- Pues que nadie vaya por allí porque ese hombre estaba endemoniado. Ningún ser humano trata a las personas del modo en que él lo hacía.

Conclusión

Con estas palabras el maestro dio por concluido su relato. Todos los niños sentados en el viejo muro de piedra, lo miraban y ninguno se atrevía a preguntar nada. Sí pasado un rato, una niña preguntó:
- Maestro, de esta historia ¿qué enseñanza podemos sacar nosotros?
Y el maestro respondió:
- Que quien humilla y trata con violencia a los demás, se destruye a sí mismo y destruye a todo lo que caiga en sus manos. Y, de este modo, no contribuye a que el mundo y las personas seamos cada vez mejores sino todo lo contrario. Y Dios nos ha creado y nos regala el mundo, la naturaleza y a nosotros mismos, para el gozo, la belleza y la paz. Cosas que se consiguen y al mismo tiempo engrandece y nos engrandecen, sembrando amor y tratando a todo y a todos con bondad.

## **Navidad frente a la Alhambra** //Ba

Navidad 2012

Es diciembre,
en la calle al amanecer,
llueve,
miro desde mi ventana
y al frente,
veo la lluvia caer
y duele
en el corazón la melancolía,
fuerte, muy fuerte.
Un día más que no estás
y es diciembre.

Esto meditaba él aquel veinticinco de diciembre, mientras aun recostado en su cama, miraba por la ventana y oía la lluvia caer. Al frente, el pequeño jardín con los rosales sin flores y el ciprés, temblando al viento. Algo más lejos, la figura de la Alhambra recortada al fondo lejano, por las nieves de Sierra Nevada. En la calle, además de la lluvia que lenta caía, un silencio profundo y nadie, absolutamente nadie, por ella iba o venía. Debajo justo de su ventana, el viejo acebo verde y con sus pequeños frutos rojos relucientes de lluvia. Al frente por completo y más allá del acebo, el pequeño muro de piedra, en silencio también y lavado por la lluvia.

Desde su cama, mientras se va llenando de la luz del nuevo día, mira al pequeño muro de piedra y la recuerda. Al amanecer de aquel veinticinco de diciembre, se sentó en este muro frente a la Alhambra y, en silencio, miraba y contemplaba mientras esperaba que el sol saliera. Cuando se alzó por encima de Sierra Nevada, dijo:
- Hoy es Navidad y amanece en Granada con un sol muy reluciente. ¿Cómo amanecerá el año que viene este veinticinco de diciembre?
Sobre el muro de piedra se quedó sentada mientras recibía las caricias del sol en su cara.

Al año siguiente, al amanecer de este nuevo día de Navidad, de nuevo la vio sentada en el pequeño muro de piedra frente a la Alhambra. Estaba nublado, hacía mucho frío y la nieve caía lentamente. Se vestían de blanco las altas torres de los palacios, el bosque de la umbría, el río Darro, todas las casas del Albaicín, el mirador de San Nicolás y hasta el Paseo de los Tristes. Sí miraba, sentada en el pequeño muro de piedra y meditaba. Cuando más recia caía la nieve habló y dijo:
- Hoy de nuevo es Navidad y amanece toda Granada cubierta de nieve. ¿Cómo amanecerá el año que viene este veinticinco de diciembre?
Sobre el pequeño muro, siguió sentada, mientras contemplaba la nieve caer y toda ella se tornaba blanca.

Al año siguiente, al amanecer de este nuevo día de Navidad, no estaba sentada en el pequeño muro de piedra. Sí el viento mecía a los cipreses del jardín de enfrente y se oía como una música muy solmene que parecía recordarla. Por la calle, como jugando un misterioso juego, rodaban puñados de hojas color ocre otoño. En el ambiente, palpitaba una fina melancolía y la calle, a pesar del juego de las hojas, parecía más silenciosa que nunca. Desde su ventana miraba y al ver el pequeño muro de piedra, la Alhambra recortada al fondo y más al fondo, Sierra Nevada toda cubierta de nieve, se dijo:
- Hoy es Navidad y amanece en Granada como si todo por aquí estuviera muerto. El año pasado estaba y el anterior también pero hoy está ausente. ¿Cómo amanecerá el año que viene este veinticinco de diciembre?

Y justo un año después, al amanecer de este veinticinco de diciembre, llueve. El cielo se tiñe de gris, hay nieve en las cumbres de Sierra Nevada, pequeñas nubes de niebla revolotean por entre las torres de la Alhambra y al fondo, la ancha y larga Vega, mostrando un infinito misterioso y profundamente triste. Como si por ahí hubiera desaparecido para siempre y, al mismo tiempo, por ahí estuviera a punto de llegar el último veinticinco de diciembre.

Recostado en su cama, en este lluvioso veinticinco de diciembre, mira silencioso al pequeño muro de piedra frente a la Alhambra y medita. No está sobre él, sentada ella y sin embargo, el nuevo día, es ancho, profundo y muy misterioso. En el corazón le duele la melancolía y siente que lo único que podría llenar de luz y gozo este veinticinco de diciembre, es su presencia. Por eso, como en una oración silenciosa y solo para que la oiga el cielo, susurra:

Es diciembre  Otro día más de Navidad
y como no estás  Y contigo ausente

y el alma duele,
quisiera irme con la lluvia
ya para siempre.

¿Para qué lo quiero
si me sabe a muerte?

## El dueño, el manijero y el joven //Pa

Si las personas supieran
con cuantas pocas cosas
se puede ser feliz en esta tierra,

seguro que comprenderían
que las riquezas
no son tan necesarias
como se piensa.

Aquella mañana, veinticuatro de diciembre, se presentó muy clara. Sin ninguna nube en el cielo, muy fría, con mucha escarcha por el suelo, rocío trabado en los tallos de la hierba y con los mirlos acurrucados en los cipreses y acebos. Una mañana toda invierno y como parada sobre la ancha Vega de Granada aunque parecía rodar silenciosa desde las blancas nieves de las cumbres de Sierra Nevada. El río, el que claro y azul desciende desde estas cumbres blancas, silencioso surcaba la vega, como ajeno tanto a la fría y limpia mañana como al joven y al capataz que caminaban por su orilla.

Como muchos otros días, el joven había llegado puntual a su trabajo. Mezclado con el resto de la cuadrilla y justo al salir el sol, todos con el manijero al frente, se preparaban para el trabajo de la nueva jornada. Envueltos en sus oscuras ropas y exhalando el cálido vaho al fríio aire de la mañana. Al joven, casi confundido en la cuadrilla que se disponía dar comienzo a la faena, se acercó el manijero y le dijo:
- Coge tu almocafre y vente conmigo.
Como tantas otras veces, sin pronunciar palabra, el joven obedeció al capataz. Caminaron por el borde de la acequia y al llegar a la orilla del río, donde los álamos eran espesos y crecía también espesa la grama y la hierba, de nuevo el manijero dijo al joven:
- Empieza por aquí y limpia bien de hierba y grama todo este balate junto a la acequia.

Apretó el joven su azadilla entre las manos y comenzó el trabajo que el capataz le pedía. Y al instante oyó que otra vez el hombre le decía:
- Haz bien tu trabajo mientras yo vuelvo a la cuadrilla para indicarle las cosas y marcarle el trajo. Vendré a verte y charlar contigo dentro de un rato. Hoy tengo para ti una gran noticia.
De nuevo el joven guardó silencio, aprestó con interés y empeño al trabajo que el capataz le había pedido y no dijo nada. Sí vio como el hombre que sobre él mandaba, caminó por el borde de la acequia y se acercó a la cuadrilla que junto a los naranjos le esperaba.

Los naranjos, olivos, almendros, un buen trozo de tierra virgen y dos o tres trozos más sembrados de ajos, habas y hortalizas, formaban parte de la gran finca en el mismo centro de la Vega de Granada. A los pies de Sierra Nevada, por debajo de la colina de la Alhambra y junto al borde del río Genil. En

las mismas orillas de este río y donde el agua se remansaba, se alzaba la alquería o cortijo de la finca de labor. Un gran edificio de paredes blancas, con forma rectangular, un patio en el centro donde el agua se remansaba en un pequeño pilar con dos chorrillos. A un lado del patio, el gran edificio blanco, tenía el pajar y las cuadras, al otro lado, se veían las estancias donde se guardaban los cereales, las legumbres, las aceitunas y otros frutos recogidos en las tierras de la finca. En el pabellón de enfrente, había algunas viviendas y en el ala principal del gran edificio blanco, vivía el dueño de las tierras con su familia. También el capataz, en una pequeña estancia a la izquierda.

El dueño de esta bonita y fértil finca o almunia, era rico, tenía muchos amigos en la ciudad de Granada y lo conocían y querían mucho en los palacios de la Alhambra. Muchos, tantos en la Alhambra como en Granada, siempre decían de él:
- Es un hombre bueno como pocos en este suelo. Siempre nos trata con respeto, nos paga el jornal justo y reparte con nosotros muchos de los frutos de sus huertas. Nadie, en estos tiempos, es tan bueno como él.
- Y lo que más me gusta de este hombre, es el trato exquisito que siempre muestra con los pobres. Como si nos quisiera de verdad y, al mismo tiempo, en que seamos nobles y aprendamos todo lo que podamos.

Y quizá por esto, el hombre dueño de la finca, se fijó de una manera especial en el joven. Desde el primer día que fue a trabajar en las tierras de su rica huerta. Por eso, al poco, le dijo al capataz:
- Trata bien a este muchacho. Procura que cumpla con su trabajo, págale lo que merezca y vele enseñando cosas importantes. Si te gusta su comportamiento y realiza bien su trabajo, encárgale las cosas que cada día hay que llevar a la Alhambra. Quiero que en aquellos recintos tengan de nosotros la mejor imagen.
Y el capataz, hombre amigo sincero del dueño y tan noble o mejor que él, tuvo muy en cuenta lo que le pedía su amo. Por eso, desde el primer día, trató con respeto al joven y como fue comprobando que éste se comportaba con nobleza y hacía bien su trabajo, al poco le encargó que cada día subiera a la Alhambra a llevar los productos que los reyes necesitaban en estos recintos. Subido en un pequeño borriquillo color ceniza, cada mañana el joven surcaba los caminos desde la Vega hasta la colina de la Alhambra y aquí dejaba la carga de frutas y hortalizas. Conoció a muchas personas e hizo buenos amigos entre los soldados, entre los criados de los reyes y también entre los príncipes y princesas de estos palacios.

Especialmente él se fijaba en una hermosísima princesa que con frecuencia veía en los salones de los palacios, por entre los jardines o junto a las fuentes. Siempre que pasaba junto a ella, la saludaba con respeto y, aunque en muchas ocasiones sentía deseos de pararse y charlar un rato, no se atrevía. Temía que no hacer lo correcto y que los reyes se molestaran y se lo dijeran a su dueño. Por eso se decía: “Por nada del mundo quiero yo que me amo se enfade conmigo. Su trato conmigo es exquisito y como además de enseñarme comportamientos e indicarme cómo debo hacer las cosas, él saca de mí toda la bondad que en mi corazón hay”.

Sin embargo, cuando por las noches dormía en el pajar instalado en una

de las alas del cortijo, siempre soñaba con la princesa que había visto en la Alhambra. Cada vez más le parecía bella y buena y hasta la imaginaba corriendo por entre los naranjos y almendros de la finca, junto al río Genil en el centro de la Vega de Granada. Por eso, cuando durante el día trabajaba a las órdenes del capataz en las tierras de la finca, una vez y otra alzaba su cabeza, miraba para la colina de la Alhambra y pensaba en ella. Se decía, mientras seguía labrando las tierras y el sudor le chorreaba por la cara: "Los jardines por donde ella se pasea y las fuentes donde lava sus manos y refleja su cara, son hermosos y esta repletos de flores. Pero el día que venga por aquí y vea todos estos naranjos florecidos y huela el aroma de su azahar, también descubrirá que esto es tan bello o más que aquello".

Y un día, cuando el dueño del joven ya había descubierto la gran nobleza del corazón de muchacho, se acercó a él y le preguntó:
- Si tú fueras tan rico como yo y tuvieras una finca tan buena como ésta, en el centro de la Vega de Granada y coronada por la Alhambra ¿Qué harías?
Se le quedó mirando el joven y al rato preguntó a su dueño:
- ¿Quiere que le dé una respuesta sincera?
- Es lo que espero de ti y por eso te he preguntado.
Y el joven, después de meditar durante unos segundos, miró para la Alhambra, las cumbres de Sierra Nevada y luego para las aguas del río Genil que corría cerca, habló con sinceridad y dio una extensa respuesta al dueño. Éste le escuchó muy interesado y después se despidió y se fue. A partir de aquel momento y al día siguiente y al otro, contantemente decía a su capataz:
- Que no se te olvide nunca de darle el mejor trato a este joven, procurando que haga bien su trabajo y que no le falte alimento. También, enséñale las cosas con bondad y como si fuera tu propio hijo.
- Cumpliré con rigurosidad las cosas tal como usted desea, señor.
Decía siempre el capataz.

Llegó el verano y para la recogida de la cosecha de cereales, en Granada el capataz buscó una buena cuadrilla de hombres. Entre ellos, seguía el joven. Para la recogida, también capataz contó con la misma cuadrilla y al llegar el invierno, después de la recogida de las aceitunas y las naranjas, dijo al dueño:
- Ya no hay que realizar tantos trabajos en estos campos. Nos sobran muchos hombres y por eso tendremos que despedir a unos pocos.
- Pues págale a cada uno lo que sea justo y merezca y ya sabes…
Entendió el capataz lo que el dueño quería decirle y por eso, aquella mañana veinticuatro de diciembre, se llevó al joven al borde de la acequia y después de indicarle el trabajo que quería que hiciera, le dijo:
- Haz bien tu trabajo y dentro de un rato vuelvo a charlar contigo.

Después de indicar el trabajo a la cuadrilla, el capataz volvió junto al joven. Lo saludó de nuevo y le dijo:
- Dentro de unos días tengo que despedir a casi toda esta cuadrilla. Ya no ha trabajo en estas tierras para todos. Pero tú no te preocupes que el amo quiere que te quedes con nosotros para siempre. Tu trabajo y buen comportamiento en estas tierras, con el dueño y las personas de la Alhambra, a él le gusta mucho.
Agradeció el joven la buena notica que el manijero le daba y siguió con el trabajo que tenía entre manos.

Al volver al final de la jornada al cortijo, después de comer con el resto de la cuadrilla, se fue al pajar donde cada noche dormía. Se envolvió en las pajas y, estaba a punto de coger el sueño, cuando sintió que alguien lo llamaba. Miró y a la luz de la luna, vio que era el dueño de la finca. Éste se paró cerca del joven, lo saludó y sin más le preguntó:
- Esta noche en Navidad y por eso vengo a darte una buena noticia. Puede que algún día seas más rico que yo e incluso más rico que todos los reyes de la Alhambra. Porque ahora mismo estoy dispuesto a regalarte una pequeña casa para que vivas y también parte de las tierras de esta finca mía. ¿Qué te parece?
Y después de pensarlo un momento el joven respondió al dueño:
- Que por su parte, es un acto de generosidad muy grande para conmigo y por eso se lo agradezco de corazón.
- ¿Aceptas entonces el regalo que te ofrezco?
- Lo siento pero no acepto su regalo.
Y un poco desorientado el dueño le volvió a preguntar:
- ¿Por qué no?
- Durmiendo en este pajar, comiendo los alimentos que usted me da cada día y realizando el trabajo que se me encarga, yo soy feliz por completo.

Sentado en una alpaca de paja e iluminado por la luz de la luna, el hombre miró al joven y pasados unos minutos le volvió a preguntar:
- ¿Pero por qué no te gustaría tener una casa propia y ser rico?
- Señor, vivir en paz conmigo mismo, con usted y todos los demás, yo considero que es una gran riqueza. Y mayor riqueza es aun no tener en el alma preocupación alguna. Y es que yo también creo que cuanto más riquezas se posean en este mundo, menos paz hay en el corazón y sí muchas preocupaciones. Vivir de este modo no es vivir y por eso no quiero desasosiegos sino paz en el corazón y alma. Le agradezco, señor, su importante regalo en esta noche de Navidad pero yo soy feliz, muy feliz desde que trabajo con usted en estos campos, en libertad y en contacto con la naturaleza más fresca y durmiendo por las noches entre estas pajas. Y como además me permite que cada día suba a la Alhambra a llevar a los reyes las cosas que necesitan, mi dicha queda colmada por completo. Me siento libre, muy afortunado y amigo del cielo. No hay mayor riqueza en este mundo que la que en esta juventud mía estoy disfrutando.

manijero[1]. (Del fr. ant. *maisnagier*). 1. m. Capataz de una cuadrilla de trabajadores del campo. 2. m. Hombre encargado de contratar obreros para ciertas faenas del campo.

**Bulerías alhambreñas** //Rd

Del aire que en la tarde
me besa,
mientras te recuerdo
sin que lo sepas,
recojo del invierno
tu ausencia.

Y a ratos te sueño
en las estrellas
y otras veces rezo
para que vuelvas.
Todo es hermoso
pero tu ausencia
duele en el aire
que, en la tarde, besa.

Cuando llegó el invierno y éste se encajó en los días de la Navidad, allá en su país nevó mucho. Tanto que la nieve no paraba de caer ni de día ni de noche. Se cubrieron los paisajes, las inmensas tierras llanas a lo largo y ancho de su gran reino, las casas, las calles y las plazas de su ciudad y los bosques de las escasas montañas. También se helaron los ríos y las personas se envolvieron en gruesos guantes y abrigos.

A ella no le disgustaba esto porque en estos lugares había nacido y, desde sus primeros días de vida, se había ido acostumbrando a las nieves y al intenso frío del invierno. Pero ella, joven muy culta y toda interesada por el idioma español, no paraba de contar a las amigas:
- De este año no pasa que vaya a España en los días de Navidad.
- ¿Y a qué ciudad de España quieres ir?
- Por supuesto que a la gran ciudad de la Alhambra. He leído y me han hablado tanto de esa ciudad, de la Alhambra, del barrio del Albaicín y del río Darro, que ahora necesito encajarme allí y vivir todo aquello.

Las amigas, cada vez que la oían hablar de España y en concreto de Granada, se morían de envidia. Desde hacía mucho tiempo y más cuando llegaban los fríos del invierno. Porque ella también les decía:
- Por lo visto, la Navidad allí en España y en concreto en Granada, es algo único en el mundo. Quiero conocerla y vivirla y quiero sentir el flamenco que en aquellos lugares se canta.
Y un día, las amigas le dijeron:
- Pues nosotras queremos ir contigo a España y a Granada y conocer y vivir contigo todo lo que cuentas.

Así fue como, unos días antes de la Navidad, las tres comenzaron su viaje desde su lejano país rumbo a granada. Llegaron a esta ciudad dos días antes de las fiestas de Navidad y lo primero que hicieron fue preguntar por el mejor cantante de flamenco. Le dijeron:
- En Granada y en concreto en Albaicín y Sacromonte, hay muchos y buenos cantantes de flamenco.
- Pero el mejor y más original ¿Cuál es?
- El que vive en la cueva del barranco. Es joven como vosotras y canta un flamenco tan bueno y original que hasta nosotros estamos extrañados.

Aquella misma tarde, en compañía de sus amigas, recorrieron la Carrera del Darro y subieron al barranco de las cuevas en el barrio del Sacromonte. Preguntaron y le dijeron que el mejor y más original cantante de flamenco, sí que vivía allí pero que hacía mucho que no quería cantar.

- ¿Y eso?
- Nadie lo sabemos. Parece que en su vida ha ocurrido algo que le ha dejado herido por dentro y, puede que por esto, hasta del flamenco quiera olvidarse.
- Pero yo quiero oírlo porque he venido desde el otro lado del mundo para conocer y vivir la Navidad en Granada y para disfrutar de este original flamenco.
- Pues en aquella cueva vive. Hablad con él a ver si lo convencéis.

En compañía de sus amigas, se acercaron a la cueva. Lo buscaron y cuando lo vieron, lo saludaron y le dijeron:
- Queremos oírte y verte cantar flamenco.
Y rápido él les dijo:
- A mí, ya nunca más me van a oír cantar flamenco.
- ¿Por qué no?
- Por algo muy especial que ha ocurrido en mi vida y tampoco quiero compartir con nadie.
- Pero nuestro interés por oírte cantar flamenco es más grande que el que nunca nadie haya tenido.
- Pues lo siento.
Y aquella tarde, se alejaron de él, por completo desanimadas pero con el propósito de volver al día siguiente y rogarle que cantara algo especial para ellas.

Subieron por segunda vez al barranco de las cuevas, lo buscaron y en esta ocasión casi le suplicaron para que se animara y las complaciera. Y al verlas tan insistentes, el famoso cantante de las cuevas, ahora les dijo:
- De acuerdo. Cantaré por última vez en mi vida, solo para vosotras y por complaceros.
- ¿Ahora mismo será eso?
- Será esta tarde, un poco antes de ponerse el sol pero con la condición de que vosotras tenéis que hacer lo que os diga.
- ¿Qué tenemos que hacer?
Y el extraño cantaor de flamenco, habló durante un buen rato y con detalle, les explicó lo que tenían que hacer. Al final ellas dijeron:
- Haremos las cosas tal como tú nos lo pides porque nuestras ganas de oírte cantar flamenco son más grandes que ninguna otra cosa.

Un poco antes de ponerse el sol, de nuevo recorrieron ellas la Carrera del Darro, cruzaron el puente del Aljibillo y comenzaron a subir por el camino de la Fuente del Avellano cuando de pronto, una de las tres jóvenes dijo:
- ¡Un momento!
Las tres se pararon y escucharon muy en silencio. La que había pedido atención, de nuevo dijo:
- ¿Oí vosotras lo mismo que oigo yo?
Y las amigas aclararon:
- Oímos los sonidos de una guitarra, como retumbando por el río.
- Sí, y parece que surgieran de la ladera de enfrente que es donde él tiene su cueva.
- También parece como si los acordes de esta guitarra estuvieran preparando el terreno para que el cantaor se arranque. Vamos a seguir subiendo por este camino a ver si desde más arriba, descubrimos lo que ocurre ahí enfrente.

Y aprisa y llenas de emoción, continuaron subiendo por la cuestecilla del Camino del Avellano. A cada paso que daban, los sonidos de la guitarra se oían con más claridad. Por eso comentaron:
- Son triste y a la vez hermosos como ninguna otra cosa en el mundo.
Remontaron la cuestecilla del primer tramo del Camino de la Fuente del Avellano y al llegar a donde crece una gran morera y hay un pequeño rellano en el terreno, se pararon. Sin dejar de prestar atención a los sonidos de la guitarra que por el río retumbaban, miraron para la ladera de enfrente. Para donde los barrancos de Los Negros y de Los Naranjos, en las laderas del barrio del Sacromonte. Y asombradas de pronto vieron lo que jamás nunca en sus vidas habían visto ni siquiera en sueños.

Un bonito escenario, como elevado por encima de las cuevas, casas y parte del río Darro, mirando al sol de la tarde y frente por completo a la Alhambra. Y a la derecha de este escenario, vieron una guitarra muy grande, las manos de una persona pulsando las cuerdas y en el centro y al fondo del escenario, vieron al cantaor de flamenco que conocían. De pie frente a un micrófono y delante de él, tres jóvenes vestidas de flamenco. La guitarra desgranaba sus notas, cada vez más brillantes, triste, dolorosas y bellas y al rato, el cantaor se arrancó:

El granado viejo
del corazón de Granada,
ahora está sin hojas
y de sus ramas
cuelgan lucecitas
azules y blancas.

El invierno añejo
decidido avanza.
Donde ayer había flores
y frutas maduradas,
hoy solo hay tallos
color escarcha.
Todo se transforma,
tú siempre faltas.

Su voz, ronca, herida, profunda y melancólica, resonó por todo el río Darro y luego se prolongaba valle arriba y hacia la colina de la Alhambra. Se arrancaron las jóvenes bailaoras y sus taconeos y movimientos del cuerpo, piernas y brazos, se confundieron con los brillantes rayos del sol de la tarde.

Con el aliento contenido y desde el rellano del Camino de la Fuente del Avellano, ellas miraban y escuchaban y no daba crédito a lo que estaba viviendo. Solo la joven que tanto a lo largo de su vida había soñado venir a Granada a oír flamenco, dijo:
- Es mucho más bello, triste y misterioso que lo que tantas veces he soñado. Por fin ahora comprendo que Granada, la Alhambra, este escenario flamenco sobre el barrio del Albaicín, el sol de la tarde y el río Darro, es lo más extraño y a la vez bello del mundo.

## **Al volver la Navidad** //Ba

Navidad 2012

Lo vi bajar por la calle estrecha del blanco barrio que corona el cerro frente a la Alhambra. Y como todavía no había llegado la luz del nuevo día, vi como al

pisar la plaza cuadrada con firme de piedras, se sentó en la roca del lado de arriba que era por donde caía, en abanico, el caño.

Y primero miró al frente como si buscara la presencia de la persona amada. Y como fue descubriendo que el rincón estaba por completo solitario, a pesar de las casas que le rodeaban y que se les sentía repletas aunque las personas, por ser de noche, todavía estuvieran descansando y como se notó a gusto en la soledad del amplio espacio, de su zurrón sacó unas viandas y se puso a comer con la solemnidad de quien ya lo tiene todo madurado.

La clara noche avanzaba asombrada hacia el amanecer transparente y blanco. Por entre sus pies cansados y sus carnes ya perfumadas de reluciente alba, saltaba la corriente limpia que amorosamente todo lo inundaba y armoniosamente se abría como en un abanico de sueños colorados. Y lo que desde siempre había sido una simple plaza con bombillas eléctricas y algunos rosales artificiales clavados en el asfalto, al llegar él y sentarse solemne en la piedra que es sillón del viajero que llega cansado, se transformó, desde el silencio, en rutilante escenario.

La soledad con el agua corriendo y la luz de la noche, era lo grandioso y de misterio más cargado y luego su presencia y la iluminación del terreno y la fuente desbordada como fuera del tiempo. Y sin espacio y desde lejos, en la otra dimensión, quise acercarme y preguntarle:
- Viajero, conocido por mí porque soy yo y eres mi hermano ¿qué celebras en este amanecer tan detenido en la aurora y de tanta esencia vital, preñado?
Y me pareció oír de su boca:
- Es como si el camino aquí se hubiera acabado y también un poco el tiempo y por eso las personas que llenan estas casas, están descansado y al llegar, nadie me recibe sino el vacío de la amplia plaza, la música de la fuente fluyendo en su nítido canto y la inclinación del terreno anunciando.

Y le volví a preguntar:
- ¿Pero qué celebras en esta soledad y espacio?
Y él:
- Un poco la Navidad pero lo que más ahora mismo yo estoy celebrando, es el encuentro con mi propia alma por donde tengo anidado el sueño que me mantiene vivo en el calor del Dios amoroso que fue principio, camino y fin y ahora, mi eterno descanso.

## **El sueño de la joven** //Aj

En las noches de luna clara, se le veía sobre el cerro, frente a la Alhambra. Desde el barrio del Albaicín, orillas del río Darro y todas las laderas de Sacromonte. Y también se le veía desde algunas partes de la ciudad de Granada y muy claramente, desde las altas torres de la Alhambra. Pero desde donde siempre se le veía misteriosa, bella como la fantasía de un sueño y mágicas como son las noches de luna clara en Granada, era desde el barrio del Albaicín. Y especialmente, todas las personas que vivían en las laderas que en este barrio, miran a la Alhambra y la refleja como en un espejo.

Por eso, algunos de estos vecinos, desde hacía tiempo comentaban:
- Desde esta distancia, muchas somos los que la hemos visto interpretando sus danzas en lo más alto de ese cerro de enfrente y en el corazón de las noches de luna clara pero todavía nadie sabemos quién es.
- Eso es cierto. Y tampoco sabemos dónde vive y por qué, en estas noches de luna clara, sobre esa colina aparece para bailar frente a la Alhambra.
- Y no es ningún fantasma sino una persona real.
- ¿Y se sabe lo que dicen las personas que viven en los palacios de la Alhambra?
- Ellos, lo mismo que como nosotros, nada saben de este misterio.
- Pero si es tan joven y hermosa como desde lejos parece ¿qué razones tiene para venir a este cerro y, en estas noches de luna clara, ofrecer sus danzas como al viento? Porque eso también es cierto: nunca la acompaña nadie. Se le ve siempre sola, vestida de oro y fuego y ahí, sobre el escenario de ese cerro, se pone a bailar como si no le importara nada ni nadie excepto jugar con la silueta de las torres de la Alhambra. ¿Quién es esta muchacha y por qué viene a este lugar a trazar sus danzas en las noches de luna claras?

Esto y más cosas parecidas se preguntaban los vecinos del barrio y nadie acertaba con una respuesta buena. Nadie sabía más de lo que desde la distancia veían en estas noches de luna clara. Por eso, un día, el joven que vivía en mitad de la ladera entre el río Darro y lo más alto de la colina del Albaicín, se dijo: “La luna está casi llena y mañana por la noche será muy clara. Seguro que la joven de las danzas frente a la Alhambra, aparece y se pone a bailar como siempre. No se lo voy a decir a nadie porque quiero vivir en solitario esta experiencia. Mañana por la noche subiré por los caminos de esas laderas donde, en todo lo alto, baila ella. En silencio y ocultándome, me acercaré y así descubriré quién es. Y si me deja, le preguntaré dónde vive y por qué cada noche de luna clara, viene a este cerro a bailar flamenco frente a la Alhambra”.

Y al llegar la noche, el joven se preparó. Esperó a que la luna saliera, mirando inquieto para el lado de enfrente con la ilusión de verla. Y no había llegado la noche a su centro cuando su figura de fuego y oro, apareció sobre el cerro frente a la Alhambra. Esperó un poco y luego se puso a bailar sobre el escenario en lo más elevado del monte. Su cuerpo, alto y recio como los árboles que le rodeaban, se enredó en el viento y sus manos, trazaron movimientos mágicos, como buscando la luna para apretarla contra su pecho. Se oía de fondo, como el rumor de una clara cascada y en su negra cabellera, parecían reflejarse haces de luz color plata. Se dijo el joven: “Debe ser hermosa como una florida primavera porque su danza, hiere en el alma y arrastra como a lo más elevado del universo. Voy ahora mismo a encontrarme con ella”. Y sin más, salió de su casa, cruzó el río Darro, buscó los caminillos, ascendió por la ladera a la izquierda de las torres de la Alhambra y, muy sigiloso, remontó lentamente hasta lo más elevado del cerro. Cuando ya estaba cerca de donde ella bailaba iluminada por la luna, se paró. Se ocultó por entre la vegetación que rodeaba en escenario y la observó durante un buen rato. Sin atreverse a salir de su escondite por miedo a que se asustara.

Pero de pronto, se quedó sin aliento al ver que la joven interrumpió su

danza, caminó unos pasos hacia una piedra alargada que había al lado de arriba del escenario y aquí se sentó. Extendió sus brazos como si necesitara respirar y extendió también su amplio vestido de seda rojo y oro, miró para la Alhambra y después de unos segundos, dijo:
- Sé que has venido a verme porque la curiosidad te come pero ahora tienes miedo. Sal de tu escondite y pregúntame lo que quieras que te respondo sin reservas.
Al oír estas palabras, el joven salió de su escondite, se acercó a ella pidiendo disculpas y a unos metros se paró, como a sus pies y tímidamente le preguntó:
- A mí y a otros muchos del barrio, nos gustaría saber quién eres, dónde vives y por qué, sobre esta colina y en las noches de luna clara, apareces para bailar flamenco frente a la Alhambra y frente a Granada.
Y la joven, sentándose sobre la blanca piedra al lado de arriba del escenario, torneó su cuerpo como en una misteriosa danza frente a la luna, miró y resuelta dijo:
- Vivo no al otro lado de este río sino del otro de las aguas claras. Allí junto a las cascadas y el espeso bosque, tengo mi mundo y puedes ir allá cuando quieras.
- ¿Pero quién eres?
- Cuando vayas a verme, te lo diré.
- ¿Y por qué vienes por las noches a bailar frente a la Alhambra y siempre sola?
- Este fue mi sueño desde pequeña.

Y la joven, como traspasada de una felicidad limpia y profunda, curvó su cuerpo hacia la luna y dijo:
- Yo no soy de este país ni tampoco he nacido aquí en Granada. Pertenezco a otro lugar de la tierra, muy lejos de estos sitios y desde pequeña, soñé con venirme a vivir a Granada y hacerme bailaora de flamenco. Nunca pude conseguir que este sueño mío se hiciera realidad. Pero como lo he soñado tanto a lo largo de mucho tiempo, cada noche de luna clara, me transformo en sueño y vengo a este escenario frente a la Alhambra a expresar y hacer vida lo que dentro de mí tengo. Lo necesito más que el aire que respiro y más que cualquier otro alimento.
- Pero entonces ¿cómo dices que vives al otro lado del río de las aguas claras?
- Eso también es parte de mi sueño.

Y el joven, impresionado por la dulce belleza de la muchacha y movido por la serenidad que le regalaba y la historia que le había contado, dio unos pasos y se acercó más con la intención de tocarla. Con elegancia volvió ella a mecer su cuerpo hacia la luna que iluminaba desde todo lo alto y hacia esta luz plata, desapareció sin dejar rastro. Él se quedó parado, triste el alma y mirando para el barrio del Albaicín y para los palacios de la Alhambra. Poco después, descendió por los caminos de la ladera, mientras se decía: “Debo hacer algo para ayudar a esta joven y que un día venga en carne y hueso a Granada y baile, como ella siempre ha soñado, frente a la Alhambra. Sin duda que su sueño es tan grande y bello, en estas noches de luna clara y cielos estrellados, que hasta pudiera ser una mensajera del cielo”.

El cerro donde ella cada noche de luna llena bailaba, se alza por encima del Generalife. Y el barrio del Albaicín, el río Darro y la Alhambra, ahí siguen en su silencio de eternidad y como en una espera.

## Los tres niños y el molino //Aj

En lo que hoy se le conoce con el nombre de Calle Real de la Alhambra, la calle que va desde la Puerta del Vino hasta el parador, vivían ellos. Los tres y no eran hermanos pero sí muy amigos. El mayor tenía su casa y vivía con sus padres, al comienzo de la calle. Ella, la de edad intermedia, vivía también con su familia, en una bonita casa a media distancia entre la Puerta del Vino y el Parador Nacional. Y el más pequeño, también con sus padres vivía ya casi al final de la calle. Donde, a la derecha, quedaban unas mansiones muy grandes y a la izquierda y al final, también palacios y casas modestas.

Los padres de los tres niños, trabajaban en estos palacios, artesano uno, el otro comerciante y el tercero hortelano. Por eso ellos, sus mujeres y sus niños, eran muy conocidos en todos los recintos de los palacios, entre los militares y entre todas las familias que vivían en la Medina. Y además de conocidos, también eran muy respetados y queridos por el buen carácter que siempre mostraban y por el respeto con que trataban a unos y otros. Especialmente a sus amigos, familiares e hijos. Por eso, con frecuencia los conocidos les preguntaban:
- ¿Por qué vuestros hijos son tan amigos entre sí y nunca se pelean?
- Eso lo que, desde que nacieron, le enseñamos cada día. Que se comporten bien entre ellos y que sean amables y nobles con los mayores.
- Y ese deseo de libertad y de inventar cosas y conocer mundos nuevos ¿de dónde les viene?
- También se lo inculcamos nosotros porque creemos que lo más importante en las personas es ser libres, crear cosas y conocer mundos y culturas. Estas tres cosas en sí y el respeto para con todo y todos, es lo que estamos convencidos que hace grande a lo humanos y transforma el mundo en paraíso.
- ¡Con razón vuestros hijos son tan amigos entre sí y se les ve tan felices!

Y ellos, cuando se juntaban para jugar, una de las cosas que más les gustaban era irse a las acequias que repartían las aguas por entre los jardines, las albercas y los huertos. Y junto a estas acequias, siempre con el permiso de los mayores, montaban los más variados y divertidos juegos: pequeñas huertas donde imaginaban árboles frutales con toda clase de flores y frutos, campos llenos de hierba donde construían montañas a su gusto y levantaban edificios, castillos y molinos juntos a los ríos.

Así fue como una mañana, cuando los tres estaban en sus juegos, de pronto la niña dijo a sus dos amigos:
- ¿Sabéis vosotros lo que he imaginado?
- ¿Qué es lo que has pensado?
Preguntaron enseguida los dos niños, mientras la miraba y esperaban que les rebelara su secreto. Y ella, sentada en una piedra, cerca de una de las acequias y junto a los jardines de la Alhambra, de nuevo habló y dijo:
- Que podemos construir un molino de verdad.
- Si todo lo que por aquí un día y otro construimos, son cosas reales.
- Eso lo sé pero el molino que yo digo, es mucho más auténtico.

- Pues a ver, explícanos tu sueño para que nos orientemos.

Y la niña, sentada en su piedra que ella imaginaba el sillón de una delicada princesa, frente a los jardines y las claras aguas de la acequia, se puso y habló durante mucho rato sin parar. Explicó detalladamente las cosas a sus amigos y al final, estos le hicieron algunas preguntas. Respondió ella con claridad a todo lo que los amigos le preguntaron y al concluir, los niños dijeron:
- Pues pongámonos ahora y demos comienzo a la construcción del molino que nos han descrito.
- Pero teniendo presente en todo momento que este molino nuestro será solo para moler trigo y sacar harina. Lo de molturar aceitunas para conseguir aceite de oliva, se lo dejamos a otros.
- De acuerdo.
Ultimaron los dos amigos.

Se levantó la pequeña de la piedra donde estaba sentada, caminó en la dirección que llevaban las aguas de la acequia y cuando llegó al punto que había elegido, dijo:
- Aquí mismo, donde las aguas tienen más fuerza, vamos a levantar el molino que estamos diciendo para que toda su maquinaria sea movida por esta corriente.
- Nos parece una buena idea. Yo me encargo de construir la cascada para que el agua caiga y mueva las piedras del molino.
- Pero el trigo para moler y sacar la harina ¿de dónde lo traemos?
- Todas estas tierras que hay a un lado y otro de la acequia, serán campos sembrados de hermosos trigales.
- ¿Y quién cultivarán las tierras, quién cuidará de la sementera, quién segarás el trigo y quién lo trillará y aventará para separar el grano de la paja?
- En las tierras que hay más arriba, habrás muchas casas y hasta una pequeña población donde viven muchas familias. Ellos serán los dueños de las tierras y los cereales y ellos mismos traerán sus cosechas a nuestro molino. Nosotros le moleremos el trigo para convertírselo en harina y luego se lo devolveremos todo y sin cobrarles nada.
- ¿Pero cómo no le vamos a cobrar nada?
- Es que en esto consiste la gracia de este molino nuestro y de la sociedad que vamos a formar. En que, aunque seamos dueños de todo, nunca ganaremos nada ni le quitaremos cosas a las personas que por aquí sean amigos nuestros y vengan a moler sus cereales al molino de la acequia. Solo estaremos aquí para procurar que haya orden y respeto, aconsejar y ayudar en todo lo que las personas necesiten. Nuestro mundo tiene que ser muy diferente al mundo de los mayores que conocemos.
- Un juego muy extraño pero sin duda que puede ser divertido.
Dijeron otra vez los niños.

Tres días más tarde, ya tenían ellos construido el molino, delimitados los campos de cereales, diseñadas las casas y los pueblos y por los caminos iban y venían muchas personas a moler su trigo para convertirlo en harina. Y, aunque todo era de juguete porque lo suyo consistía en un juego, los tres, sentados en la piedra de la acequia, miraban complacidos a su pequeño molino, los hermosos campos de cereales, los claros arroyuelos y las aguas remansadas y saltando

luego para mover todos los mecanismos del molino. Eran felices y se sentían reyes y libres viendo lo bien que todo funcionaba. Nadie entre las personas, se peleaba ni discutía por esto o aquello y todos iban y venían por los caminos y campos como ajenos a los acontecimientos dentro de los palacios de la Alhambra, el barrio del Albaicín al frente y a los soldados y reyes de los palacios cercanos.
- Como si este mundo nuestro fuera mucho más divertido y alegre que el mundo real que por aquí cada día vemos.
- ¡Y que lo digas!
Confirmaban sus amigos.

Pero al quinto día de la construcción de su molino y campos de trigo, pasó por allí un verdadero rey de la Alhambra. Al ver a los tres niños tan felices, divirtiéndose con sus juegos, se paró y les preguntó:
- ¿Por qué pensáis vosotros que vuestro molino es mejor que mi reino verdadero?
Y la pequeña, sin más, le dijo:
- Majestad, solo tiene que mirar y ver. En nuestro reino, nadie es más que el otro, no hay peleas ni guerras ni robos y todos se respetan. A nadie de falta un trocico de pan ni una casa donde vivir. Y, lo más importante de todo, son y somos los más felices de este mundo. ¿No se da usted cuenta de esto?
- ¿Pero vosotros sois reyes y tenéis un reino?
- Claro, majestad. ¿No lo está viendo usted? Y hasta tenemos un bonito molino donde se muele el trigo para la harina del pan que todos comemos, sin robarnos nada unos a los otros. ¿No ve lo felices que son todas las personas que por aquí viven y lo mucho que nos quieren?
- Sí que lo veo pero no me gusta nada.

Y el rey se fue sin ni siquiera despedir a los niños. Dos días más tarde, en las tierras por donde corría la acequia y se alzaba el molino y se extendían los trigales y pueblos de blancas casas, dieron comienzo a la construcción de un palacio. Al ver al destrozo que hacían los de las obras, la niña preguntó al capataz y éste le dijo:
- Tú tranquila porque en este palacio va a vivir el verdadero rey de la Alhambra y todo el gran reino de Granada. Esto sí que es cosas seria y no vuestro sueño.

## **Los dos niños y el diamante** //Rd

Navidad 2012

Vivía solo en una pequeña cueva, cerca del río Darro y no lejos del Puente del Aljibillo. Según se cruza este puente en dirección a la Cuesta del Rey Chico, a la derecha y por donde, tiempos después, hicieron algunas construcciones, trazaron una acequia y destruyeron para siempre la pequeña cueva. No tenía padre ni madre ni tampoco hermanos y su único amigo, era un niño algo mayor que él. También carecía de familia pero no vivía en cuevas sino que siempre se le veía deambulando por el barrio del Albaicín, jardines, calles, plazas y huertecillos cercanos. Para dormir, siempre se refugiaba en algún rincón de este barrio.

A la derecha, cerca de la cueva del niño huérfano y nada más pasar el Puente del Aljibillo, se veía una pequeña torrentera. En un trozo de la gran ladera que cae desde la Alhambra, en lo más alto de la colina. Por eso, algunos de los soldados que servían al rey en los palacios, lo conocían. También tenían noticias de él, el rey y los príncipes y princesas de la Alhambra y casi todas las personas que vivían en la Medina, al levante de los palacios y dentro del recinto amurallado. Era a esta pequeña ciudad donde él, con frecuencia subía desde río Darro y pedía algo de comida, calzado o ropa vieja para abrigarse en los fríos días del invierno. No muchas, pero algunas personas, como ya lo conocían y sabían que vivía solo en su pequeña cueva, le decían:
- Hoy no tenemos gran cosa que darte pero aquí tienes un trozo de pan duro para que comas algo.
Él se lo agradecía y se acercaba a otra casa donde también le daban cosas.

Los vecinos del barrio del Albaicín, como eran los que más lo conocían porque con frecuencia pasaban por el puente para ir a sus huertecillos o para subir o bajar de la colina de la Alhambra, lo trataban con respeto. Al pasar frente a su cueva y verlo sentado en la puerta o en la pequeña torrentera calentándose al sol o buscando oro, le preguntaban:
- ¿Cuántas pepitas de oro tienes ya en tu cueva guardadas?
Y el niño, muy enserio les respondía:
- Todavía, ninguna pero encontraré muchas dentro de poco.
Le daban también ellos algunos productos de sus huertos y de nuevo argumentaban:
- El oro que da esta tierra, nunca será para nosotros los pobres. Toma esto y come algo y ojalá un día el cielo quiera premiarte con lo que sueñas. Por nuestra parte, nada más podemos hacer por ti.

Seguían luego las personas su camino, montados en sus borriquillos y mientras subían por las riveras del río a los huertos de la vega o a las casas del barrio, entre sí comentaban:
- Qué desgracia la de este niño, tan solo en esta cueva, sin nadie que le dé un poco de cariño y que le enseñe las cosas para la lucha en la vida.
- Si que es una gran desgracia la suya pero al mismo tiempo, es digno del mayor respeto.
- ¿Por qué dices eso?
- Desde que lo conozco, nunca lo he visto ni pelearse con nadie ni robar nada en nuestros huertos. Parece un niño tan bueno que solo verlo dan ganas de ayudarle.
- Lo que dices es muy cierto. Tampoco nunca lo hemos visto hacer daño ni a las plantas ni a los animales o pajarillos que viven en el río, en el barrio y en la umbría donde tiene su cueva. Es un niño bueno como pocos. ¡Qué mala suerte la suya que ni tenga padres ni hermanos ni nadie que lo quiera!

En la pequeña torrentera, a la derecha de su cueva, por encima del río y entre el caminillo de la Cuesta del Rey Chico, se le veía muchas veces. Sentado o de rodillas en la tierra, removiendo las piedrecillas con sus manos y poniéndolas a la luz del sol para verla mejor. El otro pequeño, el que también era pobre y se movía y vivía por las callejuelas y plazas del barrio, con frecuencia se juntaba con el niño de la cueva. Y también con frecuencia los dos juntos se

ponían a remover la tierra de la pequeña torrentera. Comentaba el niño pobre del barrio:
- Yo no creo que en esta tierra, encontremos oro algún día.
- Pues yo sí estoy muy convencido de encontrar algún día una gran pepita de oro en la tierra de esta torrentera.
- Y si encontramos ese tesoro ¿qué harás con él?
- Todavía no lo he pensado pero puedo compartirlo contigo y con las personas buenas que cada día pasan por aquí, me saludan y me dan cosas.
- ¿Y crees tú que de esta manera vamos a ser más felices que ahora?
- Yo creo que sí.

Y un día de invierno, llovió mucho por la noche. Hizo también mucho frío y al salir el sol, el niño de la cueva, se asomó a la puerta y miró para el río y para el barrio del Albaicín que lo tenía enfrente. Por entre la vegetación de río, vio la figura de un hombre envuelto en una capa negra. Pensó que sería algunos de los soldados de la Alhambra que lo vigilaban por orden del rey. Se dijo: “Pero si yo nunca robé nada ni hice daño a nadie ¿por qué me vigilan?” Encendió un pequeño fuego en la reducida estancia de su cueva y junto a las llamas se acurrucó para calentarse. Esperó a que el niño pobre del barrio, su amigo, viniera y en cuanto llegó los dos se pusieron a mirar en la tierra de la torrentera con el deseo de encontrar alguna pepita de oro.

No la encontraron ni aquel día ni al otro ni al siguiente. Sí, cuando la Navidad se acercaba, una mañana también muy fría pero de brillante sol, en cuanto llegó el amigo, se pusieron a buscar oro en la tierra de la torrentera. Más entusiasmados que nuca. Y de pronto, al remover unas piedrecitas en la parte alta de la torrentera, salió rodando una algo más gorda. Tropezó con otra piedra mayor, cerca de donde el amigo estaba mirando y en ese momento vio como, al chocar, la piedra que rodaba se partió en dos. Miró el niño de la cueva y asombrado vio que una de las dos caras de la piedra partida, brillaba con mucha fuerza. Exclamó:
- ¡Por fin hemos encontrado la gran pepita de oro!

Dio unos pasos, cogió la piedra partida, la miró muy entusiasmado y comprobó que era oro lo que en una de sus dos caras relucía. Se acercó al amigo, cogió el otro trozo de la piedra y al darle la vuelta, descubrió que en la cara que se había partido, brillaba transparente y bellísimo algo parecido a una almendra. Dijo asombrado:
- ¡Esto es un diamante!
Y el niño de la cueva comentó:
- ¡Ya somos ricos! El diamante para ti y la pepita de oro de este trozo de piedra, para mí.
- Y como ahora llega la Navidad, podremos comprarnos muchos y buenos alimentos y también ropa nueva y hasta una casa para vivir y dormir por las noches calentitos.

Comentando esto y mirando al brillante tesoro que tenían en sus manos, estaban tan concentrando ellos que ni siquiera se dieron cuenta que, de la vegetación del río, surgió la figura negra envuelta en la capa. Rápido se acercó a los niños y sin pronunciar palabras, les arrebató los dos trozos de piedra. El trozo

de la pepita de oro y el que contenía el diamante. Quisieron sujetarlo ellos y gritaron asustados y hasta corrieron un poco detrás de la figura que les había arrebatado el tesoro pero no les sirvió de nada. En un abrir y cerrar de ojos, la extraña figura de la capa negra, se perdió barranco arriba dirección a la Alhambra y ellos se quedaron desconcertados y tristes.

Al poco, los dos niños se refugiaron en la cueva, echaron unas ramas secas en la lumbre que en la estancia ardía y tristes se acurrucaron junto a las llamas. Al caer la noche, vieron como en la Alhambra y barrio del Albaicín, se encendieron muchas antorchas y las personas celebraban como una gran fiesta. Era Navidad, hacía mucho frío y ellos estaban solos. El niño pobre del barrio dijo a su amigo:
- Mañana yo te seguiré ayudando a buscar otra pepita de oro. Y si la encontramos y también encontramos otro diamante, todo te lo voy a dar a ti.
Tiritando, el niño de la cueva, se acercó un poco más al fuego para calentarse. Algo más tarde, como a media noche, se quedó dormido y al poco sintió como alguien lo abrazaba y le daba un beso al tiempo que le decía:
- Un tesoro aun más grande que el que siempre has soñado encontrar en estas tierras, lo llevas contigo en tu corazón. No te apenes tú por la pepita de oro y el diamante que te han robado. Ahora mismo eres más rico que los más ricos seres humanos.

Y de pronto, el niño de la cueva, dejó de tener frío. También dejo de tener hambre y de sentirse desnudo y marginado. Quiso llamar a su amigo del barrio para que se fuera con él pero el amigo ni lo oía ni le hacía caso. Sí, al llegar el nuevo día, el niño pobre del barrio fue a echar unas ramas a la lumbre para que las llamas brotaran de nuevo y al notar que el compañero no respiraba, lo llamó y fue ahora cuando comprobó que no está allí con él. Miró para el barrio del Albaicín, río Darro y para la Alhambra y le pareció verlo envuelto como en una nube que brillaba mucho más que la pepita de oro y que el diamante. Lo volvió a llamar y ahora sí le pareció oír que decía: “Ahora, ya no pasaré ni más frío ni hambre ni buscaré pepitas de oro en la torrentera de mi cueva. Me han regalado algo muy hermoso en algún lugar del Universo y hasta tengo una madre que me abraza y cubre mi cara con besos. Feliz Navidad para ti y vente conmigo cuando puedas. Desde este momento ya te estoy esperando”.

## **Al llegar la Navidad** //Ba

Navidad 2012

Al poco de casarse, se marcharon de Granada. A una ciudad muy grande y lejos, donde encontraron trabajo, compraron su propia casa y siguieron el ritmo y ciclos de la vida. En el barrio del Albaicín, dejaron a sus padres, ya mayores y la sencilla pero muy bonita casa que constantemente recordaban allá donde ahora vivían. Por eso, a los pocos años de haberse marchado a la ciudad lejana, la mujer le dijo varias veces al marido:
- Tenemos que volver a Granada. Cada día la recuerdo y recuerdo a mis padres y la bonita casa donde nací y me crié.
Y el marido le respondía:
- Sí, tenemos que volver a Granada. Desde que vivimos aquí, es como si algo

vital nos faltara: el aire, el alimento para el corazón, la ilusión de cada día…

Volvieron un verano después de muchos años. Abrazaron a los padres ya muy mayores, recorrieron las calles del barrio, las plazas de Granada, el paseo por la Carrera del Darro, los jardines y bosques de la Alhambra… Y el corazón se les llenó de vida. Por eso, cuando otra vez regresaron a la ciudad donde ahora tenían su casa, de nuevo se dijeron:
- Tenemos que volver a Granada cada año.
Y al año siguiente, volvieron otra vez a Granada, justo cuando nació su hija. Una niña preciosa que, desde el primer momento, procuraron que respirara el aire fresco de Sierra Nevada y que se mirara en las aguas del río Darro, cuando ya fue algo mayor. Los padres del joven matrimonio, murieron un invierno de fríos y heladas y ellos los enterraron en el cementerio que hay en la misma colina de la Alhambra. Y al sentir la tristeza de los que ya para siempre se habían ido, se dijeron:
- Ahora es cuando más necesitamos respirar el aire de esta ciudad mágica y recorrer las calles, coronadas por las blancas crestas de Sierra Nevada.

Por eso volvieron al año siguiente pero no en verano sino en Navidad. Su niña ya estaba crecida y por eso les pidió permiso a los padres para que con ella se viniera su mejor amigo. Le dijo a la madre:
- Él siempre está jugando conmigo y como yo le hablo del río Darro, de la Alhambra y de las montañas que hay al levante, quiero conocer todo esto.
- Pues si sus padres le dan permiso, que se venga con nosotros y viva en la casa que los abuelos nos ha dejado en el Albaicín.
Rápida la niña le transmitió la noticia a su amigo y aquella misma tarde, prepararon todo para el viaje a Granada.

Llegaron al barrio del Albaicín justo un día antes de la noche de Navidad. El cielo estaba nublado y hacía mucho frío, la Alhambra se acurrucaba sobre su colina envuelta por una fina capa de niebla y arriba, en las altas cumbres de Sierra Nevada, el sol se derramaba limpio y puro sobre las nieves. Una visión fantástica que solo aparece y regala la naturaleza algunas veces a lo largo del año. Por eso, el pequeño amigo de la niña, al pisar las calles de Granada, ver el bonito y mágico espectáculo que la naturaleza regalaba y oler el aroma a musgo y hojas de otoño, dijo a su amiga:
- ¡Qué bonita es Granada, con su castillo en lo más alto de la colina, este barrio de casas blancas y el río claro corriendo majestuoso!
La madre guardó silencio pero la pequeña comentó:
- Pues ya verás cuando mañana te lleve a la cascada del río que tantas veces te he dicho.

La cascada del río, un poco al levante y al norte de la Alhambra, ella la conocía por sus padres. Varias veces, en sus visitas a la ciudad de Granada y cuando aun todavía era pequeña, los padres la habían llevado al rincón de esta cascada. Lugar realmente mágico que a su vez los padres conocían por los abuelos que ahora ya no vivían. Y los padres de la niña, desde el primer día que pisaron el rincón y vieron el río y la cascada, quedaron enamorados de tanta belleza. Por eso, una de las cosas que con más interés querían que su niña conociera en Granada, era precisamente este lugar. La trajeron muchas veces,

cuando todavía era pequeña, según crecía y ahora que ya era algo mayor. Y a la niña, como los padres siempre le hablaban con entusiasmo y cariño de la cascada, del río y del rincón en general, se le metió en el corazón la belleza de este lugar.

Por eso aquella noche, víspera ya de la Navidad, sentados los padres y los niños frente al fuego en la chimenea y mientras la madre preparaba una sartén de migas de harina de maíz y trigo, la pequeña dijo:
- Mañana temprano vamos a ir al rincón de la cascada.
Y la madre comentó:
- Pero mañana ya es Navidad.
- Por eso quiero ir a este lugar. Deseo que mi amigo conozca tan bonito sitio y de paso, cogemos unos ramos de madroños, con sus frutos y flores para adornar un poco la estancia de esta casa.

Y al salir el sol, al día siguiente, la madre despertó a los niños. El día se presentaba no con sol sino nublado, gris oscuro, con bastante frío y nieve en las altas cumbres de Sierra Nevada. Enseguida la pequeña preparó su mochila, dentro la madre le puso algo de comida y un recipiente con agua y antes de que los dos niños salieran de la casa, les dijo:
- Volved para la hora de la comida al medio día porque hoy tengo preparado algo especial.
- Pero si no llegamos a tiempo, tú no te preocupes. Yo conozco bien todos los caminos y todo aquello y, como en mi mochila llevamos alimentos, sabremos arreglárnoslas.
Y confiada la madre, los despidió en la puerta de la casa con un beso y el deseo de que disfrutaran mucho y volvieran a tiempo para la comida al medio día.

Se puso al frente la pequeña bajando muy entusiasmada por la calle, sintiendo en su corazón el gozo de compartir con su amigo un bonito día de aventuras. Sobre la colina de la Alhambra, hoy no había niebla pero sí la oscuridad de las nubes tamizaban las torres y murallas y a lo lejos. Llegaron al río Darro, no lo cruzaron si no que por el lado izquierdo, buscaron el camino y subieron muy confiados y contentos. Al frente, según avanzaban, se les iba presentando la silueta de altas montañas, repletas de bosque y como perdidas en lejanías misteriosas y extrañas. Dijo ella a su amigo:
- Lo que más me gusta de todo son los bonitos rincones que mis padres me han enseñado por estos lugares.
- Pues a mí, lo que más me gusta de todo es vivir aventuras como esta en la que ahora estamos metidos y sentirme libre. No creo que haya en el mundo otra cosa más bonita que la libertad.
- ¿Y tú nunca has tenido miedo de nada?
- Nunca ¿y tú?
- Mis padres siempre me han dicho que sea prudente pero que a las personas, no debo temerles. “Sed siempre buena y amable con las personas y ya irás comprobando ellas te devuelven bondad y amabilidad con creces”. Es lo que muchas veces me dice mi madre.

Caminaron durante mucho rato y según iban llegando a las partes altas del río, la pequeña empezó a notar que los sitios que pisaba, no los había visto

otras veces. Le preguntó su amigo:
- ¿Nos hemos perdido?
- Creo que no pero tampoco estoy segura.
- ¿Y si no encontramos el camino para regresar?
- Tú tranquilo y confía en mí.
Llegó el día a su centro y el astro rey comenzaba a caer para el lado de la tarde, cuando los niños remontaron unos montes muy elevados. Desde estas cumbres, descubrieron muy a lo lejos, las cumbres blancas de Sierra Nevada pero no veían ni las torres de la Alhambra ni las blancas casas del Albaicín. Se pararon un poco para comer un par de frutas bajo unas grandes madroñeras repletas de frutos rojos y florecillas blancas y, en ese momento, comenzó a nevar. No tenían frío ninguno y por eso la pequeña dijo:
- Aquí a la derecha es donde se encuentra el valle de la cascada y las centenarias madroñeras. También conozco yo ahí una bonita cueva en las rocas. Y te lo digo por si la nieve sigue cayendo, podemos refugiarnos en esta cavidad.
- Yo no tengo miedo ninguno y confío plenamente en ti. Así que adelante.

Y abrigándose un poco con sus bufandas, siguieron el caminillo que desde lo alto del monte, caía para el valle. La nieve continuaba cayendo y la oscuridad en el cielo, parecía aumentar. Sin embargo, ni sentían frío ni miedo. Comenzó a cubrirse el camino de copos inmaculados y, justo cuando se acercaban al río, oyeron algo muy extraño. Dijo la niña alertada:
- ¡Calla!
Detuvieron sus pasos, escucharon concentrados y al rato, oyeron la voz de alguien como pidiendo ayuda. Comentó el amigo:
- Parece la voz no de una persona mayor sino de un niño así como nosotros.
- Vamos a mirar por esa curva del río, que es de donde parece vienen las voces que oímos.

El río saltaba muy caudaloso, la nieve caía lentamente, cada vez en mayor cantidad y la luz del día iba desapareciendo. Pero ellos, impulsados por la voz que pedía ayuda, siguieron avanzando hacia la curva del río. Y al poco, al salir de la espesura de unas encinas, se encontraron por completo frente a la curva del río que buscaban. Y sorprendidos vieron que un niño algo más pequeño que ellos, parecía hundirse en las aguas y por eso pedía ayuda. Nada más verlo la niña dijo:
- No tengas miedo que ahora mismo te salvamos.

Se aproximaron a donde el pequeño se encontraba en apuros, le dieron su mano y un palo que cogieron de la orilla y animándolo, le pidieron que hiciera un esfuerzo y saliera del agua. Dio algunos pasos el pequeño del río y como por arte de magia, saltó y salió de las aguas. Se agarró a la mano de la pequeña y mirándola emocionado, le dijo:
- Gracias a ti ahora mismo estoy sano y salvo.
- Solo te hemos animado. Pero ahora veo que estás tiritando y que tus ropas, además de rotas y sucias, todas están empapadas.
- Pero no me preocupa nada.
- ¿Dónde vives?
- No tengo casa pero sí conozco una cueva en las rocas que hay al frente. Ayudadme y vayamos a ese lugar.

La nieve seguía cayendo, la oscuridad ya lo tapaba todo, no hacía frío ninguno y antes de llegar a la cueva la pequeña y su amigo, descubrieron que dentro había una pequeña lumbre y su resplandor, aunque no con mucha intensidad, alumbraba el caminillo que ahora recorrían. Junto a la lumbre y como calentándose, vieron a una mujer joven, muy hermosa y con la cara limpia y reluciente que, al acercarse ellos, les dijo:
- Gracias por haber ayudado a mi niño. Poneros aquí cerca del calor de las llamas y brasas y calentaros que hace mucho frío y ahora mismo, esta noche, es Navidad.
La niña y el amigo quisieron preguntar a la mujer y al pequeño que habían sacado del río pero sentían mucho respeto. Sí vieron que la mujer, de una de las repisas naturales en las rocas que hacían de paredes en la cueva, cogió unos alimentos, todos con una presencia muy agradable y les dijo:
- Esta noche es muy especial. Comamos todos juntos mientras nos calentamos y nos damos compañía.

Y la niña y su amigo, sintieron en esos momentos como si sus corazones ardieran de gozo, paz y satisfacción. Se miraban entre sí y querían preguntar a la mujer y al pequeño del río pero no se atrevían. Junto al fuego se sentaron mientras comían las cosas que la joven mujer les daba y mientras fuera de la cueva, seguía cayendo la nieve y el frío se hacía intenso. Y junto al fuego, unas horas después, se quedaron dormidos.

Despertaron al día siguiente cuando la madre de la niña, la abrazaba mientras la llamaba. Abrió ella los ojos y miró y, muy asombrada, observó a las personas que le rodeaban. Y observó las paredes de la cueva y la lumbre que todavía ardía cerca de ellos. Se descubrió envuelta en una suave y blanda piel de oveja de lana blanca y limpia. Preguntó la madre:
- ¿Cómo habéis llegado hasta esta aquí y quien os ha traído estas pieles y alimentos?
- El niño que se ahogaba en el río y la mujer joven y bella que vive en esta cueva. ¿Dónde están que no los vemos?
Y unos y otros miraron intentando encontrar la mujer y el niño pero nadie los veían. El amigo de la niña sí dijo:
- La noche de Navidad que acabo de vivir en esta cueva, cerca de la Alhambra y de Granada, es lo más bonito que nunca me ha ocurrido. En cuanto vuelva a mi ciudad, se lo voy a contar a todo el mundo.
- Y yo digo lo mismo.
Comentó la pequeña y a continuación preguntó:
- ¿Pero quiénes son y dónde está ahora la hermosa mujer y el niño que anoche nos acurrucaron junto a este fuego?

## **La Alhambra soñada** //Ba

Navidad 2012

Incluso antes de que naciera, la madre ya le había preparado la habitación. En la bonita casa, en el centro del Albaicín, frente por completo a la

Alhambra. Y la habitación, por dentro no muy grande pero sí pintada en blanco, hermosamente decorada y con finas cortinas, tenía una gran ventana. Era también balcón que daba al pequeño jardín de la casa, a la fuente de agua clara rodeada de naranjos, un limonero y tres cipreses. Al fondo y en la colina de enfrente, destacaba potente la figura de la Alhambra, sobre la colina y más lejos, se veían con claridad, las montañas de Sierra Nevada.

Por eso la madre, incluso antes de nacer la niña, le decía al padre:
- Es que me pide el corazón que ella, nuestra hija, cada vez que esté en su habitación y mire por la ventana, vea al frente sobre la colina, la hermosa figura de la Alhambra.
Y el marido siempre le preguntaba:
- Si este es tu deseo, yo no voy a oponerme pero ¿has pesado alguna vez por qué el corazón te pide eso?
- Lo he pensado y nunca he llegado a tenerlo claro. Pero ¿a que es interesante?
- Me parece que sí y por eso, nada malo encuentro en ello.

Y la niña nació un bonito día de primavera. En la habitación que la madre le tenía preparada, desde el primer día puso la cuna. Frente por completo a la ventana a través de la cual, se veía al fondo, claramente todos los recintos de la Alhambra. Y en los primeros días, semanas, meses y años, la madre nunca se apartaba de la cuna y luego de la cama con encajes blancos. La hija dio sus primeros pasos, pronunció sus primeras palabras y seguía creciendo y también hacía preguntas. Y la madre, cada día más se sentía orgullosa y disfrutaba con su niña y la habitación que con tanto amor le regalaba. Cuando la niña ya comprendía las cosas y hacía preguntas, la madre siempre le pedía que, al acostarse y levantarse y luego durante el día, mirara por la ventana y observara despacio la grandiosa figura de la Alhambra.

Le decía:
- La Alhambra es el palacio más bello que nunca se haya construido en este suelo. Y para nosotros y especialmente para ti, es un gran privilegio no solo vivir a dos pasos de este monumento sino poderlo contemplar en cada momento desde tu propia habitación.
Y la niña, siempre se quedaba mirando, pensaba cosas y en algunos momentos, le preguntaba a la madre:
- ¿De qué está hecha la Alhambra y qué tiene dentro?
- Sus murallas son de piedra y tierra y por dentro, tiene salones grandiosos decorados con los materiales más bellos.
- ¿Y hay también allí jardines, fuentes y naranjos?
- Todo eso y mucho más. Porque en la Alhambra hay hermosos estanques donde se refleja el cielo y fuentes donde fluyen las aguas como en los manantiales limpios de las montañas.
- ¿Me llevarás algún día a ver todo eso?
- En cuanto crezcas un poco más, te llevaremos no solo un día sino muchas veces para que conozcas bien esos lugares y descubras la gran belleza que encierran.
Y un día, la madre habló con el padre y fueron a ver la Alhambra no solo por dentro sino también por fuera y por los jardines, estanques y fuentes. De la mano llevaba la madre a su niña en todo momento y explicaba cada rincón y cada

detalle. Y la pequeña, miraba y miraba y en ningún momento preguntó nada. Se extrañó la madre y lo mismo el padre pero pensaron que era porque todavía, tan pequeña, no alcanzaba a descubrir la gran belleza de la Alhambra.

A las pocas semanas, volvieron a llevarla a ver todos los sitios de estos palacios y luego, varias veces más a lo largo del año y al siguiente y al otro. Según crecía, más y más la llevaban para que viera y se fuera enamorando de las grandes maravillas de la Alhambra. Le contaban muchas historias y le pedían que se fijara en todo lo que por estos sitios hay. Pero la niña, ya con doce años, seguía sumida en un extraño silencio con relación a lo que continuamente veía en la Alhambra. Hasta que un día, la madre le preguntó:
- ¿Es que no te gusta ni te interesan las cosas que por estos lugares hay?
- Me intrigan muchas cosas y por eso quiero que me contéis con todo detalle y de principio al fin, la historia de todos estos monumentos. También yo por mi cuenta voy a leer todo lo que pueda.
Y muy intrigada la madre le hizo la siguiente pregunta:
- ¿Y por qué tienes tanto interés en conocer al detalle la historia de estos monumentos y todo lo que se haya escrito de la Alhambra?
- Ahora no sé responderte pero creo que algún día, sí.

Siguió creciendo ella y se hizo mayor. Conoció a jóvenes de su edad y con frecuencia hablaba con ellos de cosas de la Alhambra. Leyó todos los libros que en sus manos caían y preguntaba una vez y otra a sus padres. Iba muchas veces a los recintos de la Alhambra, en ocasiones con los amigos y en otros, momentos sola. Se fijaba, muy concentrada, en las piedras de los edificios, en las torres y murallas y en los jardines y fuentes. Y como los padres seguían intrigados porque imaginaban que su entusiasmo por la Alhambra, no crecía a pesar de leer mucho y visitarla con frecuencia, otra vez le preguntaban:
- Después de tanto tiempo, todavía no sabemos qué lo que en realidad piensas de la Alhambra. ¿Nos puedes decir algo?
- Puedo deciros que después de tanto tiempo y todo lo que he visto, leído y oído de unos y otros, la Alhambra no me gusta nada.

Al oír esto, paralizados los padres se quedaron. Y sobre todo, la madre que enseguida le preguntó:
- ¿Y por qué piensas estas cosas, hija mía?
- Te daré una respuesta dentro de unos días.
Dentro de unos días llegaba la Navidad y la joven, desde su ventana, por las calles del barrio, por las plazas y calles de Granada y los rincones de la Alhambra, observó despacio a los turistas. También observó las luces de colores que pusieron en las calles y los belenes de corcho y madera que algunas familias montaron en sus casas y otros sitios, tanto del barrio como en la ciudad. Y justo en la noche de la Navidad, los padres se acercaron a la lumbre que ardía en la chimenea, junto a la hija que un momento antes había estado observado la figura de la Alhambra iluminada. Y durante un buen rato, hablaron de cosas variadas hasta que, en un momento dado, la madre le preguntó:
- Nos dijiste un día que en su momento, ibas a contarnos porque no te gusta la Alhambra. ¿Es ahora ese momento?
Y la joven, muy decidida, respondió:
- Sí que lo es. Desde hace mucho tiempo, quizá desde que abrí mis ojos, no me

ha gustado la Alhambra. ¿Quieres saber por qué?
- Todo el mundo dice y así lo cuentan los libros, que la Alhambra es el mayor monumento en la tierra construido por humanos. ¿Por qué tú no ves esto?
- Ya os he dicho que desde que abrí mis ojos, me intriga mucho este monumento. Por eso, cada vez que lo he visto y luego, cada vez que de él me habéis hablado y cada libro que he leído, me ha ido confirmando que la Alhambra es fea, muy fea.

Hubo un silencio muy denso y los padres esperaron a que ella siguiera hablando. Pasado un buen rato, como la joven no comentaba nada más, le preguntaron:
- ¿Por qué dices que la Alhambra es fea?
- Porque son feas las piedras que hay en las murallas y torres, sus estanques, jardines y fuentes. Y sobre todo, esos palacios porque están construidos con el sufrimiento, dolor y muerte de personas sin libertad ni derechos. Hay muchas guerras, intrigas, odio y opresión en la construcción de lo que tantos llamáis "el mayor monumento del mundo". Y sí es verdad que por fuera y desde la ventana de mi habitación, se ve grandiosa la Alhambra y eso es lo que resaltan los libros y los cientos de turistas que cada día pasan por ahí. Pero por dentro, su corazón y alma, carecen de luz y de belleza. Porque la construyeron con sangre, dolor, odio y muerte de humildes y esclavos. Por eso digo y repito que la Alhambra es triste, fea también por fuera y muy negra por dentro ya que está cimentada sobre el dolor y sangre de muchas personas pobres.

Al terminar de pronunciar estas palabras, la madre de nuevo le preguntó:
- ¿Cómo te gustaría a ti que fuera entonces la Alhambra?
- En mis sueños, la he visto muchas veces sobre una montaña mucho más grande que la colina que tenemos frente a mi ventana. Rodeada de un espeso bosque natural, bañado por abajo por un río muy grande y claro. Y sobre todo, irradiando colores, luz y serenidad, todas sus torres y murallas en lo más alto de esa montaña. Y lo que más me ha gustado, de la Alhambra que he visto en mis sueños, ha sido la suavidad de sus torres y murallas. Como si estuvieran construidas de agua, luz y seda. Maravillosa obra construida por gente buena, libres todos, muy enamorados de lo bello y amantes respetuosos, tanto de las personas como de la naturaleza y el Universo entero. Esto sí que es un monumento hermoso, lleno de luz y colores, salido de lo más puro y noble de los corazones de personas y por eso cimentado sobre los pilares de la eternidad.

## **Especial noche de Navidad** //Ba

Navidad 2012

I- En todo el barrio del Albaicín se le conocía con el nombre de "Tarina". Una muy bonita palabra que muchos decían que su significado era "La que sueña". Y ciertamente que también por esto la distinguían sus padres, sus amigos y casi todos los vecinos del barrio. Porque ella, aun todavía de corta edad pero hermosa como la flor más fresca, era una niña muy soñadora. La niña que más soñaba tanto en el barrio como en la Alhambra y en toda Granada.

Por esto y su alegría y ganas de jugar y hacer cosas para los demás, muchos también la respetaban y querían. Especialmente dos niños algo mayores que ella y que vivían cerca. El pequeño, que era como lo llamaba ella, tenía el pelo rizado, ojos grandes y vivos y su entusiasmo tampoco tenía límites. Ella lo quería mucho y por eso, continuamente lo buscaba tanto para jugar como para charlar sentados en las puertas de sus casas, frente a la Alhambra y también para planear alguna aventura. El mayor, era el líder del grupo porque siempre se mostraba muy valiente y resolvía las dificultades de la mejor manera. Tenía el pelo moreno, ojos chicos, cara redonda y el color de su piel también era morena. Ella, lucía una melena castaña muy reluciente, la expresión de su cara era dulce, los ojos le brillaban como luceros en una noche sin luna, con tonos verdes azules y el color de su piel era blanca y reluciente como el sol sobre las cumbres de Sierra Nevada.

Los tres tenían un amigo en común que llamaban el anciano. Vivía solo este hombre mayor, no lejos de la casa de la niña y en un edificio pequeño. Se pasaba el hombre, las horas, los días, las semanas y los años, sin más compañía que un pequeño perro y la figura de la Alhambra que se veía claramente desde la puerta de su casa y desde las ventanas. Parte del tiempo del día, lo dedicaba a preparar, labrar, sembrar y regar las tierras de un pequeño huerto junto al río Darro. Y por las tardes y días soleados, daba paseos por las orillas del río, calles y plazas del barrio y de Granada. Siempre solo, siempre mirando y saludando a unos y a otros y siempre, como esperando la llegada de alguna persona que nunca se presentaba.

Y como la niña se daba cuenta de la soledad del anciano y apreciaba su bondad y ternura, con frecuencia se sentaba en la puerta de la casa, frente a la Alhambra y le preguntaba:
- A lo largo de tu vida ¿has tenido tú alguna vez algún sueño?
Y el anciano, como le dolía el alma al traer a su mente los recuerdos, meditaba un momento y luego decía a la pequeña:
- Yo de joven tuve muchos sueños y todos muy hermosos.
- Y a lo largo de tu vida ¿has conseguido realizar algunos de estos sueños tuyos?
- Ni siquiera uno.
- Entonces ¿para qué sirven los sueños?
- Los sueños, todos los sueños y todas las personas, siempre son muy importantes.
- Pero ¿para qué sirven?
- Para llenar de sentido la vida y proyectar luz y alegría en el camino que a lo largo de la vida recorremos.

Y al oír estas reflexiones, la niña se quedaba mirando fijamente a las torres de la Alhambra y durante un buen rato, ya no preguntaba más. No llegaba a comprender lo que el anciano le decía y por eso, pasado un buen rato, sí de nuevo le preguntaba:
- Y si tuviste, cuando fuiste joven y luego después, sueños tan grandes y bellos ¿cómo es que ahora vives solo y tan pobremente?
Y suspirando el anciano, con tono melancólico, exclamaba:

- ¡Si yo te contara, mi querida niña! ¡Si yo te contara…!
- ¿Nadie te quiso nunca?
- Creo que nadie aunque yo sí quise a muchas personas.
- ¿Y qué fue de estas personas?
- Algunas, se marcharon lejos de aquí y nunca más supe de ellas. Otras, se hicieron mayores, tuvieron enfermedades y murieron como todas las personas en esta vida. Y otras, aquellas que amé profundamente y les di lo mejor de mis sueños, me ignoraron porque siempre decían que yo no era lo que ellos necesitaban.
Y al pronunciar estas palabras, la niña se daba cuenta que muchas veces el anciano lloraba. A su manera, como a escondidas y en silencio y como si algo le doliera mucho en el corazón y en el alma.

Le preocupaba a ella este silencioso sufrimiento y soledad del anciano y por eso, un día de otoño, lluvioso, gris y frío, ya cerca de la Navidad, les dijo a sus dos amigos:
- Tenemos que hacer algo para levantarle el ánimo.
- ¿Por qué dices eso?
- Cada día que pasa lo encuentro más solo. No tiene a nadie que lo cuide y le dé un poco de cariño. Y sin embargo, él siempre ha sido bueno con nosotros y todos los vecinos de este barrio.
- ¿Y qué es lo que a ti se te ha ocurrido que podemos hacer por él?
- Yo he pensado varias cosas como compartir con él nuestra comida, darle compañía cuando esté solo en su casa o pedirle que juegue más con nosotros. Pero a vosotros ¿qué se os ocurre?
Y después de pensar ellos un rato lo que la amiga les proponía, el mayor aclaró:
- Se acerca la Navidad y, como en estas fechas todas las personas se comportan mejor entre sí, podríamos proponerle que nos ayude a montar una pequeña obra de teatro.
Y despacio y con detalle, el líder del grupo explicó a sus amigos lo que se le había ocurrido.

II- Aquel mismo día, al siguiente y al otro, los niños se dedicaron a poner en marcha la idea que se les habían soñado. Y como al final también ellos pensaron que era mejor darle una sorpresa al anciano, a los vecinos y a sus padres, pensaron mantener en secreto parte de su aventura. Sin embargo, cada tarde comenzaron a ir a la casa del anciano y en la puerta frente a la Alhambra o sentados al calor de la chimenea frente a la lumbre, compartían con él ratos largos.

Le preguntaba la niña cada día más cosas porque ella iba descubriendo que la vida del hombre que tenían a su lado, estaba llena no solo de sabiduría sino también de historias muy hermosas. Y así fue como un día, sintiéndose ya amigo por completo de los niños que les daban compañía, les dijo:
- Una tarde de estas voy a contaros la historia más importante que me ha ocurrido en esta vida.
- ¿Es triste o alegre?
Preguntó enseguida la niña.
- Para mí, no solo es triste sino muy desgraciada. Pero para otros, depende como se mire.

- ¿Y por qué es triste para ti?
- Os contaré la historia completa un día de estos y entonces lo comprenderéis.
- ¿Qué día será?
- Cuando yo me sienta con fuerzas y vosotros queráis escucharme.
- Nosotros, como ahora la Navidad ya la tenemos encimas, queremos vivir experiencias interesantes. Y aunque tú dices que tu historia es triste seguro que también será bella.
- En Navidad, las personas, además de reunirse en las casas y comer mejor que otros días, también es bueno hacer un repaso de la vida propia.
- ¿Y eso para qué?
- Para no olvidarse de aquellos que ya no están y, sobre todo, los que fueron buenos y para sacar consecuencias de la experiencias vividas.
- Y aquellas personas que no fueron buenas con nosotros ¿también hay que recordarlas en estos días de Navidad?
- De esas personas malas y que hacen daño a los que nunca hacemos mal a nadie, os contaré algo muy interesante antes de que la Navidad llegue.

Y al partir de este día, los niños buscaban al anciano cada vez con más interés. Porque iban notando que, según se acercaba el día la Navidad, el hombre se entristecía más y más. Tanto, que algunos días ni salía de su casa o no se levantaba de la cama. Ellos le traían algo de comida y se la daban y también buscaban leña entre los vecinos, encendían la lumbre en la chimenea y le decían:
- Tienes que animarte comiendo esto que te traemos y calentándote porque la Navidad, son días bellos.
Y el anciano callaba. La niña le preguntaba sin parar, como había hecho siempre. Y en una de aquellas preguntas, un día supieron algo de la vida del anciano. Fue justo cuando la pequeña le preguntó:
- ¿A ti te gusta la música?
Y el anciano le respondió:
- Una de las cosas que más me gustan en esta vida.
- ¿Y qué clase de música?
- La música, toda es bella. La que sale de las cuerdas de una guitarra, la que desgranan los pájaros cuando cantan, la que mana de la corriente del río mientras se desliza y se marcha, las canciones que cantan los enamorados…

Y la niña meditó un momento y luego dijo:
- Es que nosotros estamos preparando algo muy especial, como una sorpresa el mismo día de la Navidad. Y te hemos hecho esta pregunta porque nos gustaría conocer a alguien que supiera quisiera tocar y la guitarra. ¿Tienes tú algún amigo que pueda ayudarnos en esto?
Y al oír esto, el anciano guardó silencio. Luego se le escapó un triste suspiro y, pasado un rato, dijo:
- Sí que conozco a una persona que toca muy bien la guitarra.
- ¿La conocemos también nosotros?
- La conocéis porque es un buen amigo vuestro.
- ¿No serás tú?
- Nunca antes os lo había querido decir porque es parte de la historia que he prometido contaros. Ahora no tengo guitarra porque esto también es algo clave en la historia que os tengo anunciada.

Y la niña, en ese momento, cayó en la cuenta de algo. Miró a sus amigos y con una señal, les dijo que no preguntaran ni dijeran nada más al anciano. Al día siguiente, hablaron con unos vecinos y otros y a todos les pidió ayuda. Los vecinos, al saber lo que los niños planeaban, generosamente les dieron lo que cada uno podía y al final de la tarde, fueron a la casa del constructor de guitarras. Le compraron la mejor, la más bonita y de sonidos más hermosos. Fueron rápido a casa de su amigo el anciano y le entregaron el regalo que le habían comprado. Al ver éste la guitarra, se quedó como parado. Miró a los niños, suspiró triste mientras se le caían varias lágrimas que torpemente se quitó de las mejillas. Cogió la guitarra y les dijo:
- Sois muy generosos y porque vuestros corazones está lleno de inocencia, acepto este regalo.
- Sí, acéptalo y anímate y nos tocas algo.
- Ahora mismo, no tengo ánimo.
- ¿Qué día entonces?
- El día y momento en que nos juntemos para que os narre la historia que os tengo prometida.

Conformados los niños, despidieron al anciano y al salir de la casa, sintieron como si en ese momento se les avivaran las ganas de trabajar duro en la aventura que planificaban para la noche de la Navidad. Por eso, al día siguiente y al otro, todo el tiempo lo dedicaron a ensayar, perfeccionar y montar la gran obra de sus sueños. Y llegó la noche de la Navidad. En la casa grande de uno de los vecinos, montaron un pequeño escenario, decoraron las paredes con flores y frutos de madroño y piñas de las montañas. Al caer la noche, convocaron a todos los vecinos diciéndoles:
- Es una fiesta sencilla que hemos preparado para celebrar la Navidad y, especialmente, para compartirla con nuestro amigo el anciano. ¡Por favor, venid!

Acudieron los vecinos y los padres y cuando todos estaban sentados en la sala de la casa, llegaron los niños con el anciano de la mano. Subió la pequeña al escenario y dijo:
- No es gran cosa lo que aquí vamos a representar pero ya solo con la presencia de nuestro amigo el anciano, a nosotros se nos llena el corazón de gozo.
Aplaudieron los vecinos y amigos de los niños y del anciano y enseguida ellos dieron comienzo a su pequeño espectáculo. Los tres niños, a su manera y con la ilusión propia de su edad, hicieron y representaron una péquela obra de teatro y al final, pero todavía casi en mitad de la fiesta, la niña anunció:
- Y ahora, nuestro amigo el anciano, nos va a sorprender con una bonita interpretación de guitarra.
Reconocieron enseguida los vecinos la guitarra que días antes los niños habían comprado y al ver al anciano subir al escenario, aplaudieron emocionados. Le puso la niña una silla, le colocó bien la guitarra y le dijo:
- Es el momento. Tócanos lo que quieras y cuéntanos la historia que nos tienes prometida.

Con voz quebrada, agradeció el anciano el buen comportamiento de los niños y la presencia de los vecinos y luego dijo:
- De las cuerdas de esta guitarra, voy a intentar sacar una melodía única. Y al

mismo tiempo que toco esta melodía, os cuento la historia que le tengo prometido a los niños.
Volvieron a aplaudir los amigos y vecinos y enseguida, el anciano se puso a tocar la guitarra. Nada más arrancar de las cuerdas las primeras notas, todos los allí presentes se quedaron paralizados por la belleza de la música y la sensibilidad y sentimiento con que el anciano la interpretaba. Y al poco de oírse la brillante melodía, muy lentamente y lleno de sentimiento, el anciano dijo:

- Era yo joven y una noche de Navidad, volvía a mi casa con la guitarra después de haber tocado en una reunión de amigos. Estaba ya a cien metros de mi casa cuando, surgiendo de la oscuridad y ante mí se presentaron dos jóvenes con mucha melena. Si promediar palabras, me abrazaron, me tiraron al suelo, me quitaron el reloj que mi padre mi había regalado de un abuelo suyo y luego me arrancaron de las manos la guitarra. Grité pidiendo ayuda pero nadie me socorrió. Cuando por fin los jóvenes me soltaron, miré y los vi correr calle arriba perdiéndose entre la niebla. Y en ese momento, lo que antes mis ojos se presentaba, era como una la figura horrible, llena de maldad y rodeada de un halo diabólico. Seguí caminando, entré en mi casa, no pude dormir aquella noche ni al día siguiente ni al otro. Unos meses más tarde, vi de nuevo a estos jóvenes montados en un borriquillo que también habían robado. Subido en el animal, caminaban al borde de un tajo en el río Darro. Y vi que de pronto, el borriquillo se asustó, doy un gran respingo y lanzó a los jóvenes por el aire. Los dos cayeron rodando por la gran pendiente del tajo y, en el fondo, quedaron destrozados. Salió en ese momento de allí, como una nube de humo que desprendía un olor horrible de tan desagradable. En aquel momento y luego muchas veces después, supe que estos jóvenes habían sido convertidos para siempre en maldad y desdicha. Como si un ser mucho más grande que nosotros e infinitamente poderoso y bueno, los hubiera condenado para siempre a la destrucción más amarga.

Terminó el anciano la narración de su pequeño relato y todas las personas allí congregadas, permanecieron en el más absoluto silencio. También lo niños. Siguió él arrancando hermosas notas de las cuerdas de la guitarra y pasado unos minutos, dijo de nuevo:
- Pero esta noche, ayer por la tarde y todos estos días antes de la Navidad, en este barrio, entre nosotros y en concreto en estos niños, he visto y estoy ahora mismo viendo todo lo contrario de la historia que acabo de contaros. Tuve un sueño ayer por la noche y vi como si por encima de la Alhambra, se abrieran las puertas de un cielo grande y maravilloso. De la mano de esta niña y sus dos amigos y rodeado de todos vosotros, me vi entrando a este fantástico paraíso. Y vi como estos tres niños y especialmente ella, se convertían como en ángeles transparentes, llenos de luz y colores. Un delicioso perfume lo inundaba todo. Y en ese momento, supe que el amor y la bondad de los corazones buenos e inocentes como los de estos niños, crean universos primorosos llenos de belleza. Tuve conciencia de que esto es el cielo que todos los humanos añoramos en lo más hondo de nuestras almas y la explicación exacta de lo que es la eternidad.

**El niño, los pastores y el rey** //Pa

La reflexión

Ser sabio, llegar a la sabiduría, es el mejor tesoro que podamos conseguir en esta vida. Y sabemos, nos damos cuenta que hemos llegado a la sabiduría cuando descubrimos que el mundo, la sociedad en general, necesita de personas buenas. Sin las buenas personas y la inocencia de los niños, la humanidad no existiría. Porque del corazón de las buenas personas, nace el gozo, la paz, la serenidad y el placer y gusto por la vida. Estos son los grandes pilares que sostienen y mantienen viva a la raza humana en este planeta.

El relato

En la pequeña llanura, en mitad de la ladera del barrio del Albaicín, el joven dejó su borriquillo. Un jumento pequeño, color ceniza y nieve y bien aparejado con albarda y cincha. Y al amarrar el cabestro en las ramas del viejo granado, el joven le dijo al jumento: “No te muevas tú de aquí ni te inquietes porque yo vuelvo enseguida. Ellas me esperan en la casa y, como están tan ilusionadas con el viaje, necesitamos de tu ayuda”.

Subió aprisa por una de las estrechas callejuelas y antes de llegar a la casa, las vio. Las tres le esperaban en la misma puerta, vestidas con ropa limpia que la madre les había puesto. Y fue la más pequeña, la que llamaban “Retaquete”, por su baja estatura y algo regordeta, la que le salió al encuentro nada más verlo. Corrió con sus brazos abiertos hacia el joven y según iba acercándose a él, le decía:

- Yo quiero sentarme la primera en el lomo del borriquillo.

Y el joven le aclaró:

- De las tres, una tenéis que quedaros aquí.
- ¿Y eso?
- Subidas en el borriquillo solo pueden ir tres y como vuestra amiga de la ciudad de la Alhambra también quiere venir, ya sois cuatro y eso no es posible.
- Pues yo no quiero quedarme aquí.

Refunfuñó muy enfadada la niña Retaquete.

Le dio el joven un cariñoso beso, según ella se le abrazaba al cuello, la cogió luego de la mano y caminaron hasta la puerta de la casa. Aquí la madre esperaba mientras observaba y al llegar, también la saludó. Con mucho tacto le dijo el joven que la pequeña debía quedarse en la casa. Al oírlo, la niña protestó:

- ¡Que yo quiero ir con vosotros y montarme la primera en el lomo del borriquillo!

El día se presentaba frío, gris y como amenazando no lluvia sino nieve. Sobre las cumbres de Sierra Nevada, este blanco elemento, ya hacía mucho que se amontonaba. Las primeras nieves habían caído al final del mes de noviembre y hoy ya era justo veinticuatro de diciembre, Navidad. Por eso en todo el ambiente, barrio del Albaicín, toda la ciudad de Granada, cuevas por el Sacromonte y colina de la Alhambra, se respiraba como una melancolía mágica, hondamente extraña. Las personas no lo comentaban pero la presencia de la Navidad, parecía invadirlo todo, despertando los recuerdos en los corazones y añoranzas de no se sabía qué. Como si de pronto, en estos días, todo el mundo echara de menos, los momentos felices de la infancia y las personas que ya no estaban.

En la Alhambra y dentro de los palacios, las cosas eran diferentes. Nadie en estos recintos, se identificaban con la Navidad ni tenían que ver nada con estas fiestas. Por eso nadie sentía nostalgia de nada ni rememoraban los recuerdos de la infancia. Sin embargo, fue justo por estos días cuando el rey que aquel año reinaba, promulgó un edito que decía: “A todos los pastores que viven en las montañas al norte y sur de la Alhambra: es mi deseo y por eso ordeno que justo el día veinticuatro de diciembre, al caer la noche, os presentéis en los recintos de mis palacios. Y aquel pastor que no se presente este día en el lugar y hora que he dicho, que se atenga a las consecuencias”.

Una semana antes del día de la Navidad, todos los pastores de las montañas, fueron visitados por soldados del ejército del rey. Entregaron éstos a los pastores el edito de su majestad y luego volvieron a los recintos de la Alhambra. Y los pastores, enseguida entre sí se comunicaron y empezaron a preguntarse:
- ¿Para qué asunto nos convocará este rey nuestro?
- Quizá para decirnos que necesita más borregos para sus grandes banquetes en los palacios donde viven.
- Para eso o puede que también para pedirnos que le paguemos más impuestos porque los necesita para abastecer a los ejércitos que luchan en las guerras.
- Pues ya veremos pero desde luego, el momento en que nos convoca no puede ser peor. Las montañas están cubiertas de nieve, los ríos llevan mucha agua, las noches son muy cortas y caen grandes heladas y los días, ya estamos viendo: grises, nublados y con amenaza de nieve y lluvia en todo momento.

Una de las familias de estos pastores, vivía en las laderas de Sierra Nevada, cerca de un claro río y al borde mismo de las blancas nieves. Eran jóvenes y ella estaba embarazada, a punto de dar a luz. Por eso el marido, unos días antes de la noche del veinticuatro de diciembre, había hablado con el joven del borriquillo, familia suya, y le había dicho:
- Ven con tu borriquillo y ayudamos a esta joven y bella esposa mía en este viaje a la Alhambra. Ella no tiene que presentarse ante el rey pero como su niño puede nacer en cualquier momento, mejor que esté cerca de mí y de vosotros para atenderla.

Desde la casa del Albaicín, las dos niñas y hermanas mayores, acompañaron al joven hasta el borriquillo en la plazoleta del granado. La pequeña llamada Retaquete, se quedó llorando y al poco vio como el borriquillo, guiado por el joven y con sus dos hermanas sobre el lomo, subían por la Cuesta del Rey Chico hacia lo más alto de la colina de la Alhambra. Y la hermana pequeña, llena de rabia y protestando, dijo a la madre:
- ¡No hay derecho que ellos puedan ver al niño nacer y yo no!
Le dio un beso la madre y le pidió que entrara a la casa.
- Ellos no tardarán en regresar y si el niño nace, tú podrás también besarlo cuando esté aquí con nosotros.
- ¿Y si nace en el viaje o en aquellas montañas?
- La madre sabrá cuidarlo.

Al poco, los niños con el borriquillo, se perdieron por las partes altas de

la colina de la Alhambra. Siguiendo los caminos hacia las montañas y al encuentro de los pastores y la joven embarazada. En la Alhambra, el rey y otras personas, esperaban a los pastores al caer la noche. Pero en el barrio del Albaicín, antes de que la noche llegara, la niña Retaquete, se escapó de su casa, bajó rápida hasta el río Darro, subió luego a la colina de la Alhambra y al llegar a las murallas y torres, unos soldados la vieron. Le echaron el alto y le preguntaron:
- ¿Quién eres tú y a dónde vas tan sola por aquí?
Asustada la niña les dijo que buscaba al niño que iba a nacer en las montañas y, en ese momento, una princesa se acercó a ella y le pidió que la acompañara a los palacios. Al llegar la pequeña a la presencia del rey, éste también le preguntó:
- ¿Qué niño es ese que dices va a nacer en las montañas?
- Yo solo sé que su madre es una joven pastora que vive cerca de las nieves de Sierra Nevada.
Meditó el rey un momento y luego dijo al jefe de los soldados:
- Acompañad a esta niña a la casa de esos pastores y luego regreséis y me traéis noticias de quienes son esas personas y qué es lo que hacen allí.

Al instante, un grupo de soldados salieron de los recintos de la Alhambra, llevando a la niña montaba en un bonito caballo colorado. Y durante unas horas, cabalgaron por los caminos hacia las montañas, siguiendo las indicaciones que la niña les daba. La noche llegó, la luna salió por lo alto de las cumbres de Sierra Nevada y un poco más abajo, los soldados de pronto vieron un gran resplandor. Al remontar una pequeña colina, descubrieron junto al río, una pequeña casa, iluminada por el resplandor de varias lumbres. Dijeron:
- Ésta puede ser la casa de los pastores que estamos buscando.
Y al llegar, preguntaron y unos hombres les dijeron:
- La pastora joven de la casa del río, acaba de dar a luz. Un niño precioso que tiene acurrucado junto a la lumbre que hemos encendido dentro de la casa para que no tengan frío ni la madre ni el niño. También le hemos traído queso fresco, miel de estas montañas y algunas mantas de piel de oveja. Es el niño más bello que nunca hemos visto en esta tierra.
Y la niña Retaquete, al ver a sus hermanas y al borriquillo amarrado en la puerta de la pequeña casa, enseguida se bajó del caballo, buscó al niño y al verlo dijo:
- Ya estoy yo aquí para cuidarlo, cogerlo en mis brazos y besarlo.

Los soldados, observaron durante un rato, admirados del cariño y ternura con que arropaban los pastores, tanto al niño como a la madre y al joven padre. Luego despidieron a las personas que se calentaban en las lumbres cerca de la casa, cerca del río y al abrigo de algunas peñas. Cuando llegaron a la Alhambra, el jefe de los soldados, se presentó al rey y le informó de todo lo que habían visto. Y el rey, algo enfadado y también desorientado, preguntó:
- ¿Y por qué esos pastores no se han presentado en estos palacios tal como yo lo había ordenado?
- Quizá, majestad, porque al nacer el niño, ellos han sentido la necesidad de pararse allí para atender a los padres y alegrarse con el nacimiento de esa criatura. Es un niño muy bello. Y, como los pastores le tienen mucho miedo a usted, no respeto, creo que tendrán en cuanta su edicto y al amanecer, llegarán a estos palacios.

Se tranquilizó el rey con las palabras del jefe de los soldados y pidió a uno de los sabios que lo acompañara. Subieron a lo más alto de una de las torres más altas de la Alhambra y miraron para Sierra Nevada. A lo lejos y como en las laderas más abruptas de las montañas, vieron el resplandor de las luces. Observó el rey despacio durante mucho tiempo, mientras meditaba y luego preguntó al sabio que le acompañaba:
- ¿Qué me aconsejas tú que diga a esos pastores cuando mañana se presenten aquí?
Y el sabio, muy seguro de sí, reflexionó al rey:
- Ser sabio, llegar a la sabiduría, es el mejor tesoro que podamos conseguir en esta vida. Y sabemos, nos damos cuenta que hemos llegado a la sabiduría cuando descubrimos que el mundo, la sociedad en general, necesita de personas buenas. Sin las buenas personas y la inocencia de los niños, la humanidad no existiría. Porque del corazón de las buenas personas, nace el gozo, la paz, la serenidad y el placer y gusto por la vida. Estos son los grandes pilares que sostienen y mantienen viva a la raza humana en este planeta.

Al terminar el sabio de pronunciar este pequeño discurso, el rey le preguntó:
- Y con esto ¿qué me quieres decir?
- Majestad, que esos nobles pastores de las montañas, son buenos. Ahora mismo adoran a un niño recién nacido, que hasta sus soldados dicen que es muy bello y lo calientan con sus lumbres y el calor de sus corazones. El reino de su majestad y usted mismo, necesitan de este niño y de la bondad de los pastores que lo cuidan. La sabiduría, gozo y paz de estas humildes personas, es lo que da sentido pleno a sus vidas. Cuando esos pastores mañana se presenten ante usted, dígales que el mundo, la humanidad entera, necesita de hombres buenos como ellos. Y dígales también que el nacimiento de un niño y por estas fechas, es motivo de la alegría más grande y por eso hay que celebrarlo.

## **El avellano** //Pa

Navidad 2012

Los dos jóvenes eran muy amigos. Vivían en la parte alta del barrio del Albaicín y sus familias carecían casi de todo. No tenían estudios ellos, aunque sí sabían leer algo y trabajaban en cosas muy insignificantes: ayudando a los vecinos en la labranza y cultivos de los huertos, en la construcción de alguna casa o cueva, llevando o trayendo cargas de arena, piedras u hortalizas de los huertos con algún borriquillo prestado y también casi cada día iban a las montañas, al norte de Granada. En las montañas buscaban trozos de palos o ramas secas, bellotas en la época de estos frutos, majoletas, azufaifas, setas silvestres o moras de las zarzas.

Vendían la leña que traían desde las montañas, a las personas más pudientes, siempre muy barata y vendían también los frutos silvestres que encontraban, a los vecinos y conocidos. Se quedaban ellos, cada día, con algo de la leña que traían y con puñados de bellotas, algunas setas o majoletas y con esto iban viviendo y ayudaban a sus familias. Y como los dos jóvenes eran

nobles y siempre eran amables con los demás, en todo el barrio lo conocían mucho. Los llamaban “los amigos inseparables” y ellos de esto se sentían orgullosos. Porque habían ido descubriendo que si eran generosos y buenos con todos los que les rodeaban, recibían a cambio cariño y admiración. Por eso, los padres con frecuencia les decían:
- Vosotros proceder siempre en vuestra vida respetando y dando buen trato a todas las personas. Porque comportándose de este modo, tarde o temprano seréis recompensados. El cielo siempre premia a las personas buenas.

Quizá por esto, ellos apreciaban mucho a una mujer anciana que vivía sola en su misma calle, unas casas más abajo. Cada mañana, al pasar por la puerta de la casa de esta anciana, se paraban, la saludaban, charlaban un rato con ella y ésta, antes de que los jóvenes siguieran su camino dirección a las montañas, les decía:
- Os voy a dar algo para que comáis cuando tengáis hambre.
Y entraba a su casa, cortaba dos trozos de pan, le echaba a cada trozo unas gotas de aceite de oliva y luego cogía unos cuantos higos secos y le daba a cada joven su pequeña ración de alimento. Estos a cambio, cada día cuando volvían de las montañas, se paraban de nuevo en la casa de la anciana y le dejaban, algunas veces un haz de leña seca y otras veces, setas, bellotas o moras y le decían:
- Para que te calientes en la lumbre cuando tengas frío y para que también comas algo cuando tengas hambre.
Agradecía la anciana el buen comportamiento de los jóvenes y al día siguiente les volvía a premiar con otro trozo de pan con aceite y unos cuantos higos secos.

Y un día, cuando los fríos llegaron y cayeron las primeras nieves en Sierra Nevada, como la Navidad se aproximaba, a la mente de la anciana acudieron los recuerdos. De cuando era niña y jugaba por las calles con sus amigas y cuando le ayudaba a la madre a lavar la ropa en la corriente del río Darro. Al pasar los jóvenes una mañana fría por la puerta de su casa, se pararon como siempre a saludarla. Y cuando ésta les dio el trozo de pan con aceite, ellos le dijeron:
- Se acerca la Navidad y nosotros queremos tener contigo un detalle.
- ¿Qué más detalles vais a tener conmigo que la visita que me hacéis cada mañana?
- Podemos traerte algo especial de las montañas.
Y en ese momento, la anciana se acordó de las avellanas que de pequeña su padre le había traído muchas veces de las montañas. Se lo dijo a los jóvenes y enseguida estos le preguntaron:
- ¿Y tú sabes dónde crece el avellano del que cogía tu padre las avellanas que te traía?
- Solo sé que crece en las montañas, entre rocas, en las partes altas. Es lo que mi padre me dijo muchas veces.
- Pues no te preocupes que nosotros vamos a encontrar este avellano.
Le confirmaron los jóvenes.

Y aquella mañana, más ilusionados que nunca, salieron del barrio y por las veredas se introdujeron en las montañas. Al pasar por la puerta de la casa del pastor que vivía cerca del río, le preguntaron:

- ¿Sabes tú donde crece el avellano que da avellanas gordas y color oro viejo?
- Yo conozco un avellano que crece allá en todo lo alto, entre unas rocas. Hace mucho que no voy por allí pero me parece que este año sí que tiene una muy buena cosecha de avellanas gordas y sanas.
Le dijeron los jóvenes para qué querían las avellanas y entonces el pastor los animó para que subieran hasta lo más alto y cogieran del árbol todas las avellanas que quisieran.
- Se las comen las ardillas o los jabalíes, algunos años pero a lo mejor tenéis suerte y encontráis una buena cosecha.
Agradecieron los jóvenes la amabilidad del pastor y rápidos subieron por las veredas en busca del avellano. Llegaron a todo lo alto, saltaron por las rocas buscando el avellano y bajaron a una hondonada y luego subieron otra vez. Al superar unos escalones rocosos, cerca de unas grandes encinas y entre rocas muy gruesas, vieron el árbol que iban buscando.
- ¡Es fantástico y fíjate que buena cosecha tiene!
Dijo uno de los jóvenes.
- Sí que es hermoso este árbol y su cosecha se encuentra en el mejor momento. Hemos tenido suerte que las ardillas todavía no se las hayan comido.

Y sin perder más tiempo, se pusieron y en media hora, ya tenían llenas dos pequeñas barjas de esparto. Muy contentos descendieron de la montaña, regresaron por los caminos con sus pensamientos puestos en su amiga la anciana y por eso, en cuanto llegaron a la puerta de su casa, la llamaron. Salió ésta y al ver a los jóvenes, se alegró. Enseguida ellos le dijeron:
- Hemos encontrado el avellano que tú nos dijiste y de él, te traemos esta gran cosecha.
Abrieron sus barjas y en el delantal de la anciana, vaciaron todas las avellanas diciendo:
- Todas, todas para ti para que estas Navidades, no te falte este exquisito alimento y al mismo tiempo recuerdes aquellos viejos tiempos de cuando eras pequeña.
Y la anciana, muy asombrada por las buenas avellanas y tantas, dijo a los jóvenes:
- Os lo agradezco de corazón pero ahora tenéis que aceptar que yo os devuelva solo un puñado a cada uno de estas avellanas.
- Es que nosotros queremos que sean todas para ti.
- Y yo os lo agradezco y acepto pero a cambio, quiero premiaros regalándoos un puñado a cada uno. Es mi deseo.
- Pues aceptamos tu regalo.
Dijeron al final los jóvenes.

La anciana puso en lo bolsillo de cada joven, un buen puñado de las avellanas que le habían traído desde las montañas. Le dieron las gracias ellos, la despidieron deseándole feliz Navidad y se fueron a sus casas. Al llegar, contaron a los padres lo que habían hecho y al sacar las avellanas de los bolsillos, todos se quedaron asombrados. Los hermosos frutos redondos y color oro, se habían convertido exactamente en esto. En relucientes y bellísimas pepitas de oro que destellaban como diamantes y pesaban como el plomo.

Junto al fuego y a lo largo de varias horas, estuvieron sentados los

jóvenes comentando con sus padres el milagro. Al día siguiente, en cuanto el sol comenzó a derramar sus rallos sobre las torres y murallas de la Alhambra, los jóvenes rápidos fueron a la casa de la anciana para comentar con ella lo de las avellanas convertidas en oro. La llamaron varias veces y como ésta ni respondía ni abría la puerta como en otras ocasiones, se acercaron, abrieron la puerta, entraron y seguían llamándola y no encontraron por ningún rincón de su vivienda. Sí, junto a la pequeña lumbre de su chimenea, sobre una alfombra y formando un montó, vieron las avellanas que le habían dado el día anterior. Relucían como las que ellos tenían en sus casas y vieron un pequeño papel escrito, sobre el montón de las avellanas, ahora convertidas en oro. Cogieron el papel y en él vieron escrito el siguiente texto: “La bondad de vuestros corazones me han abierto las puertas del cielo y a vosotros, Dios os ha premiado. El cielo siempre premia a las personas buenas y de corazón puro como el vuestro”.

## **Original regalo de Navidad** //Ba

En el Puente del Aljibillo, el que al final del Paseo de los Tristes da paso a la Cuesta del Rey Chico, Fuente del Avellano y Albaicín, han ocurrido muchas historias. Algunas son tristes y hasta trágicas pero la mayoría de las historias que yo conozco, son hermosas y están llenas de amor, luz y gozo. Y la otra tarde fría y nublada, porque ya estamos a dos pasos de la Nochebuena, me vine a este lugar del puente del Aljibillo. Con la intención solo de sentarme aquí, dejar que pasara el tiempo mientras me distraía viendo a los turistas, recordando algunas de las cosas que en este puente tengo vividas y gozando de los colores del otoño y aguas del río a su paso por este lugar. Y meditaba mis cosas, recordando a unas cuantas personas muy queridas y que ahora ya no están en Granada, cuando vino a mi mente lo ocurrido en este puente hace ya muchos años. Justo un día de Navidad muy parecido al de ayer por la tarde. Con algo también de frío, nieblas y clores de otoño, junto a las aguas del río.

En tiempos de los reyes de la Alhambra, había una familia muy rica que tenía un gran palacio cerca de la plaza del Paseo de los Tristes. Tenía este palacio grandes salones, muy bonitos jardines y algunas fuentes con agua. Y la familia dueña del palacio, era un matrimonio no muy mayor que solo tenía un hijo. Una niña de unos doce años que, a su vez, era amiga de un vecino suyo algo más pequeño que ella. Se acercaban las fechas de la Navidad y un día, los padres dijeron a su hija:
- Queremos este año regalarle lo más bonito que tú nunca hayas soñado. ¿Qué regalo quieres tú para Navidad?
Y la niña les dijo a sus padres:
- Quiero comentarlo con mi amigo, los dos juntos lo pensamos y luego os lo digo.
- De acuerdo. Nosotros esperamos.

En aquel mismo instante, la pequeña buscó a su amigo, le contó lo del regalo que los padres querían hacerle, lo hablaron y unas horas después, subieron a la Alhambra, buscaron a sus tres amigas princesas y a los dos jóvenes príncipes y con ellos comentaron lo del regalo. Los jóvenes príncipes dijeron:

- Nosotros, por nuestra religión, no celebramos la Navidad como vosotros pero vuestra idea es tan hermosa que hablaremos con nuestros padres para que nos den permiso y vivimos todos juntos la idea que se os ha ocurrido.
- ¿A que sería lo más hermoso que nunca se haya vivido aquí en Granada?
- Sería algo maravilloso y fantástico nunca por aquí vivido.

Y muy satisfechos los dos niños, bajaron de la Alhambra, buscó la niña a sus padres y les dijo el regalo que quería para Navidad. Al saberlo, la madre le comentó:
- Por nuestra parte, habíamos pensado en otra clase de regalo pero como solo pretendemos que seas feliz, estoy de acuerdo con lo que me dices. Vamos a complacerte porque nosotros también seremos muy dichosos viéndote a ti disfrutando con tus amigos en estos días de la Navidad.
Y al día siguiente muy temprano, los padres comenzaron a preparar todo, en los salones del palacio. Los dos niños se fueron por el camino de la Fuente del Avellano, por las cuevas del Valparaíso y las que había en las laderas de San Miguel Alto. Saludaron a todas las personas pobres que en estas cuevas vivían y les dijeron:
- La gran comida, con motivo de la Navidad, será al caer la tarde, justo donde el Puente del Aljibillo, cerca del río Darro, a los pies de la Alhambra y frente al barrio del Albaicín.
- Y si nosotros vamos a esta gran comida ¿qué tenemos que llevar?
- Nada. Ni siquiera tenéis que vestiros con ropas limpias ni más o menos buenas.
- ¿Pero todo lo que nos dices será gratis?
- Por completo gratis y sin que nunca en vuestra vida tengáis que devolver nada a cambio.
- Nos parece un sueño y de tan bonito que es, nos cuesta creerlo pero iremos todos a vuestra original fiesta de Navidad.
- Allí, en ese día y hora, os esperamos. ¡Que no faltéis!
- Seguro que no.
Respondían animadas todas las personas de las cuevas que visitaban.

Los niños volvieron a sus casas, el gran palacio de la niña rica y compartieron con los padres todas sus ilusiones y vivencias. Los padres ricos, ya habían dando órdenes y en la cocina y salones del palacio, la actividad era grande. Los padres ordenaron también que de la finca que tenían en las montañas, trajeran todos los alimentos que hubiera: frutos secos como almendras, nueces, ciruelas, higos y uvas pasas. También cereales, harina, vino y una buena partida de los mejores corderos. Todos estos productos comenzaron a prepararlos en la cocina y salones del palacio. Y justo el día de Navidad de esta mansión, salieron muchas personas portando ricos platos de exquisitos alimentos. En unas amplias mesas que pusieron cerca del Puente del Aljibillo, fueron colocando estos alimentos y la niña con su amigo, se pusieron junto al puente.
- Aquí mismo vamos recibiendo a las personas que vengan por el camino del Avellano, a los que bajen desde las cuevas del Sacromonte y a las princesas y príncipes que vengan desde la Alhambra, por esta Cuesta del Rey Chico.

Y al poco, cuando ya el día de la Navidad llegaba a su centro, vieron a las personas venir desde las cuevas a un lado y otro del río. Se iban parando al

llegar al puente y los niños los saludaban diciendo:
- ¡Gracias por venir! Vamos a esperar a que lleguen los demás y también nuestros amigos las princesas y príncipes de la Alhambra.
- Esperamos todo lo que vosotros digáis.
Y al poco, por la Cuesta del Rey Chico, vieron bajar a muchos soldados con las armas en las manos y escoltando a las princesas. También vieron, en las torres de la Alhambra, otros soldados asomados y escoltando a los reyes.

Y la niña, al ver a tantos soldados, se preocupó. Vio como las primeras personas que habían llegado desde las cuevas, cogieron palos y piedras diciendo:
- Nos habéis engañado. Esto es una trampa. Estos soldados ahora nos atacarán y nos cogerán presos.
Los soldados comenzaron a proteger el puente y los caminos a un lado y otro y daban paso a las princesas y príncipes hacia las mesas repletas de comida. La niña del palacio, al ver a sus amigos de las cuevas asustados y preparados para luchar, se sintió aterrada. Se acercó a sus amigas las princesas y príncipes y les dijo:
- Esta fiesta nuestra es nuestro obsequio y para compartir con todos vosotros mi original regalo de Navidad.
Se agarró al cuello de las princesas y de los príncipes, comenzó a llenarles sus caras de besos al tiempo que les decía:
- ¡Por favor, que a nadie hagan daño estos soldados!
Y luego se fue a cada uno de los soldados, los besaba en la cara y también les decía:
- También estáis invitados a la comida y fiesta pero, por favor, soltar las armas y no consideréis enemigos de nadie a ninguna de las personas que hay aquí.
Se fue acercando ella a las personas que habían llegado desde las cuevas, las besaba delicadamente en sus mejillas al tiempo que también les decía:
- Dejad los palos y las piedras, acercaros a las mesas y mezclaros con los soldados, princesas y príncipes, los criados y mis padres y consideraros como mis mejores amigos.

Y unos y otros, al sentir en sus caras la dulzura y el calor de los besos que la pequeña les regalaba, se sintieron desalmados. En sus corazones brotaba un gozo limpio y profundo y una honda sensación de paz. Dijeron los amigos de los niños:
- Tus besos nos llena de confianza y nos anima a que compartamos todos juntos este original regalo de Navidad.
Y lo mismo dijeron los soldados y las princesas y príncipes. Se llenó de alegría la niña y su amigo y lo mismo los padres y personas que preparaban los ricos y abundantes alimentos. Junto al río, en el puente, por la plaza, por entre las hojas de los árboles en el suelo, unos y otros se fueron acomodando. Encendieron algunas lumbres y alrededor de sus llamas, también se sentaron muchas personas, con los platos de comida en sus manos y comentando entre sí:
- Nunca se vio aquí en Granada, nada parecido a esto. Todos juntos, ricos, pobres, soldados y princesas y príncipes y también niños, celebrando la Navidad, aquí junto a este claro río y a los pies de la Alhambra.
- Digo lo mismo. Esto tiene que ser obra del cielo porque nace de lo mejor que hay en el corazón de estos niños.

Y en las torres y murallas de la Alhambra, los reyes padres de las princesas y príncipes, al ver la gran armonía y hermosa fiesta junto al río de la Alhambra y por donde el Puente del Aljibillo, también comentaban:
- No son necesarias las guerras para que haya gozo y armonía entre las personas. Ni tampoco tiene sentido discutir o pelearse por este Dios o por aquel. Lo más sincero y auténtico es la armonía y amor que esos niños han conseguido con solo regalar un beso.

## La colección de fotos //Pa

I- Una gran parte de lo que hoy es el barrio del Albaicín, fue en otros tiempos bosques y tierras de cultivo. Donde solo crecían árboles silvestres como encinas, acebuches, majuelos, almeces, algún serval y un par de tejos. Sobre todo, en las tierras que desde el río Darro subían hacia las partes altas de la colina y quedaban por completo frente a la colina de la Alhambra.

Uno de los reyes instalado en los palacios de la Alhambra, era dueño de casi todas las tierras salvajes en las laderas y valle del Albaicín. Estos lugares y otros parecidos, eran parte de las riquezas de aquel rey. Y como no se ocupada de estos terrenos personalmente, un día les dijo a un amigo suyo muy rico:
- Si quieres, te vendo parte de las tierras de esas laderas y colina que hay frente a esta colina de las torres y murallas.
- Y yo le compro a usted, majestad, esas tierras. Desde hace tiempo, me gustan mucho y por eso pensaba y pensaba en ellas. ¿Me va a pedir mucho dinero?
- Casi voy a regalártelas porque al fin y al cabo, ya he descubierto que el dinero, joyas o piedras preciosas, no dan la dicha por completo. Al final, todos nos vamos de esta vida, más desnudos que cuando nacemos y por eso, por muchas riquezas que tenga, aquí se queda todo.
- Eso es cierto, majestad pero ¿cuánto me pide usted por esas tierras?

Y el rey le dijo al hombre que no le pedía dinero.
- ¿Entonces?
- Me conformo con que respetes los árboles y parte de la vegetación que en esas tierras crece. Algunos de esos árboles son tan hermosos y tienen tantos años, que solo merecen admiración y respeto.
- Eso a mí no me va a costar mucho trabajo porque pienso lo que usted. En esas tierras hay árboles con mucha dignidad y muy bellos. Voy a poner todo mi interés en conservarlos para que disfrute de ellos las personas que viven ahora y los que vengan después.

De este modo se cerró el trato entre el rey de la Alhambra y el hombre del Albaicín y durante mucho tiempo, nadie cortó un árbol en una buena parte de este terreno. Murió el rey y murió el hombre dueño de estos lugares y las personas que nacieron después, siguieron conservando casi virgen lo que en las tierras habían encontrado. Unos a otros se decían:
- Como los árboles que hay en estos lugares de la colina frente a la Alhambra, no existen otros en el mundo entero.

- ¡Y que lo digas! Fue una gran decisión conservar por aquí estas tierras vírgenes.
Y las personas, aunque muchos necesitaban tierras para sus huertos y para construir sus casas y trazar caminos, fueron respetando lo que en las tierras crecía desde tiempos muy lejanos. Hasta que un día, el que era el nuevo dueño de estas tierras, empezó a vender trozos de terreno. Decía:
- Para que os hagáis casas y sembréis jardines y huertos.

Algunos años después, ya había desaparecido por completo parte de la gran reserva de árboles y vegetación de la colina y cerros del Albaicín nuevo, que era como lo empezaron a llamar. Pero un hombre rico, compró una buena Proción de estas tierras, las valló y en ellas no sembró ni edificó nada. Dejó que la naturaleza siguiera su curso propio y dejó que los árboles y otra vegetación continuaran extendiéndose. Y siguió corriendo el tiempo y, aunque ya muchas casas, jardines y huertos llenaron la ladera y partes bajas, el trozo vallado se mantuvo intacto.

Muchos años pasaron y un día, de una familia muy pobre, nació un niño muy hermoso y sano. Creció fuerte y libre y cuando ya caminaba y se movía solo por los sitios, lo que más le gustaba era irse por la pequeña finca de encinas centenarias. Y a la sombra de estos árboles, se sentaba, miraba para la Alhambra y se decía: “Nunca, nunca me iré yo de aquí ni permitiré que nadie corte ni un árbol de estos”. Pero un día, este joven, sí tuvo que marcharse del sitio donde había nacido y tanto le gustaba. Se fueron también sus padres y otras personas y pasado el tiempo, bastantes de estas personas murieron. Allá en la distancia, continuamente recordaba los lugares donde había nacido y soñaba cada día con volver.

Hasta en un día volvió, cuando ya estaba muy viejo y las cosas en el mundo y todo el planeta tierra, habían cambiado mucho. Llegó al barrio del Albaicín y lo primero que hizo fue ponerse a recorrerlo para ver lo que aun quedaba de todo lo que había conocido de pequeño. Y el corazón se le llenaba de amargura a cada paso que daba y descubría en lo que se habían transformado las tierras que amó y recorrió en su niñez y juventud. No encontró las encinas centenarias, no vio ningún pájaro y ni siquiera reconocía los sitios. Las casas, los jardines, los huertos y caminos, se encontraban por todos sitios e iban y venían como elementos extraños y ocultando para siempre la imagen que en su corazón tenía del lugar y de los paisajes.

Llegó al lugar donde, en mitad de la ladera frente a la Alhambra, una familia todavía conservaba un trozo de tierra algo virgen. Habló con el dueño y le dijo:
- No voy a estar en este barrio mucho tiempo pero como de todo lo que por aquí estoy encontrando, lo que más me gusta son estas tierras y tu casa ¿me puedo quedar unos días a vivir en esta propiedad tuya?
- Junto a la fuente, entre los naranjos, tengo una vivienda humilde que puede servirte para vivir en ella todos los días que necesites.
- ¿Y cuánto vas a cobrarme por ello?
- No voy a cobrarte nada. Sé que eres vecino de este barrio y sé que has vuelto para recorrer los lugares que pisaste de pequeño. Quiero que disfrutes pisando

de nuevo estos sitios y quiero que veas lo que dentro de unos días voy a comenzar a desarrollar en este trozo de tierra.
Al oír esto, el hombre estuvo a punto de preguntar al dueño del terreno por lo que tenía planeado hacer pero no lo hizo. Agradeció la generosidad con que le trataba y enseguida se instaló en la pequeña estancia entre los naranjos, junto a una fuente de agua clara y frente a la Alhambra. Y aquella misma noche, mientras se dejaba acariciar por el rumor del agua de la fuente y miraba a las altas torres de la Alhambra, se decía: "Prepararé todo lo necesario y mañana mismo me pongo y hago fotos de todos estos rincones y los lugares que pisé cuando pequeño".

II- A la mañana siguiente subió por los caminillos que discurren por la orilla del río Darro. Sin prisa ninguna y mirando muy concentrado a todo lo que iba encontrando. Árboles, plantas, huertecillos, veredas de animales, zarzas y vegetación junto al río, laderas que, desde lo alto del Cerro del Sol, caen para el valle del río. Y también al blanco edificio del Generalife, la Silla del Moro, las tierras por donde se extienden las huertas de la Alhambra y las murallas, torres y palacios en lo alto de la colina, por encima de la ciudad de Granada y frente al Albaicín.

Su corazón palpitaba al irse encontrando con todos estos paisajes y al descubrir la nueva imagen que veía por un lado y otro. Tanto se fue emocionando que a ratos, estuvo a punto de llorar por la tristeza que le transmitían muchas de las cosas que encontraba. También sintió añoranza, pena, desánimo y honda melancolía. Y como nadie le acompañaba, todas sus emociones se le ahogaban en el corazón y alma como si quisieran llevárselo no se sabía a qué región del universo.

Sacó su cámara de fotos y comenzó a fotografiar al frente, a la derecha y a la izquierda. Se decía: "Por más que lo intente, no voy a encontrar por aquí las imágenes que en mi mente tengo de aquellos años de mi niñez. Lo han transformado todo tanto que es imposible reconocer lo que fue en aquellos días. Pero ahora, con estas fotos que hago, sí voy a conservar para mí y para otros, las imágenes de estos lugares. Escribiré luego una historia donde contaré todo lo que por aquí hubo, he perdido y ahora siento. Y en esta historia, pondré las mejores fotos que hago para que aquellas personas que nacen ahora y un día vengan por aquí, tengan la oportunidad de ver como todo por estos lugares fue".

A lo largo de todo el día, fue de un lado para otro, mirando, soñando, haciendo fotos y meditando. Al caer la noche, regresó a su rincón entre los naranjos y al día siguiente hizo más fotos, las reveló y sacó copias. Las fue juntando en un álbum y escribiendo notas en cada margen. Salió de nuevo al día siguiente y al otro y al otro y recorrió los sitios que añoraba y continuó sacando fotos. Tres semanas más tarde preguntó al dueño del rincón de los naranjos:
- ¿Por cuánto tiempo más me deja usted vivir en este lugar?
- Todo el tiempo que necesites o quieras.
- ¿Incluso aunque fuera un año y todo lo que de mi vida queda?
- Incluso todo este tiempo yo le dejo a usted que viva en este rincón pequeño.
- ¿De verdad no le molesto?
- De ninguna manera.

Y el hombre se alegró y agradeció la generosidad del dueño del terreno de los naranjos.

Por eso aquella misma noche, renovó su ilusión y preparó con entusiasmo las cosas para seguir haciendo fotos y tomando notas de lo que sentía a iba descubriendo. Y como era otoño ya bastante avanzado, se ilusionó aun más con los paisajes que junto al río Darro y por la ladera de la Alhambra iba encontrando. Se decía: “El otoño es como el preludio de lo que se acaba y desaparece para siempre. Algo así como lo que yo estoy viviendo en esta etapa de mi vida y en el encuentro con los lugares que recorrí de pequeño. El otoño es hermoso y despierta en el alma sentimientos del final de un viaje y la llegada al lugar del que nunca regresaremos”.

Y al día siguiente, estaba él sentado en las laderas que desde el Generalife caen hacia el río Darro, cuando vio que el trozo de tierra de los naranjos y donde tenía la vivienda que le habían prestado, se concentraban muchas personas. Miró con interés y esperó un poco. Al rato sitió golpes y voces y esto le inquietó. Hizo unas cuantas fotos de árboles con hojas amarillentas y teñidas de otoño y luego subió rápido por los caminos, llegó al lugar de los naranjos y al ver al dueño del trozo de tierra, le preguntó:
- ¿Qué es lo que pasa por aquí hoy?
- Han dando orden para que comiencen las obras que tanto tiempo vengo esperando.
- ¿Qué obras son esas?
- Ya te dije que todo por aquí iba a cambiar de la noche a la mañana.
- Pero de los cuatro árboles que aún quedan de aquellos tiempos en estas laderas del Albaicín y frente a la Alhambra ¿qué va a ser de ellos?
- Vienen tiempos modernos y hay que dar paso al futuro.

Se refugió el hombre en su rincón pequeño y prestado y aquella misma noche, revisó la colección de fotos. Las ordenó muy cuidadosamente, con el deseo de contar una historia con la mayor belleza y claridad. Pero se encontró que cuando llegaba al final de la historia que necesitaba contar, le faltaba una foto. “Es la más importante, la más bella y la que resume todo lo que por aquí he visto estos días, siento y ahora deseo contar”.

Toda la noche estuvo intentando encontrar la foto final de su colección y no daba con ella. Tampoco pudo hacerla al día siguiente ni al otro ni al otro. Sí se enfadó con el dueño del trozo de tierra aun virgen en las laderas del Albaicín y frente a la Alhambra. Y por eso, al ver el destrozo que estaba llevando a cabo y comprobando que nada podía hacer por detener la transformación, al día siguiente se marchó diciendo al dueño de los naranjos:
- El único rincón que en este barrio del Albaicín aun conectaba con el pasado más bello, tú lo estás rompiendo. Ya entiendo por qué en mi colección de fotos no encuentro la que exactamente sirve para poner punto y final.

Unas horas después, el hombre se marchaba del barrio y de Granada. Nunca se supo nada más de él ni de su colección de fotos. Sí unos días más tarde, el único rincón virgen que en el barrio del Albaicín continuaba mostrando los paisajes del pasado más lejano, desapareció para siempre. Hoy, en este

lugar y barrio, desde la Alhambra se ven muchas casas blancas, jardines, calles estrechas y flores y muchas ventanas. Pero ahora nadie sabe ya ni es capaz de imaginar cómo serían los paisajes de aquellos primeros tiempos. Todo por aquí y en ara del progreso, se ha transformado tanto, que se borran los caminos y hasta es imposible imaginar cómo será el final. La última foto de la colección.

## Las bordadoras del Albaicín //Ba

Las personas no podemos vivir sin el cariño y aprecio de los demás. Por eso, a lo largo de toda nuestra vida, continuamente nos comportamos como verdaderos niños pequeños. Deseando y hasta implorando en todo momento ser reconocidos y apreciados por los que nos rodean. Y sobre todo, lo que más continuamente esperamos de los otros, es cariño sincero. Como si en el fondo, no tuviéramos vida ni fuéramos nada si nos falta el aprecio de las personas.

Y esto fue lo que les sucedió a ellos, sin que lo supieran, en aquella ocasión. Tres mujeres algo jóvenes, tenían una pequeña estancia en el barrio del Albaicín. En lo más alto de esta colina y por eso, desde las ventanas de esta estancia, se vía muy bien la gran colina de la Alhambra y las torres y murallas de este monumento. Se dedicaban ellas a bordar vestidos y cortinas y también a coser prendas. Porque la estancia de las ventanas a la Alhambra, era eso, un pequeño taller de bordados y confección donde estas tres mujeres trabajaban muchas horas a lo largo del día. Pero no les importaba a ellas porque esta pequeña fábrica de artesanía, era de su propiedad y todos los trabajos que realizaban, eran encargos que unos y otros les hacían. Incluso y en más de una ocasión, algunas de las personas que vivían en la Alhambra, le encargaban vestidos o bordados para ocasiones muy concretas.

Cerca del pequeño taller de artesanía, vivía un hombre no muy mayor, que le gustaba mucho hacer figuritas de madera. Con su pequeña navaja, tallaba constantemente trozos de madera y daba forma a obras muy hermosas. Tan bonitas o más que los bordados que hacían las tres mujeres en su pequeño taller de las ventanas a la Alhambra. Y como las artesanas de los bordados y el virtuoso de la madera eran muy amigos, entre sí se mostraban continuamente las obras de arte que hacían. Como si tanto ellas como él, necesitaran de las palabras y aprobación de las cosas que elaboraban unos y otros. Ellas siempre le decían a su amigo:
- La talla de madera que el otro día nos enseñaste, nos gustó mucho. Eres un gran artista y por eso se ve claramente que tienes mucha sensibilidad para lo bello.
Él les daba las gracias y a su vez les correspondía diciendo:
- Pues los bordados que le hicisteis a la joven que se casa dentro de unos días, son realmente primorosos.
Y al oír esto, las bordadoras se llenaban de gozo. Como si el corazón se les esponjara y el espíritu se les llenara de la paz más sincera y limpia. Por eso un día, la más inteligente de las tres artesanas, dijo al hombre:
- A ver si en alguna ocasión nos ponemos de acuerdo y tú y nosotras, hacemos algo en común.

Y el hombre le preguntó:
- ¿Qué podemos hacer?
- Hay que pensarlo pero algo podríamos realizar.
- Pues vamos a pensarlo a ver qué se nos ocurre porque la idea es muy interesante y me gusta mucho.

Y a partir de aquel momento, tanto las tres mujeres como el hombre, se pusieron a imaginar. Y una tarde de otoño, paseaba él por las partes altas del Albaicín, por donde hoy se alza la ermita de San Miguel Alto, y vio algo que le interesó mucho. Junto a un trozo de muralla, descubrió tres olivos y notó que uno de ellos estaba seco. Se acercó y a un hombre que había allí, le preguntó:
- ¿Tienen dueño estos olivos?
- Hasta no hace mucho, estos olivos tenían dueño pero ahora ya no.
- ¿Y eso?
- Eran propiedad de un hombre mayor que los ha cuidado a lo largo de toda su vida pero hace un par de meses, se los quitaron.
- ¿Quién y por qué?
- Un hombre rico de la colina de la Alhambra, quiere construirse aquí su palacio y como les estorban estos olivos, sin más le ha prohibido que siga cuidándolos.
- ¿Y por eso este olivo de aquí ya se ha secado?
- Por eso. Al pobre hombre mayor, le ha entrado miedo y ya hace bastante tiempo que no viene por aquí a cuidar de sus olivos.

Y el hombre artista, en aquel momento no dijo nada más. Al día siguiente buscó al hombre rico de la colina de la Alhambra y le pidió permiso para cortar y llevarse el olivo seco. Y el hombre rico le dijo:
- Puedes llevarte no solo el olivo seco sino todos los que hay. Así me quitas de en medio estos estorbos y la tentación de que el dueño discuta otra vez conmigo.
El hombre artista agradeció el regalo del hombre rico y, aquel mismo día, buscó al que había sido dueño de los árboles. Lo saludó y le dijo:
- Uno de tus tres olivos, el que ya se ha secado, me lo ha regalado el hombre rico de la Alhambra.
- ¿Y qué vas a hacer con él?
- Con tu permiso, porque ese olivo te pertenece, lo voy a cortar y a traérmelo a mi casa. Se me ha ocurrido una idea que va a gustarte tanto a ti como a las mujeres del taller de bordados. Quizá consiga que tu olivo siga siendo importante no solo para ti sino para muchas personas de este barrio.
- Pues haz lo que quieras porque yo ya no tengo ninguna propiedad sobre ese árbol.

El hombre artesano, ayudado por el que había sido dueño de los olivos desde siempre, al día siguiente cortaron el que estaba seco. Llevaron el tronco a la casa del artesano y enseguida fue al taller de las bordadoras y les dijo:
- Ya he encontrado la manera de hacer una obra de arte entre todos.
- ¿Qué es lo que se te ha ocurrido?
Y pacientemente y con detalle, el hombre explicó a las mujeres lo que se la había ocurrido. Al terminar su relato las tres mujeres dijeron:
- Nos parece una idea muy brillante. Ahora mismo nos ponemos nosotras y comenzamos con el trabajo que por nuestra parte corresponde.

Aquel mismo día, tanto las mujeres en su pequeño taller como el hombre en su casa, comenzaron a trabajar en la gran obra que habían ideado. Y en un solo día, avanzaron mucho. A los tres días, tenían las cosas mucho más avanzadas y al quinto día, las tres mujeres y el hombre artista, hablaron con los vecinos y les dijeron:
- Necesitamos un patio grande, rodeado de macetas y que tenga hermosas vistas a la Alhambra. ¿Quién nos lo presta y quiere colaborar con nosotros?
- ¿Y para qué necesitáis el patio que decís, con macetas y vistas a la Alhambra?
Las mujeres explicaron a los vecinos su proyecto y enseguida todos dijeron:
- El mejor patio que hay por aquí, es el de la fuente y el ciprés.
- Ese patio es mío y desde este momento, tenéis las puertas abiertas para llevar a cabo ahí vuestro proyecto.

Al día siguiente, en el fondo del patio, rodeada de macetas y junto a la fuente y el ciprés, el hombre puso la hermosa cruz de madera que había tallado con el tronco del olivo seco. En los brazos de esta cruz, las mujeres bordadoras colgaron su hermoso paño de seda azul, roja y blanca y bordada con los dibujos más originales y primorosos. Y al ver la hermosa cruz de madera de olivo y los delicados bordados en el lienzo de seda, unos y otros dijeron:
- Nunca se ha visto en este barrio del Albaicín una obra tan bonita como ésta vuestra. Sois unos auténticos creadores de belleza.
Y tanto las mujeres bordadoras como el hombre artista, se sintieron satisfechos y llenos de un gozo profundo y sincero. Los dueños del patio, al notar lo agradecidos que estaban los vecinos, decían:
- Lo mejor que podía ocurrirnos en esta vida, es comprobar que a todos los aquí presentes os gusta nuestro patio.
Y el hombre que tiempos atrás había sido dueño de los olivos, aclaró:
- Y yo me siento el más feliz de todos, viendo que uno de mis amados olivos ahora es esta obra de arte.

Y tanto las tres bordadoras como el hombre artista de la madera y pequeñas cosas, el antiguo dueño de los olivos y los propietarios del patio de la fuente, comprobaron en ese momento que lo más importante en esta vida es tener y sentir el aprecio y cariño de los demás. Incluso más importante que la vida misma.

## **El padre agrio** //Aj

Era otoño, ya casi tocando el invierno. Desde las huertas del Generalife, jardines y torres de la Alhambra, el cielo que cubría al barrio del Albaicín, se veía todo nublado. Color oro sangre justo al ponerse el sol y oscuro frío, unas horas después. Y aquella mañana de otoño, con este tono gris apagado, fue como amaneció y se veía el cielo por encima de la colina de la Alhambra.

En las tierras de las pequeñas huertas cerca de la Alhambra y por el lado que da a Sierra Nevada, al ir a su trabajo, dos hombres comentaban:
- Las lluvias están haciendo falta.
- ¡Y tanto que hacen falta! Este año el verano ha sido el más seco y caluroso y

por eso todos esperábamos que al llegar el otoño, las lluvias cayeran y refrescaran los campos.
- Pero el otoño, ya lo estás viendo: no solo ha llegado sino que casi se marcha y ni trae temperaturas frescas ni lluvias aunque sí muchas nubes negras.
- Y las lluvias son necesarias no solo para las plantas sino también para poder seguir regando estas huertas y que brote la hierba y que, por los campos, tengan alimentos los animales.

Los dos hombres, llegaron a la altura del terreno propiedad de “el padre agrio”, que era como lo llamaban los conocidos y al mirar, lo vieron. Solo, labrando un trozo de tierra cerca de unos granados, encorvado sobre la azada y, de vez en cuando, se levantaba, miraba para la Alhambra y para el barrio del Albaicín y luego seguía cavando. Los dos hombres, al ver al padre agrio, dijeron:
- Míralo donde está. Como siempre, solo, triste y seguro que con un humor de perros. ¿Nos acercamos y lo saludamos?
- El hombre debe estar amargado y nunca nos ha dicho por qué. Dicen que el otro día, le volvió a pegar a la mujer y que cuando el hijo se puso delante para defenderla, también llevó leña. Y la hija menor lloraba como una magdalena diciendo: “¡Qué desgracia de esta familia mía y de mi pobre hermano!”
- Y los vecinos ¿qué hicieron?
- Lo que hacemos tú y yo, dejadlos quietos.

Los dos hombres desviaron un poco su camino, se acercaron al padre agrio, lo saludaron y después de comentar un par de cosas intranscendentes, le preguntaron:
- Y tu hijo ¿por qué no te ayuda a cavar estas tierras?
- Mi hijo es un vago redomado que lo único que quiere es marcharse de casa.
- Y tu mujer ¿qué dice?
- Mi mujer no es buena. Siempre está protegiendo a mi hija y poniéndose continuamente de parte de mi hijo.
- Qué mala suerte la tuya que tengas una familia tan desordenada. Pero ¿nos permites una pregunta?
- No estoy yo hoy para preguntas pero, para que luego no vayáis por ahí diciendo que soy un borde, preguntarme rápido que tengo que seguir con mi trabajo.
Y el hombre mayor le preguntó:
- ¿A qué se debe que tu hijo se lleve tan mal contigo?
Al oír esta pregunta, el padre agrio agachó la cabeza, se puso a cavar en la tierra y pasados unos minutos dijo:
- Se debe a que es un desgraciado y solo se preocupa de soñar y vivir la vida sin trabajar. Y ahora, dejadme solo que a mí sí me come el trabajo.
Despidieron los hombres al padre agrio, siguieron su camino hacia las huertas de arriba y, mientras se alejaban, el más joven dijo al mayor:
- Yo creo que ese muchacho no es tan malo. Lo que pasa es que el padre no es inteligente y por eso ni lo entiende ni sabe educarlo.

Y el hijo, ya un hombre hecho y derecho, sí era cierto que estaba en rebeldía con el padre. No era feliz donde vivía ni de la manera que lo hacía. No le gustaba labrar la tierra ni se resignaba a vivir toda su vida del modo que veía en sus padres. Pero como estas cosas no podía hablarlas con el padre, protestaba mostrando su rebeldía. La madre lo apoyaba y por eso el padre, siempre estaba

discutiendo con la mujer y castigando duramente a los hijos. Y un día de otoño, después de unas copiosas lluvias, una de las princesas de la Alhambra, salió a pasear por los jardines y por las huertas cercanas. Se encontró con el hijo del padre agrio y como lo vio sentado en el tronco de un olivo, triste y solitario, se acercó y le preguntó:
- ¿Te pasa algo?
Miró el joven a la princesa y como tenía el corazón lleno de pena, sin más se desahogó contándole la gran desgracia que en su familia estaba viviendo.

Lo escuchó con mucho interés, la joven princesa y al final le dijo al joven:
- Si tú me haces caso, puede que tu vida, tu hermana y tu madre, encuentren la dicha que ahora os falta.
- ¿Tú puedes ayudarnos?
- Voy a intentarlo pero tú debes colaborar.
- Haré lo que me pidas y de la manera que quiera.

Pocos días después, el joven trabajaba en el taller de artesanía de los palacios de la Alhambra. Unos meses más tarde, junto a este taller y en una bonita casa, la madre y la hermana se instalaron. Le pidieron al padre que también se fuera a vivir con ellos pero él les dijo:
- Vosotros haced lo que queráis pero a mí me dejáis tranquilo. Yo he nacido junto a la huerta que en este lugar tengo y aquí quiero morir.
Y lo dejaron tranquilo. La hermana del joven, se hizo amiga de la princesa y ésta la trataba como a una hermana mayor. Y la madre el joven, se hizo amiga de la reina y su vida cambió por completo.

Se casó el joven unos años después y se casó la hermana. La madre envejeció y el padre enfermó, ya muy mayor, seguía con su mal humor, refugiado en la casita de la huerta. De vez en cuando, los hijos y la esposa, iban a verlo, lo cuidaban, le dejaban alimentos hasta que un día murió. La madre y los hijos lo lloraron sinceramente y luego, para cumplir el deseo del hombre agrio, lo enterraron junto a un granado del huerto. Y para animar a los hijos y que no guardaron ningún rencor a su padre, les dijo:
- Vuestro padre no era malo.
Y el hijo le preguntó:
- Pero mamá ¿entonces por qué te pegaba tanto y a nosotros también?
- Vuestro padre, de pequeño, no fue educado en el amor y respeto. No aprendió ni a leer ni a escribir y sí estuvo siempre despreciado. Lo que vivió de pequeño, lo practicó con nosotros pero él, no era malo. Por eso es necesario que lo perdonemos y que recemos por él al cielo.

## **La casa y la anciana** //Ba

Regresaba y, al llegar a Granada, se fue andando hacia el barrio. Quería recorrer las calles para, según se fuera acercando, ir saboreando la emoción del encuentro. Y, cuando llegó al centro de la ciudad, por el lado de Sierra Nevada, subió a la colina de la Alhambra. Porque también quería, antes de pisar las calles del Albaicín, descubrirlo y saborearlo desde la distancia. Tal

como mil veces o más, había visto en su sueño.

Rodeó la muralla en la colina de la Alhambra y fue poco a poco buscando el mejor punto o mirador desde donde descubrir y observar las blancas casas del barrio. Era media mañana, el sol lucía algo velado y por eso la luz también todo lo tamizaba. Con el tono, la serenidad y el silencio de un día propio de otoño. Que por eso regresaba después de muchos, muchos años lejos de la madre y vecina del barrio. Ella tenía ahora más de ochenta años y, aunque se agarraba a la vida y pocas veces permitían que los vecinos le ayudaran, las fuerzas le iban dejando. Y él, el único de los tres hermanos que aun vivía, volvía, además de para verla y abrazarla, para llevársela lejos de Granada y que no estuviera tan sola en sus últimos años de vida. Con frecuencia se decía: “No puedo permitir que mi madre, ya tan mayor, viva sola y no tenga ni siquiera el consuelo de una caricia mía”.

Bastantes veces, esto era lo que le había dicho a la anciana y ella, escuchaba atenta y callaba. Pero ahora, como el otoño se iba haciendo presente, y sabía que no tardaría en llegar el invierno, había pensado que era el momento de venir a por ella y llevársela a su casa. Antes de que otra vez los fríos llegaran y las nieves y los hielos se hicieran presentes en Granada. Por el lado, en la colina de la Alhambra, encontró el sitio que había imaginado. Justo en el pequeño barranco por donde el riachuelo brota en los costados de un lienzo de muralla de la Alhambra y se deja caer pendiente abajo en busca del cauce del río Darro. Por todos es conocido este lugar y desde tiempos muy lejanos, con el nombre de la Cuesta del Rey Chico. También él conocía estos sitios porque cuando pequeño, por aquí jugaba o iba a las montañas. Y sabía muy bien que estos rincones de Granada, ofrecían unas vistas espléndidas hacia el barrio del Albaicín y gran parte de la ciudad.

Por eso caminó emocionado, dejándose empapar por las sensaciones de todo cuanto pisaba y veía. Y, comenzaba a recorrer el camino que va siguiendo el riachuelo de la Cuesta del Rey Chico, cuando lo que antes sus ojos se presentó, le dejó paralizado. Al otro lado del río y en la colina frente a la de la Alhambra, aparecían las casas del barrio que iba buscando. Pero no de la manera que él las recordaba y esperaba encontrar. Por la gran ladera, desde lo alto de la colina hasta el río, se veían pequeños grupos de casitas blancas. Separadas entre sí por trozos de tierra sembrados de huertos, por caminos que subían o bajaban de un lado a otro y por más trozos de tierra donde crecían árboles y abundante vegetación silvestre.

Detuvo sus pasos, miró muy interesado en el extraño y a la vez bonito espectáculo, intentando comprender lo que observaba y luego se puso a buscar su casa. Donde había nacido y durante algunos años, había vivido hasta que se marchó a la ciudad de donde ahora regresaba. Dentro de la casa, la madre había enfermado y ahora lo esperaba. Y desde la distancia, le pareció encontrar la casa que buscaba. En mitad de la ladera y a media altura entre la parte más alta de la colina y el cauce del río. Y al descubrir el edificio, a su mente acudieron los recuerdos e imaginó a la anciana esperándole sentada en algún rincón de la vivienda. Un pensamiento extraño recorrió su espíritu y sintió algo de tristeza al mismo tiempo que pena.

Siguió caminando, recorrió toda la cuesta, cada vez más inclinada hacia el río, llegó al cauce, por el pequeño puente de piedra lo cruzó, buscó uno de los caminos que por la ladera subían y remontó decidido derecho a la casa que buscaba. Llegó a la puerta y al encontrarla cerrada, llamó. Unos segundos después, sintió correrse el cerrojo y la puerta se abrió. Frente a él, la anciana apareció, con la cara muy arrugada, sus pelos lacios y sus ojos hundidos y apagados. Sin pronunciar palabras, fuerte la abrazó y durante unos segundos, la sujetó entre sus brazos, mientras la besaba y no paraba. Muy débilmente ella dijo:
- ¡Hijo mío! ¡Tanto tiempo te llevo esperando!
- Pues ahora sí es verdad que estoy a tu lado. Entremos a la casa y te ayudo a preparar las cosas que mañana mismo nos vamos.

Caminó la anciana, algo vacilante y cogiendo de la mano al hijo, se lo llevó al jardincillo que crecía cerca de la puerta de atrás de la casa. Frente a un trozo de tierra algo tapizada de hierba y pasto, se paró y mirando para la Alhambra, dijo al que había llegado:
- Tú quieres que me vaya contigo a la ciudad donde vives ahora pero yo, en esta casa y este barrio he nacido y, a lo largo de toda mi vida, aquí he soñado y he sufrido.
- Pero ahora ya eres mayor y estás sola en esta casa. En la ciudad donde vivo yo, serás mucho más feliz porque todo por allí es de otra forma. Tú no te preocupes ni te apene tener que irte de esta casa.
Y la anciana, mostrándole un pequeño trozo de tierra tapizado con hierba y pasto, dijo al hijo:
- Aquí mismo, cuando tú eras pequeño, jugabas cada día frente a la Alhambra. Y aunque yo escasamente tenía para darte de comer, me sentía la más feliz de las personas cada vez que en este trozo de tierra te veía bañado por las rayos del sol y acariciado por el vientecillo que subía desde el río. La figura de la Alhambra y las blancas casas de este barrio, me parecían los más hermosos palacios construidos en esta tierra. Creciste y cuando un día te marchaste a donde ahora vives, yo cada mañana y cada tarde, me he sentado en este rodal de tierra, siempre soñando contigo.

Y al pronunciar estas palabras, el hijo se dio cuenta que la anciana lloraba. Le preguntó y ella dijo:
- No quiero irme de este rincón aunque tú me digas que en aquella ciudad todo será muy bello. Y si te empeñas en llevarme contigo, solo voy a pedirte el último favor.
- ¿Qué es lo que quieres pedirme?
- Que me dejes dormir esta noche, recostada a tus pies y en este rodal de tierra, a la luz de la luna, acariciados los dos por el vientecillo que sube desde el río Darro y frente a la Alhambra.
- ¿Y eso para qué?
- Tú hazme caso y concédeme este último deseo.

Cayó la noche, en el rodal de tierra el hijo se sentó frente a la Alhambra y esperó que la anciana saliera de la casa y se acercara. Cuando comenzaba a salir la luna, ella se sentó a los pies del hijo y durante un buen rato, habló

despacio repasando los recuerdos que a lo largo de tantos años en el rincón había vivido. Luego dejó de hablar y el hijo, pensando que se había quedado dormida, acarició su cara y dejó que descansara. Y avanzó la noche sin que ella dijera nada más ni hiciera ningún movimiento. Se ocultó la luna y poco antes de la salida del sol, el hijo quiso despertarla para comenzar a preparar las cosas para el viaje. Y fue ahora cuando se dio cuenta que sus manos estaban frías, por su boca no circulaba el aire y su corazón no latía.

## **El cuervo** //Pa

En Granada, muchas personas conocen el rincón con el nombre de "Jesús del Valle". Porque la congregación religiosa, Compañía de Jesús, los Jesuitas, compraron tierras ahí. Y, junto al río, construyeron un gran edificio. No un convento, como algunos personas dicen sino una gran casa de labor que al mismo tiempo servía para recreo y centro de estudios de los miembros de esta congregación. En aquellos tiempos, a estas grandes construcciones en medio del campo, la llamaban alquerías y era lo que ya he dicho: casa de labor, donde vivían personas que criaban animales, cultivaban tierras y sacaban cosechas de harina, vino y carne.

El segundo nombre de este lugar "valle", viene precisamente de eso: del bonito valle que junto al río Darro se forma. El único gran valle que este caudaloso y corto río, tiene. Es también conocido este cauce con el nombre del "río de la Alhambra" por ser el que alimenta de agua a la Acequia Real. Y porque a su paso por Granada, este pequeño y bonito río, corre cristalino justo a los pies de la Alhambra, por el lugar conocido como Paseo de los Tristes y Carrera del Darro.

La alquería o casa de labor que los Jesuitas construyeron después de que los reyes de la Alhambra se marcharan de estos territorios, fue muy floreciente durante mucho tiempo. Tanto que de esta finca se sacaba el aceite, la harina y la carne suficiente para alimentar a la comunidad que trabajaba y vivía en el colegio que los Jesuitas tenían donde hoy se alza la facultad de derecho, en el mismo centro de Granada. Pero pasado el tiempo, la gran casa de labor de los Jesuitas en el corazón de Jesús del Valle, fue expropiada, cambió de dueño y, corriendo el tiempo, fue quedando poco a poco abandonada. Tanto que hoy en día, todo por ahí se encuentra en ruinas, aunque todavía hay olivos, viñas y muchos bosques repletos de encinas. Ahora todas estas tierras pertenecen al Patronato de la Alhambra, como parque periurbano y están declaradas Bien de Interés Cultural.

Pero antes, mucho antes de que los Jesuitas fueran dueños y levantaran la alquería que ya he dicho, el lugar era solo un gran valle. No desierto del todo pero sí muy salvaje porque aun tenía mucha más agua y vegetación que tiempos después y ahora mismo. Vivían en este valle algunas familias en sus pequeñas casas de piedra y madera y también cultivaban las tierras, criaban animales y recogían cosechas. En la parte media del valle y por encima de donde luego fue construido el edificio de los Jesuitas, una de estas

familias tenía algunas cabras que el padre guardaba, un huertecillo cerca de las aguas del río y mucho bosque por donde andar para buscar frutos silvestres y recoger leña para la lumbre y un pequeño horno donde cocían el pan. Solo una niña había nacido de su matrimonio y creció ésta en armonía y libertad por los paisajes y remansos del río.

Por eso, desde sus primeros días de vida, veía y jugaba con los animales. Algunos corderos, los pajarillos del río, el perro pequeño que siempre acompañaba al padre cuando iba con el rebaño por el monte y también un gato. Otras veces, se iba con el padre, tras los animales por el bosque para darle compañía y para aprender cosas. Con frecuencia le decía:
- En río que baja encajado entre rocas y tienes charcos grandes como lagos, es lo que más me gusta en estos lugares. Un día tienes que llevarme a esos sitios porque quiero bañarme ahí y coger las trechas que tanto me has anunciado.
- Un día, cuando haga buen tiempo y seas algo mayor, primero te llevaré a lo más alto de la colina que hay a la derecha de este río. Desde ahí se ven las tierras de la Alhambra y las cumbres de Sierra Nevada. Y también en esos grandes charcos, muchas veces se reflejan imágenes que parecen sueños.
- Me muero en deseos de que un día me lleves a estos sitios.

Y un año, después de un verano muy caluroso y pocas lluvias, en los principios del otoño, cayó una gran tormenta. Creció el río Darro y crecieron los arroyuelos que descolgaban por las laderas de las colinas a los lados y al día siguiente, amaneció sin una nube en el cielo. Preguntó la pequeña a su padre:
- ¿Es hoy un buen día para que me vaya contigo y me lleves a esa gran colina?
- Hoy no puede ser pero te prometo que te llevaré.
Y la pequeña, ayudó al padre a soltar las cabras del corral y luego, cerca de la vivienda y en una pequeña llanura, se quedó sola. Al poco, se puso a jugar con algunas piedras blancas y relucientes que por allí encontró. Avanzó la mañana y mientras ella se entretenía en su juego, vio varias veces a un cuervo muy negro. Alzó éste vuelo de un acebuche que había a la derecha del río y en dos o tres ocasiones, se paró a poca distancia de donde la niña jugaba. Lo vio ésta y en una de las ocasiones, le habló y le dijo:
- Me gustaría ser tu amiga pero no sé si tú me aceptas.

Esperó ilusionada que el ave le dijera algo y como no obtuvo de él ninguna respuesta, otra vez le dijo:
- De acuerdo. Ya sé que tú no me hablas pero se me ocurre algo que puede ser importante para conocernos mejor.
Y la chiquilla, cogió un trozo de palo que tenía cerca, lo lanzó para su derecha y le dijo al cuervo:
- Ve a por él y me lo traes.
Como si hubiera entendido, el cuervo alzó vuelo, cogió el trozo de palo, voló hacia la niña y al pasar cerca de ella, soltó la madera. La recogió la niña y de nuevo lanzó lejos el trozo de palo pidiéndole al ave que repitiera el juego. Y el cuervo repitió el juego pero ahora, en lugar de volar para donde estaba la muchacha, se elevó en el cielo y se fue derecho al acantilado que tenía enfrente. Miró ella muy interesada y vio que el cuervo se posó en una pequeña repisa en las rocas. Se dijo: “Seguro que ahí tiene su nido o guarda algún tesoro. Voy a verlo ahora mismo”.

Dejó su juego, se fue derecha al acantilado y al llegar al pie de las rocas, se puso a escalar, sujetando sus pies en los salientes rocosos y agarrándose con fuerza. Subió por la inclinada pared y cuando estuvo en lo más alto de la repisa donde el cuervo se había parado, miró y descubrió que había como una cueva. Llamó al cuervo y al oírlo éste, alzó vuelo y se perdió río abajo como hacia la Alhambra. De nuevo se dijo: "Voy a entrar en esta cueva a ver qué guarda ahí". Se agachó un poco, entró por la pequeña abertura y nada más dar unos pasos, a su derecha vio un montón de joyas y piedras preciosas. Asombrada no sabía qué hacer ni qué pensar. Pero pasados unos segundos, cogió algunas de las joyas, salió fuera de la cavidad y volvió a descender por la pared rocosa. Llamó a la madre, le mostró lo que traía en sus manos y luego le contó el tesoro que en el acantilado había encontrado. Le dijo a la madre:
- No hagamos nada hasta que esta noche venga tu padre. Sin duda ese tesoro puede tener dueño y por eso debemos ser prudentes.

En cuanto por la noche regresó el padre, le comentaron lo ocurrido y éste dijo:
- Mañana por la mañana subiré yo a ver qué hay allí y después, ya veremos qué hacemos.
Pero al día siguiente, en cuanto salió el sol, lo primero que oyeron fueron los graznidos del cuervo. Se asomó enseguida la niña a la puerta de su casa y al verlo parado en un árbol, lo llamó. El cuervo alzó vuelo y se vino hacia la niña, trayendo en sus patas y cogido con las garras, algo muy reluciente. Se dijo: "Me trae un regalo del tesoro que tiene en la cueva del acantilado". Y fue así: al llegar el cuervo a la altura de la niña, soltó lo que traía en sus garras y al caer al suelo, la niña cogió lo que era un bonito collar de piedras preciosas. Llamó enseguida a sus padres y mientras le mostraba lo que el ave le había traído, vieron como el cuervo alzaba vuelo y se perdió río abajo como hacia las torres de la Alhambra.

Media hora más tarde y cuando el padre se disponía para subir a la gruta del acantilado, de nuevo sintieron los graznidos del cuervo. Miraron y lo vieron que subía volando río arriba. Y enseguida oyeron y luego vieron a un grupo de hombres montados a caballo. Se posó el cuervo en la copa del almez en la misma puerta de la casa y al llegar los que venían a caballo, dijeron al padre de la niña:
- Este maldito cuervo es un ladrón.
- ¿Por qué dices eso?
Preguntó la niña al soldado que había hablado.
- Porque ya le ha robado, a la princesa de la torre alta, muchas de sus joyas. Por fin lo hemos descubierto y lo venimos persiguiendo para acabar con él. Es lo que nos ha dicho la princesa.

Al oír esto, la niña enseguida dijo:
- ¡No por favor! Este cuervo es mi amigo.
Pero en ese momento, uno de los soldados, disparó una flecha que veloz, cruzó el aire y fue a clavarse en el corazón del cuervo. Sin vida, cayó desde lo más alto del árbol y rápida la niña fue a recogerlo. Lo cogió y vio que ya no tenía vida. Miró a los soldados y enfadada les dijo:
- ¡Sois malos! Él era mi amigo y yo, a cambio de que no le hubierais hecho daño,

os habría dado un tesoro que tengo.
Y el soldado que mandaba en el pelotón, dijo:
- Este cuervo ya no le robará más joyas a la princesa. Nos vamos con nuestra misión cumplida.

Y espolearon sus caballos y río abajo hacia la Alhambra, desaparecieron. Al quedarse la niña sola con sus padres y el cuervo ahora muerto, mientras lo miraba ésta, le dijo a la madre:
- Pues del tesoro que hay en la cueva del acantilado, no vamos a darle a la princesa ni una sola perla.
Y el padre aclaró:
- Voy ahora mismo a por ese tesoro.
- ¿Y qué vamos a hacer con él?
Preguntó la niña. Abrazándola la madre, le dio un beso y le dijo:
- Por lo que sabemos, todas las joyas de tu tesoro son propiedad de una princesa. En cuanto las tengamos en nuestras manos, acompañas a tu padre, vais a la Alhambra y entregáis a esa princesa sus tesoros.
Y muy irritada la niña protesto diciendo:
- Pero si ellos me han matado a mi mejor amigo ¿por qué yo ahora tengo que ser buena y devolverle sus joyas?
- Precisamente por eso, hija mía: porque no debemos comportarnos del mismo modo que lo han hecho ellos. Todos los que viven en los palacios de la Alhambra, quizá sean más importantes, cultos e inteligentes que nosotros pero si somos buenos y honrados, puede que Dios nos premie con un tesoro mucho más grande e infinitamente valioso. Tú eras de este cuervo su mejor amiga y lo mismo debemos serlo nosotros de los reyes de la Alhambra y de las princesas.

## **Por el cerro del tesoro** //Pa

Se le vio, aquella fría y lluviosa mañana de otoño, subiendo por una de las sendillas. Iba solo, acompañado de un pequeño perro y con una bolsa de cuero a sus espaldas. Al levante y lejos, se veían las cumbres de Sierra Nevada, tapizadas de blancos inmaculados. Las primeras nieves del año, ya habían caído mientras en Granada, por la colina de la Alhambra, barrio del Albaicín y la ancha vega por donde se va el río Genil, todo era lluvia y viento. El otoño estaba siendo muy lluvioso y por eso, pequeños arroyuelos caían por la ladera que pisaba y los árboles, ya todos se cubrían de ocres, naranja y oro.

A la derecha de la sendilla que recorría, sobre la colina, emergían las altas torres de la Alhambra, protegidas por las murallas y tapizadas en sus partes bajas, por jardines, fuentes y paseos. Y al frente, según iba subiendo, esperaba encontrar las cuevas para refugiarse. Pero conforme avanzaba, miraba para un lado y otro y se decía: “Me parece recordar que en uno de los árboles que veo al frente, tengo parte del tesoro escondido. Otro poco de este tesoro mío, creo que se encuentra por algún lugar del arroyuelo que salta un poco más acá. Y la porción más importante, también me parece que la tengo escondida al coronar este cerro”. Y mirando a su pequeño perro, como si pretendiera que lo entendiera, de nuevo comentó:

- No sé qué me está pasando pero ahora no recuerdo exactamente dónde tengo escondidas las riquezas que necesito.

Tenía hambre y estaba cansado. Su corazón se encontraba triste por lo que había ocurrido hacía solo unos días. Desde pequeño, había crecido, había jugado y luego trabajó en cosas importantes en los palacios de la Alhambra. Al amparo del rey y por eso, a lo largo de toda su vida, había dormido bajo techo, no pasó nunca frío y ningún día careció de alimentos. Pero ahora, solo hacía dos días, había sido expulsado de los recintos de la Alhambra, con la advertencia muy tajante de parte del rey que le dijo:
- Quítate ahora mismo de mi vista y márchate lejos. Y si vuelves por aquí, serás encarcelado y con un poco de suerte, podrás seguir con vida.
Quiso hablar, porque lo necesitaba y argumentar las cosas con el rey. Pero como sabía bien que a su majestad, no se le podía contradecir ni poner en duda sus palabras ni decisiones, salió de los recintos de la Alhambra y ahora, esta lluviosa y fría mañana de otoño, se disponía a buscar refugio en las cuevas del cerro, frente a las torres y por encima de los jardines y palacios.

Avanzó, sumido en la tristeza y con el corazón afligido y al llegar a las primeras cuevas del cerro, se encontró con tres de los que en estas cuevas vivían. Los saludó y les dijo:
- Ni tengo techo ni alimentos ni fuerzas ni motivos para seguir viviendo. Pero en estos momentos, me gustaría porque lo necesito, quedarme aquí a vivir con vosotros. Y si me dais algo de comer, creo que dentro de unos días podré pagároslo.
- Y si no tienes techo ni alimentos ni mantas ¿cómo vas a pagarnos lo que nos estás pidiendo?
- En tres puntos distintos de este cerro, tengo escondidos porciones de un tesoro muy grande. Aunque ahora mismo no recuerdo exactamente dónde están estos tesoros míos, los estoy buscando. Es como si de mi memoria se hubieran borrado los lugares donde tengo escondidas estas riquezas pero creo que me acordaré en algún momento y en cuanto los encuentre, todos por aquí seremos ricos.

## **Volver a Granada** //Pa

El cortijo se alzaba en una pequeña llanura. Frente al río, no lejos del gran remanso por el lado de debajo de la estrecha cerrada y rodeado de bosque. Era cuadrado, con un amplio patio en el centro donde había un pilar siempre con agua limpia y varios árboles. Un olmo, dos almeces, tres moreras y una muy vieja higuera. Bajo estos árboles, él cada día amarraba la borriquilla o soltaba o recogía las herramientas de labranza o frutos de la cosecha. Porque su trabajo en el cortijo y en las tierras que le rodeaban, consistía en esto: en labrar las tierras, recoger las cosechas, llevar o traer cargas de leña con la borriquilla y otras cosas que con frecuencia le pedían los dueños de la finca.

Pero su trabajo principal, el que más tiempo le ocupaba, era el rebaño de cabras. Cada mañana al salir el sol, le abría la puerta del corral y le daba

suelta y luego las dejaba que se fueran a los montes cercanos. Por donde las riberas del río, por las laderas del cerro a la derecha del cortijo y por el barranco del gran remanso, al lado debajo de la cuerda. Durante mucho, mucho tiempo cada día había realizado este trabajo y también cada día se repetía: "Tengo que irme de aquí y volver a Granada. Un día de estos, cuando el rebaño de cabras suba a lo más alto del cerro que hay a la derecha, voy a buscarlo y en cuanto esté en aquellas alturas y lejanías, me escapo, salgo corriendo y no vuelvo más a este cortijo. Mi corazón está en Granada, en el barrio del Albaicín y en mi pequeña casa frente a la Alhambra".

Y era cierto porque él había nacido en estos sitios. De una familia pobre y conforme fue creciendo, jugó y corrió con los demás niños, tanto por las calles del Albaicín como por las plazas, caminos, huertecillos y orillas del río Darro. Por eso, la bella figura de la Alhambra sobre la colina, formaba parte de los paisajes que cada día vivía. Y por eso un día, ya de mayor, vio como unos soldados de la Alhambra, vinieron y se llevaron preso al padre. No supo en ese momento qué era lo que pasaba ni tampoco lo supo después. Pero sí su corazón se llenó de miedo y desde aquel día, vivió desconcertado y buscaba la manera de ir a los palacios de la Alhambra para ver si podía hablar con el padre o con las personas que él creía lo tenían cautivo.

Pasó el tiempo y no lograba realizar nada de lo que soñaba. Sí un día, cuando ya estaba para cumplir los veinte años, a su pequeña casa del barrio, otra vez llegaron los soldados de la Alhambra. Saludaron a la madre y le preguntaron:
- ¿Dónde está tu hijo?
- En el huerto del río, haciendo algunos trabajillos. ¿Para qué lo queréis?
- Nos lo vamos a llevar prisionero.
- ¿Y eso por qué?
- El rey de la Alhambra lo ha decidido y nosotros cumplimos sus órdenes. Cuando vuelva tu hijo dile que mañana al salir el sol, vendremos a llevárnoslo.

Y los soldados dieron media vuelta, bajaron hasta el río Darro, subieron luego por la cuesta de la colina de la Alhambra y regresaron a estos palacios. En la pequeña casa, la madre se quedó desmoronada y los vecinos, algunos acudieron para animarla. Entre sí, unos y otros se preguntaban cuales eran los motivos por los que apresaban al joven y ninguno encontraba razones. Sí alguno dijo:
- Ahí en la Alhambra, piensan que tu hijo es un peligro para ellos y por eso deciden quitarlo de en medio.
- Pero si más bueno que mi hijo no hay nadie aquí en Granada.
- Eso lo sabemos nosotros pero ellos solo les importan sus cosas.

Y aquella misma tarde, los vecinos y la madre, prepararon algunas cosas en la pequeña casa y algunos dijeron a la madre:
- Es inútil que nos sublevemos. Si te han dicho que mañana se lo llevan, vamos a despedirlo esta noche, todos reunidos aquí en tu casa.
En la pequeña sala de la casa, al oscurecer, se reunieron, pusieron sobre la mesa algunos frutos de los huertos del río y juntos se los comieron. Le daban los mejores bocados al joven diciendo:

- Tú sed valiente y ni luches ni te enfrentes con los que te lleven preso. Ellos no son tus enemigos y, aunque lo fueran, no serviría de nada.
Escuchaba el joven, comía algunas cosas y esperaba. Al amanecer, se presentaron en la puerta de su casa, un grupo de soldados con un carro tirado por dos mulos y al ver, al joven le dijeron:
- Vente con nosotros que tenemos que hacer un viaje. Y no preguntes ni te resistas porque es lo que te conviene. Si no nos creas ningún problema, te dejaremos que subas a este carro y así no tendrás que hacer el camino andando.

Lo empujaron un poco, subió en el carro y se pusieron en camino dirección al norte. Los vecinos miraban en silencio alejarse la comitiva hasta que, al poco, todo se quedó como parado en el barrio. Acurrucado en el carro, entre unas alpacas de paja, el joven miraba a un lado y otro. Lleno de miedo y notando que su corazón se le moría a chorros. Los soldados escoltaban al carro, montados en sus caballos. Llegaron a la orilla de un río, con un gran monte al frente y pararon el carro. Se acercaron los soldados a la corriente para que bebieran sus caballos y en estos momentos, el joven saltó del carro, se refugió rápido en el monte y a toda prisa, subió por la ladera huyendo. Sintió a los soldados persiguiéndolo pero en unas rocas se refugió y no lo vieron.

Todo el resto del día los sintió buscándolo y al llegar la noche, vio que se alejaban llevándose el carro. Al amanecer el joven salió de las rocas y del monte y al ver el cortijo, se acercó al hombre mayor que salió a recibirlo y le dijo:
- Ahora mismo no tengo a nadie en este mundo, busco trabajo y en estos momentos me muero de hambre. ¿Puedes ayudarme?
Y el hombre mayor le dijo:
- Puedes quedarte a labrar las tierras y cuidar el rebaño de cabras que tengo en este cortijo. A cambio, tendrás un techo donde dormir y algo que comer cada día.

Y en aquel mismo momento, miró para la gran cerrada del río, para el gran remanso y para el redondo cerro al frente y poblando de monte. Se dijo: “Y cuando lleve aquí un tiempo, un día subo a ese monte a ver si desde ahí descubro Granada y mi barrio. Luego, pasado más tiempo, una mañana me escapo y vuelvo”. Y desde aquel día, cada mañana y cada noche, soñaba este sueño. Y cada día al salir el sol, a lo largo de mucho tiempo, una vez y otra se repetía: “Tengo que volver a Granada. Un día de estos, cuando el rebaño de cabras se vaya por aquel monte, subiré a todo lo alto y luego desde allí me escapo”. Pero después de esta reflexión, también cada mañana se repetía: “¿Y si vuelvo a Granada y me cogen preso otra vez los de la Alhambra?”

## **El refugio del río** //Rd

Muchos rincones hermosos y llenos de misterio, tiene el río Darro. Desde donde nace hasta que se pierde bajo Granada, justo por la iglesia de Santa Ana. Pero el rincón singularmente bello de este río, en tiempos pasados, se encontraba un poco más debajo de donde hoy aparece la Fuente del Avellano. Al lado izquierdo, subiendo por el cauce y por donde ya no había

viviendas y sí mucha vegetación, algunos huertos y un par de caminillos.

Justo aquí, no muy lejos de las aguas del río y frente por completo a la Alhambra, el joven se construyó su refugio. Algo parecido a una cueva como las que hay en las laderas ya retiradas del río. Pero él, cuando los vecinos le decían:
- Tu obra personal es otra cueva más en este rincón de Granada.
Siempre respondía:
- Que esta obra mía no es una cueva sino un refugio.
- ¿Y qué diferencia hay entre una cosa y otra?
- En las cuevas, las personas hacen su vida y mi refugio, solo es para eso, para refugiarme en algunos momentos y tener mis ratos de soledad y encuentro conmigo, con Dios, el universo y mis sueños.
- Pues llámalo como quieras pero lo tuyo es una cueva como otras muchas.
Y el joven desistía de argumentar porque se daba cuenta que los vecinos no lo entendían o él no sabía expresar las cosas con más claridad. Pero para sí, su obra personal, era un pequeño refugio. Junto al río y lo suficientemente apartado del barrio y de los caminos.

Por eso él, en las calurosas tardes de verano y cuando terminaba su trabajo con sus padres y otros compañeros, se venía a este lugar. Algunas veces, a sembrar o regar algunas plantas por la puerta de su refugio y, en otros momentos, simplemente para estar aquí en su soledad y silencio. Le gustaba contemplar la corriente del río, mirar para la colina de la Alhambra y observarla, distraerse con los pajarillos que se camuflaban por entre las zarzas y dejar que pasara el tiempo. Meditaba sus cosas y nadie sabía qué. En otras ocasiones, recogía leña, ramas secas y troncos gruesos, de las montañas cercanas y en un rincón a la entrada de su refugio, la amontonaba. Se decía: “Para cuando lleguen los fríos del invierno, encender lumbre y calentarme acurrucado en este refugio mío”.

Y como los vecinos, según pasaba el tiempo, lo veían cada vez más metido en su refugio, seguían comentando:
- A este joven tiene que haberle pasado algo.
- ¿Y qué puede haberle pasado?
- ¿Tú no te acuerdas que hace un tiempo muchos lo vimos por las calles y plazas del barrio en compañía de una joven muy bella?
- Me acuerdo que casi todas los días la acompañaba, se la presentaba a los vecinos y les decía: “Esta amiga mía viene de las montañas donde nace el río Darro. Sus padres tienen allí tierras que siembran con trigo y viñas y el grano que sacan de estos cereales, lo convierten en harina de donde obtienen un pan delicioso. Necesita venderlo para sacar algo de dinero y yo estoy ayudándole. ¿Queréis hoy comprarle algo?” Y los vecinos, también tú y yo, siempre le comprábamos algunos de los panes que la joven traía, que por cierto sí que era delicioso.
- Yo me acuerdo de todo esto y también me acuerdo que la joven era muy hermosa y siempre vestía muy pobremente. Pero también, desde hace tiempo, me he preguntado qué habrá sido de ella.
- Tú te has preguntado esto y muchos de los vecinos de este barrio. Porque aquella joven que venía por aquí a vendernos su pan, un día desapareció y ya nunca más hemos sabido de ella. Tampoco nunca, este amigo nuestro del

refugio cerca del río, nos dijo nada.
- Eso es cierto pero si tú lo has observado, desde aquellos últimos días para acá, se empezó a comportar de una forma extraña. Comenzó a mostrar interés por su refugio junto al río y cada vez más, vive solitario.
- ¿Tendrá algo que ver este refugio suyo del río con aquella hermosa joven que ya nunca más por aquí hemos visto?
- Yo no lo sé pero deberíamos averiguarlo.

Y desde aquellos días, algunos vecinos del barrio, empezaron a interesarse por el joven y su refugio. Y algunas veces, ellos veían que cuando el joven estaba en su refugio, grupos de niños que jugaban por allí cerca, entraban dentro de la cueva y tardaban mucho en salir. Los padres de algunos de estos niños, intrigados por lo que dentro del refugio hacían, les preguntaban:
- ¿Y qué es lo que hacéis vosotros dentro de ese refugio y con ese joven?
Y como los niños siempre han sido y son sinceros, con franqueza les decían a sus padres:
- Nada especial hacemos.
- Entonces ¿por qué cuando entráis luego tardáis tanto en salir?
- Porque allí dentro, sentados junto a él, en silencio y a veces calentándonos en la lumbre, no necesitamos más.
- ¿Pero qué es lo que hacéis y de qué habláis?
- Si ya lo hemos dicho.
Y los niños no salían de aquí porque nada más tenían que decir.

Sin embargo, los vecinos y los padres, seguían y seguían cada día más intrigados. Por eso entre ellos, con frecuencia comentaban:
- Pues tenemos que averiguar por qué a nuestros hijos les gusta tanto acudir a este refugio y quedarse ahí tanto tiempo con este joven.
- Desde luego que sí debemos averiguar esto.
Y en el barrio se empezó a correr el rumor de que el joven y los niños dentro del refugio no hacían cosas buenas. Pero los niños, por más que unos y otros les preguntaban, nunca contaban más de lo que anteriormente una vez y otra habían dicho. Hasta que un día, todos los padres prohibieron a sus hijos que se acercaran al refugio del joven y que entraran dentro. Pensando también ellos que con esta medida, hiciera o dijera algo.

No dijo nada y sí siguió relacionándose con sus vecinos y amigos, del mismo modo que siempre lo había hecho. Pero una tarde, uno de los padres de los niños, sin contarle nada a nadie, oculto y sigiloso se acercó al refugio del río. Había visto al joven entrar y por eso, con mucho cuidado y más silencioso aun, se aproximó, se asomó al interior del refugio y vio al joven sentado frente al fuego y en silencio. Escondido en la entrada se quedó el hombre y se dijo: “Voy a esperar aquí quieto y muy callado para ver si hace algo más que lo que ahora veo. Y si me descubre le diré que vine a saludarlo”. Esperó inmóvil y sin hacer ningún ruido y media hora más tarde, vio que el joven se levantó, caminó despacio hacia la habitación que el refugio tenía a su derecha y vio que se asomó a una pequeña ventana que daba justo a un gran charco del río. Miró muy pensativo durante unos minutos y de pronto dijo:
- No te quedes ahí en la puerta. Entra a mi refugio y asómate conmigo por esta

ventana. Te explicaré y mostraré lo que tanto, a ti y a otros, os intriga.

Al oír esto, el hombre que se escondía en la puerta, se quedó de piedra. Entró al refugio, sintiéndose algo desconcertado por haber sido descubierto y por eso dijo al joven:
- Solo venía a saludarte y por si necesitas algo.
- Te lo agradezco y ahora no te disculpes más. Asómate a esta ventana, observa despacio y luego pregunta lo que quieras.
Obedeció el hombre al joven, se asomó por la ventana, miro y frente a él, vio un gran charco azul en el río y en estas aguas, reflejándose unas imágenes muy hermosas. Meditó un momento y luego preguntó:
- ¿Quién es esa joven con una niña tan bella de la mano y por qué se ven ahí las torres y palacios de la Alhambra?
Y el joven respondió:
- Ella y la niña, son mis sueños: la joven que hacía tiempo acompañaba por las calles y plazas del Albaicín para que vendiera su pan y otros productos del rincón donde vivía.
- ¿Y a qué se debe esto que veo reflejado en las aguas del charco?
- Un día, se la llevaron a los palacios de la Alhambra y desde entonces nada sé de ella. La esperé y la espero cada momento que pasa y a mi hija con ella. Cada día las sueño y lo único que me consuela es verlas reflejadas en las claras superficie de estas aguas. Son mi sueño.

## **El olivo del Albaicín** //Ba

Cuando llega el otoño, casi todos los años llueve mucho aquí en Granada. Y en algunas ocasiones, son tormentas grandes que descargan con violencia agua y granizos y nieve en las cumbres de Sierra Nevada. El río Darro, desde que hay referencias, ha tenido riadas tan grandes que algunas de ellas, se han llevado por delante casas, puentes, calles, plazas y hasta muy buenos trozos de montañas. Existen muchos documentos donde se recogen estos hechos y la historia se sigue repitiendo cada cien años, más o menos.

Uno de aquellos otoños, cuando todavía en la Alhambra vivían los reyes, aparecieron las tormentas. Justo en los últimos días del mes de septiembre y lo hicieron con gran virulencia. Se puso el cielo negro una tarde, crujieron los truenos y al poco, las lluvias cayeron a raudales. Por la colina de la Alhambra y todo el barrio del Albaicín. A muchas personas se les inundaron sus casas, las calles se convirtieron en arroyuelos, se hundieron bastantes viviendas y las trombas de agua se llevaron por delante, puentes, árboles y animales.

Y el viejo olivo, el que desde hacía muchos años crecía a un lado de la calle, quedó por completo desmochado. Tanto que solo una rama se salvó y un par de tallos en la cruz del tronco. Y como el olivo, desde hacía mucho tiempo había sido un símbolo en todo el barrio, al verlo tan desmochado, muchos dijeron:
- Este olivo, ya no sirve para nada. Hay que cortarlo y que su tronco no estorbe en esta calle.

Y el joven, el que vivía con sus padres en la misma calle y solo a unos metros del olivo, dijo:
- Casi todos habéis perdido, con estas lluvias torrenciales, huertos, casas, árboles y animales. Al menos de este árbol, aun queda su tronco y algunas ramas. ¿Qué adelantamos cortándolo?
- ¿Y qué ganamos dejándolo aquí tanto destartalado y sin hojas?
- Es el símbolo del barrio desde tiempos inmemoriales y por eso quiero respetarlo.
- ¡Tontería de románticos!
- Pues si me dais permiso yo me quedo con él y me encargo de cuidarlo.
Y todos en el barrio estuvieron de acuerdo en que el joven se hiciera cargo del olivo, ahora feo y desgarbado.

Al día siguiente, lo primero que hizo, fue cavar cimientos y levantar una pequeña pared alrededor del tronco desgajado. Luego cavó la tierra y arregló algunas ramas que aun colgaban del tronco. A lo largo del invierno, el árbol no dio señales de espabilarse pero tampoco parecía morirse. Sí, al llegar la primavera, echó unos brotes y en las ramas que mantenía con vida, dio muchas flores y al poco, aparecieron pequeñas aceitunas. Se animó mucho el joven y por eso, a lo largo del verano y todos los meses del año, lo estuvo regando y día a día veía como las aceitunas engordaban. Los vecinos le preguntaron:
- ¿Y qué harás con las cuatro aceitunas que le recojas a este olivo?
- Eso ya lo tengo pensado y os lo diré cuando llegue el momento.
- ¿En qué momento?
- No dentro de mucho tiempo.

Antes de fin de año, el joven se puso, recogió la buena cosecha de aceitunas, buscó un almirez, las machacó pacientemente, destiló luego el aceite que manaba de la masa de aceitunas y en una vasija no muy grande y de barro, guardó este aceite. Les dijo a los padres:
- Cuando algún vecino de este barrio se ponga enfermo, en cantidades pequeñas, le dais a beber algunas cucharadas de este aceite.
- ¿Y eso para qué?
- Tengo el presentimiento de que el zumo que he sacado de las aceitunas de este olivo, hace milagros curando enfermedades.

Y los padres y el joven, lo comprobaron solo unos días más tarde. Una vecina algo mayor, llevaba ya un tiempo enferma y nadie sabía qué tenía. Le regalaron unas cucharadas de aceite del olivo desmochado y tres días después, ya no parecía la misma. Se corrió la noticia y muchos vecinos del barrio acudieron al joven para que le dieron un poco del óleo milagroso. Y el joven, a todos les daba alguna cucharada hasta que se la agotó por completo el líquido. Unos y otros tomaron de este aceite y como iban comprobando que curaban de sus dolores, mucho dijeron:
- Tenemos que cuidar este olivo con el mayor esmero.
- De eso ya me encargo yo, así que no preocuparos.
De nuevo les dijo el joven.

Le brotaron más ramas al olivo, dio muchas aceitunas al año siguiente, sacó el joven una también muy buena cantidad de aceite y la repartió con todos

los del barrio. Y como la noticia de los milagros de este zumo corrió como la pólvora, en los recintos de la Alhambra, muchos se enteraron de los hechos. Se lo dijeron al rey y a la reina y estos enseguida ordenaron:
- Que ese olivo milagroso sea traído aquí inmediatamente.
- ¿Y si el joven y los vecinos se ponen?
Preguntó uno de los generales.
- Nadie en Granada y en todo mi reino, manda más que yo. Y un joven como ese, de ningún modo podrá oponerse a mis decisiones.
Los súbditos obedecieron al rey y entre ellos se organizaron para que el olivo del barrio del Albaicín, fuera arrancado de raíz y trasplantado de nuevo en los recintos de la Alhambra, justo donde el monarca ordenara.

Y el rey ordenó que se plantara en una de las huertas cercana a los palacios.
- Pero que sea plantado exactamente donde yo diga y de la manera que ordene.
- Así es como se hará, majestad.
- Y cuando este olivo dé su gran cosecha de aceitunas, el aceite que de estos frutos salga, lo quiero todo para mí. Ahora ya tengo en mis manos poder para curar todas las enfermedades de los habitantes de estos palacios y esto me hará más importante y seré más respetado.
- Que el cielo lo escuche y todo salga como usted sueña.
Dijeron sus vasallos.

En contra de la voluntad de todos los vecinos del barrio y la del joven, arrancaron el olivo del Albaicín, se lo llevaron a la colina de la Alhambra y en una de las huertas, justo encima de un gran promontorio de tierra en forma de maceta, plantaron el árbol. Los consejeros decían al rey:
- Majestad que en este sitio no va a crecer el olivo.
- ¿Quién dice eso? Yo lo ordeno y las cosas se hacen así. Porque quiero que este olivo, además de darme una buena cosecha de aceite milagroso, sea un emblema en estos palacios y jardines. Que todos los amigos míos que por aquí vengan, vean y se admiren de la hermosa obra de arte que yo he hecho con este árbol. De este modo, además de cómo rey, me respetarán mucho como hombre sabio, con poderes milagrosos y dones de artista.
Y los súbditos así hicieron las cosas.

A los pocos días de ser plantado el olivo en el montón de tierra, las hojas se pusieron amarillentas. Lo regaron mucho y hasta le cortaron algunas ramas para que echara nuevas pero unos días más tarde, todas las hojas estaban por completo secas. No brotó al llegar la primavera y sí parecía un espantapájaros de tan esqueleto y clavado en lo más alto del montículo de tierra.
Al saber la muerte del centenario olivo, los vecinos del barrio del Albaicín comentaban:
- La Alhambra, con sus torres y murallas, desde la distancia y desde estas laderas, se ve muy bella pero algunas de las personas que habitan esos palacios, ni tienen buen corazón ni son buenas.

## El palacio de la viña //Pa

I- Con este nombre era con el que todos los vecinos del Albaicín, lo conocían. Y lo llamaban así porque sus dueños, un matrimonio joven, tenían una viña. El palacio se alzaba muy cerca de las aguas del río Darro y por donde hoy muchas personas de Granada y extranjeros, pasean. En la famosa y bonita calle conocida con el nombre de Carrera del Darro y Paseo de los Tristes. En mitad de este paseo, a la izquierda según se sube en dirección contraria a como corren las aguas.

Y la viña se encontraba, en las partes altas de este río de la Alhambra, en laderas, tierras llanas y entre olivos. No era muy grande esta viña pero sí todos los años daba una muy buena cosecha de uvas frescas y sabrosas. Por eso, con frecuencia contrataban a familias para que labraran esta viña, en primavera y verano y luego para recoger las uvas y podar las cepas, en otoño y al comienzo del invierno. El resto del año, en estas tierras nadie trabajaba aunque sí la dueña y habitante del palacio, también con frecuencia iba por el lugar a ver sus tierras. Casi siempre sola porque el marido, al servicio de uno de los habitantes de la Alhambra, casi siempre estaba fuera de Granada. Luchando en las batallas para defender y acabar con los enemigos del reino.

Murió un día este hombre en una de estas batallas y la mujer, todavía bastante joven, se quedó sola. Les dijo a sus amigas:
- No venderé el palacio ni me desharé de la viña.
- ¿Y cómo te las vas a apañar para cultivar las tierras y mantener tu palacio?
- Ya veremos cómo lo haré pero me apañaré.
- También es cierto que en este barrio hay gente muy buena que pueden ayudarte pero hay otros con los que tienes que tener cuidado. Tu marido no se portó bien con algunas personas y eso, puede acarrearte disgustos.

En este momento, la mujer del palacio de la viña, pensó en alguien que su marido muchas veces había humillado. Un hombre joven que vivía unos metros más arriba de su palacio y que no tenía ni padre ni hermanos. Solo la madre que siempre estaba a su lado, ayudándole en todo lo que pudiera y defendiéndolo de los que con él se metían. Porque en el barrio, muchos decían que no estaba cuerdo y otros, abiertamente lo comentaban:
- Es el tonto más tonto de este barrio.
Y cuando la madre oía estos comentarios, claro que le dolía. Por eso nunca lo dejaba solo y por eso, con frecuencia le decía:
- Hijo mío, tú no te pelees nunca con nadie.
- ¿Y si se meten conmigo y me dicen cosas y me humillan?
- Nunca les plantes cara ni les haga caso ni te enfades con ellos.
- ¿Ni siquiera con el hombre del palacio de la viña?
- Ni siquiera con ese hombre que tanto te desprecia y te humilla, debes pagarle tú con los mismos comportamientos y modales.

El hombre dueño del palacio de la viña y también de las tierras donde crecían las cepas, nunca quería saber nada con “el tonto del barrio”. Nunca lo contrató y sí, cuando éste iba a pedirle trabajo en la época de la recogida de las uvas y cuando la labranza de la tierra, siempre el dueño del palacio le decía:

- Tú nunca trabajarás en mis tierras porque eres tonto del remate. Si ni siquiera sabes cuantos dedos tienes en las manos ¿Cómo voy a confiar en ti y ofrecerte un trabajo en esta viña mía?
- Yo haré lo que usted quiera, señor pero es que necesito ganar algún dinero para comer y darle también algo a mi madre.
- Pues vete al monte a recoger leña o pide limosna por las calles.
Le decía siempre el hombre del palacio de la viña.

Y ahora que ya no vivía este hombre y sí la mujer era la única dueña tanto del palacio como de la viña, al oír de los vecinos: "tu marido no se ha portado bien con algunos de los vecinos de este barrio", siempre que oía esto se acordaba del tonto. Sabía ella que su marido lo había humillado y despreciado muchas veces y también sabía que en el barrio todos desaprobaban este comportamiento. Pero como su marido era algo poderoso, nadie se atrevía a decirle nada. Por eso la mujer, una tarde salió de su palacio, caminó por las calles, llegó a la casa del tonto, llamó a la puerta y salió la madre.
- Estoy buscando a su hijo. ¿Puedo verlo y hablar con él?
- ¿Para qué lo quieres?
- Es que lo necesito. En el pequeño jardín de mi palacio, necesito un jardinero y he pensado en él.
- ¿Para tratarlo igual del mal que su marido?
- Yo no haré eso. Usted deje que se venga conmigo y ya verás como me hará un buen trabajo y yo le pagaré crecido.

Confió la madre en la dueña del palacio y le pidió al hijo que la acompañara y le obedeciera en todo lo que le ordenara. Se fue el joven con ella y en cuanto llegó al palacio, la mujer cogió unas herramientas y se puso al lado del joven diciéndole:
- Mira, esta planta, se poda así. Aquellas flores debes cortarlas de esta manera, con mucho cuidado para que no se rompan ni dañen. La tierra, alrededor del tronco y de las ramas, se remueve con tacto para que las raíces no se quiebren y luego riegas con cuidado y lo suficiente. Sintiendo siempre que cada planta de estas, es un amigo tuyo y un ser vivo que te agradecerá las cosas buenas que le hagas. ¿Has entendido?
- Claro que sí, señora. Si usted confía en mí, déjeme solo y ya verá como cuido su jardín con el esmero que merece.

Y el joven, aquel día, al siguiente y al otro, se dedicó de lleno y con todo el corazón, a cuidar las plantas del jardín. Y al llegar la primavera, el jardín brotó con gran vigor y dio más flores que nunca. Se alegró la dueña, era feliz el joven y los vecinos del barrio dijeron:
- Lo trata con más cariño que si fuera su propio hijo.
Llegaron estos comentarios a oídos de la mujer y esto le animaba más y más cada día. Hasta que en una ocasión le dijo al joven:
- Como has sido fiel y responsable en lo poco, voy a ponerte al frente de mi viña. Desde mañana mismo quiero que vayas a trabajar en esas tierras a ver si también sacas de ellas tan buenas cosechas como de este jardín.
- Pero usted tendrá tendrás que enseñarme primero a cortar los racimos de uva y a podar las cepas.
- Yo te enseño y ya verás como también cuidar de una viña es divertido y las

plantas dan abundantes frutos.

Unos días más tarde, todas las tierras de la viña, estaban limpias de pasto y malas hierbas. Al llegar la primavera, las cepas brotaron con mucha fuerza y al llegar el otoño, los racimos de uva, colgaban preciosos de los sarmientos. Recogieron aquel año una muy buena cosecha y lo mismo al siguiente y al otro. Y como la mujer dueña del palacio junto al río Darro y a los pies de la Alhambra estaba cada día más contenta con el trabajo y buen comportamiento del joven, un día le dijo:
- Cuando yo me muera te dejaré en herencia este palacio y las tierras de la viña.
- ¿Y qué voy a hacer yo con todo esto si usted no está conmigo y me enseña cómo debo hacer las cosas? Yo no quiero que usted se muera y me deje solo.

II- Al norte de las tierras donde crecía la viña, se alzaba un pequeño cerro. Bastante redondo y que en todo lo alto, el terreno era llano. Justo aquí, en esta pequeña llanura, crecían algunos árboles. Un par de encinas muy gruesas, dos nogueras, un almez y algunas higueras. Y en estos árboles, todos los días del año y más en primavera y verano, se posaban y anidaban muchos pájaros. Ruiseñores, mirlos, tórtolas, palomas silvestres, mochuelos, algún autillo y también un par de lechuzas.

Más en el centro de la pequeña llanura en la parte más elevada del cerro, se veían las ruinas de un viejo edificio. Aun conservaba la puerta, todas las ventanas y varias estancias. Y a la derecha de la puerta, se veía un pilar rectangular donde el agua limpia se remansaba y adonde acudían a beber casi todas las aves que se refugiaban en las ramas de los árboles. Y como este pilar, el rellano donde estaba construido y la porción de tierra que había por delante de la puerta, formaban como un balcón al valle de la viña, también desde aquí se veía una gran panorámica. Para una gran parte del río Darro, la elevada colina del Cerro del Sol y el frente de esta colina que era y es donde se elevan los palacios y torres de la Alhambra. También desde este rellano se veía parte del barrio del Albaicín y la vega por donde hoy se extiende la ciudad de Granada.

En sus ratos libres, después de cuidar la viña y labrar y regar las tierras, al rellano del cerro de las encinas, el joven subía algunas veces. Casi siempre a caer las tardes para contemplar las puestas de sol y para observar la figura de la Alhambra en estos momentos del día. Junto al tronco de la encina más grande, se sentaba recostado cómodamente, situado frente al valle de la viña y frente a la colina de la Alhambra. De fondo, siempre tenía la compañía del chorrillo del agua cayendo al pilar y la algarabía de los cientos de pajarillos. También de fondo con fuerza se oían los gritos de algún águila e incluso, los ladridos de algún zorro por entre el monte cercano. Miraba, escuchaba y meditaba todas estas cosas y poco a poco fue enamorándose de estos momentos y del rellano en lo más alto del cerro.

Por eso, un día dijo a la dueña del palacio de la viña:
- Si usted me da permiso, en la explanada de este cerro y con las ruinas de este edificio, haré algo muy bueno.
- ¿Qué será eso?
- Quiero mantenerlo en secreto pero si confía en mí, seguro que nunca se

arrepentirá.
Meditó la mujer un minuto y luego dijo a joven:
- Yo siempre he confiado en ti y por eso ya eres casi dueño de estas tierras y de la viña. Pero en esta ocasión, a cambio de darte permiso para lo que me pides, tú tienes que hacerme caso en algo que hace tiempo estoy rumiando.
Y el joven, sin pensarlo un segundo, dijo:
- Ni siquiera voy a preguntarle en qué debo hacerle caso porque eso lo haré siempre hasta con los ojos cerrados. Se ha portado muy bien conmigo desde el primer momento. Sé que nunca me hará daño como yo tampoco a usted.
- Te lo agradezco y mañana mismo comenzamos.

Al caer la tarde del día siguiente, desde su palacio de la viña en las orillas del río Darro, la mujer partió y, recorriendo los caminos, subió hasta el montículo de las ruinas. Se encontró allí con el joven y después de saludarlo y compartir con él algunas cosas, se sentaron bajo la gran encina y dieron comienzo a la primera clase. Escribiendo los signos más básicos en piedras de pizarras y repitiendo luego sus sonidos hasta formar palabras. Escribió también la mujer números y algunas frases largas y después de practicar durante mucho rato, le dijo al joven:
- Lo primero que en esta vida las personas deberíamos tener en cuenta es el respeto de unos para con los otros. Y la segunda cosa pero casi al mismo nivel que la primera, debería ser la obligación de aprender a leer y escribir. El mundo solo se transforma procurando que las personas cada vez sean más cultas y practicando el respeto que antes te he dicho.
Y el joven le preguntó:
- Pero usted ¿por qué es tan buena conmigo?
- Algún día lo sabrás pero tendrás que descubrirlo por ti mismo.
Y siguieron con la primera clase al aire libre hasta que se hizo de noche.

Cerca de las ruinas de la casa, hicieron un fuego y junto a sus llamas, se recostaron frente a las estrellas. Durmieron arrullados por el canto de los grillos y el rumor del chorrillo de agua en el pilar y al amanecer al día siguiente, la mujer regresó a su palacio en el Albaicín y el joven se quedó ocupado en el cuidado de la viña. A partir de este día, en sus ratos libres, comenzó a recoger las piedras que de la casa en ruina había esparcidas por allí cerca. Por las tardes, continuaron con las clases bajo la gran encina. En pocos días, la casa en ruinas, comenzó a parecer otra y el aprendizaje de las letras y matemáticas, daba resultados muy buenos.

Corrieron los días, las semanas, los meses y al llegar el verano del año siguiente, el joven ayudado por un par de amigos, ya tenía la casa casi por completo reconstruida. Dijo una tarde a la mujer, su amiga ahora y casi su madre:
- Todas las plantas que fui sembrado en lo que parecía era el jardín de este palacio, ya están brotadas. Las he regado mucho a lo largo del verano para que se mantengan vivas y frescas y den sus flores y frutos antes del otoño.
- ¿Qué pasará en otoño?
Preguntó ella.
- No lo sé pero presiento que algo va a pasar y por eso quiero terminar cuanto antes este pequeño palacio y mantener fresco y florido todo el jardín.

- Pero lo que tú presiente que sucederá ¿será antes o después de la recogida de la uva en la viña?
- Después de la vendimia y antes de los fríos del invierno.
- Pues yo también presiento algo y por eso quiero que pase cuando acabe la vendimia y tú sepas leer y escribir como el mejor. Tengo para ti guardada una gran sorpresa.
- ¿Y cuándo va a revelármela?
- Cuando llegue el momento.

Y el momento llegó a los pocos días de terminar la recogida de la uva en la viña. En los primeros días de otoño, una tarde se nubló, por la noche llovió bastante y el río Darro creció. Llamó la mujer al joven a su palacio del Albaicín y le dijo:
- Desde hace algún tiempo presiento que mi vida está llegado a su fin.
Y muy preocupado el joven dijo:
- Eso no puede ser.
- Contra las decisiones del cielo, nada podemos hacer los humanos. Y como tú has sido bueno y noble conmigo desde que te conocí, en mi testamento tengo escrito que este palacio, todas las tierras de la viña y la vieja casa del cerro de las ruinas, sean para ti. Como premio a tu buen trabajo y respeto para conmigo.
Y el joven se sintió apenado. Luego preguntó:
- Y si usted se muere ¿dónde quiere que entierre su cuerpo?
- Lo dejo en tus manos.

Tres días más tarde, la mujer murió en su palacio de la viña en el barrio del Albaicín. Algunos vecinos la lloraron y luego el joven, ayudado por sus amigos, llevaron su cuerpo a la vieja casa del cerro de las encinas. Bajo la fronda de una gran noguera, la enterraron, procurando que las demás plantas del jardín decoraran todo el alrededor. A los pocos días, en el palacio de la viña del barrio del Albaicín, en la sala más grande, el joven puso algunos muebles y en la puerta del edificio, colgó un letrero que decía: “Se enseña a leer y escribir a todo el que quiera y además gratis”. Al saber esto y correrse la noticia por el barrio, algunos vecinos se preguntaron:
- ¿Pero cómo es posible que el tonto de este barrio ahora, no solo sea el más rico que todos nosotros sino que hasta quiere enseñarnos a leer y escribir?
- Esto es también lo que nosotros nos preguntamos.
Y otros vecinos comentaban:
- Nosotros éramos los que decíamos que era tonto pero nos hemos equivocado. Ahora, no solo tiene más riquezas que todos nosotros sino que hasta posee el mejor palacio junto al río Darro, frente a la Alhambra, sabe leer y escribir y está dispuesto a ensañarnos y gratis.

Nadia sabe hoy dónde estuvo aquel palacio ni se conoce mucho del terreno de la viña ni del cerro de las encinas. Pero esta historia, aunque nadie la había escrito hasta hoy y desde aquellos días haya pasado tanto tiempo, no se ha barrado. Como si el cielo, de alguna manera también y a unos y a otros, quisiera enseñarnos algo.

# El último romántico de Granada //Pa

Los cuadernos del Anciano del Cortijo de la Viña

El texto que sigue a continuación ha sido rescatado de uno de los viejos cuaderno del Anciano del Cortijo de la Viña. En su portada tenía y tiene el mismo título que se ve aquí. En su interior se recoge un extenso relato dividido en 88 capítulos. Voy a poner a continuación solo el preámbulo y el último de los relatos que hay en este cuaderno.

**Preámbulo**

**"**Llegaron las vacaciones de Navidad y, en el Cortijo de la Viña, cambiaron un poco las cosas. Sobre todo en la vida de la niña. Al no tener colegio todos los días se levantaba algo más tardes. Y luego, muchos ratos a lo largo del día, se iba a jugar con su caballo Enebro y con el borriquillo Sinombre. No había llovido mucho todavía pero en los campos la hierba estaba naciendo y, junto al arroyo del balneario, la tranquilidad era total.

Un poco antes de fin de año, por la noche, se levantó algo de viento. Cayeron algunos chaparrones y, al amanecer, las nieblas cubrían por los barrancos, ascendían por las laderas y se iban despacio hacia las cumbres de las montañas. Sentados, la niña, la madre y yo junto al fuego en la sala del cortijo, a través de los cristales de la ventana, observábamos al caballo Enebro y al borriquillo Sinombre comiendo tranquilos en la hierba de la llanura. Indiferentes ellos al paso del tiempo. Me decía la niña, como sumida en un sueño mientras se fijaba en el borriquillo:

- También ya se está haciendo viejo. El día que menos lo esperemos podremos quedarnos sin él, como nos pasó con Bandolero, con la Princesa, el Anciano amigo nuestro y Julia, Guela y Lera.

Guardé silencio y medité sus palabras. Sabía que tenía razón. Porque ya hacía mucho tiempo que no estaba con nosotros ni el Anciano ni la Princesa ni las tres amigas con las que tanto habíamos compartido, años atrás. Todos se habían ido muriendo o marchándose y solo nos quedaba el caballo Enebro y el borriquillo. Dijo de nuevo ella:

- El día que se muera el borriquillo y también te mueras tú ¿qué haré yo tan sola y con tantas recuerdos?

Tampoco respondí a esta pregunta suya. Pero me siguió comentando:

- Y del Anciano, nuestro amigo más bueno ¿cómo voy a olvidarme nunca? Nos ha dejado todos los libros que escribió, todos sus cuadernos, todo su corazón y sueños… Cuando tú te mueras ¿Qué haré yo con esto?

El Anciano se había pasado la vida entera escribiendo. Su amor a las personas, a la naturaleza, a los animales, a la libertad, a Dios, al Universo… Y ni un solo libro le había publicado nunca nadie. Todos se los habían rechazado de todos sitios. Y le decían que no eran buenos, que no tenían calidad, que no se ajustaban a sus proyectos, que no eran comerciales, que… Pero en sus humildes cuadernos él había dejado escrito lo mejor de sus sentimientos, su vida entera y las historias más hermosas que nunca nadie haya escrito. La niña tenía todos estos cuadernos amorosamente guardados en su habitación. Todo como esperando algún importante momento. Por eso me seguía comentando:

- Yo no entiendo como nunca nadie quiso publicar ni una sola página de las cosas tan bellas que ha dejado escritas este amigo nuestro.

En sus manos me mostraba uno de estos cuadernos. En la tapa se podía leer el título de la historia que se narraba dentro. Despacio leyó la niña y a continuación me dijo:
- "Los rincones más bellos de Granada". Nunca me cansaré de leer esta tan extraña y a la vez hermosa historia, escrita por él. Creo que cuando la escribió aquel verano se encontraba muy desanimado y por eso sufrió mucho. ¿Por qué tampoco pudo publicar este libro antes de morirse?
Una vez más no supe qué responder. Pero ella continuó razonando:
- Yo creo que hoy es un día muy bueno para leer y saborear despacio lo que el Anciano ha dejado recogido en este cuaderno. ¿Por qué no me lo lees mientras nos calentamos en este fuego y dejamos que pase el día?
Cogí el cuaderno de sus manos y le dije:
- Sí, voy a leerlo porque estoy de acuerdo contigo: lo que el Anciano ha dejado escrito en este cuaderno es muy hermoso porque está lleno de bondad y de amor por las personas y las cosas.

Fuera. El borriquillo Sinombre y el caballo Enebro seguían en su pradera comiendo hierba. Hacía frío y la niebla mostraba un auténtico día de invierno. Leí despacio el título de la portada y los cuatro renglones que había debajo: "De Granada, quiero regalarte el sol del verano, el aire de esta ciudad, el silencio y los paisajes que hay por aquí. Tengo que compartir todas estas cosas para que en mi corazón no se instale la ingratitud ni en mi alma se encalle lo negativo".

Abrí luego el cuaderno y le dije:
- Voy a leértelo y sirva ello como un sencillo homenaje a nuestro mejor amigo, el Anciano del Cortijo del Laurel. Creo, como tú, que en este libro suyo él ha dejado escrito un sencillo, bello y hondo mensaje. Tal como era y vivió.
Y comencé a leer despacio lo que sigue a continuación:
… … … … … … …… … … … … … …… … … … … … …… … … … … … …… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

**Último capítulo del libro**

**El Santuario de la Patrona de Granada**

Dejo el sitio que he ocupado en el muro del puente, giro y vuelvo sobre mis pasos. Para atrás con la intención de regresar, convencido, también esta tarde, de que ya nada puedo hacer para cambiar la realidad. Te fuiste y, aunque durante unos días más, seguiste presente en esta ciudad, ya nada fue lo mismo porque no estabas. Tampoco ahora. Los últimos rayos de sol, en esta tarde de verano, se reflejan en el agua que va por el río. También en las copas de los árboles del jardincillo y en las dos torres del Santuario de la virgen. Como si fuera otro día más de los muchos que van pasando. Y es otro día más para todo y para todos excepto para mí. Pero lo mío, solo mi cuaderno y el cielo saben que es distinto. Porque, fuera de mi corazón y sueño, todo sigue su ritmo. Por eso, mientras ya camino mezclándome con las demás que van y vienen por este

puente, a todos y todo lo sigo viendo como en otra realidad. Ajeno a mí y a lo que por aquí me ha traído.

Llego a la mujer que vende flores, me paro frente a ella y le pido que me dé un puñado.
- De las más frescas y olorosas.
- Estas son las mejores flores que nunca nadie por aquí haya tenido.
- ¡Me alegro!
Me las alarga, las cojo en mis manos, se las pago, le doy las gracias y sigo. Ajeno, como ya he dicho, a las personas que por aquí se mueven y ajeno a la tarde y al vientecillo fresco que empieza a levantarse. Salgo del puente, giro para la derecha, cruzo el jardincillo de los cedros centenarios, cruzo la carretera del asfalto negro y rozo la Fuente de las Granadas. Ahora, algunos jóvenes esperan sentados. Según la tarde se marcha y la noche se acerca, empiezan a brillar las farolas del paseo del Salón. También las aguas de esta fuente y el bulevar de la Virgen, al frente.

Cruzo la segunda calle y comienzo a subir por la Carrera de la Virgen. El airecillo de la tarde, en este momento, parece que llega con mucha fuerza y en mayor cantidad. Y digo esto porque, los grandes árboles que por aquí fuimos contando aquella tarde y también hoy yo, ahora se mecen muy agitados. Y se mueven tanto y tanto se cimbrean sus ramas y se estremecen sus hojas, que la tarde entera y todo el paseo, se llena por completo de quejidos de viento. Como si no existiera, ahora mismo, más sonidos en toda Granada que el murmullo del aire rompiéndose por entre las ramas y hojas de estos árboles. Como si ya hubiera llegado el otoño que tanto he comentado.

¿Y sabes? Mientras me acerco al Santuario de la Virgen con mi ramo de flores en la mano, una vez más digo que ya no tengo nada que ofrecer. Ya me he quedado vacío. Sin ningún sueño que compartir y sin ningún rincón más que contar de Granada. Me he quedado sin nada. Solo este trozo de paseo que recorro dirección al Santuario de la Virgen, el aire que se quiebra por entre las ramas de los árboles, la tarde en su momento final y mi deseo de entrar al templo sagrado para rezar. Nada más tengo. Y por eso estoy sintiendo que mi soledad, a partir de ahora, será grande. Me voy acercando al Santuario. Ya estoy casi en la puerta y, ahora mismo, todavía quiero compartir una pincelada más de los rincones de esta ciudad. Recuerdo que tenías interés, cuando por aquí mismo pasaste aquella tarde, en saber de este templo y de la Virgen. Y dije que te lo explicaría pero en su momento. Creo que ahora mismo es el momento. Justo cuando voy a entrar, de este Santuario y de la patrona de la ciudad, te digo que:

La devoción de Granada a la Virgen de las Angustias se remonta a los días mismos de la Reconquista, como regalo de la Reina Católica. Isabel había nacido en Madrigal. Su padre, Juan II de Castilla, murió cuando ella contaba tres años. Su madre, Isabel de Portugal y segunda esposa de Don Juan, se tuvo que retirar, a la muerte del rey, al palacio de Arévalo. Aquí estuvo Isabel hasta los doce años. Esta estancia fue buena para la formación espiritual de la Reina Católica y para la historia mariana de Granada. En Arévalo se profesaba una devoción especial la Virgen de las Angustias. Cuando, a los doce años, la reclamó su hermano Don Enrique, Isabel se marchó de Arévalo con el corazón

partido, porque dejaba allí lo que más amaba en la tierra: a la Virgen de las Angustias y a su madre.

Los reyes habían establecido su cuartel general en la ciudad de Santa Fe. El viernes 2 de enero de 1492 salieron de allí con dirección a Granada. El rey don Fernando llegó hasta el puente más cercano a Granada, junto a la ermita de San Sebastián, entonces mezquita. La reina se quedó en Armilla. Boabdil hizo acto de homenaje primero al rey y luego a la reina. Luego continuó con dirección de la Alpujarra. Mientras ondeaba en la Alhambra el estandarte real y el de Santiago, se entonó el *Te Deum* y el ejército se arrodilló junto al río Genil. "Enero se había disfrazado con capa de mayo." Fray Hernando de Talavera, obispo de Ávila, bendijo la mezquita Taybin o de los convertidos, hoy iglesia de San Juan de los Reyes y en ella se celebró la misa, ante un cuadro de la Virgen de las Angustias, donación de la reina. Se trata de una pintura en sarga del siglo XV. La Virgen está de pie con su hijo, muerto, en el regazo.

No fue este primer templo de Granada el escogido por la Virgen de las Angustias para iglesia suya. El lugar escogido por Ella estaba muy cerca del río Genil y del puente donde los reyes y su ejército habían entonado el *Te Deum* el día de la toma. Aquí se empezó a venerar, muy pronto también, una segunda tabla de la Virgen Dolorosa, probablemente regalo de los mismos Reyes Católicos. La ermita era pequeña y hubo que edificar a su lado otra iglesia el año 1570, que pasó a depender de la nueva parroquia de Santa María Magdalena. En 1609 fue elevada a parroquia independiente. El concurso de fieles crecía cada día más. Se impusieron nuevas ampliaciones el 1626 hasta que se construyó la actual basílica el año 1668. Sus torres son del siglo XVIII. La escultura de mármol que hay en su fachada, de la Virgen de las Angustias, es de Mora y se hizo el 1665-66. Se puso fuera para facilitar el culto en las horas en que la iglesia estaba cerrada. El interior de la iglesia es de una sola nave, con capillas laterales y el crucero, que cubre una bóveda de orden toscano. En el altar mayor, todo él de mármol con finas incrustaciones y mucha talla y escultura, un arco central se abre hacia el camarín, magnífica obra de tipo churriguera granadino, para dejar ver a la imagen de la Virgen en su trono, bajo una cúpula, que sostienen cuatro columnas salomónicas, de mármol negro.

El alma de este templo es la imagen de la Virgen de las Angustias. En la tabla primera, que se veneró a los principios, la Virgen estaba de rodillas y con las manos cruzadas sobre el pecho, que atravesaban siete puñales. La célebre Dolorosa, que José de Mora hizo el 1671, se debió inspirar en ella. Para las procesiones se hacía necesaria una escultura y la Hermandad se hizo pronto con una mediana "dispuesta a semejanza de la tabla original". La corona, de estilo renacimiento español, es de oro, con de más de 6.000 piedras preciosas. Como la devoción y la protección de la Virgen se extendía de hecho a toda la archidiócesis de Granada, el arzobispo don Balbino Sanatos pidió y obtuvo de Pío XII la ampliación de su patronato canónico. Esto sucedió el año 1948. Con este motivo se inauguró un himno oficial con música de Luís Urteaga y letra del presbítero don José Fernández Crespo.

He llegado al lugar. Estoy en la misma puerta del Santuario de la Patrona de Granada. Me paro un momento. Miro despacio, como si quisiera verte

para pedir que entres. Empujo la puerta y paso. Me encuentro el recinto iluminado pero en un resplandor tenue. Todo muy en silencio, recogido, fresquito y con un delicado olor a incienso. En los bancos, solo algunas personas sentadas, otras de rodillas y algunas más rezando en las capillas de los lados. Al final, el gran camarín donde se recoge y desde donde mira la Virgen. A este lugar me acerco, con el ramo de flores en las manos.

Entro por la puerta de atrás, me aproximo al ámbito del camarín, saludo a la Señora que tan amada es por la ciudad de Granada, pongo a sus pies las blancas flores y aquí me quedo. Sin saber qué hacer ni qué decir pero sí tengo claro que he venido a Ella por ti. Porque necesito que el cielo le dé sentido a tu presencia por Granada, en aquellos días y tu ausencia ahora y para que firme todo lo que he ido recogiendo en mi cuaderno

Y por eso también le pido a la Virgen que te bendiga y cuide a lo largo de la vida que aun te quede en este suelo. Aunque ya vivas para siempre, tan lejos de aquí. Nosotros sabemos que te hemos querido como a algo puro y bueno. Como a la más digna y hermosa entre las criaturas que Dios haya puesto en este suelo. Pongo punto y final en mi cuaderno. Todo lo dicho vale porque es sincero y lo mismo este momento de oración junto a la Virgen. ¿Sabes? La vida es mejor comprendida mirando para atrás pero sin dejar nunca de mirar al frente. Es lo que he pretendido: ayudarte un poco a que encuentres la respuesta dentro de ti. Así que te doy gracias y, al cielo, porque me habéis permitido vivir este sueño. Adiós y un abrazo".

Blog con el libro completo:
http://laricp-desdegranada.blogspot.com/

Libro en papel y para descargar gratis:
http://www.bubok.com/libros/791/LOS-RINCONES-MAS-BELLOS-DE-GRANADA

**La casa de la puerta de madera** //Ba

Me lo contaron y no acababa de creerlo. Seguí investigando y poco a poco fui descubriendo más señales. Hoy sé dónde exactamente estaba la casa aunque ya todo por aquí haya cambiado. Ni siquiera las personas que ahora viven en el edificio, saben de esta historia. Pero, si a este nuevo edificio se le mira despacio y con la información de lo que aquí hubo en otros tiempos, se le ve hermoso y un tanto misterioso.

La casa en aquellos tiempos, se encontraba en la ladera del Albaicín que mira de frente a la Alhambra. Donde terminaba una calle que subía desde el río y comenzaba otra más pequeña, torciendo para el lado de la derecha. Por eso la casa, formaba esquina y tenía la puerta de madera algo oscura, con clavos de hierro oxidados y algunas tallas en esta madera. En la entrada, a la derecha, crecían unos rosales y un poco a la izquierda, había una gran piedra tallada. De granito era esta piedra y su forma se asemejaba a una columna

pequeña.

Y los vecinos del barrio, especialmente los que vivían cerca, le tenían mucho respeto tanto a la piedra como a la casa en sí y más aun a la puerta de madera. Nunca la habían visto abierta ni tampoco entrar o salir nadie por ella. Por eso, cada día más intrigados, las personas se preguntaban:
- ¿De quién será esta casa y quién vivirá en ella?
- Esto es lo que llevamos ya mucho tiempo preguntándonos.
- ¿Pero cuanto tiempo?
- Por lo que a mí me toca, desde que tengo uso de razón.
- ¿Y nadie, nadie en esta barrio sabe quién vive en esta casa?
- Que yo sepa, nadie lo sabe.
- Y sin embargo, lo que cada mañana aparece en esta piedra, alguien tiene que traerlo.
Comentaban esto porque en la piedra de granito, no lejos de la vieja puerta de madera, cada día aparecían cosas. Ropa buena y nueva, muchas veces, calzado de cuero y de esparto y también nuevo y de buena calidad. Alimentos como frutos secos y frutas y verduras y utensilios para usar en las casas. Pero lo que con mayor frecuencia aparecía sobre la piedra de granito, era ropa y calzado. Incluso algunas prendas eran de seda, con vivos y bonitos colores.

Al principio, algunas personas, se extrañaron. Miraban a las cosas sobre la piedra y ninguno quería cogerlas. Pero como se fueron dando cuenta que otros vecinos sí empezaron a coger y llevarse alguna de la ropa y calzado, los demás confiaron y también cada mañana recogían cosas de la piedra. Sin ningún reparo usaban, tanto la ropa como el calzado y las otras cosas. Se decían:
- Nunca en la vida hubiéramos podido comprar esta ropa tan buena y nueva.
- Todos por aquí somos tan pobres que lo único que tenemos es miseria.
- Quizá por eso, algún ángel del cielo, se esté compadeciendo de nosotros y nos premie cada día con estos regalos.
- No puede ser un ángel del cielo el que cada noche ponga en esta piedra tantas cosas.
- ¿Entonces quién es?
- Alguien que vive en esta casa de la puerta de madera.
- Pero si ninguno de nosotros hemos visto nunca a nadie ni entrar ni salir por esta puerta.
- Eso es cierto pero en esta casa tiene que vivir alguien porque siempre la vemos muy bien cuidada.

Y en esto tenían razón los vecinos. Tanto la puerta como la entrada y fachada de la casa, siempre se veían limpias como recién lavadas y ordenadas. Por eso la casa no parecía ni encantada ni misteriosa. Simplemente reflejaba luz y belleza y hasta irradiaba serenidad y paz. Por eso los vecinos también comentaban:
- Pues la persona que sea dueña de esta casa y viva en ella, ha de ser muy buena y con un alma limpia, llena de amor y muy amiga de Dios.
- Es lo que también todos creemos. Por eso tantas veces hemos pensamos que todo esto es obra del cielo.
- Claro, porque solo el cielo o un ángel de ese cielo, puede ser tan bueno con nosotros, que somos pobres y sin sabiduría.

Se pusieron de acuerdo los vecinos y por las noches, montaron guardia cerca de la casa para descubrir quién era el que ponía las cosas sobre la piedra. Nunca lograron ver a nadie a lo largo de mucho tiempo y, sin embargo, cada amanecer la piedra aparecía tan llena de cosas como siempre. Llegó a oídos del rey de la Alhambra la noticia de los milagros de la casa del Albaicín y éste, enseguida dijo a sus generales:
- Pues hay que acabar cuanto antes con esa casa.
- ¿Por qué, majestad?
Preguntaron los generales. A lo que el rey respondió:
- Si las personas pobres e incultas de mi reino, empiezan a creer en Dios y en los milagros, perderán el miedo y el respeto que me tienen y un día se revelarán contra mí porque creerán tener a otro rey más grande y mejor que yo.

Y tres días más tarde, una fría mañana de invierno, ardió la casa de la puerta de madera. Al ver el fuego, todos los vecinos acudieron pero nada pudieron hacer para detener el desastre. Se concentraron desconsolados y algunos dijeron que los soldados que por allí había, comentaban:
- Esta no era ni la casa de un ángel ni estaba protegida por el cielo. Si hubiera sido así ¿por qué ahora arde como la pólvora?
Desconcertados los vecinos no sabían qué responder y entristecidos esperaron a la mañana siguiente. Muy temprano acudieron a la piedra donde siempre habían encontrado ropa, calzado y alimentos y en esta ocasión no vieron nada. Miraron para donde ahora se amontonaban las ruinas de la casa de la puerta de madera y en una de las esquinas, vieron a una mujer joven toda vestida de blanco. Era hermosa como una princesa recién engalanada y por eso infundía respeto aunque también irradiaba serenidad y gozo.

Con admiración se fueron acercando a ella poco a poco con la intención de preguntarle. Pero aun más sorprendidos vieron como la joven, comenzó a caminar dirección a la Alhambra, como por un camino que se sostenía en el viento. La llamaron y le pidieron que se quedara pero la joven se fue alejando como hacia las torres de la Alhambra y las nieves de Sierra Nevada. Cuando desapareció, algunos comentaron:
- Puede que sea algunas de las princesas de la Alhambra.
- Aunque sea así, yo sigo creyendo que es un ángel del cielo.

Donde estuvo la casa de la puerta de madera en el barrio del Albaicín, hoy se alza un bonito edificio muy blanco y hermoso. Tiene muchas flores en los balcones de las ventanas y mira como con orgullo, a las torres de la Alhambra. Ninguna de las personas que viven aquí ni los que pasan por las calles, conocen esta historia. Pero en el rincón, al otro lado del tiempo y para la eternidad, permanece fresca.

## **El mirlo blanco** //Pa

I- La tierra no tiene dueño ni la corriente del río ni el viento ni el verde de los árboles. En lo más secreto y aunque pase de mano en mano a lo largo del

tiempo, la tierra y los ríos mantienen su latido eterno.

Y esto ellos, el grupo de personas que vivían al norte de la Alhambra, lo descubrieron un día. Algunos ya lo habían intuido hacía tiempo, cuando cada tarde iban por los caminos o labraban las tierras. Pero aunque con mucha claridad lo intuían y por eso no dudaban de ello, nunca habían podido ni explicarlo ni encontrar las palabras para nombrarlo. Sin embargo, sí cada día se congratulaban y ajustaban sus comportamientos a este secreto íntimo que intuían en el corazón y alma de la tierra que pisaban y labraban. De vez en cuando se decían:
- Es como si, igual que nosotros, la tierra, los ríos, el viento, las rocas y hasta los edificios, tuvieran un mundo íntimo muy vivo.
- Y también como si no le importara ni nosotros ni los que por aquí vinieron y vivieron antes o los que llegarán dentro de mil años.
Y un día, una de las familias de este grupo de personas, pudo ver y oír muy claramente parte de este gran misterio.

Vivía y hacía su vida entre las montañas, al norte de Granada. Mucho más acá de las cumbres de Sierra Nevada y algo retirado de la colina y torres de la Alhambra. En un pequeño valle que el río fragua antes de encajarse hacia Granada, habían construido ellos sus viviendas. Cinco o seis casas, construidas de madera, piedras, cal y adobes de tierra. Y en las tierras fértiles y llanas cerca de estas casas, trazaron acequias y plantaron árboles. También sembraron viñas y muchas hortalizas y con sus animales, burros, mulos y algunos caballos, labraban y recogían las cosechas de estas tierras. Siempre rebosantes de entusiasmo, a pesar de las dificultades y siempre felices por completo aunque solo tenían para vivir pobremente.

Desde el lugar donde ellos tenían sus casas y tierras de labranza, fueron trazando poco a poco algunos caminos. Los más insignificantes, solo para ir de un lado a otro del valle y laderas cercanas. Y otros, para ir a los bosques algo más lejos a por leña. Pero uno de aquellos caminos, sí era mucho mejor y más significativo. Lo trazaron desde el valle, siguiendo las aguas del río, aunque a tramos lejos del cauce y venía buscando la ciudad de Granada, pasando antes no lejos de la colina de la Alhambra. Por eso recorrían este camino con frecuencia. Casi cada día para traer los productos de sus tierras, tanto a los palacios de la Alhambra como a otros sitios de los barrios y ciudad.

Por donde el camino cruzaba unos arroyuelos, ya retirado de las casas y un poco antes de acercarse al río, un día unas personas vieron que nunca antes había visto en estos lugares. Tres hombres, volvían una tarde de sus tierras y regresaban a sus casas cuando, al cruzar el arroyo, levantó vuelo una pequeña ave blanca. Salió de entre las zarzas, trazó algunos zigzags por el aire y rápida se perdió por entre la vegetación, algo más arriba. Uno de los hombres comentó:
- ¡Qué raro! Yo nunca he visto antes por aquí un ave tan blanca. ¿Sabéis vosotros qué clase de pájaro es?
El compañero comentó:
- Por lo que oí contar a mis abuelos, creo que es un mirlo. Pero también me pasa como a ti que es la primera vez en mi vida que lo veo.

Y el tercero argumentó:
- Yo un día oí contar a una persona mayor algo de estos mirlos blancos.
- ¿Y qué decía?
- Él y otros creían que este mirlo blanco aparece por aquí de vez en cuando.
- Y mientras tanto ¿dónde vive?
- Ellos decían que vienen de algún lugar de la tierra, como del corazón mismo de estas montañas, muy secreto.
- ¿Del corazón de la tierra y no de otros mundos y paisajes lejanos?
- Eso creían ellos y por eso decían que esta ave, es en ese lugar donde tiene su nido y que aparece por aquí de vez en cuando, como si viniera por alguna causa concreta o para anunciar algo.

Y aquella tarde, ya no comentaron nada más de este pájaro. Sí al llegar a sus casas, lo hablaron con sus hijos, mujeres y amigos. Al oír la noticia, el joven que cada día venía con su borriquillo desde aquellas tierras a traer productos a la Alhambra, se dijo: "A ver si una mañana, cuando pase con mi borriquillo por el camino del arroyuelo, lo veo. No me creo yo que esto sea cierto ni tampoco me creo que este ave viva en al corazón de estas montañas. Y si fuera verdad ¿cómo podrá vivir tanto tiempo cuando ya, las primeras personas que lo vieron, hace ciento de años que han muerto?

Al otro día, muy temprano, montó en su borriquillo y se puso en camino dirección a la Alhambra, con una buena carga de hortalizas y frutas. Tomó por la senda que discurría por donde los arroyuelos y, venía él todo pendiente por si a su paso levantaba vuelo el mirlo, cuando de pronto algo le sorprendió. Justo al cruzar la corriente, del lado de la derecha y donde la vegetación era muy espesa, levantó vuelo un pájaro. Grande así como una tórtola pero de color blanco por completo y que él no identificó como a un mirlo. Pero sin embargo se dijo: "Será o no ese mirlo blanco que dicen pero la verdad es que, por primera vez en mi vida veo esta clase de ave". Paró el borriquillo, se apeó, lo dejó amarrado a la rama de un sauce y caminó arroyuelo arriba, que era por donde velozmente el ave se había perdido. Y como iba muy sigiloso y con los ojos por completo abiertos por si alzaba vuelo algún pájaro que por allí estuviera escondido, otra vez lo vio. En esta ocasión, el ave levantó vuelo casi de sus pies, de unas zarzas que junto al arroyo crecían. Trazó un par de piruetas en el aire y se fue recto para donde brotaban los manantiales que vertían sus aguas al arroyuelo.

Por este rincón, el terreno era llano y también había como unas pequeñas playas de arena. Y era por aquí precisamente donde vio que el ave blanca se había parado. El animal esperó unos segundos y cuando el joven estaba como a unos diez pasos de él, otra vez levantó vuelo pero ahora no para irse lejos. Asombrado el joven vio que, tal como iba volando, se dejó caer al pequeño charco que se formaba donde las aguas brotaban y por los mismo borbotones de los veneros, desapareció. Restregó sus ojos, miró fijamente intentando convencerse de la realidad que acababa de ver y allí de pie se quedó un buen rato.

II- Hasta que de pronto, le despertó a sus espaladas, la voz de una personas que preguntaba:
- ¿No crees que se acierto lo que acaba de ver?

Miró para su izquierda y, junto a la corriente del arroyuelo del nacimiento, lo vio sentado. Era una persona mayor que no conocía de nada porque nunca antes lo había visto por el valle. Le preguntó:
- ¿Quién eres?
Y hombre mayor, con barbas y pelo blanco, dijo:
- No importa mucho quien sea pero sí quiero decirte algo.
- ¿Qué me quieres decir?
- Que es cierto que el ave blanca que acabas de ver, vive en las entrañas de las montañas. Tú no acabas de creértelo pero ha sido necesario que lo veas para que transmitas el mensaje que voy a revelarte.
- ¿Qué mensaje y a quién?
- A los reyes de la Alhambra. Como vas con frecuencia por allí a llevar los productos que salen de estas tierras, quiero que hoy mismo hables con el rey y le transmita el mensaje.
- ¿Pero de qué encargo se trata?
- De parte mía pero como si fuera cosa tuya, debes decirle que ni la tierra ni el viento ni el agua de los manantiales ni las nubes del cielo, le pertenecen. Que ellos no son los dueños sino Dios y por eso son elementos que pertenecen a la eternidad.

Por un momento el joven se quedó pensativo, mirando al hombre mayor, a la corriente del arroyuelo y a los manantiales por donde se había ido la misteriosa ave blanca. Luego preguntó:
- ¿Y por qué tengo yo que transmitirle estos mensajes al rey?
- Para que se comporte con los demás y haga las cosas de otra manera a como hasta ahora las está haciendo.
- ¿Y si el rey no me creo o se enfada conmigo?
- Ese ya es su problema y por ello tú no debes preocuparte como tampoco lo haré yo. Pero en su momento, el rey no podrá excusarse diciendo que nunca nadie le aconsejó para que precediera con nobleza y rectitud.
- Y a cambio de todo esto ¿qué gano yo?
- Nada o quizá lo mejor porque se te da la oportunidad de que veas y entiendas que en el corazón de estas montañas, de la tierra y del universo, vive un ave blanca que no envejece ni muere con el paso del tiempo.

Volvió a mirar para el manantial del charco por donde el ave se había ido y ahora ya no preguntó nada más. Despidió al hombre mayor, regresó a donde su borriquillo, montó en él y siguió su camino dirección a la Alhambra. Cuando llegó con su carga de hortalizas y frutas, dijo a los guardianes que tenía un mensaje muy importante para el rey y que necesitaba verlo. Los guardianes se lo dijeron al rey y éste recibió al joven y le preguntó:
- Nunca antes nos hemos visto pero sí algunas personas me hablaron de ti y por eso sé quién eres. Todos los jóvenes del mundo y en todos los tiempos, casi siempre tienen ideas nuevas que a veces, pueden resultar interesantes. Por eso quiero oírte. ¿Qué mensaje tienes que transmitirme?

Y el joven, sin cohibirse ante el rey y sin ningún preámbulo, le dijo:
- Yo sé que usted es sabio y está rodeado de personas muy inteligentes pero quiero advertirle de algo muy importante.
Al oír esto el rey abrió mucho los ojos, miró fijamente al joven y le preguntó:

- ¿Qué es eso tan importante que quieres decirme?
- Que su majestad entienda, a partir de hoy que, tanto estos palacios sobre la colina como todo el gran reino de Granada, tienen los días contados.
Sorprendido el rey, preguntó al joven enseguida:
- ¿Y cómo sabes tú eso?
- Lo sé y eso es lo que a usted debe interesarle.
- ¿Pero por qué la Alhambra y todo mi reino tienen los días contados?
- Porque su majestad ha hecho y hace las cosas como si en este suelo todo le perteneciera y por aquí fuera a vivir la eternidad entera. Debe proceder con más nobleza y pensando siempre que nada le pertenece y que todo es solo por un tiempo corto. Y el día que muera, como todas las personas del mundo y en todos los tiempos, se irá de esta tierra desnudo. Sin poderse llevara absolutamente nada. Hágame caso y ya verá con qué fuerza y gozo, continua con vida usted y todo su reino de Granada.

Al oír estas palabras, el rey se indignó. Muy enfadado dijo al joven:
- No te permito que me hables de este modo. Sal ahora mismo de los recintos de estos palacios y darle gracias al cielo que te deje ir sin el castigo. Eres un insolente, maleducado e inculto y por eso te atreves a decirme lo que has dicho. ¡Un rey como yo hacerle caso a un joven ignorante de las montañas como tú!
Pidió disculpa el joven al rey, se retiró con una respetuosa reverencia, salió de los recintos de la Alhambra, montó en su borriquillo, se puso en camino dirección a las tierras de los manantiales y cuando pasó por donde los arroyuelos, miró con la intención de encontrar por allí al hombre que parecía ser el guardián de los manantiales del mirlo blanco. No lo vio ni tampoco al día siguiente ni al otro ni nunca más. Tampoco el joven volvió más por los recintos de la Alhambra a llevar verduras y hortalizas y esto preocupó a las personas del lugar. Le preguntaban al joven y no decía nada. Sí veían que cada día se le notaba como muy preocupado hasta que en una ocasión dijo a sus padres:
- A la Alhambra y al reino de Granada, les quedan dos días y medio.
- ¿Y tú cómo sabes eso?
- Lo sé y eso es lo que importa.

Y a los pocos días, por todo el reino de Granada, se corrió la noticia de que el rey de la Alhambra había sido destronado y expulsado de los recintos amurallados. También había perdido todos los territorios del reino y sus enemigos, solo le permitieron que viviera en un pueblo lejano, al otro lado de Sierra Nevada. Dolió esto mucho a muchas personas y creó mucha angustia y desolación por todo el territorio. No pasado mucho tiempo, murió la esposa del que había sido el último rey de la Alhambra. Y, algo después, este rey desapareció para siempre de la faz de la tierra. En el valle del manantial del mirlo blanco, las personas, una vez y otra recordaban las palabras que el joven con frecuencia les había repetido: “La tierra, el viento, los ríos, los árboles, el cielo y la lluvia, no tienen dueño”.

## **El trozo de muralla** //Ba

Desde muchos puntos del barrio del Albaicín, cada tarde al ponerse el

sol, se le veía. Sentado en todo lo alto del trozo de muralla, siempre solo y, en silencio, mirando pensativo hacia la Alhambra. Y como a muchos les intrigaban porque nadie lo conocían en el barrio, entre sí unos y otros comentaban:
- Será alguien que por aquí tiene familia o alguna persona conocida y acude a este sitio cada día con intención de verla.
- Pero si en el barrio nadie lo conoce ¿Cómo puede tener por aquí familia?
- Pues a mí me dijeron el otro día que vive a otro lado de la muralla y que por ahí es por donde sí tiene familia.
- ¿En qué sitio, al otro lado de la muralla?
- Incluso me dijeron que en aquel lado de la muralla, en algunos momentos, hasta lo han visto pasear en compañía de una persona.
- Pero ¿dónde vive y por qué rincón lo han visto pasear?

- Creo que al otro lado de la muralla, las tierras todas están cubiertas de bosque. Pero que por ahí hay arroyos no muy grandes donde crecen zarzas, juncos y adelfas y, por las partes altas, va una vereda. Muy oculta entre la vegetación y el bosque y que, desde ese trozo de muralla, se aleja como hacia las montañas perdidas en el horizonte. Por esa vereda es por donde lo han visto caminando despacio en compañía de una muy hermosa princesa. Y hasta dicen que cuando va con ella, la mira muy enamorado, le susurra poemas al oído y le da su mano para ayudarle a cruzar el arroyo. Por eso también dicen que además de príncipe y estar enamorado de una princesa muy hermosa, es dueño de un tesoro que nadie por aquí conoce.
Y los que escuchaban los comentarios de este vecino, al oír lo que decía, guardaban silencio. Pensaban cosas y también se esforzaban en imaginar cómo serían los paisajes por donde decían paseaba con su princesa.

Y algunas veces, después de darle muchas vueltas a estas imaginaciones, se volvían a decir entre sí:
- Pues un día, deberíamos ponernos de acuerdo e ir a esos territorios al otro lado de la muralla para ver si son ciertas todas estas cosas que se comentan.
- Claro que deberíamos hacer eso pero yo, lo que de verdad quisiera, es saber en qué sitio exacto vive.
- También he oído que algunos dicen que vive en una pequeña casa de piedra más allá del arroyo que ya he mencionado.
- Pero ahí ¿cómo vive, qué es lo que hace y por qué cada tarde se viene a este trozo de muralla y se sienta a contemplar la puesta del sol frente a la Alhambra?
- Desde luego que es un gran misterio y por eso sí que un día, deberíamos ir y explorar esos lugares al otro lado de la muralla.

El trozo de pared, muy vieja, de tierra y graba y de unos tres metros de alta donde él se sentaba cada tarde, no era gran cosa. Tenía como unos diez metros de larga y estaba muy rota por la erosión de la lluvia y del viento. Por eso, por uno de los lados desmoronados, formaba como escalones. Por aquí era por donde él siempre se subía, escalaba hasta casi el centro del grueso muro y en lo más alto, se sentaba. Siempre dejaba que sus pies colgaran hacia el lado del barrio del Albaicín y sol de la tarde y siempre se cruzaba de brazos y pensativo, inmóvil se quedaba. Metido por completo en su mundo y ajeno a lo que por un lado y otro, iban y venían. Y como nunca, nunca hablaba con nadie, las personas que una vez y otra lo veían, siempre quedaban intrigadas.

Sucedió esto durante mucho tiempo hasta que un otoño ya avanzado, una tarde no lo vieron. Enseguida algunos comentaron:
- ¿Qué le habrá pasado?
- Si tú dices que él tenía su casa al otro lado del arroyo, no lejos del río, a lo mejor las aguas de la tormenta que descargó el otro día la ha arrasado y para siempre ya ha desaparecido.
- Eso son puras conjeturas tuyas.
- Entonces ¿por qué ha dejado de venir por aquí?
- Claro que tampoco lo sabemos.
- ¿Y por qué no, un día de estos, vamos a buscarlo por los caminos, montes y arroyuelos que tantas veces hemos dicho?

Dos días más tarde, tres de los hombres del barrio, se organizaron y a primera hora de la mañana, subieron hasta donde el trozo de muralla. Escalaron por donde él siempre lo hacía y luego saltaron al otro lado. Enseguida vieron los caminos que por ahí se cubrían de monte y no tardaron en encontrar una de las sendas que ellos creían que él cada tarde recorría en compañía de su princesa. Siguieron este camino y al llegar al arroyo, antes de cruzarlo por entre las adelfas, juncos y zarzas, uno de ellos dijo:
- ¿Veis como yo tenía razón? Por este paso era por donde él le daba la mano a la joven que amaba para ayudarle a cruzar el arroyo.
Los compañeros no dijeron nada y sí continuaron avanzando por la senda. Al poco, remontaron un pequeño montículo y al encajarse en todo lo alto, se pusieron a observar. A su derecha y muy en lo hondo, se abría el profundo valle del río Darro, con las torres y murallas de la Alhambra, en todo lo alto de la colina al otro lado. Al frente, descubrieron montañas muy altas y oscuras y más cerca de ellos, sobre un pequeño puntal, vieron las ruinas de un edificio.
- ¿Qué será eso?
Se preguntaron.
- Bajemos por aquella senda y lo descubrimos.

A prisa y muy intrigados, bajaron por la senda y cuando llegaron al montículo, vieron las ruinas con toda claridad. Grandes trozos de pared rotas por la mitad, tablas viejas y muchas piedras a un lado y otro de las paredes en ruina. Y vieron también que desde la desolación del edificio, la senda continuaba descendiendo hacia el río. Por este lado se pusieron y, parándose bajo las ramas de una gran noguera, miraron para el valle del río. Se les ocurrió llamarlo por si estaba por allí cerca pero, después de un rato mirando para donde el río trazaba unas curvas, uno de ellos preguntó:
- ¿Veis vosotros, allá en aquella curva del río por donde la colina se asoma, lo que yo?
- Allí vemos como unos grandes charcos, azules y largos y grandes rocas a los lados.
- ¿Pues sabéis lo que estoy pensando?
- Que a lo mejor se encuentra por ahí.
- Lo que yo pienso es que en esos grandes charcos azules, se bañaba su princesa y una de las veces, las aguas se la ha llevado río abajo.
- ¿Y por qué piensas eso?
- Porque si esto fuera así y él no pudo salvarla, quizá este fuera el motivo de que

cada tarde se subiera en el trozo de muralla y se pasara las horas mirando para la Alhambra y para donde el río se aleja.
- Pero y ahora a él ¿qué le ha pasado?
- Puede que las aguas del río también se lo hayan llevado.

El trozo de muralla de esta historia, poco años después lo repararon. Hoy todavía se ven, en las laderas del Cerro de San Miguel, algunos paños de esta muralla. Los caminos que iban por el bosque, muchos desaparecieron y las ruinas del edificio sobre la colina, ya ni siquiera se distinguen. Sí se ve y aun sigue corriendo, el río Darro a los pies de la colina de la Alhambra. Y también muchas personas mayores del barrio del Albaicín aun comentan que las aguas de este cauce, son fría, claras y misteriosas. Y que esconden cientos de historias y misterios que nunca se han descubierto ni nadie las ha contado.

## **Otoño 2012** //Pa

Al despertar aquella mañana, lo primero que a sus oídos llegó, fue el rumor de la lluvia cayendo. Sobre las hojas del acebo que clava sus raíces justo debajo de su ventana, sobre el asfalto de la calle, por completo solitaria y por entre las ramas de los árboles en la pequeña ladera de enfrente. También mezclado con el tintineo de las gotas que caían, llegaban hasta sus oídos, los trinos de un mirlo, el gorgojeo de unos gorriones y los gritos alborotados de un cernícalo.

Y tal como estaba al despertar, se quedó en la cama, envuelto en las sábanas con olor a otoño y mirando por la ventana, por completo al frente. El otoño estaba recién llegado. Todo el ambiente manaba húmedo y el airecillo corría fresco, con olor a tierra mojada, a setas del bosque y a hojas teñidas de ocre. Meditó un momento mientras se deleitaba en la lluvia que no paraba y miró al cielo. Todo se presentaba color gris y por las laderas de enfrente y algo más lejos, misteriosos vellones de nieblas revoloteaban. Las nieblas del otoño, con el gris de las nubes y la tierra mojada. Y como si rezara al cielo o le hablara a su alma o a sus recuerdos, se dijo:

“Un día más y otro otoño que llega y todo por aquí sin ella. Y como el momento es tan único, con esta lluvia, estos olores a otoño y este airecillo que parece nuevo, quisiera que estuviera. La echo en falta y el corazón la recuerda aunque hoy ya no haya dolor ni nostalgia ni tristeza. Ha pasado ya tanto tiempo y se ha borrado todo tanto que ni dolor siento aunque sí me gustaría que estuviera. Compartir con ella esta lluvia, este olor a otoño, este silencio tan preñado y estos colores grises, ocres y apagados, sería muy emocionante y bello”.

Tal como estaba en su cama, siguió meditando y a su mente acudieron las imágenes de la tarde anterior. Por el Paseo de los Tristes, el río Darro bajaba con una gran crecida. Agua color tierra y hojas secas y donde hacía tan solo unos días se habían bañado y metido sus pies los turistas, todo ahora se veía cubierto por el agua. Las torres de la Alhambra y las murallas, chorreaban la lluvia recién caída y lo mismo los tejados de las casas del Albaicín y los adoquines de las calles. Al fondo y lejos, la Abadía del Sacromonte, se borraba

entre las nieblas y de los racimos de moras en las zarzas, colgaban pequeñas y transparentes gotas de lluvia clara. Por la Cuesta del Rey Chico, caían pequeños arroyuelos y por las laderas del Cerro del Sol, también los pinos se perdían entre las nieblas. Algo más abajo y por donde el final de la Acequia Real de la Alhambra, por el suelo y lavadas por la lluvia, las selvas, los madroños colgando de las ramas y los últimos higos de la temporada en las ya casi desnudas ramas de la higueras. Todo vestido y reflejando el otoño y recién lavado por la fresca lluvia caída unas horas antes.

Por la Carrera del Darro, el famoso y bello paseo que recorre el río desde Plaza Nueva hasta el Puente del Aljibillo, solo algunos turistas iban y venían. Y en la acera, a la altura del Bañuelo, ella, la muchacha extranjera que dibuja cosas en camisetas de mangas cortas y hace bolsos de tela vieja, vendía estos objetos. Aprovechando que la lluvia había parado y algunos turistas pasaban. Al acercarse él, la saludó y le preguntó:
- ¿Cuánto has vendido esta tarde?
- Todavía nada.
- ¿Y esperas tener suerte hoy?
- No mucho pero aquí estoy.
- ¿Y mañana?
- Solo Dios lo sabe. Yo soy como las gaviotas: libre y viajera y por eso no me hago vieja en ningún sitio.

Recordó que ella es francesa y se llama Jessica. También recordó que la otra joven, la que tallaba un molde en una tabla de madera especial y sentada en el muro del Puente del Aljibillo, es de Argentina. Oía música, miraba a las torres de la Alhambra, tallaba con el punzón y esperaba algo. Se paró junto a ella y le preguntó:
- ¿Cómo te llamas?
- Lili es mi nombre y me he sentado aquí para hacer este trabajo porque este sitio me gusta mucho.
- ¿Qué es lo que encuentras tú en este sitio?
- Desde aquí veo las torres y murallas de la Alhambra clavadas en lo más alto de la colina, observo el río que corre a mi derecha, miro a la tarde que cae por lo alto de las torres de las iglesias, tengo las casas del Albaicín a mi derecha, este puente y este rincón tan singular, el bosque que cae desde los alto de la colina de la Alhambra, las viejas casas todavía por la orilla de este río y el misterio que por todo estos sitios parece manar, para mí es fascinante. No creo que en otras partes del mundo exista algo parecido a esto.

Durante unos segundos más estuvo allí junto a ella mientras observaba su trabajo y descubría la belleza de su cara, con el fondo del río y las torres de la Alhambra en la colina. Luego la despidió deseándole suerte y unos metros más arriba y en el mismo puente, se encontró con él. Y como intuyó que estaba como desorientado, le preguntó:
- ¿Buscas algo?
El hombre lo miró y le dijo:
- Un amigo mío, hace ya mucho que se marchó de Granada. Donde vive ahora se ha quedado sin trabajo y como no tiene dinero para pagar su casa ni tampoco para comer, quiere regresar. Me ha pedido que le busque trabajo aquí en

Granada y eso estoy haciendo.
- ¿y has encontrado lo que buscas?
- He recorrido todo el barrio y por toda la ciudad casi casa por casa y ahora voy a seguir por aquí para continuar preguntando. Nadia todavía me ha ofrecido nada pero yo no pierdo la esperanza porque este amigo mío tiene que volver.

Y en este momento, tal como estaba recostado en su cama y mirando por la ventana, hasta sus oídos llegó los cantos del mirlo del acebo. Se dijo: "Ahora no es cuando los mirlos cantan pero éste, con la lluvia que cae y el olor a otoño que tiembla en el aire, quizá se alegre y lo celebre de esta manera. Y desde luego que el día y el momento es hermoso y rebosa misterios y tristeza".

Y a su mente, justo ahora, acudió la imagen del grupo de jóvenes de la cueva del cerro. En las partes altas del río Darro y donde nadie llega y todo está como oculto entre el bosque y los arroyuelos. Otra vez se dijo: "Cuando ahora termine de levantarme y aunque la lluvia continúe, voy a ponerme en camino para ir a ver aquello. Están entusiasmados ellos viviendo en aquel lugar y hasta parece que tienen algo que los demás desconocemos".

## La Alhambra como regalo //Aj

La casa se alzaba por donde hoy se extiende el barrio del Albaicín. Casi en lo más alto de la colina y sitio por donde se encuentra la calle de S. José, un poco a la derecha. En este punto, uno de los más hermosos en el barrio y desde donde se ven las más amplias vistas. Hacia el sol de la tarde, se ve toda la ancha Vega y, en primer plano, parte de la Granada moderna. Hacia Sierra Nevada, se ve cerca y al frente, la colina de la Alhambra, el río Darro y laderas que caen hacia este cauce. Y hacia el norte, se ve toda la cuenca de este río de la Alhambra y las dos colinas que lo escoltan a los lados.

La casa no era pequeña. Se alzaba en la parte de arriba de un trozo grande de tierra que usaban como huerto, jardín con fuentes y cascadas y un pequeño paseo. Era por esto, en aquellos tiempos, uno de los sitios más bonitos del barrio del Albaicín. La envidia de casi todos los vecinos que continuamente le decían al dueño:
- No sabemos cómo lo consigues pero tu casa y la tierra que junto a ella tienes, es todo un paraíso en miniatura.
- Pues lo consigo a base de esfuerzo, trabajo y empeño.
- Eso lo sabemos y también nosotros lo llevamos a cabo pero a ti parece que el cielo te tiene bendecido.
- Algo de eso sí que es cierto porque mi mujer y mi hijo, solo me dan alegrías.

El hijo tenía ya unos catorce años y nunca se apartaba del padre. En la carpintería que el padre tenía un poco más debajo de donde la casa y el terreno, siempre estaba ocupado en algo. Ayudando en todo lo que le pedía el padre y, en sus ratos libres, construyendo juguetes para los niños de los vecinos. También en sus ratos libres, con el permiso del padre y la aprobación de la madre, dedicaba bastante tiempo a las tierras propias por debajo de la casa. Le decía a la madre:

- Como este terreno se encuentra en ladera y tiene buena pendiente, entre los dos naranjos y el laurel, voy a construir una cascada.
- ¿Y el agua?
- Con la que regamos el huerto y alimentamos a la fuente, tengo bastante. Desde la acequia de la calle, la voy a conducir primero hacia mi cascada y luego la repartiremos por las tierras del huerto y para la fuente. ¿Qué te parece?
Y la madre le decía que era un interesante sueño.

Por eso él se entusiasmó y cada tarde, cuando terminaba el trabajo en la carpintería y el padre le decía que ya estaba libre, salía rápido y aprisa sabía por la calle, llegaba al terreno y se ponía a imaginar y a dar vueltas en su mente a la cascada de sus sueños. Con el mayor entusiasmo del mundo y no le importaba ni el trabajo ni el tiempo que a este quehacer dedicaba. También decía al padre:
- Estoy seguro que luego, cuando ya tenga mi obra terminada, todos mis amigos van a venir a verla y a disfrutarla.
- Tu sueño no solo es interesante sino también algo muy bueno para el alma.
- ¿Y eso?
- Dedicar esfuerzo, trabajo y tiempo a mejorar el mundo y contarle al mundo como te gustarían que fueran las cosas, es lo más noble. Por eso tu sueño es doblemente interesante.
Y después de mucho trabajo y largos ratos dándole forma a la acequia que había imaginado, por fin un día la terminó. Abrió el agua en la acequia principal y dejó que corriera y al llegar a la pequeña torrentera, el líquido cayó suave pero con la suficiente fuerza como para forma una pequeña cascada. Se dijo: “Exactamente tal como lo había imaginado. Me gusta y ahora, solo hace falta rematar esta obra mía con ese detalle que vengo pensando”. El asiento que había imaginado era como un pequeño sillón, justo a unos metros de la cascada, mirando para la colina de la Alhambra y construido con los materiales más nobles.

Así que en aquel mismo momento, se puso y comenzó la faena en las tierras de la torrentera. Luego, aquella misma tarde y en las dos siguientes, bajó al río Darro y buscó las piedras apropiadas para lo que tenía planeado construir. También se acercó a las montañas y recogió piedras bonitas y con formas originales y a los conocidos les decía:
- Si de vuestras casas o de alguna obra que conozcáis, os sobran piezas de mármol, regalármelas.
- ¿Para qué la quieres?
- Estoy levantando una pequeña obra de arte y las necesito. Ya la veréis cuando la tenga terminada.
Y uno de los vecinos le dijo:
- Si vas por los recintos de la Alhambra y hablas con los arquitectos y maestros de obras, quizá ellos puedan darte algunos trozos de mármol o cerámica que necesites.
- No lo había pensado pero ahora que lo dices creo que puede serme útil.

Subió él al día siguiente por la cuesta conocida como Rey Chico y cuando llegó a los recintos de la Alhambra, pidió permiso y lo dejaron que hablara con algunos de los maestros de obras. Construían, por aquellos días, varios palacios con sus fuentes, albercas y jardines y por eso, sí que había

trozos de distintos materiales por muchos sitios. Buscó a uno de los maestros de las obras y le dijo:
- Para un pequeño proyecto personal que tengo entre manos, necesito algunos trozos de pedernal, mármol o cerámica. ¿Puedo coger de por aquí lo que a vosotros ya no os sirva?
Y el maestro le dijo:
- Estas obras son del rey y las realiza para un regalo a la princesa. Tendrías que hablar con ellos a ver qué te dicen.
- ¿Y dónde están ellos?

Con una de sus amigas, en aquellos momentos, la princesa paseaba cerca, revisando los jardines que por el lugar ya habían sembrado. Al verla el encargado, dijo al hijo del carpintero:
- Esa joven que va por ahí, es la princesa. Habla con ella y le preguntas lo que quieras.
Miró él a la muchacha y enseguida advirtió que la princesa era muy joven. Se dijo: "Quizá sea mucho más joven que yo y, además de hermosa, se le ve cara de buena. Voy a saludarla y le pregunto. Total ¿qué puedo perder?" Se fue para donde la muchacha paseaba con sus amigas, le salió al paso, la saludó con una reverencia y enseguida, sin más rodeos, le explicó el motivo de su presencia. La joven princesa, al notar la sinceridad y buenos modales del muchacho, le preguntó:
- ¿Y para quién es esa obra que haces tú?
- Solo para mí. Y tengo pensado, cuando este sillón que proyecto junto a la cascada, esté terminado, algo que por ahora deseo mantener en secreto.
- Y sí yo un día voy a tu jardín particular y me apetece sentarme en ese sillón ¿podré hacerlo?
- ¡Claro que sí!

Pensó un momento la princesa y luego dijo:
- De acuerdo. Di a encargado de estas obras que de parte mía, te dé los trozos de mármol y piedras que necesitas. Pero antes de hacerlo quiero pedirte algo.
- ¿Qué es?
- Desde hace tiempo, deseo que alguien me regale la Alhambra. Se lo he dicho mil veces a mis padres y lo único que se le ha ocurrido es construirme un pequeño palacio. Y aunque esto es interesante, no me deja por completo satisfecha. El regalo que a mí me gustaría que me hicieran, es otra cosa. ¿Tú puedes ayudarme?

Durante unos segundos el joven pensó algo. Luego siguió hablando con la princesa y le dijo:
- Se me acaba de ocurrir algo que ahora mismo no puede contarte. Pero si tú me das lo que estoy buscando y necesito para mi proyecto, quizá en algún momento yo podría conseguir para ti el regalo que me has dicho.
Miró la princesa muy detenidamente al joven carpintero y después de unos segundos, volvió a decir:
- No sé cómo lo conseguirás pero voy a confiar en tus palabras. Llévate lo que necesitas y cuanto tu obra esté terminada, vienes y me lo dices. Quiero ir a tu jardín particular para verla.
No hablaron más en aquel momento. La princesa despidió al joven aclarando

que sus amigas la esperaban y éste, se fue y al encargado le repitió lo que la pequeña le había dicho. El encargado le dijo al instante:
- Pues sin ningún problema. Busca por aquí eso que tanto necesitas y todo lo que encuentres, puedes llevártelo.
Agradeció el joven la generosidad al encargado y al instante se puso a buscar trozos de piedras, de cerámica y de mármol. En una vieja bolsa de esparto, fue metiendo todo aquello que encontraba y creía útil para su obra. Pasado un buen rato y cuando ya tenía muy buenos trozos de mármol blanco, bajó por la cuesta del barranco, cruzó el río por el puente de piedra, subió por las callejuelas del barrio y cuando llegó al jardín de su casa, soltó la carga y se puso a cavilar para encontrar la mejor manera de colocar los trozos de material.

Aquel mismo día, construyó un buen trozo del asiento que soñaba junto a la cascada. Y según lo iba levantando lo miraba y remiraba y se decía: “Me está quedando precioso. Tanto que cuando mi pequeña amiga venga por aquí y lo vea, seguro que también se quedará encantada”. Y en ese justo momento se dio cuenta que ahora en el corazón le había nacido una pequeña ilusión. Pensaba en la princesa y le parecía que todo su ser se llenaba de alegría y las ganas de construir el sillón, también eran muchas más. Como si de pronto, la vida se le presentara mucho más hermosa, bella y mágica. Por eso, al día siguiente, volvió otra vez a la Alhambra, buscó por entre las obras y en esta ocasión encontró bonitas y muy variados trozos de cerámica. De nuevo cargó con ellos y al llegar al río, después de acercarse a la corriente, se paró. A descansar y a lavar algunos de los trozos que traía para que estuviera más brillantes. Y estando lavando estos trozos, miró para la Alhambra y al ver las torres clavadas en todo lo alto de la colina, vino a su mente la imagen de la princesa, ahora su pequeña amiga. Se dijo: “No solo voy a construir para ella el sillón más bonito del mundo sino que también, el día que ella venga y se siente junto a mí frente a la Alhambra y cerca de mi pequeña cascada, tengo que darle la más agradables de las sorpresas”.

No compartió con nadie esta nueva ilusión que de pronto había brotado en su corazón. Sí al padre en la carpintería, una tarde le dijo:
- Se me ha ocurrido hacer, con los trozos de madera que nos sobren de la construcción de muebles, puertas y ventanas, algo que de pronto me he imaginado. ¿Puedo?
- Estos trozos de madera que ruedan por el suelo o echamos a la lumbre, puedes usarlo para lo que quieras. Pero ¿qué es lo que has pensado hacer?
- No tiene mucha importancia y a lo mejor luego tampoco sirve para nada pero estoy ilusionado y por eso quiero intentarlo. Ahora no te digo lo que es porque pretendo que sea un secreto.
- Pues lo que tú quieras. Puedes trabajar en este secreto tuyo en los ratos libres igual que haces con el sillón que construyes junto a la acequia de la torrentera del huerto.

Y en aquel mismo momento, se puso y lo primero que hizo fue, en una tabla un poco grande, trazar algunos dibujos. Luego buscó trozos de madera que no tenían utilidad y los fue juntando en un rincón de la carpintería. Donde no estorbaban y separándolos por tamaños, grosor y colores. También, unos días más tarde, a un amigo suyo le pidió que cuando trajera leña de los bosques para

venderla por el barrio, si encontraba algún tronco grueso, se lo guardara.
- ¿Para qué los quieres?
Le preguntó el amigo.
- Para algo muy interesante que tengo entre manos.
- Y en tu carpintería ¿no tienes trozos de madera y tablas viejas?
- Sí que tengo todo esto pero necesito lo que te he pedido para algo muy concreto.

Mientras en su carpintería, poco a poco iba dándole forma a lo que en su mente había imaginado, no abandonaba ningún día el asiento junto a la cascada. Tampoco paró de ir y venir a la Alhambra a recoger los trozos de piedras y mármol que desechaban en las obras. Siempre que se movía por estos rincones, miraba a un lado y otro con la ilusión de ver a la joven princesa que no podía apartar de su mente. Sin pretenderlo, de vez en cuando, en su corazón susurraba: "Además de bella, parece buena, sus manos y cara tienen la piel fina y blanca y su cara es luminosa. Cuanto me gustaría ser un buen amigo de ella". La construcción de su asiento frente a la Alhambra, avanzaba cada día más y también brotaban y daban las primeras flores las plantas en el pequeño jardín que fue sembrando cerca del sillón. Y por entre los árboles del pequeño huerto, todo como si de alguna manera el cielo, la naturaleza, sus amigos y su familia, estuvieran con él colaborando. Y estos resultados, cada día le animaban más, junto con los pensamientos de su amiga la princesa de la Alhambra.

Por fin, una mañana de los primeros días de septiembre, daba por terminado tanto el asiento como lo que en la carpintería construía en secreto. Dijo a su padre:
- Ahora que el otoño llega, es el mejor momento para que la princesa de la Alhambra venga y lo estrene.
- Como tú, eso es lo que yo creo. El otoño en Granada, es lo más hermoso y observado desde aquí y con el fondo de la Alhambra, tiene un encanto especial.
- Mañana mismo voy a volver otra vez a la Alhambra en busca de mi pequeña amiga la princesa que allí he conocido. Hablaré con ella y le diré que venga cuando quiera porque yo por aquí todo lo tengo preparado.
- ¿Y cómo piensas que vendrá ella?
- Yo creo que vendrá acompañada de alguna dama o quizá de sus padres, los reyes de la Alhambra.
- Pero nosotros no tenemos nada que ofrecer si se presentan en nuestra casa los reyes que dices.
- Ya sabes que yo sí tengo un regalo para la princesa, cosa que le prometí y también la cascada y el sillón en el jardín.

Y el padre guardó silencio. Dejó, una vez más, que el hijo siguiera soñando y que las cosas discurrieran según él esperaba. Por eso, esperó también ilusionado, junto con su mujer. Dejaron que el joven, al día siguiente, fuera a la Alhambra y que transmitiera a la princesa de sus sueños, lo que tanto le ilusionaba. No pudo verla ni hablar con ella pero los guardias sí le dijeron:
- ¿Es que tú te piensas que la princesa puede recibir y hablar con cualquiera?
- Yo no soy un cualquiera. La conocí hace tiempo y soy su mejor amigo.
- Vete con el cuento a otra parte que aquí no te conocemos.

Y el joven, triste y desanimado, se retiró de los palacios y volvió a su casa en el barrio del Albaicín. Nada comentó con sus padres de lo que le había pasado y sí, al día siguiente, desde su carpintería subió el bonito regalo que para su princesas había hecho. Lo puso sobre el asiento y durante un buen rato miró triste para la Alhambra. Se dijo: "Mi bella princesa, soñaba que vinieras y compartieras conmigo estos regalos que para ti he construido. Pero ahora, nada sé de ti y por eso pienso que todo esto por aquí ha quedado sin sentido. ¿Por qué no he podido verte?" Y nadie respondió a esta pregunta. Sí en el sillón y con el regalo que en la carpintería había hecho, estuvo sentado durante mucho rato. Mirando para la Alhambra, soñando con ella y deseando en su corazón que viniera.

Se hizo de noche y apenado, entró a su casa. Desde la ventana de su habitación, durante un buen rato, estuvo contemplando las estrellas y la luz de la luna bañando las torres de la Alhambra. Luego se acostó y mientras cogía el sueño, pensó y pensó en su princesa. Tuvo un sueño y sin saber cómo, de pronto la vio sentada en el sillón junto a la cascada. Se acercó él y le ofreció el regalo diciendo:

- Ten, esto es lo que te prometí.

La pequeña princesa retiró el fino pañuelo de seda que cubría el regalo que le ofrecía su amigo y al ver la maqueta de madera, dijo:

- Es la Alhambra en pequeño pero perfecta. ¿Cómo lo has conseguido?
- Como mis manos y pensando en ti en todo momento.
- Pues te ha salido de lujo. Nunca hubiera imaginado una maravilla como ésta.

Y la pequeña princesa, se levantó del sillón, se acercó al joven, le regaló un sincero beso y le dijo:

- Eres el más bueno y mejor amigo que nunca he tenido. Gracias por tratarme con tanto amor y respeto.
- ¿De verdad te gusta el regalo que para ti he hecho?
- Es precioso este sillón, la cascada que tiene cerca, el pequeño jardín y, sobre todo, esta maqueta de madera con todas las torres y palacios de la Alhambra. Creo que todo esto tiene un valor único porque lo has hecho para mí y sin esperar nada a cambio.
- Solo quería compartirlo contigo y verte feliz, sentada en este sillón frente a la Alhambra.
- Y lo has conseguido. Eres muy bueno.

Unos ladridos de perros, lo despertaron cuando ya el sol caía sobre las torres de la Alhambra. Rápido se incorporó, abrió la ventana y miró ilusionado. Vio solo la pequeña cascada, el sillón construido con trozos de mármol y sobre él, la flamante maqueta de madera. Miró para el jardín por si ella se había refugiado por entre las flores y no la encontró. Triste miró luego para la Alhambra y la imaginó en una de las altas torres, rodeada de sus doncellas y entre alfombras y cortinas de seda. La madre del joven, al verlo triste y pensativo, se acercó y le dijo:

- Tú no te preocupes, hijo mío. Tener sueños en la vida como el tuyo, no solo es hermoso sino vital. Y a veces, quizá siempre, es mucho mejor que estos sueños nunca se hagan realidad. Para que la fina belleza y sentimientos que en estos sueños palpitan, nunca se manche y así queden eternos en el corazón, en el alma y en las regiones de la eternidad. Lo de la princesa, tu sillón y el regalo que

has hecho para ella, es la historia más bella que nunca ha ocurrido en este barrio de Albaicín.
Y el hijo miró a la madre, se abrazó a ella y le dijo:
- Pero mi princesa es tan buena que yo sé que algún día vendrá a compartir conmigo estos regalos.

## El valle de las higueras //Pa

En la Alhambra, un día el rey tuvo noticias del gran valle y al saber de su belleza, abundancia en agua y árboles frutales, enseguida dijo:
- Que vaya por allí el mejor arquitecto de estos palacios y que recorra todo aquello. Que levante planos y ponga nombre a los sitios y elija el mejor lugar para alzar un lujoso palacio.
Y uno de los principales generales, preguntó:
- Pero majestad, con los árboles que por el lugar crecen ¿qué hacemos?
- Ordeno que se elija el mejor sitio para la construcción del palacio que he dicho y todos los árboles que haya en ese lugar, a cortarlos. Los que se encuentren por el lado de arriba y por el lado de abajo, hay que salvarlos. Nos servirán luego como jardín para el recreo, lo mismo que las acequias, manantiales y arroyuelos.
- ¿Y si aquellas tierras tienen dueños?
- Le hacéis saber que yo, el rey de la Alhambra y del todo el reino de Granada, quiero construir ahí mi palacio. Y por lo tanto, a partir de este momento, el único dueño de todo ese valle, soy yo y nadie más. ¿Queda claro?
- Sí majestad, queda muy claro.

En tiempos de los reyes de la Alhambra, el lugar era un paraíso hermosísimo. Al levante de Granada y más acá de Sierra Nevada, se extendía entre cauces y colinas. Por el lado del sol de la mañana, se elevaban tres altos cerros llenos de espesa vegetación y a sus pies, nacía el valle. Justo donde también brotaban muchos manantiales de aguas frescas y claras y donde el terreno ya comenzaba a ser llano. Desde los veneros descendían las tierras cada vez más llanas y se abrían como en abanico, escoltadas a los lados por dos colinas que hacían como de fronteras al sur y al norte. También con sus laderas tupidas de monte y abundantes manantiales en las partes bajas.

Y como los terrenos del valle, además de ricos en agua eran también muy fértiles, por aquí crecían gran variedad de plantas. Árboles frutales como avellanos, encinas, almendros, castaños, perales, moreras y también frondosas higueras. Las más vigorosas higueras que por aquellos tiempos se conocían en el reino de Granada. A la sombra de estas higueras y junto a los cauces de agua, crecían esparragueras, alcaparras, viñas y algunos olivos. Por eso el gran valle, además de rico en tierras muy buenas, muchos y copiosos manantiales y corrientes cristalinas, era verde y fresco y siempre olía a puro cielo. Porque el orégano, los tomillos, el cantueso, los romeros, la mejorana y el espliego, también crecían por doquier, en todas las épocas del año.

Desde los recintos de los palacios de la Alhambra, el mismo día que el rey ordenó la preparación de su nueva mansión en el corazón del valle, hacia este lugar partió un pequeño grupo de soldados. Acompañando al mejor de los

arquitecto y guiados por el general de máxima confianza del rey. Unas horas más tarde llegaron al valle, entrándole por el lado de abajo y subiendo por las veredas que discurrían al borde de los ríos. Cuando llegaron al centro del valle, donde varios arroyuelos se juntaban, se pararon. El arquitecto con el general, recorrió el terreno, dibujó algunos planos y luego siguieron subiendo. Llegaron hasta las orillas de las montañas que rodeaban al valle por el lado del levante y al ver la densa vegetación, árboles centenarios, los arroyuelos y alfombras de hierba verde, el arquitecto dijo:
- Ya está decidido: levantaremos el palacio justo en el centro de este valle. Donde las corrientes de las aguas se remansan y son hermosas las playas de arena fina, decoradas por las cascadas.
Y uno de los soldados preguntó:
- Señor, cuando veníamos subiendo por las sendas del río, a la derecha nuestra, yo he visto dos cosas que podrás sernos útiles o no.
- ¿Qué es lo que has visto?
- Por una de aquellas laderas, iba un pequeño rebaño de cabras y un hombre las guiaba. Y más abajo, me pareció ver un magnífico huerto repleto de higueras centenarias. ¿Qué podría pasar con ese rebaño de cabras y esas higueras si construimos aquí el palacio que el rey ha ordenado?
- No te preocupes tú por eso. El rey nos ha dado poderes para que por aquí hagamos y deshagamos como a nosotros nos parezca.
- ¿Pero y si esas tierras, esos animales y esas higueras tienen dueño?
- Se lo quitaremos todo, por las buenas o por las malas. Nadie debe oponerse a los deseos del rey.
El soldado y todos los allí presentes, guardaron silencio.

Al caer la tarde, todos volvieron a la Alhambra. El general y el arquitecto, informaron al rey de lo que habían visto y observado y éste ordenó que enseguida comenzaran las obras de su palacio. Al día siguiente, desde la Alhambra, de nuevo fueron al valle muchas personas y el arquitecto con ellos. Inmediatamente dieron comienzo las obras del palacio, mientras el general con dos de los soldados de confianza, se fue a recorrer las tierras de un lado a otro. Por donde el huerto de las higueras, encontraron una pequeña casa y junto a ella, un corral de ramas secas y el rebaño de cabras dentro. En la casa vieron a un hombre con su mujer y su hijo que al ver a los militares, se asustaron. El general le preguntó al hombre:
- ¿De quién son estas cabras y ese tan magnífico huerto de higueras?
- Todo es mío, señor. ¿Qué se le ofrece a usted?
- Solo decirte que desde ahora mismo ya no te pertenecen ni estas tierras ni las higueras que estamos diciendo.
- ¿Y cómo es eso?
El general explicó, muy brevemente, lo que en el valle había decidido hacer el rey de la Alhambra y al terminar, el hombre de las cabras preguntó:
- ¿Qué será de las tres o cuatro familias que viven en las cuevas, en la partes altas de este valle?
- ¿Qué hacen ahí esas familias?
- Son los dueños de muchas de estas tierras y viven de las cosechas que de estos lugares sacan.
- Pues a partir de hoy, ya sabes lo que les espera.
- ¿El rey les quitará sus huertos y los echará del valle?

- Tú acabas de decirlo.

Tres días más tarde, los habitantes de las partes altas y dueños de casi todas las tierras del valle, tuvieron que irse del lugar. Humillados y perseguidos por los soldados del rey y desposeídos de todas sus pertenencias. Ni siquiera un centavo le dieron por el terreno arrebatado. Pero el hombre de la pequeña casita, dueño del rebaño de cabras y del huerto de las higueras centenarias, con fuerza, le decía al general:
- En estas tierras nacieron mis antes pasados y vivieron mis abuelos, mis padres y ahora yo. Y como me pertenecen no solo por derecho sino también por las vivencias que en estos lugares tengo, de aquí no me voy.
Al oír esto, muy enfadado, el general gritó:
- ¿Te atreves a desafiar al rey de la Alhambra?
- Al rey y a quien sea necesario. Y no es por faltarle al respeto pero con la injusticia, mire usted señor, yo no puedo.
- Ahora mismo no voy a discutir más contigo porque yo soy general de los ejércitos de la Alhambra y tú eres un don nadie. Pero quedas advertido: tu actitud rebelde, va a ser la desgracia de tu vida y familia.

Con los soldados que le acompañaban, el general se alejó del lugar. Unas horas más tarde, un grupo de hombres, levantaban una pequeña pared de piedra por la parte de abajo del huerto de las higueras. Siguieron con la construcción de esta pared hasta que la hicieron pasar a solo unos metros de la casa y el corral de las cabras y luego continuaron construyendo ladera arriba hasta lo más alto de los montes. Pasados unos días, el hombre dueño de las cabras y de las higueras, de parte del general, recibió un mensajero que le dijo:
- Todas las tierras, manantiales, árboles y plantas que hay desde esa pared hacia el centro del valle, son del rey de la Alhambra. Y el general me ha dicho que ni tus cabras ni tú se os ocurra pasar por ahí.
- Pero esas higueras son mías de toda la vida. ¿Por qué no voy a coger de ellas todos los higos que quiera?
- Yo solo he venido a transmitirte lo que he general me ha dicho.

Al día siguiente, el hombre de la casa blanca junto al río, dio suelta a su rebaño de cabras para llevarlas a ramonear donde siempre habían pastado. Rodeó la pared de piedra pero al pasar por donde las higueras, saltó esta pequeña muralla y se fue a coger los higos que colgaban de las ramas. Sin miedo ninguno a lo que el general hiciera o dijera, llenó su zurrón y luego siguió remontando por la ladera, guiando a sus cabras hacia las partes altas. Y subía por el puntal de los romeros tranquilamente mirando, de vez en cuando para el valle cuando, al pasar cerca de un rodal de monte muy espeso, sintió ruidos. Se volvió para atrás y preguntó:
- ¿Quién anda ahí?
De la espesura del monte salió el general con una gran espada en sus manos y se acercó al hombre diciendo:
- Soy yo y vengo a luchar contigo cara a cara.
- ¿Y por qué tengo yo que luchar con usted?
- Has desafiado al rey y a mi autoridad entrando a coger higos a las tierras que te son prohibidas.
- Tanto esas tierras como las higueras, ya le dije que me pertenecen de toda la

vida. No he robado a nadie sino que he cogido lo que es mío.
- Como el otro día, hoy tampoco voy a discutir contigo. Coge tu garrote y defiéndete porque voy a luchar contigo hasta quitarte la vida.
- Si usted quiere luchar, hágalo pero yo, ni lo haré ni me defenderé. Mi guerra con usted y el rey de la Alhambra, no es por odio ni venganza ni tampoco porque los considere mis enemigos o porque pretenda apoderarme de lo que no es mío. Solo defiendo lo que me pertenece y usted, en nombre del rey de la Alhambra, quiere quitarme a injustamente.

Y el general, sin más dilación ni argumentos, se dejó ir hacia el hombre, espada en manos, la alzó todo lo que pudo y luego la dejó caer con todas sus fuerzas sobre el cuello del hombre que sí consideraba su enemigo. Dando un desgarrador grito, el hombre dueño del huerto de las higueras del valle, cayó al suelo bañado en sangre y muriéndose a chorros limpios. Frente al cuerpo agonizando, se quedó el general hasta que vio que el corazón de su enemigo ya no latía. Luego se alejó y le dijo a los soldados que por entre el monte y las encinas le esperaban:
- ¡Desafiar al rey y desafiarme a mí! ¿Qué se había creído este ignorante, desgraciado y sin cultura?

El palacio del valle de las higueras, que fue como le pusieron de nombre, se alzó majestuoso en el centro de estas tierras. Y durante muchos años, fue la residencia de recreo tanto del rey como de sus amigos y otras personas. Y unos y otros, siempre se jactaban de ser dueño de la honda y limpia belleza del valle, de los ríos de aguas claras, del huerto de las higueras centenarias, avellanos, almendros y olivares. Pasado el tiempo, como tantas otras cosas en la Alhambra, alrededores y en esta vida, este gran palacio quedó por completo abandonado. Poco a poco se fue desmoronando hasta que desapareció por completo. Sin embargo, los ríos, aun por ahí siguen corriendo y los árboles y pájaros, continúan poblando las tierras de este rincón de Granada.

Hoy, nadie sabe ni siquiera el nombre de aquel general ni glorifican las hazañas del rey pero sí el tiempo ha conservado y aun perdura, la gran belleza de ese valle. Lo que fue el alimento y la vida del hombre de la casita blanca junto al río y su familia y las demás personas que vivían en las partes altas. La ciencia no puede todavía demostrarlo pero de alguna manera, sí el espíritu intuye, que aquellas personas siguen siendo dueños y disfrutando de lo que les pertenecían y les robaron injustamente. Y todo ello, como regalo del cielo y para toda la eternidad y no así para el gran rey y su fiel amigo el general.

## La rosa del río Darro y la muchacha de la flauta //Aj

Bonito relato, basado en un hecho real, en cuatro pequeños capítulos y un poema.

| | | |
|---|---|---|
| Tocaba su flauta | A la tarde siguiente<br>ya no estaba, | Pero nadie supo quién era<br>y sí junto a las aguas |

| | | |
|---|---|---|
| junto al río, bajo el puente,<br>frente a la Alhambra<br>y la corriente,<br>cristalina pasaba.<br>La tarde caía<br>misteriosa y mágica<br>y el vientecillo que subía<br>desde Granada,<br>se enredaba en su pelo<br>oro y plata. | sí el río cristalino<br>y la Alhambra<br>y el silencio purísimo<br>que la llamaba.<br>Dijeron algunos de ella<br>que parecía un hada,<br>misteriosa princesa<br>que por aquí buscaba<br>su sueño y esencia<br>y la luz del alba. | y el viejo puente de piedra,<br>se quedó su alma<br>y los sonidos dulcísimos<br>de su flauta.<br>Y desde aquel día hasta hoy,<br>cada tarde que pasa<br>la llora el río,<br>las torres de la Alhambra,<br>el alma que la sueña<br>y Granada. |

**I- La rosa**

Ocurrió una bonita tarde junto al puente del Aljibillo. El puente que, desde el Paseo de los Tristes, da entrada a la Cuesta del Rey Chico y al Camino de la Fuente del Avellano. Y sucedió justo en el primer día del mes de septiembre y por donde aquella tarde el viento corría fresco. Como impregnado con los primeros olores del otoño y también como anunciando las primeras tormentas que casi todos los años por estas fechas, caen aquí en Granada. Y el hombre se preparaba para recibir y vivir estos acontecimientos porque sabía que, aunque el verano en esta ciudad de la Alhambra, es hermoso y único, también tenía experiencias de la magia que los otoños, todos los años, despliegan en estos lugares. Por todos los rincones de Granada pero más por donde el río Darro corre a los pies de la Alhambra, reflejando los tonos y llenando de música estos paisajes.

Y él, enamorado como ninguna otra persona de la naturaleza y de los mil matices que la naturaleza siempre regala, soñaba algo esta tarde. Mientras leía algunas historias que narraban los últimos acontecimientos de los reyes de la Alhambra: vicisitudes de Boabdil, de Aixa, su madre y señora repudiada, de Moraima, la esposa de Boabdil y las desgracias que vivió a lo largo de toda su vida y de los lugares donde al final fueron enterrados muchos de los reyes de la Alhambra. Leía despacio todos estos relatos, sentado en el mismo muro del puente del Aljibillo y, de vez en cuando, descansaba un poco, miraba para las torres de la Alhambra, en todo lo alto de la colina y se concentraba en los sonidos de una flauta. Salían de debajo del puente en el que estaba sentado. Se encontraba algo intrigado porque, aunque miró varias veces por donde el río trazaba su corriente a su paso por el Paseo de los Tristes, otros días sí pero esta tarde no veía a nadie por aquí. Otros días, al caer las tardes, sí que había visto por aquí a jóvenes, a veces en grupo y otras veces solos, tocando algún instrumento musical. Pero hoy no, toda la orilla del río estaba solitaria. Solo la corriente del cauce que suave avanzaba por entre las sombras del sauce y los dulces sonidos de la flauta. Se preguntó: “¿Quién la tocará y por qué hoy y en este lugar? Y hasta parece como si brotara de la corriente misma de las guas”:

Volvió a mirar para las torres de la Alhambra y luego agachó su cabeza para seguir leyendo. Y estaba él centrado en su lectura cuando de pronto, por donde en el muro se clava el tronco del viejo almez, asomó. Era una mujer algo mayor, con el pelo recogido, vestida de azul y de estatura baja. Caminaba acercándose lentamente y sonreía como si algo le satisficiera mucho. Se fijo atentamente en ella y en la bolsa de plástico que bajo el brazo traía. Como escondida y con la mano izquierda metida dentro de esta bolsa. También como si

portara algún importante tesoro y los ocultara para que nadie se lo robara.

La siguió mirando y cada vez más comprobaba que venía derecho a él. Tanto que al pararse junto al muro del puente, su vestido casi rozaba los pies del hombre que en el muro estaba sentado. Se dio cuenta en este momento que movía los labios y, muy bajito, susurraba algo. Le preguntó:
- ¿Estás buscando algo?
Porque pensó que podría ser una turista explorando el rincón para conocerlo. No recibió ninguna respuesta y sí vio que de la bolsa de plástico, sacó una pequeña cajita de colores. Hizo como si se la fuera a dar al hombre que en el muro estaba sentado y por eso, en este momento, le volvió a preguntar:
- ¿Qué misterio es el que traes aquí?
Tampoco le hizo caso a esta pregunta. Se comportó como si nada le importara lo que el hombre le preguntara y siguió murmurando como algún rezo o pensamiento mágico. Metida por completo en lo suyo y ahora ya con la cajita de colores cogida con las dos manos.

La miraba el hombre detenidamente a la cara y miraba la pequeña cajita y vio como la abría. Apareció, en el centro de un hermoso pañuelo de seda y color rojo, una preciosa rosa morada, fresca y tersa. Al ver la flor, de nuevo el hombre le preguntó:
- ¿No puedes decirme quién eres y qué significa lo que haces?
Y como las dos veces anteriores, por respuesta obtuvo el silencio y un poco la indiferencia. Porque ella, siguió con sus rezos y ahora, cogió la rosa, la mostró en sus manos y dijo:
- Quiero echarla al río pero en el centro de la corriente.
Mientras decía esto, miraba para un lado y otro, como si buscara algo. Intuyó él que lo que la mujer pretendía era dejar la flor caer a las aguas sin que nadie la viera. Por eso aclaró:
- Nadie se ve por aquí excepto los sonidos de una flauta que salen como si brotaran de las mismas aguas del río y por debajo del puente.
- Eso sí lo sé.

Como un escalofrío recorrió la piel del hombre y por eso de nuevo quiso preguntarle qué era lo que sabía de los sonidos de la flauta que salían de las aguas bajo el puente. Pero ella, alargó su mano, con la rosa bien sujeta, miró a las aguas, tanteó un poco, buscó el punto exacto donde la corriente llevaba más fuerza y dejó caer la flor. Revoloteó por el aire, dando algunas vueltas y lentamente se posó encina de una pequeña ola muy transparente. Con la boca abierta, miraba el hombre y justo al caer la flor en la corriente, los sonidos de la flauta resonaron más vivos. Algo tristes pero alegres y como si se fundieran con la hermosa flor que el río empezó a llevarse. Le preguntó de nuevo:
- ¿Dime, por favor, qué significa esto?

Susurrando su oración, dio ella media vuelta y comenzó a alejarse hacia el Paseo de los Tristes. Pero cuando iba por donde el tronco del viejo almez, se volvió para atrás, ahora sí rezando claramente una oración cristina y al llegar al muro donde el hombre permanecía sentado, dijo muy dulcemente:
- Ya le he echado la buenaventura.
Dio media vuelta y por el paseo se perdió como a la luz de la tarde.

**II- La muchacha de la flauta**

Durante unos minutos, el hombre observó a la mujer alejarse al tiempo que también miraba para las aguas del río. Vio la rosa que como, meciéndose sobre las olas, comenzaba a irse siempre en el mismo centro de la corriente. Y comprobaba, según la flor se iba, como los sonidos de la flauta se apagaban lentamente. Como si parecieran fundirse con el rumor de la corriente.

Brillaban los rayos del sol sobre las olas de las aguas y relucían con un color especial las altas torres de la Alhambra. Y uno de estos luminosos rayos, comenzó a colarse con fuerza por entre las ramas del viejo sauce, justo donde el riachuelo que baja por el barrando de la Cuesta del Rey Chico, se funde con el cauce del río Darro. Sobre la flor que la corriente se llevaba, cayó el haz de luz desprendiendo tonos muy deslumbrantes y fue ahora cuando, el hombre observó que la rosa se desvanecía poco a poco. También los sonidos de la flauta y la luz de la tarde. Muy sorprendido se dijo: “Creo que un poco sí sé lo que ahora mismo ha ocurrido por aquí”. Y se levantó de donde estaba sentado. Caminó dirección a la Cuesta del Rey Chico pero enseguida torció para su derecha, siguiendo el muro que por aquí separa la explanada de la torrentera hacia el río. Se acercó a esta pared y buscó el mejor sitio para ver lo que ocurría bajo el puente de donde, hasta hacía unos segundos, manaban los sonidos de la flauta. Y al mirar por entre las ramas del olmo que por aquí crece, le pareció ver la figura de una muchacha que se escondía como hacia la pared y parte de alta del río.

A la sombra del olmo y en la pared se sentó. Sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno y empezó a tomar notas de algo. Mientras ahora se concentraba en los todavía pero ya casi apagados sonidos de la flauta fundidos cada vez más con el rumor de la corriente y, a intervalos, miraba para el puente intentando verla más claramente. Como si una fuerza interior le empujara al tiempo que sentía cierto temor. Se decía: “De ningún modo tengo derecho a meterme en la intimidad de la persona que bajo este puente se ha puesto a tañer su flauta. Su recogimiento bajo este puente, junto a las aguas y los sonidos de su flauta, es su propio mundo personal y yo debería respetarlo”.

Esto se decía, mientras todavía y durante un buen rato, siguió allí sentado. Luego, cuando ya la tarde caía y los turistas seguían pasando por el puente para tomar por la Cuesta del Rey Chico o Camino del Avellano, se levantó. Guardó su cuaderno y bolígrafo, echó una última ojeada al puente y no la vio. Caminó despacio, pasó por debajo de la sombra el almez, recorrió la pequeña plaza del Paseo de los Tristes, siguió calle abajo mezclado con los turistas y llegó a Plaza Nueva. Aquí torció para la derecha y después de recorrer toda la calle Elvira, llegó a su casa. Ya cuando oscurecía y por eso ahora intentaba imaginarla bajo el puente, junto al río y con su flauta. También refrescaba en su mente la figura de la mujer de la rosa y la flor meciéndose sobre las pequeñas olas de las aguas.

Media hora después, se fue a la cama y se dispuso a dormir, mientras que en su mente seguía repasando lo que por la tarde había vivido en el histórico puente del Aljibillo. Y no tardó en quedarse dormido. Y como de su mente no se borraban las imágenes que por la tarde había vivido, comenzó a soñar. De

pronto, se vio al día siguiente por la tarde, caminando por el Paseo de los Tristes y acercándose al puente mientras se preguntaba: "¿Estará también esta tarde por aquí tocando su flauta?"

Y escuchó atento según llegaba al puente y sí que oyó los sonidos de la flauta. Surgían del mismo sitio que la tarde anterior y al mirar, la vio. Estaba bajo el puente, sentada en el pequeño desnivel de cemento que por aquí construyeron para que las aguas se remansaran y luego cayeran en una pequeña cascada. Le daba el sol de la tarde que caía por encima de la iglesia de San Pedro y su cara y pelo, brillaban. Apoyaba una mano en las rodillas donde sostenía un pequeño cuaderno y con la otra aguantaba la flauta. Por sus hombros y desde su cabeza, caía un denso y hermoso manojo de cabellos algo castaños con tonos dorados que se enredaban con la flauta, los dedos de sus manos, las rodillas donde apoyaba el cuaderno y parecían caer hasta las mismas aguas del río. El sol, teñía sus cabellos con tonos de fuego y la frescura de su cara dejaba traslucir un mar de juventud. Se dijo, como sorprendido y la vez admirado por la belleza que desprendía y el misterio del río y sonidos de la flauta bajo el puente: "Es tan bella que asusta solo verla y desde esta distancia. ¿Quién será y por parece esconderse en este rincón de Granada para tocar su flauta?"

Esperó paciente sentado en el muro del puente y sin dejar de mirar hasta que, media hora más tarde, se levantó. Guardó su flauta en un gran bolso de tela negra con dibujos blancos, pisó las aguas, cogió sus zapatillas de la orilla del río donde las había dejado, caminó despacio río abajo con la corriente de las aguas y al llegar al vado, saltó de piedra en piedra. En la última piedra se paró, soltó sus zapatillas en la otra orilla, lavó sus pies en las aguas, se calzó y subió por la sendilla que, por la inclinada torrentera, sirve para entrar y salir del río. Él, como indiferente siguió sus movimientos y esperó a que pasara cerca. Tenía que pasar cerca si se dirigía al puente. Y caminaba despacio como envuelta en su largo vestido de colores, cuando a pasar a solo unos metros de él, la llamó diciendo:

- Perdona. ¿Te puedo hacer una pregunta?

Se paró, echó una ojeada y sin más se acercó despacio dejando traslucir que sí podía preguntarle. Esperó unos segundos y cuando estuvo cerca, él la invitó a que se sentara en el muro. Le dijo:

- Es que me ha intrigado tu flauta y tú ahí bajo el puente tocándola. ¿Estudias música?
- Toco mi flauta solo para mí. Para fundirme con la tarde y las aguas de este río, frente a la Alhambra.
- ¿No eres de Granada?
- Soy y vivo al norte de Francia y solo voy a estar en esta ciudad, unos días. Me gusta mucho este río y siento como si todo por aquí estuviera lleno de misterios.

Como perdido, como sorprendido por su juventud y belleza, la miraba y remiraba y no acababa de aceptar que fuera real. Ahora que la tenía cerca, sí descubría con claridad su limpia belleza. Su cara era redonda, muy suave y algo sonrosada, sus labios limpios y como desprendiendo fuego, sus ojos tenían el tono de los cielos de Granada, matizados con los colores verde del bosque y todo su cuerpo irradiaba fuerza y juventud. De nuevo le preguntó:

- ¿Y qué es lo que busca aquí en Granada?

- Solo conocerla, conocer su gente y descubrir algunos de los misterios que tantos dicen por aquí laten.
Y ahora pensó que, para estar un rato más con ellas y así disfrutar de su belleza, podría invitarla a dar un paseo por la Cuesta del Chapiz. Le podría enseñar el fantástico Carmen de la Victoria, la Cuesta de los Chinos en el barrio del Albaicín, el Carmen de las Cuevas para que supiera donde enseñan y se aprende flamenco y luego podría llevarla hasta la Vereda de Enmedio para que también viera la famosa cueva de Chorrohumo. Se volvió a decir mientras la seguía mirando y aprovechando unos segundos de silencio: “Verla cerca junto a mí por entre las flores y plantas del Carmen de la Victoria y luego recorrer algunas de las calles del Albaicín, por donde la Fuente de la Amapola, frente a la Alhambra y el valle del río Darro, puede ser lo más hermoso que nunca me ha ocurrido. Y con la luz del sol de la tarde, los últimos azules del cielo y las cumbres de Sierra Nevada de fondo, no podré creer que sea, cierto momento tan bello”.

**III- Visita al Generalife**

Y en su sueño, se vio recorriendo con ella todos estos mágicos rincones de Granada. Mientras la tarde caía, el sol llenaba de oro todo el barrio del Albaicín y las torres y murallas de la Alhambra comenzaban a iluminarse. Y, en uno de los momentos, cuando regresaban por la Vereda de Enmedio, se encontró con un amigo. Se alegró al verlo y él se dio cuenta que le agradaba quedarse con este joven. Por eso el hombre le dijo:
- Ya la noche llega y como los rincones de Granada son tantos, quizá te apetezca verlos otro día.
Y al instante ella confesó:
- Sí, porque ahora me gustaría quedarme con este amigo mío. ¿Te importa irte y dejarme con él?
- Claro que no.

La despidió, algo sorprendido y sintiendo en su corazón un poco de tristeza. Llegó a su casa, comió algo, se acostó, pensó mucho en ella y a la mañana siguiente lo primero que hizo fue enviarle las fotos que le había hecho la tarde anterior. Y esperó a lo largo de todo el día a que, de alguna manera, ella diera alguna señal de vida. Lo hizo ya cuando la tarde caía y él le preguntó:
- ¿Te gustaría que te acompañe por algunos de los rincones de Granada o de la Alhambra?
- Me gustaría ver la casa de recreo que usaban los reyes nazaríes cuando vivían en la Alhambra. La que tú ayer me dijiste se llama Generalife. ¿Cuánto tiempo se tarda en recorrer esos jardines y palacios?
- Yendo despacio, casi dos horas. Así que tenemos tiempo. ¿Te animas?
- Sí, nos vemos dentro de treinta minutos en Plaza Nueva.
Daban las cuatro y media de la tarde y ya subían ellos por la Cuesta de Gomérez. Despacio para ir gozando del frescor del bosque, del rumor de las aguas de las acequias y del silencio y luz de la tarde. Sacaron las entradas y en cuanto pasaron a los secretos de los jardines del Generalife, él le dijo:
- Puedo explicarte despacio y con detalles, cada sitio, planta o fuente que por aquí vayamos viendo pero, para no agobiarte, solo te hablaré de lo más importante.

- ¡Vale!
Dijo ella.

Y recorrieron el pequeño paseo que, desde la entrada, discurre a borde de las huertas medievales que ahora han recuperado en este sitio llamado Generalife. A los lados han sembrado muchas plantas aromáticas como tomillos, espliegos, romeros, ajedrea, toronjil, salvia, hierbabuena, albahaca… De vez en cuando se paraban y buscando el mejor encuadre, la hacía una foto. En su corazón él se decía: "Para que me quede de ella un buen recuerdo cuando mañana o pasado se vaya y no pueda verla más". Y le hizo fotos con las huertas y torres de la Alhambra de fondo, con las murallas y jardines, en la fuente de los jardines de los arcos, en el Patio de la Acequia, con el fondo de las aguas de este lugar, por donde el Patio del Ciprés de la Sultana, subiendo por la Escalera del Agua, en el mirador de la parte alta, por el Paseo de las Adelfas y también por entre los jardines del tejo milenario.

A cada una de estas fotos, él le decía:
- Pregunta las cosas que quieras saber.
- Ya me estás explicando más de lo que yo esperaba.
Y mientras recorrían estos lugares y se preparaban para cada una de las fotos, continuamente desenredaba su hermoso pelo oro y plata. Cuando ya pasaban por debajo de las ramas del tejo milenario, su larga mata de pelo, caía hermosa como en forma de brillante cascada, por el hombro, su pecho y llegaba casi hasta la cintura. Y con la luz del sol que la tarde regalaba y los colores de las plantas y flores, su limpia y bellísima mata de pelo, lucía llena de magia y decorando la fresca piel de su cara y colores de sus ojos. Tanto encanto desprendía que él, en varios momentos, estuvo a punto de abrazarla. Pero no lo hizo por miedo a que ella se molestara. Se decía: "Es todo tan bello que no parece real y por eso casi no me lo creo. Pero aquí en Granada y en estos jardines del Generalife, no siempre pero a veces, estas cosas pasan".

Cruzaron el puente que, desde los jardines del Generalife, da paso a la Alhambra Alta, conocida también como Secano o lugar donde se alzaba la Medina y giraron para la derecha. Por donde el paseo de las torres y se encontraron que la primera torre, la de Las Princesas, hoy se podía visitar. Y ella, nada más pasar al interior de esta torre, extendió sus brazos, abrió sus manos, moviendo con elegancia sus dedos y simulando bailar flamenco, dijo:
- Como si fuera una sultana.
Con la luz de la tarde, los fondos de la decoración de la torre y más lejos el Generalife y las murallas, su figura se transformó en remolino de belleza. Él le hizo varias fotos y después de recorrer despacio todo el interior de la torre, siguieron hacia la alberca del Partal.

Pero cuando iban por entre las ruinas y jardines de lo que fue el palacio de Yusuf, él le preguntó:
- ¿Y tu flauta?
- Conmigo la llevo.
- ¿Te gustaría tocarla sentada en uno de estos viejos muros y entre estos jardines, torres y palacios?
- Me gustaría mucho.

Y sin más, se sentó en el recio trozo de pared, sacó la flauta de su bolso y, en un abrir y cerrar de ojos, se puso a tocarla. Nadie pasaba en ese momento por el rincón y sí los sonidos dulces y tristes, resonaron como atravesando el tiempo y a la vez llenando de magia cada uno de los rincones de estos lugares. Se puso él a grabar un vídeo, cogiendo la serenas aguas estancadas, las plantas llenas de flores, la torre de la iglesia de Santa María de la Alhambra, el estanque y reflejos de El Partal y al final, ella sentada en el viejo muro.

Solo grabó unos segundos y luego le mostró el vídeo diciendo:
- Lo guardaré como un recuerdo especial. La tarde, los jardines, los estanques, las torres y murallas y tú con los sonidos de tu flauta, todo es tan hermoso que sigo creyendo que sea cierto.
Y ella, dibujando una sonrisa por entre su hermosa mata de pelo, decorada con el color de sus ojos, solo comentó:
- Es la primera vez que casi toco en público.

**IV- La despedida**

A la mañana siguiente, a primera hora, le mandó las fotos y un enlace para que viera el vídeo. Y como recordó que la tarde anterior le había dicho:
- Me marcho el lunes por la mañana temprano.
Y al despedirla algo más tarde, le dijo:
- Llámame y estoy un rato contigo antes de marcharte. Quiero que de ti me quede un recuerdo completo.
Ahora y cuando recibiera las fotos, esperaba que ella dijera algo.

A lo largo de toda la mañana estuvo esperando su llamada o mensaje. Y como ninguna noticia recibió, cuando ya caía la tarde, la llamó. No cogió el teléfono a pesar de que sonó durante largo rato. Esperó y volvió a llamar y ahora saltó el contestador. También al segundo y tercer intento y entonces no volvió a llamar más. Se sintió triste. Por eso, como seguía pensando en ella, media hora más tarde, le puso un mensaje que decía: “Te he mandado las fotos. ¿Tiene un rato libre esta tarde?” Y ahora sí estaba convencido de su respuesta. Corrió el tiempo y ya casi cuando el sol se ocultaba, sí vio un mensaje que decía: “Gracias por las fotos, ya es tarde, tarde. En otro momento nos vemos”.

Dos días más tarde, lunes a primera hora de la mañana, al coger el teléfono vio un mensaje con el siguiente texto: “Dentro de una hora me voy a la estación de autobuses. Tengo que agradecerte otra vez. Mucho gusto”. Sintió en ese momento que por sus mejillas se deslizaban varias lágrimas y vio que el mensaje había sido escrito a las seis de la mañana. Tal como todavía estaba en su cama miró para la estantería de su derecha. El reloj marcaba la siete y media y por eso la imaginó ya subida en el autobús alejándose de Granada. Pensó algo mientras seguía recorriendo con sus ojos la luz del nuevo día que entraba por el hueco de la ventana. Justo aquí y sobre un paquete de folios, vio el regalo que había preparado para dárselo antes de irse. Sintió un agudo dolor en su corazón. Se dijo: “Mis intenciones y pensamientos hacia ella y para con ella, han sido puros y nobles. Si por su parte, para enriquecerse y crecer en la dimensión de lo hermoso, no ha sabido o no ha querido ver la belleza y sinceridad que le he ofrecido, es responsabilidad suya. Por mi parte, ni siquiera ahora debo manchar lo que en mi corazón ha germinado y tengo porque sé que es sincero y de valor superior. Que el cielo juzgue y premie o no lo que crea cada uno merecemos”.

Hizo un esfuerzo para incorporarse en la cama y fue justo en este momento cuando despertó de su sueño. De nuevo miró para su ventana, ahora no ya en sueño sino por completo despierto y lo primero que se dijo fue: “Volveré esta tarde al puente del río a ver si por allí la encuentro, junto con su flauta y las torres de la Alhambra. No se ha podido ir sin despedirse de mí y dejando todo por aquí sin su presencia”.

Y al caer a tarde, volvía al puente del río. Conforme llegaba, miró y ni la vio ni se oían los sonidos de la flauta. En el muro del puente y a la sombra del almez, se sentó y se puso a leer el poema que ella le había inspirado. Miraba para la Cuesta del Chapiz, para el camino de la Fuente del Avellano y para el paseo de los tristes. Siempre con la ilusión de verla aparecer, mientras la tarde caía y los turistas pasaban, ajenos por completo a los sentimientos que en su alma palpitaban. Se hizo de noche y de nuevo regresó a su casa y mientras recorría las calles, miraba y miraba con el deseo de verla por algún lado. No la encontró ni tampoco se sentía con ánimo para llamarla. Se preguntaba: “¿Será cierto, tal como he visto en mi sueño, que de verdad se ha ido de Granada?” A la tarde siguiente, volvió otra vez al puente con la ilusión de nuevo renovada en verla y oír su voz. Todo lo encontró tan solitario como el día anterior aunque sí la corriente seguía clara saltando por entre las piedras observada por las torres de la Alhambra.

Volvió al tercer día, al cuarto y al quinto y ahora, como sí tenía certeza de que ya no estaba en Granada, algo en su corazón le pedía que al menos apareciera la mujer de la rosa y la buenaventura. No sabía por qué pero como con su presencia, casi un mes atrás, había aparecido la muchacha de la flauta, quería que de nuevo el milagro se repitiera. Tenía tanta necesidad de que sucediera esto, que soñaba y no paraba mientras la esperaba en el muro del puente.

Esta historia sucedió en los últimos días del verano. Ahora ya es otoño y los árboles por las laderas de la colina de la Alhambra y Generalife, empiezan a teñirse de ocres. Daba yo un pequeño paseo en uno de estos días de otoño y al verlo sentado en el muro del Puente del Aljibillo, me acerqué y lo saludé. Le pregunté por algo intranscendente y sin más, se puso a contar y me narró la historia que acabo de escribir. Al terminar y quedarse en silencio, le pregunté:
- ¿Y qué es lo que tiene o has visto tú en esta muchacha para que ahora la eches tanto de menos?
- Además de hermosa, en su cuerpo y alma y en su pelo y ojos, es joven y se le ve libre. Tiene como un jardín frondoso en su alma y, a su modo, anda buscando su sueño. Por eso atrae y enamora. Y porque además, parece como si fuera dueña de un reino hermoso y perfecto. Como si con solo su presencia, llenara de gozo el corazón y de paz y belleza el alma.
- ¿Y crees tú que volverá algún día a Granada?
- No sé si lo hará pero yo, mientras tenga fuerzas, a este puente acudiré cada tarde a esperarla.
- Y si ella no lo sabe ni tampoco vuelve ¿qué sentido tiene que vengas a este lugar a esperarla cada día?
- Debes saber que su aparición aquí y los sonidos de su flauta, ha sido lo más

hermoso que ha ocurrido en mi vida. Como si de pronto el cielo, con su presencia, me hubiera premiado con la más fina belleza. Y también debes saber que la vida de un hombre o de cualquier persona, adquiere todo su sentido justo cuando se enamora y siente que por eso que ama, está dispuesto a darlo todo.

No le pregunté nada más. Lo despedí con el mayor respeto y desde aquella tarde, también yo voy y con frecuencia paso por el Puente del Aljibillo. Siempre lo veo ahí sentado, esperando y mirando a las aguas que siguen saltando por debajo del puente. Al fondo, perennes e impávidas, las altas torres de la Alhambra, también sumidas en su silencio y esperando. Y en más de un momento he pensado que estas misteriosas torres de la Alhambra, las murallas y palacios, tienen no algo sino mucho que ver con la Rosa del río Darro y la Muchacha de la Flauta. Como si, entre sus cien mil misterios, hubiera una íntima complicidad con la ciudad de Granada, esta hermosísima joven y su flauta.

Y claro que también a veces me digo que ella debería volver. Aunque solo fuera para consolar un poco el corazón del hombre que cada tarde la espera, sentado en el muro del puente del Aljibillo, siempre meditando su ausencia. Por eso termino este relato, casi con las mismas palabras del libro “El Principito”. Si alguna vez veis por las calles de Granada, a una muchacha hermosa, vestida de largo, con ojos azules verdes, pelo moreno claro, sonrisa muy limpia, de estatura baja y cara sonrosada, portando un bolso negro y blanco y con una flauta dentro, decídmelo. Alguien que la recuerda mucho, la espera cada tarde, sentado en el puente del Aljibillo, frente a las torres de la Alhambra y por donde corren claras las aguas del río Darro.

## **El rostro del alma** //Gc

La ciudad de Granada, es conocida por muchas personas. De España, de Europa y del resto del mundo. Y casi todas estas personas, una vez y otra, pregonan que esta ciudad es única. Hermosa, mágica, misteriosa, llena de aromas por todos sus rincones, preñadas de historias y repleta de leyendas y secretos.

Y, además de todo lo dicho, la ciudad de Granada es única por el lugar que ocupa: al final de las altas montañas de Sierra Nevada, donde comienza una muy extensa vega y justo por donde cuatro pequeños ríos llegan de las montañas. El río Genil, el río Darro, el río Monanchil y el río Beiro. Todos se funden en uno solo en las llanuras de la vega y todos, a su paso, van regalando sus claras aguas para regar las tierras por donde avanzan. Por eso, parte de la ciudad de Granada, se levanta sobre tierras llanas, junto a las riveras de sus ríos, en las laderas de las pequeñas montañas y sobre lo más alto de varias colinas.

Es el caso del barrio del Albaicín, parte del barrio del Realejo y todo el conjunto de la Alhambra. Y aquí, en la colina de la Sabika, pequeña montaña entre la ancha Vega y las altas cumbres de Sierra Nevada, es donde la ciudad de Granada tiene y guarda sus más hermosos misterios y secretos. Historias hermosísimas y únicas en el mundo que yo sí he tenido la suerte de conocer. No todas pero sí algunas.

Muchas de estas historias ya han sido dadas a conocer por escritores, pintores, poetas, músicos, historiadores y otras personas que vivieron o pasaron por aquí. Pero aun así, en Granada y más en concreto en la Alhambra, todavía quedan muchos misterios por descubrí. Y una de estas historias, bellísima y muy extraña, es la que un día conocí y ahora quiero contar. La he bautizado con el nombre de “El Rostro del Alma” porque creo que de ninguna otra manera puede definirse mejor. Y la historia es como sigue:

El verano se marchaba y, los últimos días de septiembre, comenzaban a dar paso al otoño. El verano había sido muy caluroso. Sobre la Vega, al borde de las montañas, se veía a la ciudad aplastada. Como esperando a que los días otoñales llegaran. Con la presencian del otoño, a la ciudad, la Granada mágica y misteriosa, de nuevo comenzaban a llegar los jóvenes universitarios. Algunos venidos de pueblos cercanos, otros, de ciudades algo más lejanas y, unos pocos, de otras partes del mundo. En los primeros días del mes de octubre abrirían sus puestas todas las facultades de la universidad. Pocos días después, comenzarían las clases.

Y aquella noche, ya veintinueve de septiembre, recibió un correo que decía: “Buenos tardes. Soy estudiante de intercambio. Alice me dijo que tú eres su amigo y que me puedes ayudar a la llegada a Granada. Mi autobús llega a las siete de la tarde. ¿Podrías recibirme?” Y no lo pensó mucho. Al instante contestó diciendo: “Sí, con mucho gusto, te ayudaré en lo que pueda y necesites. A las siete estaré en la estación esperando tu llegada”.

A la hora prevista llegó el autobús, la reconoció a instante, la saludó y luego la acompañó hasta su residencia universitaria. Venía muy cansada de su largo viaje. Y por eso, acordaron verse al día siguiente. Dijo ella:
- Me gustará que me guíes, al menos en mis primeros días, por algunos de los sitios de esta ciudad.
- Sí, puedo mostrarte lo más importante y necesario y responderé a todas las preguntas que quieras. Te gustará mucho esta ciudad porque es muy bella y encierra grandes sorpresas y secretos.

Al día siguiente la llevó a su facultad, le mostró las calles más céntricas y grandes, le indicó los sitios donde podría encontrar información y luego se ofreció a llevarla a la Alhambra.
- Es lo que todos, en cuanto llegan a esta ciudad, desean conocer.
- Sí, yo también quiero conocerla y si no te importa, me gustaría que me acompañaras.

Al caer la tarde de aquel día de septiembre, subieron por la Cuesta de Gomérez, en la segunda placeta de este paseo, giraron para la izquierda, subieron por la pequeña cuestecilla y llegaron a la Puerta de la Justicia. El gran arco y la gran puerta que da entrada al recinto amurallado de la Alhambra. Preguntó ella:
- ¿Podremos ver ese rincón donde dicen se aparece los reflejos del alma? Me han dicho que es algo muy bello y que sólo en estos palacios de la Alhambra puede observarse. ¿Sabes algo de esto?

- Sí que lo sé y voy a mostrártelo para que lo conozcas.
Dejaron atrás la Puerta de la Justica, siguieron subiendo, rozaron la Puerta del Vino y bajaron por el callejón que lleva a la puerta de los viejos palacios, frente al barrio del Albaicín y en unos de los costados del Palacio de Carlos V.

Ya dentro del recinto nazarí, despacio y mostrando gran interés, fueron observando cada detalle: El Mexuar, el Oratorio, Patio del Cuarto Dorado, Palacio de Comares, Patio de los Arrayanes, Sala de la Barca, Torre de Comares, Salón de Embajadores, Palacio de los Leones, Sala de los Mocárabes, Sala de los Abencerrajes, El Harén, Sala de los Reyes, Sala de Dos Hermana, Sala de los Ajimeces, Mirador de Daraxa, Habitaciones de Carlos V, Peinador de la Reina, Patio de la Reja, Los Baños y Jardines de Daraxa, también conocido con el nombre de Jardines de Lindaraja, denominación adaptada al castellano de al-'Ayn Dar Aisa, los «ojos de la casa de Aisa».

Cuando llegaron a este hermosísimo rincón de la Alhambra, se pararon, mirando para el lado del sol de la tarde. Junto a la fuente de mármol, en el mismo centro del patio. De ella brotaban delgados chorrillos de agua que parecían jugar con la sombra de los cipreses, con el viento y la luz del sol que iba cayendo. Y, justo en este mismo momento, un rayo de sol, muy brillante y puro, penetraba por entre las ramas de los cipreses. Parte de este haz de luz se reflejaba en el agua de la fuente, otra parte, en las ramas, una porción pequeña en su cara y el resto se dispersaba por los alrededores.

Al ver ella este tan bellísimo rayo de luz y observar, al mismo tiempo, las claras aguas meciéndose en la pila de la fuente, se acercó. Casi hasta rozar con sus manos el líquido azul verde sin dejar de mirar para el lado de la tarde. Emocionada dijo:
- Recoge esta imagen en un video que quiero guardarla.
Se puso él a grabar la escena y, en este mismo memento, se vieron los reflejos con toda claridad. Una leve ráfaga de aire con suavidad empujó el agua remansada en la pila de la fuente. La luz del sol, mezclándose con el agua, los colores del cielo, las nubes y las ramas de los cipreses, emitió un brillo casi cegador y comenzó a moverse como en un juego delicado. Y se formó como un espejo muy claro, profundo y de colores, donde se veía estampada una bellísima imagen. Dijo él:
- Fíjate bien y espera unos segundos.
Preguntó ella:
- ¿Es aquí donde aparece o lo que estoy viendo es ya el rostro del alma?
Y respondió él.
- Mira despacio, concéntrate y espera unos segundos.

Frente a las claras aguas de la fuente, la joven se quedó mirando durante mucho rato. Como intentando comprender el enigma de lo que acaba de ver. Luego siguieron caminando y por entre los jardines del palacio del Partal, se sentaron al fresco de las plantas y el perfume de las flores. Ella preguntó:
- ¿Y todas, todas las personas que vienen por aquí pueden ver y entender lo que tú me has enseñado?
- Ninguna de las personas que vienen por aquí, han visto nunca lo que tú sí.
- Y sin embargo, si yo lo he visto, es porque existe realmente.

- Así es y precisamente por ello es por lo que, todos estos recintos de la Alhambra y en especial este patio y fuente, encierran tantos misterios.

## **El arqueólogo** //Pa

I- Llegó a Granada y se hospedó en una casa en el barrio del Albaicín, frente a la Alhambra. Antes de alquilarla, el dueño le había dicho:
- Esta casa mía, es pequeña pero sus paredes son muy blancas, tiene un pequeño jardín con rosas, un limonero, un naranjo, un ciprés y también un laurel. ¿Le gustan a usted estas cosas?
- Exactamente es lo que estoy buscando. Porque hospedarme en el barrio del Albaicín, frente a la Alhambra y no lejos del río Darro, no tiene sentido si en la casa no hay todo lo que me has dicho.
- Pues a disfrutarla y que viva usted experiencias interesantes y encuentre muchos tesoros aquí en Granada.

El hombre arqueólogo, llegaba de un país lejano y traía en su maleta y mente un proyecto muy claro. A lo largo de su vida, había leído muchos libros sobre Granada, la Alhambra, el barrio del Albaicín y también pintores y poetas, le habían contado cosas maravillosas. Tantas y tan hermosas y variadas que el hombre comenzó a interesarse cada día más por Granada, la Alhambra y el barrio del Albaicín, con su río Darro y las montañas al levante. Y fue quizá por esto o por alguna otra razón oculta que a él se le escapaba, por lo que empezó a tener sueños. Al principio, algo enigmáticos e indescifrables para él pero luego, pasado el tiempo, soñaba cada vez más y con más frecuencia, cosas muy concretas.

Así fue como una noche en su sueño con Granada, el río Darro y la Alhambra, vio algo que le gustó mucho. Soñó con unas montañas al norte de esta ciudad y por donde el río Darro antes del Generalife. Y en estas montañas vio un paisaje muy hermoso aunque por completo extraño. Era un gran cerro, alto y bastante redondo y en sus laderas, descubrió arroyuelos. Algunos con agua y otros secos. Hasta aquí, todo normal, se decía él cuando comparó estos paisajes con lo que había leído en los libros y sus amigos le habían contado. Pero cuando en su sueño vio un pequeño valle a los pies del cerro de los arroyuelos, se extrañó. Se dijo, al despertar aquella mañana y todavía con las imágenes de su sueño frescas en la mente: “En este pequeño valle que he visto a los pies del cerro de los arroyuelos, se esconde algo valioso. Y creo que está en uno de esas cuevas que he visto a la izquierda, como excavada en la reseca tierra y como dominando al valle y parte de la corriente del río de la Alhambra. Nunca he visto ni por ningún lado he leído lo que se esconde en esas cuevas pero mi intuición me dice que algo muy grande y valioso hay dentro”.

A la noche siguiente volvió a soñar otra vez y el sueño fue casi el mismo. Se repitió cinco o seis veces a lo largo de unos meses y por eso, cuando se iba acercando el verano, el hombre se volvió a decir: “No espero más. Hoy mismo organizo mi viaje a Granada, me instalo en el barrio del Albaicín y desde aquí y con la Alhambra frente a mí, me dedico a investigar todas estas cosas que

veo en mis sueños". Y dicho y hecho. El hombre lo preparó todo, hizo las maletas, colocó dentro libros y planos y emprendió el viaje dirección a Granada.

Llegó a esta ciudad y en la casa blanca y pequeña se hospedó. Y lo primero que hizo fue saludar y charlar con los vecinos. A unos y a otros les preguntaba:
- ¿Sabéis vosotros de alguna cueva grande y medio abandonada que se encuentre a los pies del cerro redondo de los arroyuelos?
Y los vecinos, unos y otros, le respondían:
- Mire usted que en este lugar de Granada, hay muchas cuevas más o menos cerca del río.
- Lo sé pero la cueva por la que os pregunto, es distinta.
- ¿Y cómo es, si nos la puede describir?
- Ya os lo ha dicho: su puerta creo que es pequeña pero en cuanto se entra dentro, se ven varias estancias a los lados y en hilera y hacia el fondo, se abren tres o cuatro habitaciones muy amplias.
- ¿Y sabe usted quién vive en esa cueva?
- Hace mucho tiempo, ahí sí que vivían personas pero ahora mismo, creo que nadie la ocupa. Me parece que tiene su puerta tapada y hasta crece la vegetación por la entrada, más arriba y más abajo.
- Pues por lo que usted nos cuenta, de esa cueva nada sabemos. Lo habrá soñado en algún momento y a lo mejor se encuentra en otros lugares que no son estos.

Y el hombre, cuando los vecinos le daban estas respuestas, desde su pequeña y blanca casa, miraba para la colina de la Alhambra. También para donde hoy se levanta el gran edificio del Generalife y toda la umbría que río arriba sube. Miraba y despacio meditaba y luego cogía algunos planos, los ojeaba, tomaba algunas notas sobre ellos y después seguía dándole vueltas a las cosas en su mente. Hasta que una mañana, salió de la casa, bajó por las calles del barrio, llegó al río y por una senda, caminó cauce arriba y llegó hasta la altura de lo que hoy conocemos como Fuente del Avellano y aquí se paró. Observó la ladera de enfrente y cuando, en unos de los barrancos que por ese lado caen hacia el río, descubrió algo que le llamó la atención, cruzó el río y se fue para ese sitio. Al llegar, tuvo como una confirmación de algunas de las cosas que en sus sueños varias veces había visto. Percibió que este lugar, donde un pequeño arroyo comenzaba a fundirse con el río, había algo que se parecía mucho a lo que en sus sueños continuamente veía.

Se acercó a la torrentera de la derecha y a un punto concreto, sobre una piedra, vio sentado a un hombre mayor. Tenía el pelo largo, las barbas blancas y estaba como meditando. Lo saludó y le preguntó:
- Busco la entrada de una cueva que más de mil veces he visto en sueño. ¿Tú sabes si por aquí podría encontrarla?
Y el hombre mayor le dijo:
- Aquí mismo, a mi derecha, hay una gran cueva con la puerta tapada que nunca nadie ha ocupado. Solo yo sé que es grande, como ninguna otra cueva en Granada y que dentro guarda tesoros inimaginables.
- ¿Y a quién hay que pedir permiso para abrir la puerta de esta cueva?
- A nadie.

- ¿Entonces?
- También solo yo tengo el secreto y puedo decir de qué manera se abre la puerta de esta cueva.
- ¿Y me lo puedes contar a mí?
- Te lo podría revelar si llevas a cabo lo que te voy a decir.
- ¿Qué es?

II- Y el hombre de las barbas, se levantó, miró para las partes altas del valle en el río y señalando con su mano, dijo al arqueólogo:
- En lo más alto de cada uno de esos montes que ves al frente, hay piedras de muchos tamaños y colores. Para encontrar las claves que abren la puerta de esta cueva, hay que subir a tres cerros distintos, buscar por allí tres piedras muy concretas y luego volver a este lugar con esas tres piedras. Cada una tiene un tamaño y color diferente.
Miró el arqueólogo para la cima de los cerros, pensó un momento y luego preguntó:
- ¿Vale cualquier piedra que por allí encuentre?
- La clave está en que las piedras, cada una debe ser de un monte distinto, tener tamaño parecido pero el mineral y color diferente.
- ¿Qué mineral?
- Una de ellas ha de ser de cuarzo lechoso y blanco, la otra, de pedernal opaco y gris y la tercera, color oro viejo y debe pesar mucho.
- ¿Pero tú estás seguro que en esos montes hay piedras como las que describes?
- Las hay y en encontrarla y juntarlas aquí las tres, se encuentra el secreto.

No hizo más preguntas el arqueólogo al hombre de las barbas. Observó durante unos minutos la figura de la cueva que tenía cerca y luego despidió al guardián y volvió al barrio. Entró a su casa, se puso frente a la ventana que se abría hacia la Alhambra y comenzó a tomar apuntes en los planos que había traído con él. Calculó muchas cosas y entre ellas, las posibilidades y el tiempo que le llevaría encontrar las tres piedras que necesitaba para abrir la puerta de la cueva y al llegar la noche, se acostó algo cansado. Nada más dormirse, tuvo un sueño y en él se vio saliendo de su casa al amanecer. Era invierno, hacía mucho frío y una gran nevada había cubierto todas las laderas, caminos y arroyuelos y los cerros por donde debía buscar las tres piedras. Al caminar, notó que se hundía en la nieve y por eso se decía: “Con esta gran dificultad, no podré subir a esos cerros y, aunque lo consiga, creo que de ningún modo lograré hallar las piedras que necesito”.

Se sintió agobiado y tuvo la tentación de no seguir adelante pero cuando todavía no había recorrido media calle pisando nieve, despertó. Miró por la ventana y vio que el sol lucía hermoso y muy brillante, tanto sobre los cerros a los lados del río como sobre la colina de la Alhambra y las cumbres de Sierra Nevada. Se levantó rápido, comió algo, cogió su bolsa de cuero donde guardaba viejos planos y papel para escribir y tomar notas y salió de la casa. Muy decidido caminó por la calle, bajó hasta el río, buscó la senda por la ladera de la derecha y sin tomar ningún respiro, caminó aprisa con el deseo de coronar el monte cuanto antes. De vez en cuando, según subía, se paraba un momento, miraba para atrás y embelesado se quedaba observando la portentosa magia de la

Alhambra sobre la gran colina. Se decía: “Sin duda que las personas que idearon y dieron forma a la construcción que ahí se alza, buscaban algo grandioso, jamás conseguido y visto en esta suelo. Y lo consiguieron aunque yo sigo creyendo que de ningún modo lograron dar forma a su auténtico sueño. Sé que hay mucho más de lo que ahora mismo se ve sobre esa colina y dentro del recinto amurallado”.

Coronó el primer cerro cuando ya el sol brillaba potente. Echó una amplia mirada por el terreno de la cumbre, buscó por aquí y por allá y de pronto, vio unas piedras que brillaban. Bajo unas encinas, cerca de unas gruesas rocas, encontró una bonita piedra de cuarzo lechoso, muy blanco y opaco por completo. La cogió, le dio varias vueltas en sus manos y en unos de los momentos en que puso la piedra frente al sol para verla mejor, descubrió que de ella salían unos potentes y bonitos rayos de luz. Giró la piedra hacia el cerro del enfrente y vio que el haz de luz llegaba hasta la cumbre del monte cercano. Y como si alguien en esa cumbre también tuviera en sus manos una segunda piedra, vio que el rayo luminoso se reflejaba y a la vez se escapaba hacia el tercer cerro. Pensó que podría ser que algunas de las piedras en estos cerros, también reflejaran los rayos del sol.

Guardó la piedra que había encontrado en su bolsa de cuero, bajó del cerro, subió rápido al segundo monte, cogió la piedra que había visto brillar y siguió su camino al tercer monte. Cuando también encontró lo que creía era la última piedra que necesitaba, descendió por las veredas en busca del anciano en la puerta de la cueva tapada. Antes de llegar, el hombre de las barbas blancas, lo vio, se levantó y según se acercaba lo saludó y le dijo:
- No hace falta que me digas nada porque lo sé todo.
- ¿Y por qué lo sabes?
- Lo sé y eso es lo que importa ahora. Saca las tres piedras que traes en tu bolsa de cuero.
El arqueólogo obedeció, sacó las piedras del zurrón, se las dio al anciano y éste las juntó en sus manos, orientándolas hacia el sol y hacia la Alhambra. Al instante, la puerta de la cueva tapada, se abrió y entonces dijo el anciano:
- Entra y con la luz que reflejan estas piedras, observa despacio a tu derecha.
Dio unos pasos el arqueólogo, avanzó unos metros por lo que parecían una grandiosa cavidad, miró para su derecha y vio como una gran repisa tallada en una roca blanca parecida al mármol. Vio ahí un baúl y se acercó para observarlo mejor. Oyó que el anciano le dijo:
- Abre ese cajón y coge lo que hay dentro.

Le hizo caso el arqueólogo, abrió el baúl, cogió lo que encontró dentro, lo observó unos segundos a la luz de los rayos luminoso y se lo entregó al anciano. Cogió el anciano el documento, los dos salieron fuera de la cueva, desdobló el pergamino y, mirando hacia la Alhambra y la ciudad del Granada al fondo, leyó lo siguiente: “Lo que con tus ojos ahora mismo descubres sobre la colina que cada noche ves en tus sueños, solo es el reflejo de lo que tuvieron en sus corazones aquellos que construyeron la Alhambra. La verdadera maravilla, no es la que ahora puedes ver y tocar sino la que en el corazón tuvieron y tienes tallado”. Cerró el anciano el pergamino, miró al arqueólogo y cuando éste le preguntó:

- ¿Qué significa todo lo que he observado y estoy viendo?
El hombre de las barbas blancas le respondió:
- Que lo que tú has venido a buscar por aquí y puedes de alguna manera encontrar, solo es una pequeña imagen de lo que hay en tu corazón, en las estancias de esta cueva y en el corazón de todos aquellos que dieron forma a la Alhambra. Como un intento pálido de dar forma y materializar en este suelo, la gran belleza que hay en el paraíso que llamamos eternidad.

Por un momento, el arqueólogo se quedó pensativo y no dijo nada. Luego, sacó un plano de la bolsa de cuero, anotó algo, miró para la Alhambra, para la gran ciudad que al fondo y sobre la llanura se extendía y dijo al anciano:
- Entiendo algo.
Lo despidió, caminó dirección al barrio del Albaicín y antes de alejarse más, se volvió para atrás y de nuevo comentó:
- No sé cuándo pero volveré por aquí y traeré conmigo las claves para encontrar y mostrar a la Humanidad las maravillas que me has dicho y tantos, estamos buscando.
No dijo nada el anciano. Se quedó sentado en la puerta de la cueva, mirando para la Alhambra y observando al arqueólogo que se alejaba, cabizbajo y meditando. Éste, para sí y en silencio se preguntó: "¿Todo lo que por aquí pueda encontrar será solo un pálido reflejo de lo que en el corazón tengo? Y si lo que estoy viendo y buscando de suyo ya es tan fantástico ¿qué maravilla no será aquella que en el corazón llevamos y levemente vislumbro en mis sueños?"

## **Fiesta en el bosque** //Pa

En el silencio de las montañas, donde los ríos corren serenos y el agua es clara como el viento más puro, el hombre tenía su morada. En una pequeña cueva muy oculta entre el bosque y al lado derecho de la cascada. Este ere su mundo desde hacía mucho tiempo y nada echaba en falta a pesar de tener solo el río de las aguas claras, la transparencia de los charcos, la música continua de la cascada, el viento y el siseo de las hojas del bosque. También, el canto de algún mirlo, zorzal o paloma torcal y la monotonía de las chicharras en los cálidos días del verano y el cri, cri de los grillos en las noches de luna clara.

Y el hombre era feliz como pocos en este mundo porque nada sabía ni de Granada ni de la Alhambra ni de otros lugares del mundo. Por eso, continuamente daba gracias al cielo y por eso aquella mañana salió de su cueva, se acercó a la cascada, en el charco azul y redondo, bebió y lavó sus manos y luego siguió bajando. Por la estrecha senda que iba al borde del río y, por entre la espesura de las encinas, quejigos, acebos y avellanos, llevaba al rellano. Un bonito y amplio claro en el monte y no lejos de la cascada donde el hombre tenía un pequeño sembrado con cuatro hortalizas, un par de manzanos, tres ciruelos y solo un granado.

E iba él tan feliz, metido en su mundo y acariciado por el vientecillo que subía desde el río y se perdía por entre el bosque, cuando los sintió. Primero llegó hasta sus oídos el relincho de un caballo, luego percibió sonidos de voces

humanas y después sintió el golpeteo de cascos de caballos. Miró para su derecha, ladera por donde el río subía hacia un cerro alto que coronaba por el lado de arriba de la cascada y no los vio. Sí de nuevo los oyó y al poco, por la senda que descendía desde el collado, descubrió a tres hombres montados en sus caballos. Se extrañó porque sabía bien que eran muy pocas las personas que por su particular paraíso, aparecían. Y cuando alguien se hacía presente por este rincón, casi siempre era algún pobre que iba por los caminos, de un lado a otro de las montañas, buscando algo.

Se quedó parado en el caminillo, junto a una gruesa encina que conocía muy bien porque muchas veces bajo ella había dormido y soñado y esperó a que se acercaran. Temeroso de que pudieran traer algún mensaje extraño o que, de algún modo, lo atacaran. En más de una ocasión ya había tenido desagradables experiencias de personas de la ciudad o palacios cercanos. Por eso, en estos momentos, se quedó quieto bajo la encina, dejó que se acercaran y cuando los hombres de los caballos estuvieron frente a él, directamente le preguntaron:
- ¿Tú quien eres y qué haces aquí?
Se quedó él paralizado porque enseguida intuyó que los que llegaban no venían en son de paz. Y a la pregunta que le hicieron, a punto estuvo de responder y explicar quién era y lo que hacía por el lugar. Pero como le resultó innecesario por la realidad que a lo largo de los años había vivido por el rincón, a su vez él preguntó:
- ¿No sabéis vosotros quien soy yo?
- ¿Y cómo vamos a saberlo si es la primera vez que por aquí te vemos? Y no te hagas el importante que nosotros venimos de parte del rey de la Alhambra. Necesitamos, además de otras cosas, saber inmediatamente quién eres tú y lo que haces por aquí.

Y el hombre, en cuanto comprobó la hostilidad que dejaban ver los que habían llegado con sus caballos, concluyó que era mejor no enfrentarse a ellos. Por eso, con un tono de voz amable y lleno de sabiduría y respeto, dijo:
- Casi desde que nací vivo en este rincón. Cada día me baño en las aguas de estos charcos, recolecto frutos de estos bosques, juego con el aire que por aquí se pasea y soy amigos de todos los silencios que hay en estas montañas. También soy amigo de la lluvia, del canto de los pájaros, del verde de la hierba y de los cielos estrellados. Yo no soy nadie ni lo fui antes ni lo seré más tarde pero como podéis adivinar, sí pertenezco a estos paisajes y ellos me aceptan como parte de su propio ser. Y para mí, lo más importante de todo, es que nunca hice daño a ninguna persona. Con nadie me he peleado en mi vida y sí he tratado con humanidad a todo el que por aquí ha venido y ha compartido conmigo su necesidad. Así que esto es todo lo que puedo responder a la pregunta que me habéis hecho.

Guardó silencio el hombre y los que habían llegado, todos vestidos con uniformes militares, se miraron entre sí. Y al rato, el que parecía el jefe del grupo, dijo:
- ¡Tú estás chalado! Todo lo que nos has contado a nosotros nos importa nada y menos.
Muy asustado el hombre confesó:
- Os he dicho la pura verdad.

- Pero tu verdad es tan absurda que ni la mitad nos creemos. Y lo poco que nos creemos, tampoco nos sirve para nada.
- ¿Y eso por qué?
Muy enfadado el que parecía el jefe, dijo:
- No te permito que nos hagas más preguntas y menos que pongas en duda nuestras palabras. Para que lo sepas y lo tengas claro, tú desde ahora nos importas un bledo. Ya te hemos dicho que venimos desde los majestuosos palacios de la Alhambra enviados por el rey. Y aunque ninguna obligación tenemos informarte de nada, para tu conocimiento, estas tierras y en concreto este rincón y montañas, desde ahora son del rey que hemos mencionado. Y no se discute más.

Comprendió el hombre que, en sus circunstancias, lo mejor que podía hacer era callar, seguir el camino y alejarse lo más posible de allí. Y así lo hizo. Caminó bajando por la senda, en la dirección en que iban las aguas del río y antes de alejarse mucho de ellos, oyó que comentaban:
- En esta llanura y cerca de este gran charco azul, vamos a prepararlo todo para la gran fiesta. Aquellos árboles del lado de arriba, estas encinas, avellanos y acebos, hay que cortarlos. Que por aquí haya un gran espacio para que el rey con sus amigos, se encuentren agusto y disfruten mucho. Y también para que quede contento con nuestro trabajo a ver si nos asciende o nos da algún premio.
Se paró el hombre un momento, miró para atrás y en ese instante, tuvo el presentimiento de que, los paisajes que a lo largo de muchos, muchos años habían sido su mundo, su sueño y su paraíso, los veías o pisaba por última vez en su vida. Y al verlo parado mirando estos lugares y como meditando algo, el jefe de los soldados en voz alta, gritó y dijo:
- Lárgate de aquí cuanto antes y no aparezcas más por estos sitios. Porque si se te ocurre regresar, tu vida corre peligro. Tanto que, ahora mismo puedes dar gracias al cielo que todavía estés libre y sin castigo.

Se celebró la fiesta del rey de la Alhambra con sus amigos, príncipes y princesas, en este lugar del río y de las montañas. Del hombre solitario del bosque, nadie supo nada más y de la llanura y el gran charco azul, sí se supo que fue un lugar de recreo para algunos personajes de la Alhambra y sus amigos, durante mucho tiempo. Después, cuando los años fueron pasando, todo por allí quedó desierto. Las zarzas crecieron, el monte se espesó, las lluvias abrieron nuevos arroyuelos y la soledad por el rincón cada día era más grande. Sin embargo, junto al río, cerca de la cascada y por donde la cueva donde vivía el solitario de las montañas, quedó y aun palpita, una sensación de paz y armonía que asusta de tan bella y misteriosa. No por la presencia de las fiestas que los reyes organizaron durante mucho tiempo sino por la presencia del hombre que tuvo que marcharse porque lo expulsaron. Algunos dicen que por el lugar, al atardecer y por las mañanas, el cielo se tiñe con los colores más vivos y bonitos que nunca se han visto en este planeta. Y por entre el corazón de esta inmensidad de colores, a veces hasta parece que se abre una misteriosa puerta que conecta con la eternidad, el paraíso al que él se marchó y todos los humanos soñamos.

## La joven enferma //Ba

La más milagrosa de todas las medicinas, la que lo cura todo y de forma permanente, la tenemos al alcance de la mano cada día. La llevamos en el corazón y todos la conocemos con el nombre de “amor”.

Ella era muy hermosa. De pelo negro, estatura alta, cara algo redonda, cuerpo delgado y palabras dulces. En todo el barrio del Albaicín se decía y repetían que era la más dulce de las jóvenes y también la más buena. Tanto que cuando se la encontraban caminando por las calles, los que la conocían y otros, siempre se paraban para verla y gozar de la hermosura que irradiaba. Y entre sí, unos y otros, muchas veces comentaban:
- Es como si el cielo nos quisiera premiar con solo la presencia de esta joven tan delicadamente bella.
- ¡Y que lo digas! Porque ya comprobáis que con solo verla, nos llena de luz cada día. Y no solo esto sino que hasta parece que con solo encontrarse con ella, despierta pensamientos hermosos y entran ganas de ser buenos.
- Claro que todo esto es cierto y por eso también da pena verla tan triste cada día. ¿Qué será lo que le pasa?

Preguntaban esto los vecinos porque la joven, a pesar de su hermosura y la aparente frescura de su cuerpo, la mayor parte del día, se la pasaba encerrada en su casa. Sentada frente a la ventana que se abría hacia la colina de la Alhambra, valle del río Darro y parte de la ciudad de Granada. Y como los vecinos, casi todos los del barrio, en el fondo la querían, un día uno de ellos le hizo un regalo. Fue uno de los vecinos que tenía una fragua algo más abajo de su casa. En mitad de la ladera que desde lo más alto del Albaicín, cae para el río. El dueño de la fragua, ya un hombre mayor, dijo a su hijo, joven, fuerte y con una muy agradable presencia:
- Como nuestra vecina, la hermosa joven que todos adoramos, se pasa el día encerrada en su casa y mirando por la ventana, vamos a tener un detalle con ella.
- ¿Qué detalle?
Preguntó enseguida el hijo:
- Tú prepara los hierros que yo te vaya diciendo y mantén bien alimentado el fuego. Ayúdame cuando te lo pida y pon todo el cariño que puedas en este trabajo.
- Lo haré con mucho gusto porque si se trata de algo para regalar a esta joven, a mí también me gusta.

Y desde aquel momento, hijo y padre, los dos mejores herreros que por aquel entonces había en el barrio, dedicaban largos ratos a lo que iban a regalar a la joven. Y poco a poco, el hijo iba descubriendo lo que el padre había imaginado. Pero como el padre quería que todo fuera un secreto para impresionar a la joven el día que se lo regalaran y que así se llenara de alegría, le decía al hijo:
- A nadie digas nada de esto.
- ¡Descuide, padre! A nadie voy a decir nada pero sí quiero que sepa que me gusta mucho esta decisión suya y lo que estamos haciendo.
- Y yo me alegro de saber que tú estás contento. A mí también me agrada mucho

hacer algo por esta hermosa muchacha, vecina nuestra.

Confesaba esto el joven porque, en lo más secreto de su corazón sentía una admiración especial por la joven. La conocía desde pequeña y en muchas ocasiones, junto con otros niños del barrio, habían jugado por las calles y plazas del Albaicín. También por las orillas del río Darro y los sitios desde donde mejor se veían las torres y murallas de la Alhambra. Y en aquellos momentos de sus juegos infantiles, en más de una ocasión, la joven había dicho al hijo del herrero:
- Yo no sé qué me pasa que a veces me encuentro sin fuerzas y hasta se me quitan las ganas de todo.
- Estarás cansada de tanto como corres y te diviertes jugando por estos rincones de Granada.
Le decía el joven porque ella, cuando pequeña, sí era muy alegre y hermosa. Tanto que los vecinos del barrio, lo que más les gustaban, era verla, llamarla para que le hicieran algún mandado o pedirle que se quedara junto a ellos. Y esto era por la alegría y jovilidad que la pequeña siempre derramaba y repartía con unos y otros. Por eso, muchas veces también comentaban:
- Como esta chiquilla de alegre, hermosa y buena, nunca hubo otra en Granada.

Pero la chiquilla fue creciendo y según se hacía mayor, la alegría y la sonrisa, desaparecían de su vida y de sus labios. El hijo del herrero la seguía tratando cada día y también cada día se iba preocupando más y más porque la veía lánguida y sin ganas de nada. En muchos momentos se sentaba en la puerta de su casa y en silencio, se le pasaban las tardes o mañanas mirando para la colina de la Alhambra. El hijo del herrero se acercaba, la saludaba y le preguntaba:
- ¿Te pasa algo?
- Debe pasarme algo porque cada día tengo menos ganas de nada. Ni siquiera de vivir.
- Quizá algún día deberías ir al médico para que te diga qué es lo que te está pasando.
- Intuyo que lo mío, ningún médico podrá curarlo.
Y el joven muchacho, guardaba silencio. Por eso ahora estaba ilusionado con el regalo que su padre y él le estaban preparando.

Y lo terminaron una mañana temprano. Los dos cargaron la bonita pieza de hierro forjado y subieron por la calle. Los vecinos al verlos, le preguntaron:
- ¿A dónde vais con esa reja de ventana tan bonita?
- Ahí vamos con ella.
Respondieron ellos. Llegaron a la casa, llamaron a la joven, el hijo le pidió que salieran por la parte de atrás y que esperara un poco en la calle o en la casa de la vecina.
- ¿Y eso por qué?
Preguntó ella.
- Porque mi padre y yo vamos a darte una sorpresa.
Salió la joven, se fue a casa de una vecina y unas horas después, la llamaron y le dijeron:
- Ya puedes entrar a tu casa, la sorpresa está en esa ventana desde la que tú contemplas a la Alhambra horas y horas en silencio.

Rápida la joven se acercó a la ventana y al ver la reja de hierro forjado con adornos de cobre, colocada en su ventana y frente a la Alhambra, dijo:
- Es un regalo maravilloso. Muchas gracias.
Y el padre comentó:
- Para que cuando estés aquí sentada mirando a los paisajes que tanto te gustan y meditando tus cosas, te acuerdes de nosotros y no te encuentres tan sola.
Y el hijo confirmó:
- Y también para que tu ánimo se llene un poco más de ganas de vivir.
Agradeció la joven otra vez el regalo y ellos se fueron, pensando que ya habían hecho algo bueno y bonito por la muchacha. En cuanto se quedó sola, se acercó a la ventana, se sentó en el dintel interior, por detrás de la bonita reja, miró durante un rato hacia a la colina de la Alhambra, torres y murallas y como algo en su interior le hacía sentirse triste y sin ganas de vivir, cerró los ojos. Y al instante vio algo que nunca antes había observado: la bonita verja de hierro, aparecía cerca de ella como enmarcando un maravilloso paisaje lejano y como entre finas nubes negras. A los lados del paisaje, destacaba el marcho de hierro como reforzando el cuadro que en el fondo se veía y en el centro de la gran belleza, se vía la Alhambra con sus robustas torres y murallas. Sintió deseo de tener alas y lanzarse al viento para irse hacia donde el maravilloso paisajes, Granada, la ancha Vega y las montañas lejanas. Y también sintió deseos de quedarse dormida y no despertar nunca más de este sueño.

Por eso, pasado un buen rato, ni siquiera sabía cómo había sido de largo, abrió los ojos, miró y vio que era de noche. Se fue a su cama y se acostó. Mientras cogía el sueño, lloró y lloró desconsolada sin saber por qué. A la mañana siguiente, al salir el sol, se levantó y rápida se fue otra vez a la ventana. En el dintel se sentó y al ver la misma imagen de la tarde anterior, cogió un papel y escribió durante un rato. Luego cerró los ojos y notó como poco a poco, se fue quedando dormida.

Era ya medio día cuando el hijo y el padre, al pasar por la puerta de la casa, se dijeron:
- Vamos a entrar y le preguntamos si disfruta del regalo que le hemos hecho.
Llamaron a la puerta y como, después de un buen rato nadie abría, al notar que estaba abierta, empujaron y pasaron. La vieron sentada en el dintel de la ventana, con sus ojos cerrados y frente a la Alhambra y a su derecha vieron un trozo de papel escrito. Lo cogieron y leyeron lo siguiente: “Mi enfermedad ha sido de falta de cariño. Nadie nunca me dio el beso que mi corazón necesitaba y por eso me marcho a donde sí sé que voy a recibir el abrazo que tanto he soñado”.

## **La casa de la higuera** //Ba

No era como todas las casas que en aquellos momentos había en el barrio. Ni tampoco el barrio en sí estaba configurado tal como hoy lo conocemos. Dos de las calles, bastantes limpias y que no discurrían de arriba abajo en la ladera sino de un lado a otro elevándose levemente, eran estrechas. Sin empedrados ni asfalto sino pura tierra hasta en las mismas puertas de las casas. Algunas de estas construcciones, a un lado y otro y de arriba abajo, eran muy

humildes. Otras, estaban edificadas de adobes de barro y hasta tenían un poco de jardín o árbol frutal, sembrado en las puertas.

Tal era el caso de la vivienda que muchos conocían con el nombre de "La Casa de la Higuera". Porque crecía este árbol en una de las entradas de la humilde casa. En la entrada que daba al norte y a la calle más importante. La vivienda tenía dos entradas ya que su construcción era alargada. De una calle a otra y por eso la segunda entrada daba al sur. A la calle más estrecha y que al otro lado, ya no tenía viviendas porque discurría casi al borde de una pequeña torrentera que, según caía hacia el río, se convertía en tierra de labor y huertos.

Y como las dos entradas a la casa alargada, humilde y baja no daban a ninguna de las calles sino que estaban alineadas con la longitud de la construcción, en la pequeña franja de tierra por delante de las puertas a la vivienda, en tiempos pasados y nadie sabía quién, habían sembrado algunos árboles. Un granado, un ciprés, un naranjo y una higuera. Este último árbol ya estaba muy grande, tenía el tronco ennegrecido, crecía fuerte y frondoso y por eso, al llegar cada año el verano, daba muy buena cosecha de higos rayados. Ni blancos por completo ni negros total. Higos rayados que era como lo llamaban ellos.
- Los mejores higos que se crían en este barrio y rincones de Granada.
Comentaban con frecuencia los vecinos. Y desde luego que era cierto porque cuando la higuera estaba en el mejor momento de la cosecha, en los meses centrales del verano, era la atracción no solo de los niños sino de todas las personas que por la calle del centro pasaban.

Y una de las personas que más disfrutaba y se aprovechaba de los frutos de esta higuera, era el niño de la casa que se alzaba al final de la calle del centro. Un niño pobre que vivía también en una casa muy humilde y un día lo contrataron para que cuidara de un rebaño de cabras, propiedad de una familia algo rica. Desde aquel momento, todos los días se levantaba muy temprano, salía de su casa, subía por la calle del centro y al llegar a la higuera, en la época en que el árbol tenía los frutos maduros, se paraba a coger algunos higos. Con mucho cuidado para que no lo vieran los dueños no fueran a enfadarse con él. Pero esto precisamente era lo que a él más le intrigaba: que nunca, nunca había visto a los dueños de la frondosa higuera. Se decía, cuando se paraba a coger higos y miraba por si los dueños aparecían: "Es como si en esta casa no viviera nadie". Y recordaba los momentos que entre los vecinos, con frecuencia oía:
- En la casa de la higuera, parece que no vive nadie pero no es cierto.
- ¿Y quién vive? ¿Tú lo sabes?
Se preguntaban entre ellos.
- Un anciano con sus dos nietos y una mujer joven.
- ¿Por qué sabes tú eso? ¿Acaso lo has visto alguna vez?
- Yo no lo he visto nunca pero sí he oído que dicen eso.

Y como al muchacho que cada día pasaba y se paraba a coger higos, también le intrigaba lo del abuelo y los nietos, de vez en cuando miraba. Cuando se paraba a coger higos, con mucho cuidado para que no lo vieran, miraba muy interesado por las puertas y ventanas de la casa buscando ver a los niños. Nunca los veía y por eso, en algunas ocasiones pensó acercarse a la puerta y

llamar para conocerlos. Pero luego sentía miedo y no se atrevía. También se decía: “Si es cierto que esos niños viven aquí ¿qué comerán y dónde juegan? Porque tampoco los he visto jugando en la calle con los demás niños de este barrio”.

Sí los vecinos veían a una mujer joven, aunque ya madura, que cada día salía de la casa con una especie de bolsa, caminaba por la calle de la torrentera y se iba lejos. Nadie sabía a dónde pero sí la volvían a ver otra vez al oscurecer con la misma bolsa llena de cosas. Y una mañana, cuando el joven se paró al lado de la higuera para coger un par de higos de las ramas bajas, sintió discutir dentro de la casa. Escuchó atento y luego sintió a los niños llorar. Quiso entrar para ver qué pasaba pero seguía teniendo miedo y se contuvo. Continuó su camino para ocuparse en el trabajo que cada día realizaba y cuando volvió por la tarde, vio que los vecinos se concentraban cerca de la casa. Preguntó y le dijeron:
- A media mañana salió de esta casa gritando y dentro hemos oído a los niños llorar.
- ¿Qué ha pasado?
- Nadie lo sabe pero parece que no es nada bueno.

La mujer de la bolsa y algo joven, no volvió aquella tarde ni al día siguiente ni nunca más. Sí a los dos días, como dentro de la casa se oían a los niños llorar, los más decididos entraron y vieron a un hombre mayor y a un niño y una niña de entre diez y doce años de edad. Le preguntaron y la niña dijo:
- Esa mujer no era nuestra madre. Nos tenía aquí encerrados, nos daba algo de comida y continuamente nos amenazaba con pegarnos si salíamos fuera de la casa o si decíamos algo a alguien.
Y el anciano, muy afectado y con pocas, confesó:
- Yo los he cuidado lo mejor que he podido pero necesitan cariño y alguien que los alimenten y los lave.

Tres días después, al pasar el joven cerca de la higuera de la casa, se paró y miró. Vio a la niña que asomados a la puerta primera, esperaban algo. Le preguntó:
- ¿Estás sola?
- Mi abuelo y hermano están dentro.
- Si queréis, los dos podéis veniros conmigo y os enseño mis cabras, los campos por donde siempre ando solo y jugamos juntos todo lo que tengáis ganas.
- Si que nos vamos ahora mismo.
Dijo ella casi al instante. Llamó al hermano, salieron de la casa y se fueron con el joven. Al volver aquella noche se llevaron el abuelo a casa de su amigo, el niño que guardaba cabras en las montañas y la familia los acogió diciendo:
- Desde hoy, en esta casa nuestra, seréis uno más. Como hijos nuestros de toda la vida y regalo maravilloso envidado del cielo.

Y el joven, la niña, el abuelo y el niño, se alegraron. No volvieron más a la casa de la higuera. Pasado un tiempo, el árbol se secó, la casa se fue cayendo poco a poco y la hierba y las zarzas, crecieron en el terreno. Todo el mundo decía que dentro, lo que había, no era nada bueno y por eso la empezaron a llamar, en lugar de La Casa de la Higuera, La Casa de la Mala mujer.

## El sueño del joven //Ba
**(Así nació el Albaicín)**

Al lado derecho del barranco, por donde bajaban las aguas de la cumbre y del collado, se le vio aquella mañana. Subiendo despacio por la senda que, por el lado de arriba de los huertos, remontaba al rellano. Iba solo, en busca de su rebaño de cabras que, desde hacía dos días, tenía perdido por entre el monte. Y como la cuesta era grande, se paró un momento a descasar, respirar el fresco airecillo y mirar para atrás. Sobre una piedra se sentó y, durante un buen rato, estuvo mirando para la ladera de enfrente. Por ahí, el sol todo lo bañaba, los árboles cubrían espesos, caían hermosas las cascadas, la hierba relucía fresca y las rocas salpicaban.

Y como le pareció tan bello el espectáculo, cerró los ojos y se puso a soñar. Quería ver, una vez más, cómo sería el pueblo pequeño, con sus blancas casas, sus árboles frutales, las huertas y veredas. Y lo estaba imaginando en su corazón y alma, cuando le despertó de su sueño el ruido de unos caballos. Abrió sus ojos, miró para el lado del sol de la mañana y los vio frente a él. Eran tres hombres montados en sus caballos que se habían parado solo unos metros más arriba. Lo saludaron y sin más, le dijeron:
- Venimos de la Alhambra, enviados por el rey que vive en aquellos palacios.
- ¿Me buscáis?
- Hemos preguntado por ti y nos han dicho que subías por la senda en busca de tus cabras. Te hemos salido al paso y aquí estamos para darte el recado.
- ¿Qué recado?
- El rey quiere hablar urgentemente contigo.
- ¿Para qué?
- No lo sabemos pero en este momento, sí te pedimos que subas a uno de estos caballos y nos acompañes. Estas son las órdenes que tenemos.

Preguntó el joven bastantes cosas más pero los soldados a ninguna de sus preguntas respondieron. Solo decían:
- Estamos llevando a cabo lo que el rey nos ha ordenado. Cuando estés frente a él, pregúntale todo lo que ahora quieres saber.
Y de nuevo le pidieron que subiera al caballo para regresar con él a los palacios de la Alhambra. Pensó en ese momento en su rebaño de cabras y las imaginó perdidas por las laderas y barrancos de las montañas y a punto estuvo de no obedecer a los soldados. Pero luego también pensó que si el rey de la Alhambra lo requería, fuera para lo que fuera, debía acudir a su presencia. Se dijo: “tenga o no razón, a un superior y más a un rey, nunca es bueno contrariarlo. Si no le hago caso, pensará que desafío su autoridad y reaccionará montando en cólera y urdiendo contra mí, Dios sabe qué cosas”.

Subió al caballo, pusieron los soldados rumbo a la Alhambra y después de atravesar algunos valles y montañas, llegaron a los recintos amurallados. Dijeron a los guardianes que el rey los esperaba y en cuanto estuvieron en los palacios, el secretario mayor condujo al joven a presencia del rey. Éste lo recibió enseguida y lo primero que le dijo fue:
- Me han dicho que eres un soñador.

- Creo que como cualquier joven, señor.
- Pero es que a mí también me han dicho que tu sueño es distinto. Que muchas veces te sientas en la ladera, al borde de la senda que sube al collado y ahí te quedas extasiado imaginando grandes cosas. ¿Qué es lo que sueñas?
- Siempre que me siento al borde de la senda que sube al collado miro al frente e imagino lo hermoso que sería ese barranco si a un lado hubiera un pueblo, por el centro un arroyo con aguas claras y más cerca, la senda con los huertos barranco arriba.

Cerró el rey los ojos, meditó durante un rato y luego, como si despertara de un sueño, dijo al joven:
- Yo también, desde mi trono de rey, sueño y por eso te he llamado.
- ¿Y qué sueña usted, majestad?
Se levantó el rey de su trono, cogió al joven del brazo, lo condujo por los pasillos y después de subir a una torre, se paró frente a una gran ventana y mirando por el hueco, dijo:
- Aquello que al frente ves es la colina que hay al otro lado del río Darro. Y como puedes comprobar, es colina, tiene laderas y en todo lo alto hay llanuras de donde cuelgan algunos arroyuelos aunque sin agua.
El joven miró interesado y pasado un rato preguntó al rey:
- ¿Y qué pretende usted decirme con lo que me está mostrando?
- Que mi sueño es muy parecido al tuyo. Desde esta ventana, miro una vez y otra a la colina que tenemos al frente y me esfuerzo en imaginar cómo serían aquellas laderas, arroyuelos y llanuras, con un pueblo de casitas blancas ahí alzado. Tú que eres más joven que yo y por eso tu sueño puede ser más bello que el mío ¿puedes ayudarme?

Y el joven ahora no respondió rápido al rey. Meditó durante un buen rato en silencio y luego preguntó:
- ¿Me da usted un día o dos de tiempo? Necesito volver y encontrar mi rebaño de cabras y también necesito pensar con calma lo que su majestad me ha preguntado para darle la mejor y más acertada respuesta.
Y el rey dijo:
- Te doy solo tres días de tiempo. Creo que tiene suficiente para las dos cosas que me has pedido.
- Pues se lo agradezco, majestad. Ahora mismo regreso a mis montañas y en cuanto encuentre a mi rebaño de cabras, vuelvo y comparto con usted lo que me está pidiendo.

Al instante salió el joven de los palacios de la Alhambra, cruzó las puertas de la muralla y torció dirección al levante. E iba él todo diligente e ilusionado, cuando tomó por una pequeña senda que avanzaba por la umbría frente a la colina que el rey le había mostrado. Caminó un rato y de pronto, al dar una cuerva, miró al frente y se quedó parado. Se sentó en una piedra, cerró sus ojos y en su imaginación vio lo que el rey estaba buscando. En la colina de enfrente, en una parte de la ladera, diseñó un pequeño pueblo de casas chicas y blancas. Lo cubría todo un sol muy brillante, por el centro vio caer un arroyuelo con aguas muy claras y más abajo, se deslizaba el río y en sus orillas y laderas, vio los huertos llenos de hortalizas y árboles frutales. Se dijo: “Dibujaré y le explicaré al rey esto que estoy viendo para que dé órdenes y construyan en esa

colina el pueblo que sueño. Frente a la Alhambra, casas pequeñas y blancas como las nieves de Sierra Nevada, bañado por el sol, mucha agua y frondosos huertos. Y le diré que a ese pequeño y bellísimo poblado, le ponga por nombre "Albaicín", el barrio del agua, de la luz y amigo de la Alhambra".

## **La nieta** //Aj

| | |
|---|---|
| Sin una ilusión en la vida,<br>sin amor en el corazón<br>y una meta definida,<br>todo es puro humo<br>y cenizas.<br>Necesita el alma de los sueños,<br>del gozo y la fantasía | para dar sentido a las cosas<br>y para llenar la vida<br>del maravilloso cielo<br>que en el Universo grita.<br>Vivir ilusionado<br>eleva y siempre ilumina. |

Murió la madre de una enfermedad que nadie conocía y al poco, murió el padre. Tenía ella ocho años y la única familia que le quedaba era el anciano abuelo. Tenía él un pequeño taller de cerámica, en la Medina, dentro del recito amurallado de la Alhambra. Porque desde pequeño no había conocido otro oficio, trabajo con el que iba tirando malamente pero le daba lo suficiente para vivir. Cada tres o cuatro días, a pesar de sus años, iba a las montañas a buscar leña para el horno donde cocía las pequeñas piezas de cerámica. Y también acarreaba la tierra necesaria para amasarla y dar forma a los objetos que fabricaba.

Y cuando murieron los padres y la niña se quedó sin más compañía que el abuelo, éste le dijo una noche:
- Hija mía, yo estoy ya muy viejo pero mientras tenga una pizca de fuerza, a ti no te faltará un trozo de pan y un vestido que ponerte.
Y la nieta le preguntó:
- ¿Y me enseñarás las cosas que haces tú?
- Todo lo que yo sé te lo enseñaré para que un día puedas seguir el oficio y tener así para vivir.
- Aunque también me gustaría, cuando sea mayor, ser alguien importante, con mucho dinero y fama.
Y el abuelo le dijo, y luego le repitió durante mucho tiempo que:
- La posibilidad de realizar un sueño es lo que hace que la vida sea interesante. Mientras yo tenga fuerzas te daré todo lo que pueda. Y sí, hija mía, procura mantener siempre la ilusión viva en tu vida porque nada hay peor para las personas que hacer las cosas y vivir sin ilusión ninguna. La monotonía y la rutina, sin un sueño en el corazón, no es vida ni tiene sentido ninguno.
- Pero abuelo, tú nunca has sido rico a pesar de lo mucho que has trabajado en tu oficio.

Y el anciano, con palabras dulces, le decía a la nieta:
- No he tenido ni tengo dinero pero en mi corazón, nunca me ha faltado la ilusión. Y esto, te lo aseguro, es una gran fortuna. La mayor de todas las riquezas del mundo. Siempre hice, a lo largo de mi vida, aquello que me gustaba, con la

ilusión cada día renovada y sin que nadie mandara sobre mí. Y por eso he sido libre y bueno con todos los que he conocido. Hice siempre las cosas ilusionado y de aquí que hora dé gracias al cielo por la gran fortuna que en mi alma tengo. Lo comparto contigo para que tengas conciencia y tu pequeño corazón, poco a poco se vaya enamorando de lo esencial.

Y un día de verano, antes de salir el sol, el abuelo se levantó. Dejó que la nieta durmiera un poco más mientras él le preparaba el desayuno. Luego, cuando ya el sol se alzaba por las cumbres de Sierra Nevada, los dos salían del recinto amurallado de la Alhambra. Caminaron despacio por la bonita senda que llevaba a las montañas y cuando ya estuvieron en el bosque, el abuelo dijo a la nieta:
- Yo voy a subir a lo más alto de este monte para recoger las ramas secas que vimos el otro día. Tú quédate aquí, por debajo de estas rocas y ve juntando lo que encuentres. No me alejaré mucho ni tardaré en volver. Y si me necesitas, me llamas.
Estuvo de acuerdo la pequeña y al poco, vio como el abuelo remontaba a la parte alta del cerro. Seguro de sí y confiado en que la niña sabía desenvolverse y hacer las cosas bien. Pero no había pasado media hora cuando el abuelo la sintió gritar.
- ¡Socorro, abuelo sálvame!
Asustado el hombre miró para el barranco y descubrió un gran movimiento en el monte y ramas de los árboles. Dejó lo que estaba haciendo, corrió ladera abajo en busca de la nieta y al poco la vio como huyendo por entre la vegetación para el lado de abajo. Gritaba y lo llamaba y el abuelo le decía:
- No temas que ya estoy aquí para salvarte.

Detrás de unas rocas, la niña se refugió y en estos momentos se oyeron los ladridos de unos perros. El abuelo se acercó a ella, la cogió enseguida y fuerte la abrazó contra si preguntando:
- ¿Qué te ha pasado, mi pequeña?
Quiso hablar la niña pero no le salían las palabras. Al final, cuando ya su corazón sintió la paz y fuerza que el abuelo le trasmitía con su abrazo, balbuceando dijo:
- He visto como un monstruo surgir de la espesura del monte y venía hacia mí para tragarme. Gracias por haberme salvado.
- Tranquila que ya verás como ningún monstruo te va a comer.
Y el anciano la abrazaba con la fuerza del más poderoso y a la vez dulce de las personas. Los perros que por entre la vegetación saltaban ladrando, aparecieron y al llamarlos el abuelo, se vinieron hacia ellos haciendo carantoñas.

Aparecieron enseguida dos hombres y al instante se oyó el tintineo de algunas campanillas metálicas. No tardaron en verse, por el lado de abajo, el rebaño de ovejas que subía río arriba. Uno de los pastores dijo al anciano:
- Hemos oído los gritos de la niña y veníamos a buscarla.
- Gracias por venir a salvarme.
Dijo ella y luego preguntó a los pastores:
- ¿De dónde venís y a dónde vais?
- Subimos de la Vega de Granada y vamos a las montañas, a las partes altas que cubren las nieves en invierno.
- ¿Y dónde vais a dormir esta noche?

- En ese collado que se ve al frente.
Miró la pequeña al abuelo y le preguntó:
- ¿Podemos quedarnos en estos montes y dormimos esta noche con estos amigos nuestros?
- Si tú quieres y ellos lo permite, podemos quedarnos.

Poco después, subían por la estrechas sendillas hacia el collado mientras iban viendo que el cielo se llenaba de nubes. Y según fue cayendo la tarde, las nubes se espesaron y al poco, cuando ya empezaba a oscurecer, se vieron los primeros relámpagos y se oyeron los truenos. Refugiaron los pastores a las ovejas entre las rocas del collado y en una cueva a la derecha, se guarecieron ellos con la niña y el anciano. Hicieron fuego, comieron de las cosas que los pastores les dieron y después de charlar mucho, se acostaron junto al fuego. Y dormían todos muy tranquilos, ya con la tormenta casi extinguida, cuando a media noche, en sus sueños la niña vio que el cielo se iluminó. Se abrieron las nubes y vio la figura de una mujer muy bella que le decía:
- Lo que dice tu abuelo es verdad. Sin ilusión en la vida, no merece la pena vivir. No hagas nunca nada si antes no estás profundamente ilusionada.

Oyó la pequeña las voces de los pastores y se despertó. Tal como estaba acurrucada junto al fuego, miró al abuelo, miró a los perros y ovejas y luego a los pastores. Al verlos despiertos ya preparando el desayuno en las ascuas de la lumbre, les preguntó:
- ¿Y vosotros nunca tenéis miedo en estas montañas?
- Nunca hemos tenido miedo de nada excepto de algunos hombres.
- ¿De qué hombres?
- A veces, de los soldados que el rey manda a estas montañas a por los borregos que criamos y otras veces, de hombres malos que vienen a robarnos.
- ¿Y os gusta vivir de esta manera?
- Estamos ilusionados y por eso somos felices y nos sentimos libres. Y creemos que nada hay más hermoso y grande en esta vida que esto que te he dicho. Somos amigos de las estrellas, de la lluvia, del viento y del monte y tú lo estás viendo.

Después de desayunar junto al fuego y en compañía de los pastores, abuelo y nieta se despidieron. Y cuando ya regresaban por las sendas dirección a Granada y a la Alhambra, besados por el sol de nuevo día y con la pequeña carga de leña acuestas para cocer la cerámica, la nieta dijo al abuelo:
- Creo que ya he comprendido lo que tantas veces tú me has dicho.
- ¿Qué es?
- Que vivir ilusionado y mirar y hacer las cosas con ilusión, es lo mejor en este mundo.
- Esto es una verdad rotunda y sin fisuras.
- Es que, abuelo, el abrazo que me diste ayer por la tarde en el monte cuando estaba perdida y lo buenos que son los pastores de estas montañas, me han enseñado mucho.
Y el abuelo guardó silencio y nada dijo.

## La cueva, la joven y la casa //Pa

Lo que más le gustaba al hombre era pasear. Ir, en sus ratos libres, por las calles de Granada, barrio del Albaicín, Sacromonte, Paseo de los Tristes, Cuesta del Rey Chico y Fuente del Avellano. También, de vez en cuando, dedicaba el día entero a recorrer los paisajes del río Darro: Jesús del Valle, Cerro del Sol, laderas del Generalife, Silla del Moro… Y en todas estas caminatas, lo que más le gustaba era observar, hacer fotos, pararse a charlar con las personas que encontraba y responder a las preguntas que le hacían. Porque esto le gustaba casi más que pasear.

Así fue como una tarde de verano, recorrió todo el camino que lleva a la Fuente del Avellano. Bebió un trago en la moderna fuente que ahora han puesto ahí y siguió por la sendilla que discurre río arriba. Y al dar una curva, por entre las zarzas y álamos, a la derecha vio las cuevas. Alzadas bastante en la ladera y por eso con una sendilla casi en escalera. Subió con dificultad y al encajarse en el rellano, la vio sentada en un banco de madera y a la sombra de un joven almez, casi asfixiado por las zarzas. La saludó, le pidió permiso para sentarse y enseguida ella le dijo:
- Yo no soy española. Vine a Granada desde un país muy lejano donde casi todo el año está nevado y como no tengo papeles, en esta cueva me he refugiado.
- ¿Y en qué trabajas?
- Enseño danza del vientre y también, de vez en cuando, trabajo de camarera.

Miró de reojo y vio que la cueva estaba muy bien cuidada. Limpia la puerta, con rejas en la entrada y en las dos ventanas, alfombras en el suelo, una cama a la derecha, mesita de noche, velas, algún libro, muchos pequeños objetos decorando y ropa de colores a cuadros y rayas.
- Soy ilegal pero no me importa. A mi país no quiero volver pero si algún día me piden los papeles y me expulsan, que me paguen el viaje y así regreso gratis.
Y el hombre sitió deseos de ayudarle. Por eso, al día siguiente y al otro, volvió por el lugar y le llevó almendras de su huerto, frutas frescas y hasta un libro y un cuaderno. Al dárselos le dijo:
- Para que escribas tus memorias y leas, si te apetece y cuando tengas tiempo.
- Muchas gracias pero lo que yo quiero es que no me traigas más cosas ni vuelvas más por aquí.
Guardó silencio él, no supo qué decir ni tampoco pudo despedirse con entusiasmo.

A la tarde siguiente no fue a su cueva ni tampoco al otro día ni a los que siguieron. Sí continuó dando sus paseos y ahora, una de sus mayores satisfacciones era sentarse en el muro del Puente del Aljibillo y esperar. Leía algún libro, escribía algo, miraba a los turistas y en su corazón soñaba que apareciera para verla y saludarla. Sabía él que para ir a la Fuente del Avellano y luego a su cueva, tenía que pasar por este puente. Pero en ningún momento tuvo la suerte de verla a pesar de acudir a este lugar todas las tardes. Sin embargo, un día de invierno, frío y lluvioso, sí la vio venir desde su cueva y la Fuente del Avellano. Al llegar a su altura, se paró, lo saludó y sin más le dijo:
- En mi cueva, ahora hace mucho frío y como ha llovido tanto, el otro día se cayó un trozo del techo.

- ¿Y te ha pasado algo?
- Por poco me quedo enterrada como le ha pasado a la ropa que tenía tendida en la cueva del alado.
- ¡Cuánto lo siento! ¿Puedo hacer algo por ti?
- Lo único que me gustaría es que alguien me regalar una casa y que no me pidiera papeles ni dinero.

Miró el hombre para la Alhambra, imponente y bella en lo más alto de la colina y luego miró para el Paseo de los Tristes y Carrera del Darro. Ella siguió su camino y tres días después, él subió hasta la Fuente del Avellano, continuó y llegó hasta su cueva, la saludó, sacó del bolsillo unas llaves y se las dio diciendo:
- Con estas llaves puedes abrir la puerta de la casa que tengo en el mejor sitio de la Carrera del Darro.
- ¿Es que me puedo ir a vivir a esta casa?
- Cuando quieras.
- ¿Y me costará dinero o me pedirás papeles?
- Ninguna de las dos cosas. Puedes vivir en esta casa mía durante un tiempo, mientras el invierno pasa y encuentras trabajo con el que ganes lo suficiente para pagarte lo que tanto te hace falta.
- Pues te acompaño y me enseñas tu casa, que ya estoy deseando irme a vivir ahí con mis cuatro cosas.

Poco después los dos bajaron por la cuestecilla del camino del Avellano, cruzaron el Puente del Aljibillo, recorrieron el Paseo de los Tristes y al llegar a la casa, le mostró la puerta, abrió, entraron y enseguida se puso a recorrer las estancias. Al rato preguntó:
- ¿Cuándo me puedo venir a vivir aquí?
- Cuando tú quieras.
- Pues me ayudas y ahora mismo comienzo a mudarme a esta casa tan bonita, en el mejor sitio de Granada y frente a la Alhambra. ¿Será mía para siempre?
- Ya te he dicho que hasta que tengas un buen trabajo y ganes lo suficiente y mientras pasan las lluvias y frío del invierno. La casa es mía propia, está a mi nombre y por ahora nada, absolutamente nada te voy a pedir a cambio.

Aquella misma tarde, al día siguiente y al otro, ayudó a la joven a mudarse desde su cueva a la casa en el mejor sitio de Granada. Y al cuarto día, cuando ya tenía todas las cosas en la nueva vivienda, por la tarde, al llegar él, ella le dijo:
- No quiero que vengas más por aquí ni a traerme cosas ni a verme.
- ¿Cómo?
- Desde ahora voy a vivir como una reina y quiero estar sola, sin que nadie me moleste.
Y el hombre la miró algo desorientado y triste y a punto estuvo de hablar y decirle lo que pensaba y sentía pero no lo hizo. Cabizbajo se marchó y al día siguiente no volvió. Tampoco al otro ni al otro ni a los que siguieron pero sí continuó acudiendo al Puente del Aljibillo. Cada tarde y en el pequeño muro se sentaba esperando verla si por aquí pasaba.

Corrió todo el invierno y seguía sin verla. Sí, cada tarde al pasar por la puerta de su propia casa, miraba pensando en ella y algunos días, hasta veía a

muchos jóvenes que entraban y salían como a celebrar fiestas. Ningún día la vio pero en algún momento y, sobre todo cuando pasaba por delante de la casa, le parecía oír sus palabras: “No quiero que me traigas cosas ni que vengas más por aquí”. Luego seguía y sentando en el pequeño muro del puente, miraba a las aguas del río, miraba al cielo, miraba a las ramas de los árboles temblando al paso del vientecillo y miraba a la Alhambra. Y como la esperaba, porque en lo más limpio de su corazón sí tenía de ella una imaginaba bella y buena, una tarde intentó escribir y le salieron estos versos:

Cada tarde te espero
en el puente que has cruzado
durante tiempo,
miro a mi derecha
y a mi lado izquierdo
y miro a las aguas del río
y al cielo
y como no te encuentro,
me duele el corazón,
el aliento
y también en el alma
tu recuerdo.

Cada tarde estás conmigo
mientras te espero
y tú sigues escondida
tras el silencio.

## Un milagro por donde el Puente del Aljibillo //Rd

Ahora ya no porque hicieron muchas obras y todo lo que por ahí había, lo rompieron y tiraron. Pero no muchos años atrás, todavía se veía por el lugar, restos de paredes, tejoletas, ladrillos y otras piezas antiguas. Los últimos restos de varias casas y algún pequeño palacio que por el rincón se alzaba. A la derecha, según se cruza el Puente del Aljibillo hacia la Cuesta del Rey Chico y antes de que el río se estreche entre la Carrera del Darro y la umbría de la colina de la Alhambra.

Una de estas casas, quizá la más grande y de construcción señorial, tenía una pequeña muralla, un patio amplio, tejado con tejas de barro cocido, viviendas para varias personas, alberca y pilar con agua para que bebieran las bestias y cogieran agua las personas y hasta un pequeño cobertizo. El amplio patio estaba empedrado y a la entrada y a lo largo de las puertas de las viviendas, crecían varios árboles. Limoneros, naranjos, un fresno, un gran almez y también algunos rosales.

Al caer las tardes, cada día y sobre todos en las calurosas tardes de verano, en este patio y por entre el jardín, los árboles y las fuentes con agua, jugaban los niños. Corriendo detrás unos de los otros, al escondite y siempre

gritando, riendo o llamándose entre sí. La mujer, ni joven ni mayor, siempre que los niños jugaban en el patio o se iban a las aguas del río, los miraba con gran interés y en todo momento sentía pena, a veces alegría y en otras ocasiones, tristeza. Se decía: “Dios no quiso darme un hijo para bendecir mi vida y esto hace que mi corazón esté triste. ¡Qué mala suerte he tenido en esta vida!” Y a escondidas, cuando por el patio de la casa resonaba la algarabía de los niños, lloraba.

Vivía ella sola, en una de las pequeñas estancias de la bonita casa y tenía, para alimentarse e ir tirando, algunas cabras, gallinas y un trocito de tierra que cultivaba por las orillas del río Darro, subiendo hacia la Fuente del Avellano. Y por eso, cada mañana, cuidaba de sus animales y al verla los niños le preguntaban:
- ¿Te ayudamos?
- Solo un poco porque así me dais compañía y me alegráis la mañana.
Y los niños le echaban de comer a las cabras y gallinas y luego ordeñaban y recogían los huevos. Ella era feliz y su corazón se llenaba de tanto gozo que hasta soñaba. Y cuando los niños le preguntaban:
- Y tú ¿por qué no tienes hijos?
Siempre, siempre les respondía:
- Porque el cielo no ha querido dármelos.
- ¿Y no te gustaría tener un niño como nosotros?
- Es lo que más me gustaría en este mundo.

Y también en estos momentos agachaba su cabeza y, sin que nadie la viera, lloraba. Sin embargo, cuando por la noche ya estaba en la cama y todo el patio, barrio del Albaicín y Alhambra en todo lo alto desaparecían en el más hondo silencio, en sus oídos siempre resonaba el rumor de la corriente del río. Las aguas que se deslizaban a los pies de la Alhambra y casi rozando las paredes de la casa y esto sí que le hacía muy feliz a ella. Mientras cogía el sueño y luego cuando a medianoche se despertaba, siempre se decía: “Y a pesar de todo, Dios me tiene bendecida. Me permite vivir junto a este río de aguas claras y me premia con el gozo de la música de la corriente en estas noches de luna llena y profundo silencio. Soy, a pesar de todo, una privilegiada”. Con este pensamiento y sensación, se quedaba dormida y esto hacía que durmiera muy relajada. Tanto que cuando de madrugada se despertaba, también siempre se decía: “Yo creo que no hay en el mundo gozo y placer más profundo que la paz tan auténtica y dulce que cada noche el cielo me regala”. Y quería compartir con los vecinos estos sueños suyos pero nunca lo hacía. De nuevo echaba de menos la presencia de un hijo en su vida y de nuevo se sentía sola.

Hasta que una noche, mientras dormía, tuvo un sueño. Se vio a sí misma, a la casa, al río y a la Alhambra sobre la colina, en el patio jugando con un hermoso niño. De unos cinco años de edad, bello como las rosas de las plantas del patio, tierno y con la piel muy suave y brillante. El corazón le dio un vuelco y como era la hora de ordeñar las cabras, salió de su vivienda, se fue al cobertizo y al pasar por donde el niño jugaba, éste la miró y le preguntó:
- ¿Quieres que te ayude y luego juego contigo?
- Sí, por favor. Yo luego te prepararé el desayuno y te llevaré conmigo cogido de la mano a las aguas del río. Seguro que te gusta mucho jugar en la arena y hacer

castillo se dorados.

El niño cogió la vasija y mientras la mujer oprimía las ubres de las cabras para que la leche saliera, la sujetaba. Miraba a la mujer, ponía su cara cerca de la de ella y por momentos casi la besaba. Y ella, al sentir el cálido aliento derramándose por su cara y acariciando su rostro, notaba como si se muriera de mi gozo. Cuando terminaron de ordeñar las cabras, regresaron a la vivienda pero cuando iban por la mitad del partido, el niño dijo a la mujer:
- Yo me quedo aquí jugando mientras tú preparas el desayuno.
-Bueno, pero ten cuidado no te pase algo. Vengo enseguida a jugar contigo.
Y rápido la mujer preparó un buen tazón de leche fresca, con un trozo de pan y frutas secos y enseguida salió al patio para llamar al pequeño y que comiera. Pero al mirar, descubrió que no estaba, lo llamó y éste no respondió.

Sobresaltada se despertó en su cama y enseguida salió al patio para ver si lo encontraba. Solo algunos vecinos iban y venían dando agua a sus bestias en el pilar de las aguas claras. Al frente, sobre las blancas casas del Albaicín, el sol se derramaba y lo mismo sobre las torres de la Alhambra, en lo más alto de la gran colina. Uno de los vecinos la saludó y le dijo:
- Un nuevo día que nos regala el cielo y tú ya dispuesta para la faena.
Y ella dijo:
- Y es un día tan bello que hasta parece que todo por aquí se hubiera transformado.
- Es que, a pesar de todo, somos unos privilegiados. Vivimos a los pies de la Alhambra, tenemos un río que corre limpio cerca de nosotros y por las noches, la tranquilidad es tanta que hasta parece que por aquí el cielo se hubiera derramado.

Y la mujer, agachó su cabeza, sintiendo ganas de llorar y, al mismo tiempo, dar gracias al cielo. Porque notó que su corazón estaba inundado y lleno de gozo. Pero en lo más hondo, sentía un vacío inmenso. Oyó que de nuevo decía el vecino:
- Y las personas pobres como nosotros, cada día deberíamos esperar un milagro. Es la mayor y mejor riqueza que en este suelo tenemos.

**El sabio** //Pa

Me podrán echar de las tierras que amo,
quitarme y quemar los libros que leo,
arrebatarme lo que cada día escrito voy dejando
y hasta prohibirme pisar mi paraíso pequeño
pero lo que mi corazón ama,
mi más íntimo sueño,
mi oración a Dios
y las estrellas que brillan en el cielo,
nada ni nadie podrá quitármelo nunca
porque de ello me alimento.

Era verano. El día amaneció con solo unas cuantas nubes en el cielo, fresquito y muy claro. Al salir el sol, el cielo se tiñó de color rojo claro y luego fue variando a rosa y azul brillante. Desde su rincón pequeño, se le vio salir por entre los árboles. Vestido modestamente como cada día, con su vieja mochila a las espaldas, sus barbas blancas y su figura esbelta y delgada. Caminó despacio y al llegar a donde crecían las flores, se paró junto a la joven y le dijo:
- Riega estas flores cada día y disfruta de su belleza única entre todas las flores de estas montañas.
- ¡Descuida!
Y después de rozar ella las campanillas con sus manos, le preguntó:
- ¿Y cuando vuelves?
- Puede que ya nunca más vuelva por aquí.
- Estamos tristes y tú lo sabes. Todos por el lugar te queremos porque siempre has sido para nosotros más que un padre y hermano. ¿Por qué tienes que irte y para siempre?

Era ya muy mayor. Tenía el pelo blanco, la piel de la cara arrugada, las manos llenas de venas y las piernas como sin fuerzas. Cuando caminaba, aunque siempre lo hacía seguro y decidido, se tambaleaba tanto que a veces parecía que se caía. Por eso un día, las personas amigas que vivían cerca de él, le regalaron un bastón de caña de bambú y le dijeron:
- Para que cuando vayas a los sitios que tanto te gustan y necesitas, te apoyes. No vaya a ser que un día pierdas el equilibrio y al caer te hagas daño o te rompas un brazo.
Y como él, además de bueno, cortés y delicado, tenía un gran sentido del humor, dijo:
- Para hacer bueno el dicho que dice: primero a cuatro pies, luego a dos y al final a tres.
Había vivido casi su vida entera en la parte alta del jardín, por donde la gran curva del río y las tierras llanas, regadas a todas horas por las aguas de la corriente. Aquí tenía él su pequeña casa, el trozo de tierra que a lo largo de su vida había cultivado, las tres fuentes con las cascadas, los viejos árboles y el trozo de jardín y las flores que ahora le dolía abandonar.

Hacía ya muchos, muchos años, cuando todavía era joven, un día llegó a este rincón de las montañas. Algunos dijeron que huyendo del mundo y de las personas y otros comentaron:
- Es un hombre sabio, muy culto porque continuamente estás leyendo y escribe mucho y además, es bueno.
- ¡Bueno! Yo creo que nunca hubo en el mundo persona mejor que él.
Y otros también decían:
- Pues yo creo que se ha venido a vivir a este lugar de las montañas y aquí cerca de nosotros, porque busca paz y silencio para rezar. Es un hombre de Dios.
- Un hombre santo que busca soledad y rincones mágicos para orar y comprender los hondos misterios del Universo.
- Pero sobre todo, y nunca, nunca me cansaré de repetirlo, es bueno. Dulce y comedido en sus palabras, respetuoso para con todos y todo y además, sacrificado.

Y ellos comentaban estas cosas porque, desde que lo conocían,

siempre lo habían visto ayudando a las personas. Dándoles los mejores consejos para que afrontaran con fuerza y dignidad las dificultades de la vida, enseñándoles a leer y escribir y repartiendo con todos los poco que tenía: sus cuatro hortalizas que recogía del huerto, la vieja ropa que poseía o cualquier otro objeto o producto que algunos le regalaban. Y de esto y la paz que siempre derramaba y transmitía, era de lo que los conocidos se admiraban. Un pequeño grupo de personas que vivía en sus humildes casas cerca de donde él tenía la suya. Todas las viviendas se alzaban a orillas del río, al norte de Sierra Nevada y bastante lejos de Granada y de la Alhambra.

Pero un día, cuando ya el hombre estaba casi al final de su vida, la noticia de su sabiduría, bondad e inteligencia, llegó a oído de uno de los reyes de la Alhambra. Enseguida éste llamó a su secretario y le dijo:
- Manda soldados al lugar de la montaña donde vive el hombre sabio y que le digan de parte mía, que lo más pronto posible, se presente en estos palacios.
Y el secretario preguntó al rey:
- ¿Para qué necesita su majestad a este hombre?
- Su sabiduría, bondad e inteligencia, me va a ser muy útil. Así que da la orden y que lo antes posible se cumpla mi deseo.
Aquel mismo día y desde los recintos amurallados de la Alhambra, partieron dos hombres montados en sus caballos. Al caer la tarde, llegaron a las montañas y al río donde se refugiaba el hombre sabio. Preguntaron a las primeras personas que vieron y estos, remisos y preocupados, indicaron a los soldados donde se encontraba el hombre que venían buscando.

Justo en esos momentos, se le veía cerca de las aguas del río, sentado en una gran piedra, meditando y ocupado en su mundo interno. Al verlo, los enviados del rey, se acercaron a él y sin ni siquiera pedir permiso, lo saludaron y sin más, le transmitieron el recado que el rey les había dicho. Escuchó el hombre, muy expectante y sin pronunciar palabra. Los envidados del rey enseguida regresaron a la Alhambra y ahí mismo, junto al río el hombre reflexionó y se dijo: “Si el rey me llama, no que queda otra salida que hacerle caso. Y ni siquiera sé para qué me quiere pero lo que sí tengo claro ahora mismo es que nada de lo que el rey me ofrezca, ni me ilusiona ni me hará feliz. Y menos me hará feliz, si me pide que me vaya a vivir a esos palacios llamados Alhambra. Nada en la vida y a estas alturas, llena más mi corazón que los limpios silencios de estas montañas, el rumor de las aguas de este río amigo, las noches con sus estrellas y el brillo de la luna derramado por entre los bosques”. Y según reflexionaba sobre estas cosas, el hombre fue notando que el corazón se le llenaba de amargura.

Durmió poco aquella noche. Antes del amanecer, preparó su mochila, se vistió con su ropa sencilla de cada día, comió algunos frutos, cogió su bastón de caña de bambú y cuando salía el sol, se alejaba de su casa y pequeño paraíso. La joven al verlo, se extrañó, caminó y se puso delante de él y le preguntó. Hablaron durante un rato y al final el sabio le dijo:
- Cuida de todas mis plantas y mima mucho a la Fritillaria hispánica.
Le dijo ella que así lo haría y en ese momento recordó y echó de menos a la pequeña de las dos hermanas. Iba a preguntar por ella cuando, al mirar en la dirección en que el camino bajaba, la vio sentada sobre una roca no muy grande,

junto al río, frente a las casas y a las montañas. Tenía en la mano unas flores pequeñas en forma de campanitas y en cuanto el sabio se acercó, la pequeña bajó de la roca, lo saludó y alargándole el ramo de flores le dijo:
- Las he cogido hace un momento para ti. Sé que son tus flores preferidas.
Se agachó él, le dio un beso y luego le dijo:
- La puerta de mi casa, como siempre, está abierta. Entra y ponlas allí con un poco de agua. Me gustará verlas cuando regrese.
- ¿Y cuando regresas?
- Quizá no tarde mucho o puede que nunca más vuelva. Tú ve a mi casa y vive en ella como si fuera tuya y para siempre y a los vecinos les dices lo mismo. Que la puerta de mi casa queda abierta para todos y en cualquier momento que la necesiten.

Poco después, se le vio caminando por la pequeña senda dirección a la Alhambra. Con los cabellos de su cabeza plateados y besados por el sol, su mochila a las espaldas y apoyándose en el bastón de cañas de bambú. Meditaba y se decía: “De todos modos, lo que amo y sueño en mi corazón, siempre será mío y nadie podrá arrebatármelo nunca. Tampoco nunca nadie podrá quitarme mi fe en Dios y el cielo que espero. Estas dos cosas son mi único y más valioso tesoro”.

## **El tesoro del árbol** //Rd

Un hombre rico, con muy pocos amigos en el Albaicín y con su trabajo al servicio del rey en los palacios de la Alhambra, compró tierras en las orillas del río Darro. Cerca de la Fuente del Avellano donde ya terminan las casas de Albaicín y desde donde se ve muy bien toda la colina de la Alhambra, sus murallas y torres. Y como sus planes eran sembrar estas tierras para recoger buenas cosechas, enseguida buscó hombres para preparar el terreno. Juntó una cuadrilla de doce, los llevó a las tierras que había comprado, se puso frente a ellos y les dijo:
- Ninguno de vosotros debe preguntarme por origen de mi riqueza. Soy rico y con mi dinero puedo hacer lo que quiera sin dar cuanta a nadie y menos a vosotros, aunque seáis vecinos míos en este barrio. Os he buscado para que me hagáis un trabajo y vuestro horario es de sol a sol, os pagaré un sueldo decente pero a cambio quiero un excelente trabajo.
Uno de los hombres preguntó:
- ¿Qué trabajo es el que tenemos que hacer?
- Poneros ahora mismo y piedra a piedra recoger todas las que hay en esta huerta y luego las sacáis del terreno. Amontonarlas cerca del río y al borde de la ladera de la derecha. Más tarde nos servirán para levantar una pared, ya veremos cómo de gruesa y alta. Así que no perdamos tiempos ni me hagáis más preguntas.

Era verano, salía el sol, los hombres se pusieron con el trabajo y durante toda la mañana, buscaron y recogieron piedras sin parar. Cantos rodados del río, trozos de rocas desprendidos en las laderas del Generalife, algunos trozos de tejas y ladrillos y también ramas secas y palos. Pararon a

comer un poco al medio día y se fueron a la orilla del río, a la sombra de un gran fresno. Y estando aquí sentados, uno de los trabajadores preguntó a los compañeros:
- ¿Vosotros lo habéis pensado alguna vez?
- ¿A qué te refieres?
- Todos conocemos al hombre que hoy nos ha contratado para quitar las piedras de estas tierras. Y todos sabemos que este hombre, tiempo atrás no era tan rico. ¿De dónde habrás sacado la afortuna que tiene ahora?
- Se habrá encontrado algún tesoro
Comentó otro de los hombres. Y en ese momento, vieron a una persona que subía por la senda del río, con una bolsa de cuero a sus espaldas y al llegar a la parte alta de las tierras, dejó el camino, se fue derecho a un gran árbol que allí crecía, se paró bajo sus ramas y luego trepó por el tronco.

Los hombres que descansaban a la sombra junto al río, guardaron silencio, no se movieron, observaron atentos y cuando vieron que el hombre misterioso, se bajaba el árbol y se iba, entre sí comentaron:
- Algo ha escondido en ese árbol. Y además, a mí me ha parecido que este hombre es el mismo que nos ha contratado.
- Eso iba a decir yo. ¿Nos acercamos y vemos qué es lo que ha escondido?
- Sí pero dentro de un rato, que dé tiempo a que se aleje de aquí no nos vaya a ver.
- De acuerdo.
Y siguieron a la sombra cerca del río hasta media hora después. Luego, todos se levantaron, caminaron hacia el árbol y el más decidido de ellos, trepó tronco arriba. Enseguida llegó a la cruz del árbol y al instante descubrió que en la rama más gruesa había un gran agujero. Se lo dijo a los compañeros y estos le contestaron:
- Mete la mano en ese agujero a ver lo que hay dentro.
Le hizo caso, metió la mano, palpó objetos duros, cogió algo y sacó la mano. Al mirar y con la luz del sol, todos vieron que lo que había casado eran monedas de oro que relucían mucho. Dijeron:
- Aquí es donde esconde su tesoro el hombre que nos ha contratado hoy.
- Eso está claro porque lo estamos viendo pero ¿qué hacemos ahora?

Todos se quedaron mirando al árbol y pensando. Hicieron muchos comentarios y planes y al final, el que había subido al árbol y ahora sacaba más monedas del agujero, dijo:
- También todos sabemos que desde hace tiempo en el barrio se rumorea que en la Alhambra hay ladrones. Y muchos dicen que al rey y a las princesas, les han robado dinero y joyas.
- Eso es cierto pero ¿qué hacemos nosotros con este tesoro?
- Si nos lo quedamos y se descubre que somos ricos, en la Alhambra van a sospechar de nosotros. Y si lo dejamos aquí y este tesoro es fruto de un robo, las cosas no se descubrirán y el ladrón seguirá robando.

Después de pensarlo un buen rato, cogieron el tesoro, cargaron con él, subieron a la Alhambra y le dijeron al rey lo que había sucedido. En cuanto el rey vio las joyas y monedas de oro, relacionó todo con parte de lo que en los palacios habían robado. Dijo a los hombres:

- Ahora mismo mando coger preso al ladrón, le doy su merecido y las tierras que estáis limpiado de piedras y broza junto al río, se las quito y os las doy a vosotros como agradecimiento a vuestra buena acción.

## El poeta del Generalife //Aj

> "Si uno no encuentra la manera y tiene la posibilidad de expresar su interior, la propia vida queda empobrecida. Porque lo material, la rutina de cada día en el trabajo, las preocupaciones y las luchas, no realizan por completo si el alma y el corazón no puede vivir su yo más personal".

Así pensaba el hombre y, de la mejor manera que sabía, vivía de acuerdo a estas realidades. Procurando en todo momento realizar lo mejor posible el trabajo que tenía entre manos. Pero, al mismo tiempo, procurando expresar sus sentimientos, sueños y fantasías, casi siempre a escondidas. Lo habían contratado para un trabajo en las tierras de las huertas del Generalife. Y en ese mismo instante, el jefe principal, le dijo:
- Tienes que labrar las tierras, sembrar las plantas, regalarlas y quitar las malas hierbas, podar los árboles, recoger las cosechas de hortalizas y frutas, prepararlas y llevarlas puntual a los palacios de la Alhambra. En esto consiste tu trabajo y debes hacerlo con diligencia y poniendo en ello tu yo entero.
Y el hombre respondió:
- Seré fiel y llevaré a acabo con sincera entrega y dignidad, el deber que se me está encomendando.

Y desde ese mismo momento, se dedicó y empleó todo el tiempo e realizar este trabajo. Con gusto, además, porque era un gran enamorado de las plantas, de las flores en las ramas de los árboles, de las avecillas por entre los jardines construyendo sus nidos y de las cascadas de aguas claras que relucían en las acequias al darle el sol de las mañanas. Por eso, de vez en cuando y después de realizar a la perfección su trabajo, se paraba a respirar el aire que subía del río Darro, mientras contemplaba el agua llevándose las hojas y tallos de hierba a la vez que empapaba y refrescaba la tierra. Le decía a sus compañeros:
- Contemplar estas cosas en silencio y meditarlas, llenan más y alimentan mejor que las frutas y aquello que se compra con dinero.
- ¡Tonterías tuyas! Debes dejarte de romanticismos y dedicarte plenamente al trabajo que te han encomendado.
- Cumplo continuamente con mis obligaciones y en los momentos de respiro o minutos de descanso, tengo derecho a sentir y expresar lo que me guste.
- Pues un día, este romanticismo tuyo te traerá problemas.

Y el hombre sentía miedo al tiempo que para sí se decía: "Si Dios me ha hecho de esta manera ¿por qué no voy yo a gozar los dones que me ha regalado?" Pero un compañero de la huerta de arriba, lo tenía vigilado. Desde el primer día que el hombre llegó a las huertas, lo controlaba y en cuanto veía en él

algo que no cuadraba con lo que siempre había hecho y pensado, iba al jefe y le decía:
- El otro día, se llevó el agua de la acequia por donde nunca antes ha ido y la otra tarde, miraba la puesta de sol mientras en la tierra escribía versos. Debe usted hacer algo y darle un escarmiento. En este trabajo no hacen falta ni románticos ni poetas.
Y el jefa callaba pero a escondidas observaba. No descubría en él ningún comportamiento que le quitara tiempo y esfuerzo en el trabajo que se le había encomendado. Al contrario, cada día iba notando que las cosas que hacía las realizaba perfectamente y con matices y detalles exquisitos.

Unos años atrás, descargó una gran tormenta por estas tierras de las huertas. Un rayo cayó en la higuera más grande y la rompió por completo. Solo quedó como un metro de su tronco que nadie cortó por si de nuevo brotaba y echaba ramas. No brotó aquel año ni al siguiente ni a los que siguieron. Pero una tarde, el compañero malo, cortó unos tallos de otra higuera y, sin que lo vieran, fue y los puso junto al tronco seco de la higuera rota por el rayo. Esperó escondido y al poco vio que el hombre que escribía versos en la tierra, se acercó al tronco seco y con un hacha, dio unos golpes a la madera seca y casi podrida. Desde la parte alta, el compañero malo dio voces y dijo:
- ¿Qué, cortando los nuevos tallos que este año ha dado la vieja higuera?

Sorprendido miró el hombre de los versos al compañero malo y muy enfadado le dijo:
- Deja de perseguirme porque un día tendrás problemas.
- ¿Qué problemas voy a tener?
- Yo nunca voy al jefe a contarle cosas tuyas ni de nadie y tú, desde que vine por aquí, no dejas de hablar mal de mí.
- Es que eres un romántico sentimental y eso no me gusta a mí. Aquí todos hemos venido a labrar y regar las tierras y no a escribir versos en el suelo o contemplar puestas de sol. En cuanto venga el jefe le diré que acabas de cortar los tallos nuevos que le habían brotado al tronco seco de la higuera del rayo.
Y el hombre se llenó de amargura y tuvo miedo.

Tres días más tarde, el jefe lo llamó y le dijo:
- Quedas despedido.
- ¿Qué mal he hecho?
- El tronco de la higuera del rayo, estaba echando brotes nuevos y tú se los has cortado. Debería meterte en la cárcel por eso pero solo te despido de tu trabajo y te pido que no vuelvas nunca más por aquí. Desde ahora mismo te prohíbo pisar estas tierras, jardines y recintos de las murallas y palacios.
Y el hombre de los versos, no quiso ni suplicar ni dialogar y exponer para aclarar las cosas. Sí a punto estuvo de gritar o llorar por la rabia contenida pero agachó su cabeza, dejó las herramientas de labranza junto a unas piedras y comenzó a irse por una vereda en la ladera hacia el río Darro. Al verlo el que hasta ese momento había sido su compañero y enemigo, le dijo:
- Desde ahora tienes todo el tiempo del mundo para escribir tus versos, contemplar las estrellas y expresar tus sueños. Hoy, yo no soy el que tiene un gran problema.
Tampoco dijo nada a este hombre y sí continuó bajando por la senda dirección al

barrio del Albaicín. Se ponía el sol y sus dorados rayos, incidían en las torres y murallas de la Alhambra. También por lo hondo, saltaban las aguas del río Darro y el Albaicín al frente y sobre la colina, parecía mirarlo mudo.

Nunca más se le vio por las huertas del Generalife ni tampoco nadie lo vio escribiendo versos en el suelo o contemplando las puestas del sol al fondo de la Vega de Granada. Sí el compañero malo, cuando hablaba con los otros hortelanos, seguía diciendo:
- Escribir versos en el suelo y contemplar las puestas de sol en Granada… ¡Como si eso sirviera para algo!

## **Leyenda del río azul** //Pa

Paisajes nevados en invierno,
hierba tierna en primavera,
aire puro y fresco…
así decían que era
aquel paraíso de ensueño.

Y yo supe de la existencia de este lugar en la tierra, entre Sierra Nevada y la Alhambra, por un viejo documento. Me lo encontré un día que investigaba cosas de la Alhambra, en un pequeño archivo. Y, nada más descifrar las primeras líneas, me quedé impresionado. Pedí permiso, saqué de su lugar el escrito y muy despacio y estudiando todos los detalles, lo leí una calurosa tarde de verano. Sentando en el muro del Puente del Aljibillo y mientras el rumor del agua del río Darro, me acompañaba de fondo. Pongo aquí a continuación la parte más importante del documento que digo:

"El espléndido y bellísimo río azul, corre al levante de Granada, a solo unos kilómetros de la Alhambra y todavía antes de las altas cumbres de Sierra Nevada. Y el pequeño edificio, construido de piedra, cal y madera, se alzaba en una elevación del terreno, recortado al poniente por el cauce del río grande y al levante, también recortado por el cauce pero en este sitio, por el que es conocido con el nombre de río chico. El río grande baja sereno y majestuoso y sus aguas siempre son azules esmeralda. El río chico, viene del lado del levante, también muy sereno pero este curso, tienen las aguas color diamantes líquidos. En la casa vivía el pastor con su mujer y su hija y todo parecía transcurrir como si el tiempo no pasara por el rincón. Sin embargo, sí eran especialmente hermosos y mágicos, los momentos y escenas que en la soledad de estos paisajes y junto a los ríos, cada día protagonizaba la joven.

A muchas horas del día, por las mañanas y por las tardes, en cualquier época del año, se le veía sola recorriendo los paisajes. Por las orillas del río diamantino y paseando por las riveras del río grande esmeralda. Por el lado de las piedras ella había trazado una estrecha senda que iba hasta la curva de las rocas. En algunas de estas rocas alargadas, redondas o puntiagudas, se sentaba frente al río, justo por donde las aguas discurren más serenas y, por estar rodeada de espesa vegetación, se ven azules esmeralda. Y en este lugar se quedaba horas y horas observando pasar la corriente y soñando nadie ha sabido

nunca qué. Pero visto el cuadro desde el aire, con el cauce del río, la curva y las rocas, el bosque, el caminillo y ella sobre las rocas sentada, era lo más bello que nunca se ha podido ver en la tierra.

Un invierno nevó mucho. Todos los paisajes se cubrieron con un espeso manto blanco y la joven los recorrió con en un deseo de hacerse nieve para formar parte de aquellos paisajes. Al llegar la primavera, el sol calentó mucho y las tierras se cubrieron de tupidas alfombras de hierba. En las ramas de los árboles, los pájaros hicieron sus nidos y en el acerolo de la colina frente al cortijo, colgaron su nido una pareja de jilgueros. La joven lo descubrió desde el primer momento y por eso, con mucho interés y respeto, cada día lo visitaba. Hablaba con los pajarillos y vio como pusieron sus huevecillos, los incubaron y nacieron los jilguerillos. Luego un día que ya tenían plumas, ella vio que al nido se acercaron varios jóvenes y uno muy alto vestido de blanco, se aproximó al árbol y cortó la rama donde estaba en nido y se la mostraba en sus manos a los amigos. Vio que los jilguerillos, asustados llamaron a los padres y al acercase estos para salvarlos, el joven también los apresó.

Metió a todas las avecillas en una jaula y si decir nada, todos montaron en sus caballos y se alejaron dirección a la Alhambra. Sobre el puntal se quedó la joven sentada mirando al árbol ahora sin nido, mirando al joven vestido de blanco subido en su caballo y mirando a las aguas esmeraldas del río grande. Meditando y triste allí estuvo todo el día y en algún momento se dijo: “Debe ser un príncipe de la Alhambra, el joven vestido de blanco que se ha llevado mis avecillas. ¿Para qué las querrá si estos pajarillos son de estas montañas?” Y luego sintió que su corazón no solo echaba de menos a los pajarillos sino también al joven vestido de blanco, aunque no lo conocía de nada porque era la primera vez que lo veía. Su hermosura le había cautivado y lo mismo su vestido blanco y su corpulento caballo. Pensó que si en algún momento volvía por el rincón, ella podría hablarle y hasta regalarle el río de las aguas esmeraldas y esto le llenó aun más el corazón de ilusión.

Al día siguiente no se le vio pasear por aquellos lugares. Ni por la orillas del río ni por las praderas de la hierba. Ni tampoco se le vio en los días que siguieron ni a lo largo de aquella primavera, verano y otoño. Nunca más se le ha visto ni tampoco nadie sabe decir qué fue de ella. Sí algunos rumoreaban que aquella joven, un día se metió en las aguas del río y se fundió con las olas.
- Para irse río abajo hasta la Alhambra y Granada y transformarse luego allí en flores en los jardines de los palacios del príncipe de sus sueños y que le había robado los pajarillos”.

Con estas palabras termina el texto del documento. Y al concluir su lectura, sentado en el Puente del Aljibillo y con el rumor de las aguas del río de fondo, también yo me quedé meditando. No conozco el lugar por donde corren los ríos diamantino y esmeralda ni tampoco nadie me habló nunca de este sitio. Por eso creo que todo esto puede ser un sueño aunque también pienso que el sitio puede existir de verdad. De aquí que me entren ganas de ponerme a buscarlo un día de estos. Ya que en Granada y en la Alhambra, la fantasía, el mundo de los sueños y de lo mágico, se funden y no tienen fronteras con el mundo real.

## El padre y los dos hijos //Ba

La madre murió cuando todavía ellos eran pequeños. El padre se quedó al cuidado de los dos y los vecinos del barrio, cada día le decían:

- Ninguno de nosotros somos ricos pero para ti y para tus hijos, aunque nosotros pasemos hambre, siempre tendremos un trozo de pan.

Se lo agradecía el hombre y, a cambio, siempre que podía regalaba a unos y a otros, un haz de leña y le decía:

- Para que os calentéis cuando el frío llegue o para preparar comidas con los productos tan buenos que salen de vuestros huertos.

- No debes molestare en ofrecernos a nosotros estos regalos. Lo que te damos para tus niños, es porque nos sale del corazón y nada pedimos a cambio.

Los dos niños, ella y él, vivían con el padre al lado norte del Albaicín, un poco antes de lo que hoy se conoce como la ladera de San Miguel Alto. En una casa muy pequeña, con dos ventanas nada más y solo una puerta. Sí desde su casa se veía perfectamente la hermosa colina de la Alhambra, con todas las murallas, torres y palacios. Y los niños, según iban creciendo, cada día miraban y miraban la misteriosa figura de tierra roja y torres altas de este palacio. Le preguntaban al padre:

- Aquello por dentro debe ser fantástico. ¿Algún día nos llevarás a verlo?

Y el padre les decía:

- Aunque os lleve a verlo quizá no podamos entrar porque nosotros somos pobres y sin cultura y allí, todas las personas que hay, son reyes, príncipes y princesas.

Y ellos se quedaban pensativos, mirando para la colina y soñando. Crecían sanos y fuertes “los dos hermanos”, que era como lo llamaban en el barrio y el padre de esto se sentía orgulloso. Y en cuanto ya fueron algo mayores, siete u ocho años, el padre se los llevaba cada día con él a las montañas. Para que no se quedaran solos ni en la casa ni en el barrio y para que les ayudaran y fueran aprendiendo a recoger ramas secas para traerlas al barrio y venderla. Era de este trabajo de lo que vivían y aunque no sacaban mucho dinero, sí tenían lo suficiente para ir tirando, con la ayuda de los vecinos. Y de los dos hermanos, la pequeña, todos decían que era la más buena.

- Es alegre como un cascabel, su corazón rezuma oro puro y su forma de ser, dulce como un ángel.

Decían los vecinos.

Quizá por esto o quizá por los buenos comportamientos y palabras amables que siempre habían visto y oído a los vecinos, cuando los dos hermanos acompañaban al padre a las montañas en busca de leña, ella siempre decía:

- A mí me dejáis sola que yo me las apaño. Así no molesto a nadie y aprendo las cosas. Y si algo no me sale bien, lo haré de nuevo para aprender mejor.

Y el padre la dejaba sola, siempre con un ojo puesto en ella no fuera a pasarle algo. Pero la chiquilla, vivaracha y lista como el hambre, se metía por el monte,

buscaba las ramas secas de arbustos y árboles, las amontonaban en algún lugar concreto y cuando ya creía que tenía bastantes, le pedía al hermano que la ayudara a sujetarlas con la cuerda de esparto. Le ayudaba el hermano, luego ella hacía lo mismo con él y con el padre y en cuanto tenían los haces preparados, los tres se ponían en camino para regresar al barrio. Cada uno con su haz de leña acuestas, aunque los dos de los hermanos eran pequeños. El padre nunca los dejaba que cargaran con mucho peso por miedo a que se hicieran daño. Y por eso ella siempre protestaba diciendo:
- Nunca me dejas que haga las cosas como a mí me guste. Ya no soy tan chica y tengo fuerzas.

Los vecinos del barrio, siempre estaban atentos y en cuanto los veían asomar por el camino con las cargas de leña seca, alguno le salía al encuentro y les ayudaban. Especialmente una mujer algo mayor que tenía su casa cerca de la de los niños. Y como el comportamiento de esta mujer, en todos los momentos y con la aprobación del padre, era humano y respetuoso, los dos hermanos ya le habían tomado mucho cariño. Por eso con frecuencia comentaban con el padre:
- Siempre nos trata con amabilidad y respeto. Y su voz es dulce como la caricia del viento. ¿Por qué se comporta así con nosotros?
- Ella es inteligente y su corazón está lleno de amor para con los demás. Sabe que lo único realmente importante y que no desaparece nunca aunque pase mucho tiempo, es practicar la bondad para con todos los que nos rodean. Así que aprender vosotros de esta vecina nuestra.
Y tanto la pequeña como el hermano fueron también poco a poco alimentando en sus corazones el gusto y respeto por los demás y las cosas que cada vivían.

Y un día muy caluroso de verano, el padre y los dos hijos, a primera hora salieron del barrio. Surcaron los caminos dirección a las montañas en las partes altas del río Darro y llegaron a los bosques. Las chicharras cantaban con más fuerza que otros días, el viento apenas se movía, el bochorno se hacía pesado y por el cielo se veían algunas nubes. A primera hora se alzaban por el lado de las cumbres de Sierra Nevada. Dijo el padre a los niños:
- Démonos prisa y recojamos pronto la leña que necesitamos. Según estoy viendo ahora mismo en el cielo, esta tarde pueden aparecer las tormentas.
Se pusieron a buscar ramas secas y troncos no muy gruesos y los iban amontonando en un rasete del monte. Otra vez dijo al padre a los niños:
- Si llueve abundante ahora en este mes de agosto, en cuanto llegue el otoño, nacerán las setas. Todos estos bosques se llenaran de abundantes y ricos hongos.
Y enseguida comentó la pequeña:
- ¡Qué bien! Así disfrutaré mucho recogiendo setas por estos bosques para regalárselas luego a nuestra amiga la vecina. Varías veces ya me ha dicho que a ella les gustan mucho.
- Eso será algo muy bueno.
Confirmó el padre.

Y justo en este momento, se oyó el crujido de un trueno. Al lado derecho de las montañas pero no muy lejos. Se aplicaron ellos y más aprisa prepararon los haces de leña para ponerse en camino y regresar antes de que la tormenta les cogiera. Pero la tormenta se abrió y extendió rápida como un rayo. Los

truenos se repetían cada vez más cerca, en lo alto y por los lados, acompañados de viento y relámpagos. Y la lluvia no tardó en aparecer. En un abrir y cerrar de ojos, todo el monte, laderas y valles de las montañas, se velaron con la densa cortina blancuzca que descendía de las nubes como en forma de cascadas. Corrieron y se refugiaron ellos en la covacha que formaba una roca grande y, frente al amplio valle del río Darro, con la colina de la Alhambra muy al fondo y como entre brumas, esperaron pacientes a que la tormenta pasara.

Hora y media después, la lluvia paró, las nubes se abrieron y todo el paisaje parecía emerger como de un sueño. Animó el padre a los niños, cargaron con sus haces de leña, bajaron para el valle y al llegar al río, el Darro en su tramo de montaña, vieron que bajaba muy crecido.
- No podremos pasarlo.
Dijo la pequeña frente a la impetuosa corriente de agua color chocolate, llena de ramas y piedras.
- Vamos a buscar un paso y lo cruzamos con cuidado.
Los tres se prepararon para buscar un paso en la corriente y al poco, apareció frente a ellos la figura de una mujer. Tenía la cara tapada, parecía joven y sin rodeos, se puso delante de ellos y les dijo:
- Venid conmigo que os voy a indicar por donde cruzar esta impetuosa corriente.
Sin miedo la siguieron, sintiendo como si la conociera de toda la vida.

Y descubrieron que la mujer, siguiendo una estrecha sendilla, se aproximó a una curva del río, atravesó una pequeña playa de arena y se acercó a una torrentera. Alzó la mano y les dijo:
- Entrar por esa cueva y caminar sin miedo. Podréis de este modo cruzar la corriente del río sin ningún problema.
Como el padre hacía caso a todo cuanto la mujer les decía, caminó decidido y los hijos le siguieron. Entraron por la cueva que se veía en la torrentera y caminaron. Y al poco comprobaron que, cuanto más avanzaban por la galería, la claridad se intensificaba. Llena de curiosidad preguntó la pequeña:
- ¿De dónde viene esta luz y este aire tan suave y con olor a rosas frescas?
- No lo sé.
Dijo el padre, sin dejar de caminar delante.

Y durante un buen rato, no pararon. Hasta que de pronto, según iban avanzando por la cueva en forma de túnel, vieron una luz aun mucho más brillante. Siguieron avanzando y al poco apareció frente a ellos las torres y murallas de la Alhambra, la ciudad de Granada al fondo esturreada por la Vega y el barrio del Albaicín a la derecha. Reluciente todo porque estaba recién lavado por la lluvia de la tormenta y también iluminada por los rayos del sol que por entre las nubes ahora aparecían. Y estaban asombrados por lo que antes sus ojos aparecía cuando, desde el lado de la izquierda, apareció frente a ellos un hermoso joven montado en un robusto caballo blanco. Se les acercó y les dijo:
- No tengáis miedo. Soy el príncipe de la Alhambra que vengo a recibiros.
Y enseguida la pequeña preguntó:
- ¿Por qué nos recibes tú y de este modo?
- Te conozco a ti, a tu hermano y a tu padre y sé todo de vuestra vida y las cosas que lleváis en el corazón.
- ¿Y para qué nos recibes? ¿Acaso hemos hecho algo malo y vas a cogernos

presos?

Desde lo alto de su caballo, muy decidido el joven aclaró:
- De vosotros, de tu padre y de ti en especial, lo único que tengo es admiración. No voy a cogeros prisioneros sino todo lo contrario: como todo el mundo me habla bien de vosotros, quiero que viváis en estos palacios y que tú seas amiga de las princesas, para jugar con ellas y aprender cosas. Dentro de poco, seré rey y desde ahora mismo me siento orgulloso de tener en los territorios de mi reino personas tan nobles y buenos como vosotros.

Puso el joven su caballo en marcha hacia los palacios de la Alhambra y el padre y los hijos lo siguieron. Muy quedamente la niña preguntó al padre:
- ¿Sabes tú quien es la mujer que nos ha mostrado la cueva que hemos recorrido?
El hermano aclaró:
- Yo creo que es la vecina que nos quiere tanto.
Y el padre dijo:
- También yo creo que puede ser vuestra madre que ha bajado del cielo para ayudarnos. Ella era hermosa y buena con ninguna y por eso, a su manera y desde donde esté, nos ve y acude a nuestro lado para ayudarnos.

Nota: Desde tiempos lejanos y aun hoy en día, muchas personas piensan que en la Alhambra, existen galerías subterráneas en todas las direcciones. Pasadizos que horadan las montañas que rodean a estos palacios, bajan al río Darro y suben al barrio del Albaicín.

## La cautiva del Albaicín //Ba

*Cuando alguien es arrancado a la fuerza de su mundo, de su gozo, de su sueño, en lo más profundo del Universo, siempre se rompe algo vital. Y aunque Dios nunca dejará sin recompensa el dolor de las personas, el mundo entero queda privado de un trozo de belleza única, de una bocanada menos de fresco aire y con una porción de alegría para siempre perdida.*

Todos los días, el padre y el hijo, iban desde el Albaicín a la Alhambra. Vivían ellos en la parte alta de la colina, se levantaban al amanecer, descendían por la ladera hacia el río, subían por el barranco hoy conocido como Cuesta del Rey Chico y se encajaban en lo más alto de la colina de la Alhambra. Aquí tenían ellos su trabajo. Lo habían aceptado para trabajar en la construcción de la gran muralla.

Todos los días, un poco antes de salir el sol, llegaban ellos a lo más alto de la colina de la Alhambra. Junto con otros muchos hombres, se ponían mano a la obra y ya no paraban hasta que el sol se ocultaba al fondo de la Vega de Granada. De nuevo se ponían ellos en camino y, de vuelta a la colina del Albaicín, recorrían el mismo tramo que habían andado por la mañana. Todos los días, hiciera frío o calor, lloviera o nevara. Y siempre sucedía que al regresar y

cruzar el río para subir a su casa, la noche se le echaba encima. Por eso, cuando ya remontaban por la ladera hacia la parte alta de la colina, muchas veces apenas veían dónde pisaban. Las sombras de la noche lo cubría todo y esto, en bastantes ocasiones, impresionaba mucho al hijo. Le decía al padre:
- Algún día de estos, nos va a ocurrir algo.
- ¿Por qué dices eso?
- Tú sabes que por aquí, siempre hay maleantes y gente que asaltan y matan a los que van por los caminos.
- Pero a nosotros ¿qué pueden robarnos? Solo tenemos esta vieja bolsa de cuero, con algún mendrugo de pan duro y la mísera ropa que llevamos puesta.
- Pues, a pesar de eso, algún día puede pasarnos algo.

Todos los días, cuando ya era de noche, al cruzar el río y subir hacia su casa, sentían miedo. Y cuando más miedo experimentaban, era cuando pasaban cerca de un edificio viejo, en forma de torre, de paredes de piedra y tierra con una sola ventana con gruesas rejas de hierro. Por eso, al acercarse a este lugar cuando ya de noche regresaban a su casa, el hijo con frecuencia le decía al padre:
- Una noche de éstas, desde este edificio, van a salirnos al paso y nos matarán.
Y el padre le decía:
- Si nosotros nunca nos metemos con nadie y somos tan pobre que ni la ropa que llevamos puesta vale dos centavos.
- Pues ya verás como algún día salen a nuestro encuentro y nos atacan.

Y un día, cuando ya las sombras de la noche cubrían por completo todo el valle del río Darro, la colina del Albaicín y de la Alhambra y Granada, sucedió algo extraño. Subían ellos desde el río hacia su casa y al pasar cerca de la vieja torre, oyeron lamentos. Detuvieron sus pasos, escucharon atentos y al rato, el joven comentó:
- Parece que vinieran de la ventana de rejas gruesas que hay en la torre y parece como si estuviera llorando o le pasara algo grave. ¿Nos acercamos a ver quién es y comprobar qué le pasa?
Y respondió el padre:
- Otro día, si acaso. Hoy ya es muy tarde y estamos muy cansados de tanto trabajo.
Siguieron subiendo y aquella noche, el joven apenas durmió pensando en los lamentos que había oído en la vieja torre. Quiso comentar su preocupación con los padres pero no lo hizo. Esperó impaciente a ver qué pasaba a la noche siguiente.

Y a la noche siguiente, más oscura que nunca porque era invierno frío y algo lluvioso, cuando subían por la cuesta y rozaban las paredes de la vieja torre, caminaban con el corazón encogido y muertos de miedo. Ninguno de los dos hablaba pero sí iban atentos por si se oía algo. Nada oyeron, sin embargo, cuando ya se retiraban del edificio, sí el hijo le parecía percibir los mismos lamentos de la noche anterior. No comentó nada con el padre, siguieron caminando, llegaron a la casa y después de calentarse un poco en la lumbre y comer algo, el hijo dijo al padre:
- Voy a salir un momento a casa de unos amigos y a lo mejor me quedo a dormir con ellos.

- Pero ya sabes que mañana, tenemos que madrugar como todos los días para ir al trabajo.
- Seré puntual, como siempre.

Y el joven salió de su casa, bajó a toda prisa por la oscura calle y se fue derecho a la vieja torre. Se acercó sigiloso a la ventana y después de escuchar un buen rato, oyó los lamentos de la noche anterior. Se aproximó un poco más y percibió los lamentos con toda claridad y también pudo distinguir que la persona parecía ser una mujer. Lleno de miedo pero inquieto y con deseo de conocer y ayudar a la persona que se lamentaba, trepó un poco por un trozo de pared algo derruida y vieja y, ayudándose de las ramas de un árbol, logró acercarse mucho a la ventana. Esperó un rato y como seguía oyendo los lamentos, preguntó:
- ¿Quién eres y qué te pasa?
Al instante se hizo el silencio y pudo percibir el paso del viento por entre las ramas de árbol, el canto de un autillo y los maullidos de un gato. También y unos segundos después, a través de la ventana y dentro de la torre, oyó como pasos de alguien que se acercaba a la reja de hierro. De nuevo dijo:
- Quiero ayudarte porque he oído tus lamentos. No tengas miedo y dime quién eres y qué te pasa.

La figura de una persona, con la cara tapada, apareció pegada a la recia reja de hierro. Y una voz quebrada y con sonido agudo y suave, dijo:
- Yo soy la cautiva de las montañas y ni tú ni nadie podrá ayudarme.
- ¿Cautiva de quién y por qué?
Y unas blancas manos se aproximaron a los hierros de la reja y la cara tapada, se acercó un poco más al tiempo que se oía:
- Aunque no me sirva de nada ni crea que tú puedas ayudarme, voy a contártelo.
- Puedo ayudarte aunque tampoco sepa ahora mismo de qué modo lo haré, cuéntame, que te escucho.

Y la voz con timbre femenino, algo quebrada, dijo:
- Yo he nacido en las montañas que hay entre Granada y Sierra Nevada. Libre en estos montes me he criado y libre he respirado el aire fresco y me he bañado en los ríos de aguas claras. Sintiéndome la más afortunada del mundo y dando gracias al cielo por la dicha tan grande que cada día me regalaba. Y en esta felicidad, hondo gozo y libertad estaba viviendo hasta que hace unos días, por los lugares donde vivía, apareció un extraño hombre montado en un caballo negro. Al verme jugando en las aguas del río, se acercó y sin pronunciar palabras, me cogió, tiró de mí, me subió a su caballo, galopó veloz y unas horas después me encerró en esta torre. Me dijo:
- Si quieres ser libre tendrás que casarte conmigo.
Le respondí:
- Si no te conozco de nada y mi mundo, gozo y libertad, siempre ha estado en las montañas donde me has encontrado. ¿Cómo pretendes que me case contigo para ser tu esclava toda la vida?
- Eso que dices a mí no me importa nada. Tu belleza me ha cautivado y por eso quiero convertirte en mi esposa. Y si no aceptas, aquí en esta torre vivirás el resto de tus días prisionera.

Al pronunciar estas palabras, la joven se echó a llorar, apretando su

cara y manos contra la reja de la ventana. Le dijo el joven:
- Quiero rescatarte ahora mismo pero estas rejas y paredes me lo impiden. Sed fuerte y ya verás como mañana por la noche vuelvo con algún plan ideado para salvarte. Ahora tengo que irme no sea que alguien me vea y te castigue a ti y a mí me quite la vida.
Suspiró lastimosamente la joven al tiempo que él se retiró de la ventana, bajó del árbol, caminó por la calle y llegó a su casa. No dijo nada a los padres pero nada pudo dormir en lo que quedaba de noche. Al rallar el día, como otras veces, con su padre bajó hasta el río para ir al trabajo de la muralla de la Alhambra y al pasar cerca de la vieja torre, miró a la ventana. El corazón le dio un vuelco y quiso llamarla.

No lo hizo ni tampoco la vio ni la oyó. No percibió señal alguna de ella por la noche al regresar del trabajo y sí vio el árbol tronchado y la pared de la ventana, destruida. Dentro, la torre y todo su alrededor, estaba en silencio y esto le alertó. Ya muy de noche, salió de su casa, se acercó a la ventana de la torre y la llamó. Ni se oían sus lamentos ni nadie contestó a su llamada. Triste se dijo: "Su vida ha sido rota de la manera más cruel y despreciable. ¿Qué derecho tiene nadie a destruir la vida de otras personas? Era libre en sus montañas y plenamente feliz, sin hacer daño a nadie y dando gracias al cielo por el regalo que cada día el cielo le entregaba. Y ahora, qué lástima de persona y de sueño mal logrado, en beneficio de nada ni de nadie". Lloró el joven aquella noche y se lamentó a lo largo de muchos días. Y cada vez que pasaba cerca de la vieja torre, de nuevo se decía: "Un día, no sé ahora cuando ni de qué manera, tengo que hacer algo grande para que en el futuro se conozca la historia de esta joven y que su memoria nunca se pierda".

Hoy, en el lugar donde en aquellos días se alzaba la torre de "la cautiva de las montañas", junto a las aguas del río Darro y frente a la Alhambra, se puede ver un grandioso palacio de estilo más moderno. Construido de piedra y con torres muy bonitas, que los turistas visitan con mucha frecuencia. Pero nadie, absolutamente nadie, ni sabe ni recuerda nada de aquella joven prisionera ni tampoco del muchacho que quiso rescatarla.

## **Las encinas del río Darro** //Rd

Ella llegó y, en el banco de piedra, se sentó a su lado. Esperó unos segundos y luego le preguntó:
- Con solo verme y sentirme junto a ti ¿qué ocurre en tu corazón?
Y al instante él le dijo:
- Mi corazón se llena de paz y siento como si todo cuanto existe en este mundo, fuera irrelevante. Con solo verte y tenerte a mi lado, soy feliz plenamente.

Pero, una fresca mañana de julio, el rey lo llamó y le dijo:
- Cuando todavía eras pequeño y vagabas por el mundo sin casa ni comida ni padres, te acogimos en estos palacios. Un día te pedí que a cambio de techo y alimentos, nos compensaras con tu trabajo. Desde entonces has ido cumpliendo mediocremente, mal cuidando las plantas de los jardines, cultivando pobremente las huertas y creando conflictos con tus compañeros. Con este historial ¿qué

futuro sueñas y qué esperas de mí?
Y sin dudarlo dijo al rey:
- Sabe su majestad que hace tiempo, sembré tres encinas junto al río. Las cuido con esmero cada día para que crezcan sanas y fuertes.
- Nadie en estos palacios y menos yo, te hemos pedido que hagas esto. Es tu proyecto personal.
- Lo tengo claro y sé bien que es mi sueño particular. Pero pienso que un día estas tres encinas, serán grandes árboles que darán frutos y sombras y quizá ennoblezcan y sean el orgullo de su vida. Un símbolo único que proclamará la memoria de su majestad a lo largo de los siglos. Porque yo creo que la felicidad consiste en la realización de estos pequeños sueños. Con ello, con el cultivo y cuidado de estas encinas ¿qué mal hago a nadie?
- Escusas para no reconocer que dedicas parte de tu vida y tiempo a satisfacer tus propios caprichos. Ahora vete y ya te diré algo dentro de unos días.

Y desde aquel momento, la cama que ocupaba en los recintos de la Alhambra, el aire que respiraba, los jardines que cuidaba y la princesa de sus sueños, comenzó a ser su sufrimiento. Se decía: “Me siento proscrito. Como si todo cuanto por aquí hiciera o pensara, estuviera al margen de lo aprobado”. Y su corazón se llenaba de tristeza. Siguió manteniendo vivo su interés por las tres encinas porque las sentía como la obra que daba sentido a su vida pero siempre con sentimientos de culpa y lleno de miedo por lo que el futuro algún día pudiera depararle.

Un día, cuando el único consuelo y razón de su vida se sentó junto a él, le confesó:
- Si por algún motivo algún día desaparecieras de mi vida y me prohibieran cuidar de mis tres encinas, me moriré de pena.
- Lo vengo intuyendo desde hace algún tiempo pero nada puedo hacer para evitarlo.
Y aquel mismo día, el rey lo llamó de nuevo y le dijo:
- Ya lo he pensado. Ningún castigo voy a imponerte por tu escasa entrega al cuidado de las cosas que se te han encargado en estos palacios. Pero a cambio, tienes que elegir entre dos cosas que voy a proponerte.
- ¿Qué cosas son, majestad?
- Debes elegir entre irte al mundo de donde te recogimos cuando eras pequeño, donde te vas a encontrar sin techo, sin comida y sin familia o aceptar un trabajo en la ciudad de la lejanía. Allí necesitamos a una persona para limpiar los establos de las caballerías.
Y el hombre preguntó:
- ¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?
- Solo tres días.

Y aquella misma tarde, se le vio sentado triste y muy pensativo, en las murallas de la Alhambra. Miraba al río, pensaba en sus tres encinas, la pequeña obra que había realizado a lo largo de su vida y miraba a la ciudad. Pensando en ella, se decía: “Si elijo irme al mundo de fuera, ya no tengo fuerzas ni sé cómo adaptarme para lograr vivir. Y si elijo irme a la ciudad de la lejanía, allí me moriré de pena, realizando aquel trabajo y viviendo la pérdida de mis encinas y la que alimenta mi corazón cada tarde”. Tuvo un sueño aquella noche y se vio como en

brazos de un ángel que, surcando el aire río arriba desde el corazón de Granada hacia las altas montañas, se lo llevaba en compañía de la que amaba su corazón.

Pero al día siguiente cuando amaneció, muchos del barrio del Albaicín y de Granada, pudieron ver que las tres encinas del río, estaban tronchadas. Partidos sus troncos por la mitad y sus ramas esparcidas por el suelo. A él no lo vieron ni aquel día ni al siguiente ni nunca. Ella sí siguió apareciendo cada mañana y tarde, caminando por entre los jardines de la Alhambra y tampoco nadie supo si lo echaba de menos o lo lloraba. Sí algunas personas comentaron:
- ¡Es lástima que hayan roto estas tres encinas! Eran hermosas y tenían vida propia. Una lozanía como nunca tuvo por aquí ningún otro árbol. Si las hubieran dejado y él hubiera seguido cuidándolas, quizá con el tiempo habrían sido majestuosas. Tan importantes y más que los mismos muros de la Alhambra y los reyes que la habitan.

## La estatuilla de oro //Rd 4

Desde las montañas donde nace, el río Darro siempre ha arrastrado muchas piedras. También tierra y árboles pero, a lo largo de todo su recorrido, lo que más las aguas han arrastrado han sido y son piedras. Algunas muy grandes y otras, miles y miles de ellas, pequeñas. Por eso la corriente y a lo largo del tiempo, ha ido dejando playas de arena, montones de grava y piedras redondas, chatas y alargadas.

A él, una de las cosas que más le gustaba, era venirse al río a mirar y jugar con la corriente. Y siempre lo hacía justo por donde ahora se alza el Puente del Aljibillo. Por ahí el río tenía y aun sigue teniendo, muchas piedras en todos los tamaños. En algunas de estas piedras, al borde de las aguas, se sentaba y mientras miraba a la corriente y remojaba sus pies, iba cogiendo las piedras de la orilla, las tiraba al charco y de este modo se divertía. Los amigos, cuando lo veían, con frecuencia le preguntaban:
- ¿Es que estás buscando algún tesoro?
- No busco tesoro alguno.
- Entonces ¿para qué buscas, levantas y tiras a la corriente tantas piedras?
- Simplemente me entretengo, porque me gusta, en este juego. Me divierto y medito cosas a mi manera.
- ¿Y por qué no buscas oro y así no desperdicias sin fruto ninguno tanto tiempo? A lo mejor tienes suerte y encuentras tanto, que te haces rico.

Y a partir de aquel momento, cada vez que cogía una piedra para luego tirarla a la corriente, miraba por si aparecía alguna pepita de oro. Aunque los padres le habían dicho:
- Que el oro del río Darro, fue en otros tiempos. Ahora ya no queda por aquí ni un gramo.
Él soñaba que en algún momento podría encontrar ese gramo. Se decía: “¿Por qué no podría sonreírme la suerte?” Y cogía también pequeños puñados de arena, metía su mano en las aguas, dejaba que la corriente lavara la tierra y arena más fina y miraba buscando encontrar el oro que soñaba. “Si aun todavía

queda un gramo ¿por qué no podría yo encontrarlo?”

Y sucedió que una tarde, al levantar una piedra para tirarla a la corriente, vio algo que relucía. Se agachó enseguida, cogió la pieza, la metió en el agua para lavarla y al instante descubrió que era como una pequeña estatuilla de oro. Dos leones acostados que miraban como si esperaran algo. Al momento dejó de tirar piedras a la corriente, subió por las calles del barrio, llegó a su casa y dijo a sus padres:
- ¡Ya soy rico! Acabo de encontrarme el gramo de oro que tú decías que aun quedaba en el río Darro.
Observaron los padres la pieza brillante y también dijeron:
- Esto es mucho más que unos gramos de oro. Tiene pinta de ser un tesoro inmenso.

Enseguida escondieron la pieza en un rincón de la casa, al día siguiente el padre le comentó lo del hallazgo a un amigo y éste se lo dijo a un hombre rico, interesado en piezas antiguas y valiosas.
- Quiero ver esa pieza y si me gusta y tiene valor, se la compro a tu amigo.
Dijo el hombre rico. Llamaron al joven, éste le mostró la pieza al coleccionista y sin tardar, el hombre rico dijo:
- Parece de oro y del bueno. Voy a comprártela por una muy grande cantidad de dinero pero antes, quiero que respondas a una pregunta y también haremos una prueba para saber la clase de oro con que está fabricada esta pieza. ¿Aceptas?
- Pues lo que usted quiera.
Dijo el joven al coleccionista.
- ¿Qué es lo que quiere preguntarme?
- Algo muy sencillo. Si te compro esta pieza de oro y te doy mucho dinero por ella ¿Qué harás con tanta riqueza?
- Una cosa sí tengo muy claro: no volveré más al río a coger piedras para tirarlas a la corriente.
- Ya has respondido a la pregunta. Ahora tenemos que hacer la prueba para descubrir si el oro de esta pieza es bueno.

Cogió el hombre la pieza en sus manos, la levantó hasta la altura de su cabeza, abrió las manos y la dejó caer. Y al golpear contra el suelo, la estatuilla se rompió en mil pedazos. Asombrados se quedaron los allí presente y el joven dijo:
- Mi estatuilla de oro fino se ha desmoronado ¿por qué ha sido?
Y el hombre rico comentó:
- Si esta estatuilla hubiera sido de oro fino, ahora tú serías rico. Pero ¿no crees que es mucho más divertido, la mayor fortuna del mundo y la que hace feliz por completo, sentarse al borde de las aguas y mirarlas mientras coges piedras y las tiras al río?
Y el joven no supo qué responder.

Hoy en día, cuando uno se sienta en el Puente del Aljibillo, frente a la Alhambra y mira despacio a la corriente, a veces parece como si todavía estuviera él por ahí tirando piedras a las aguas. Como si para la eternidad, se hubiera convertido en el sueño que soñaba cuando jugaba con las aguas y piedras del río.

## El sueño más bello //Ba 4

*Nunca se lo decía a nadie porque era pequeña y aun no sabía de qué modo expresar lo que soñaba. Pero aun a su corta edad, muchas veces le parecía que el mundo en general y las personas en particular, eran y somos aburridos. En su pequeño corazón intuía que no es ni la cantidad ni los lugares ni las personas en sí, lo que realmente sacia, hace feliz y eleva, sino la calidad de las cosas y la capacidad que tengamos de soñar.*

La conocían en el barrio con el sobrenombre de "La Soñadora". Vivía en las partes altas del lugar y siempre se le veía, junto con un pequeño grupo de niños de su misma edad, jugando por todos los rincones de lo que hoy es el barrio del Albaicín. Por donde se encuentra Plaza Larga, por donde se abre el Mirador de San Nicolás, por las estrechas calles que hay un poco más abajo y por las partes altas. Pero ellos, el grupo de cuatro niños, por donde más les gustaba jugar era por las laderas frente a lo que hoy es la umbría del Generalife. Cerca del río pero algo elevado y desde donde se veían los mil pequeños huertos, las veredas que iban de un lado a otro y las casas más o menos por aquí dispersas.

Y ella, la única niña en el grupo de los cuatro amigos, el sitio que con mucha frecuencia escogía para sus juegos y soñar, era el pequeño mirador natural. Donde unas rocas se clavaban en la ladera y por la parte de arriba había una pequeña llanura que servía para sentarse. Cuando los amigos le preguntaban:
- No sabemos por qué te gusta tanto el mirador del río, que es como lo llamas tú. ¿Se ve desde ahí algo diferente a lo que siempre por aquí vemos?
Ella siempre respondía:
- Es que vosotros no habéis visto nunca lo que yo desde ahí sí veo. Claro que se ve algo maravilloso que nunca nadie ha encontrado por otro lado.
- ¿Y qué es lo que ves?
- Cuando queráis os venís conmigo y os lo enseño.
- Pues un día de estos vamos a irnos contigo a ese tu mirador preferido y nos lo muestras.
- De acuerdo.
Confirmaba la pequeña.

Y a partir de aquel día, los cuatro amigos, empezaron a organizar sus juegos por este rincón del barrio y del río. Cuando llegó el otoño, muchos días se juntaban y por las sendas que remontaban el río, caminaban hasta las montañas lejanas en busca de setas. Al regresar, los padre lo celebraban asando estas setas en las brasas de la lumbre y compartiéndolas con ellos. Cuando llegó el invierno, de las nogueras y almendros en los huertos, recogían los frutos secos que por el suelo habían quedado y luego se los repartían diciendo:
- Un día de estos vamos a subir a tu rincón predilecto y, mientras nos comemos estos frutos, nos muestras y revela tu secreto.
Y la niña de nuevo les respondía:
- De acuerdo.

Cuando llegó la primavera, cogían ramitas de romero y flores de amapolas y jugaban en las aguas del río, mientras los padres se afanaban en las tierras de los huertos preparando la nueva cosecha. Y cuando llegó el verano, un día muy caluroso y algo nublado, la pequeña dijo a sus amigos:
- Hoy es un buen día para llevaros a mi rincón preferido. Quiero que vengáis conmigo y veáis lo que no se ve desde ningún otro sitio.
- ¿Y nos vas a mostrar tu secreto?
- Voy a mostrároslo.
Subieron por la estrecha sendilla de la ladera, llegaron al mirador de las rocas frente al río, al fondo Granada y la Alhambra sobre la colina, les pidió a sus amigos que se sentaran y miraran en la dirección en que el río se iba y luego les dijo:
- Si cerráis los ojos y meditáis muy concentrados, veréis las grandes olas bajando por el río. Al principio parecen como si vinieran a tragarnos pero luego pasan por delante de nosotros y se alejan majestuosas. Sobre sus crestas, yo siempre veo a la Alhambra meciéndose y Granada, como rodeándola. Mirad con interés y no os perdáis ningún detalle ya veréis qué hermoso todo, alegre y divertido.

## **La casa de las golondrinas** //Ba 4

En algún lugar del alma, los sueños duermen. Como agazapados y mudos, esperando no se sabe qué momento para abrir sus alas y convertirse en vida. Y cuando esto sucede, cuando los sueños que duermen en algún lugar del alma se hacen vida en el presente, el corazón casi siempre se transforma. Porque a veces, algunos de estos sueños, son tan hermosos y llenan tan plenamente, que no hay ninguna otra realidad en el mundo que lo supere. Y es que los sueños son ráfagas mágicas que dejan entrevés la eternidad, donde todo se guarda y queda, esperando el fin de los tiempos, permanece.

Tal es el caso de la anaranjada casa, justo en una plaza pequeña del Albaicín. Miraba a la Alhambra, siempre estaba con su puerta abierta, tenía dos ventanas y un pequeño patio con muchas flores y fuentes con agua. Eran importantes y buenas las personas que en la casa vivían y eran bellas las flores y los árboles que en el patio crecían. Pero lo más importante de la casa, además de sus curiosas paredes color naranja, sus ventanas y su puerta, eran las golondrinas. Cada año venían al llegar la primavera, hacían sus nidos al fondo del patio, entre las piedras color naranja de las paredes, ponían sus huevos, criaban sus polluelos y al terminar la primavera, las nuevas avecillas levantaban vuelo. Un acontecimiento nada importante pero que el joven seguía con mucho interés. Tanto que un año, cuando las golondrinas llegaron, no pudo resistir hablar y contar el acontecimiento a la muchacha que una de aquellas primaveras vino de lejos a vivir a la casa. En cuanto vio las golondrinas, dijo a la joven:
- Quiero que las veas y quiero que sigas conmigo cada momento de estos pajarillos.
- ¿Y qué hay en ello tan valioso para mostrar tanto interés en algo que me parece insignificante?
- Hay algo tan hermoso que yo no sé decirte con palabras pero que transmite

emociones muy placenteras. Un día, antes de que te vayas, te contaré un secreto que tienen que ver con estas aves.
- Pues ya veremos si tengo tiempo y ganas para dedicar un rato a lo que me pides.
Dijo al final la joven.

Y aunque tuvo no un rato sino muchos ratos y tardes libres, ni un solo día buscó al joven para compartir con él la presencia y actividad de las avecillas. En la misma puerta del patio la esperaba una tarde y otra, mientras se distraía con el vuelo de las golondrinas a la vez que la soñaba. Algo que ella no sabía y él guardaba dentro de su corazón. Hasta que una tarde, la joven tal como vino, se marchó de Granada. La echó de menos aquel día y en los que siguieron y tanto que, cada año al llegar la primavera y ver de nuevo las golondrinas revoloteando por el patio, el corazón se le entristecía mientras la soñaba. En silencio se lamentaba lo poco que había podido compartir con ella a pesar de lo mucho que él lo había deseado.

Hoy, donde se alzaba la casa color caramelo por el color de las paredes de piedra, existe una pequeña plaza. Empedrada y desde donde se ve, en la colina de enfrente, la Alhambra. También al fondo Sierra Nevada y la ancha vega por donde se aleja el río Genil. Y a veces, no siempre, cuando se pasa por aquí y se mira despacio, se siente y hasta se ve, aquel pequeño patio lleno de flores y las golondrinas revoloteando cerca de sus nidos porque siguen volviendo cada año al llegar la primavera. También se intuye la presencia del joven y la ausencia de la muchacha que se ha perdido en el tiempo sin ni siquiera haber dejado la más pequeña huella de sí. Tampoco nadie por el barrio del Albaicín y de Granada, sabe quien era ni cómo se llamaba. Sin embargo, en forma de sueño, en algún lugar del alma y de Universo, un mundo maravillo y eterno por aquí invisible parece agazapado esperando el momento.